



Clandestinos

*Tienes una petición
de amistad*

Teresa Mateo Arenas

CL@NDESTINOS

Teresa Mateo Arenas

Teresa Mateo 2017

Cl@ndestinos

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del autor.

Depósito legal Safe creative 1709253593633

teresa196mateo@yahoo.com.

Capítulo I

“Tienes una petición de amistad”.

Anunciaba el simbolito de Facebook.

Rhona no era de hacer mucho caso a aquellas solicitudes, pero desde que había decidido dedicarse en serio a su vocación, necesitaba toda la publicidad posible, así que no se lo pensó dos veces; aceptó.

La persona que le pedía amistad era un hombre de mediana edad y que en su foto de perfil no se veía nada mal. No lo conocía de nada, aunque tampoco le dio demasiada importancia. Era raro el día que no se asomaba alguien a su perfil, algunas personas se quedaban y otras sencillamente chafardeaban. A ella ya le iba bien que mirasen y compartiesen sus trabajos. Le iba bien toda la publicidad que de alguna manera le ofrecían las redes sociales, había dado un paso al

frente y aunque estaba aterrorizada por lo que había hecho, no se arrepentía en lo más mínimo.

Después de casi treinta años de matrimonio había decidido que había llegado la hora de realizar su sueño, necesitaba darle un aliciente a su vida. La rutina y el aburrimiento habían deteriorado tanto su matrimonio que ya no se sostenía por ningún lado, la culminación había llegado cuando le dijo a su marido que quería dedicarse a lo que siempre le había gustado. Quería saber si era capaz de realizarse como artista. Cuando se casaron dejó de lado su sueño de pintar y esculpir, de crear, Daniel la convenció para que se dedicase a su “familia” le dijo, y al llegar las hijas ya le fue imposible negarse, pero ahora sus hijas se habían independizado y ella tenía demasiado tiempo libre.

Cuando vio el momento oportuno habló con Daniel, no era fácil hacerlo, siempre había prioridades por delante de ella, así que cuando le comunicó que había pensado habilitar como estudio-galería el pequeño local que había heredado de su padre, Daniel se puso furioso.

—Vas a descuidar tus deberes como esposa.

—Por eso no te preocupes, estoy segura que podré compaginarlo.

—Es absurdo que a tu edad pretendas dedicarte a emborronar lienzos o doblar hierros oxidados.

—Siempre ha sido mi sueño, creo que ha llegado el momento —dijo con la voz apagada, sin responder a sus críticas. Se daba cuenta que estaba perdiendo la batalla.

—Necesitas un psicólogo —fue la escueta respuesta que obtuvo de su marido.

Salió del comedor con lágrimas en los ojos y se encerró en su habitación, en eso le llegó un whatsapp, era de Lola, una de sus mejores amigas, le preguntaba si ya había sido capaz de comunicarle a su marido la decisión que había tomado.

La respuesta había sido una llamada llena de lágrimas e ira.

—Te anula como persona ¿no te das cuenta? —Decía Lola.

—No es eso, sabes que su trabajo es muy importante para él, los auditores tienen mucha responsabilidad y cuando llega a casa quiere que todo esté perfecto.

—No te engañes, lo estás justificando —matizó Lola—, para él solo eres su criada, ¿desde cuándo no hacéis el amor?

—¡¡Lola, por dios!!

—Si quieres seguir como hasta ahora, tú misma.

—Nada me apetece más que hacer mis pequeñas obras de artesanía, pero no sé, no quiero que me abandone.

—Tranquila, eso no va a pasar, dónde va a encontrar a otra tonta que lo aguante. Piénsatelo y mañana hablamos, no te agobies —sugirió su amiga, dejándola con sus palabras resonando en la cabeza.

Aquella mañana al levantarse tomó la decisión más importante de su vida. Daniel estaría toda la semana fuera, así que se puso manos a la obra, llamó a Lola y a Maia, sus amigas de toda la vida, y entre las tres acondicionaron el local, aquel sería su estudio, dejaron la parte delantera como exposición ya que tenía una cristalera enorme y serviría de pequeña galería. Daniel de momento ni siquiera tenía por qué enterarse, y cuando lo hiciera, sería un hecho consumado.

Por el momento pasaban los días con relativa calma. No habían vuelto a sacar el tema, su marido, como era su costumbre, olvidó lo hablado y dio por zanjada la discusión, si a él no le convenía, no le convenía a nadie, y punto.

Cuando llegaba de sus viajes ella se encargaba de que lo encontrase todo tal como sus exigencias requerían, así que por el momento estaba bastante satisfecha de poder acudir a todo sin que él lo notase. Aunque no era eso lo que ella había esperado, sabía que no le gustaba lo que hacía, pero imaginó que él no pondría tanta resistencia si todo estaba como siempre, así que ella seguiría como hasta entonces mientras las aguas siguieran su cauce.

Facebook estaba siendo de gran ayuda, abrió una página de autora en la que colgaba los trabajos que realizaba y hasta tenía un enlace de compra, muy útil cuando no sabes por donde comenzar, poco a poco había empezado a tener un relativo éxito, aunque no era conocida, sus cuadros y pequeñas artesanías empezaban a gustar y a venderse alguna pieza que otra.

“Tienes un mensaje”.

Anunciaba el bocadillo superior de la pantalla.

—Hola, espero no molestarte, solo quería decirte que me gusta mucho lo que haces y quería pedirte permiso para compartir. Dirijo una galería y he pensado que a lo mejor podemos colaborar en alguna ocasión.

—Desde luego, me encantaría colaborar de algún modo, aunque no tengo nada de experiencia —confesó— y por supuesto tiene mi permiso para compartir todo, ningún problema.

—Tengo una reunión esta tarde con los accionistas y expondré lo de la colaboración, si aceptan, te digo algo.

—De acuerdo, ningún problema, será un honor para mí.

—Lo único es que hay un pequeño, o gran inconveniente, según se mire, a los colaboradores no se les paga.

—Tranquilo, no todo en la vida es dinero.

—Se nota que eres una persona sensible, y, además, que te gusta mucho lo que haces.

—Gracias, es muy amable. Lo siento, le tengo que dejar, me llaman al teléfono y espero que sea de los que pagan jajaja.

—Está bien, hablamos —se despidió Jaime.

Conversación de chat finalizada.

Cuando Rhona, al rato, releyó el mensaje, no podía creer la suerte que había tenido, que un galerista, por modesto que fuese, le ofreciese colaborar, aquello era un sueño, pensó.

Estaba contenta, y aunque a veces sentía cierto temor a que Daniel se enterase de lo que hacía, ya no le importaba. La alegría que le daba hacer por una vez lo que deseaba, le proporcionaba las fuerzas necesarias para soportar lo que fuese.

Aquella mañana había terminado unas piezas y estaba subiendo las fotos al Facebook cuando un artículo le llamó la atención, no era dada a contestar comentarios sobre política, ella era de aquellas personas que respetaban mucho a los demás, o sea que su lema era; vive y deja vivir. El problema era que en aquella ocasión le tocó la fibra un comentario y, sin siquiera

pensarlo, dio su opinión. Para su sorpresa, aquel comentario levantó ampollas y una persona en concreto contestó con bastantes malos modos, como si su verdad fuese la verdad absoluta. Estaba desconcertada, cómo alguien que se suponía tenía las mismas ideas que ella podía haber tergiversado sus palabras de aquella manera.

De pronto se sumó otro personaje a la tertulia, nueva sorpresa por parte de Rhona, era Jaime, el director de la galería que la estaba defendiendo y aclarando su argumento.

—*Gracias, aunque no era necesario, puedo defenderme sola.* —Contestó Rhona, con algo de acritud, en los comentarios a pie de noticia.

Volvió a asomar la ventanita de un mensaje privado, era Jaime, que se excusaba por su intromisión.

Tienes un mensaje nuevo.

—*Perdona si te he molestado, es que conozco muy bien a la persona que ha tergiversado tus palabras, me ha extrañado su reacción, es muy buen hombre, de verdad, no sé qué le ha podido pasar.*

—*No se preocupe, es que en según qué temas soy algo susceptible.*

—*Pues no se hable más, creo que te ha malinterpretado, por cierto, me ha encantado saludarte de nuevo.*

—*A mí también, gracias de nuevo, caballero.*

—*La próxima vez prometo llevar la armadura, para defender mejor a una dama, como esta se merece.*

—*Jajajaja.*

Conversación de chat finalizada.

Rhona se quedó algo extrañada por aquella súbita aparición, desde aquella vez que le había dicho lo de la colaboración, no se había vuelto a pronunciar. Ella estuvo tentada de enviarle un mensaje preguntando si seguía en pie lo de la galería, pero su natural timidez se lo impidió.

Habían pasado bastantes días desde la última conversación y Rhona aunque no quería hacerlo, no podía evitar una sonrisa al pensar en aquel personaje tan extraño, aquel caballero sin armadura, aunque había prometido llevarla la próxima vez, en fin, parecía ser que no habría próxima vez.

“Tienes un mensaje nuevo”

—*Hola, espero no molestar.* —Era Jaime de nuevo.

Rhona después de haber pasado algunas semanas desde su última conversación, ya no esperaba más mensajes de aquel extraño personaje, que aparecía y desaparecía como el Guadiana. Se había puesto nerviosa, ¿le pediría por fin colaborar en su galería? Estaba insegura, no sabía cómo tenía que tratar con este tipo de personas, llevaba tanto tiempo desconectada del mundo real que aquello era un soplo de aire fresco y no se iba a engañar a sí misma, le encantaba que se hubiese acordado de ella después de tantos días.

—*Hola* —fue su escueta respuesta al cabo de casi diez minutos de indecisión.
—*¿Las vacaciones bien?* —preguntó Jaime, seguramente por entablar conversación, pensó ella.
—*Este año han sido diferentes de otros años, un poquito más light, pero en general bien.*
—*Bueno, así hay más de uno. Por cierto, tienes un muy buen español para ser colombiana.*
—*¿¿¿Colombiana??? Jajaja, ¿de dónde saca eso?*
—*Pues no lo sé, perdona si te ha molestado, creí que eras colombiana, que tontería... Por cierto, ¿podrías tutearme? Creo que ya somos amigos ¿no?*
—*Ningún problema, no me enfado por nimiedades, tranquilo.*
—*Ningún problema a mi deslizo a lo del tuteo.*
—*A las dos cosas.*
—*Te tengo que dejar que estamos preparando exposición y voy cargado de trabajo, un beso.*

Después del beso, le envió la foto de una rosa, lo cual descolocó completamente a Rhona, que se quedó sin palabras.

—*Adiós* —fue lo único que acertó a escribir.

Conversación de chat finalizada.

Rhona estaba desconcertada, no sabía qué pensar de todo aquello, no creía haber dado señales de otra cosa más que de su trabajo. Ahora que pensaba, alguna vez había leído cosas divertidas sobre el letargo de los matrimonios, le venía a la mente un artículo que había compartido que hablaba sobre las mujeres con poco sexo, según el artículo corrían riesgo de muerte prematura. ¿Habría pensado Jaime que hablaba por ella?, seguro que era eso, no sabía cómo, pero intentaría deshacer el entuerto.

Después de aquello habían hablado unas cuantas veces pero todo muy normal, le preguntaba que tal estaba, ella siempre respondía que bien. Hablaban de política, de sus respectivos trabajos, incluso del tiempo en alguna otra ocasión. Poco a poco se fue acrecentando su amistad y a medida que pasaban los días, él le iba demostrando en sus conversaciones que se sentía atraído por ella. Lo dejaba caer, aunque Rhona pensaba que era su carácter adulador y que se comportaría así con todas las mujeres con las que hablaba. Así habían pasado tres meses y, aunque no quería reconocerlo ni ante sí misma, se entusiasmaba cada vez que saltaba el recuadrado de los mensajes.

Era tan desconcertante la actitud de Jaime, que no pudo menos que compararlo con su marido, ni siquiera era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que se había despedido con un beso de verdad, cuándo la había cogido de la mano o tan solo escuchado algo de lo que ella decía, eso para él, sencillamente, era irrelevante. Su trabajo y su éxito habían tenido prioridad sobre todo lo demás. Él era así, frío y calculador. Por muchos esfuerzos que Rhona hiciese, siempre había algo que, según él, ella podía mejorar. Con el tiempo se había acostumbrado a sus vacíos, a sus desplantes, procuraba tener todo impecable para cuando él llegaba, todo en su vida debía estar perfectamente ordenado y catalogado.

Mientras tuvo a sus hijas con ella, el amor que sentía era tan grande que suplía cualquier

otra carencia, pero ahora, ellas ya habían volado del nido y Rhona se sentía sola y fuera de lugar.

Pasaron unos cuantos días antes que volviese a tener noticias de Jaime, se acercaban las navidades y eran fechas de mucho trajín, había que pensar qué regalos comprar y sobre todo en las cenas y comidas navideñas, ya que Daniel siempre tenía amistades a las que invitar, o simplemente conocidos a los que impresionar, para tener ases en la manga cuando necesitase algún favor, él funcionaba así, siempre por conveniencia, siempre buscando su beneficio.

Rhona, pensando en la cena prenavideña, imaginó que sería original regalar alguna cosa hecha por ella, unos servilleteros, hechos con tenedores reciclados, pensó que serían el regalo perfecto para los comensales. Así también se daría a conocer dentro del círculo de amistades de su marido. Odiaba aquellas fiestas tan pomposas, para ella las navidades eran fiestas familiares, pero la familia se había reducido a ellos dos y sus hijas, así que para ella no dejaban de ser como cualquier otro domingo, nada especial y menos desde que las chicas no estaban, ese año ni siquiera estaban seguras de poder pasarlas en casa.

Capítulo II

Dos semanas antes de navidad, Daniel, como de costumbre, invitó a su socio y unos cuantos clientes con sus esposas a la fiesta prenavideña que solía dar en su propia casa. Rhona estaba acabando de preparar la mesa cuando su marido se acercó y miró despectivo el detalle que ella había puesto dentro de los platos.

—¿Qué es eso que has puesto como servilletero? —Preguntó Daniel con irritación.

—Es un detalle, para tus invitados... los he hecho yo ¿No te gustan? —Preguntó nerviosa, viendo la reacción de su marido.

—¿Qué significa esto, Rhona?, ¿sigues haciendo tus chorradas? No creas que me vas a dejar en ridículo con eso que tú llamas artesanías. ¿Desde cuándo, Rhona?, ¿desde cuándo me estás viendo la cara?

—Daniel, por favor, no te lo tomes así.

—¡Contéstame!, desde cuándo, es fácil —insistió, apretando los dientes al hablar.

—Hace unos meses, estoy sola todo el día, no hago daño a nadie. —Casi temblaba al contestar.

—Pensé que habías entrado en razón, pero te comportas como una niña malcriada.

Daniel se dio media vuelta y se fue al estudio, cerró la puerta y se puso a revisar unos documentos. Rhona sabía que cuando se enfurecía era mejor no molestarlo, se enjugó las lágrimas y siguió preparando la cena para los diez invitados de su marido.

La cena transcurrió con una tensa calma por parte de Daniel, con los invitados era una balsa de aceite, con ella todo miradas reprobatorias. El problema se acució cuando una de las señoras, esposa del cliente más importante de Daniel, elogió sobremanera el detalle que Rhona había preparado, Daniel casi la fulminó con la mirada.

—¡Oh!, me encanta, qué preciosidad de servilletero, me tienes que decir dónde los has comprado, tengo que hacer unos regalos y esto sería perfecto —comentó otra de las invitadas.

—Gracias, me alegro que te gusten, los hago yo, desde siempre me ha gustado la artesanía y el reciclado de metal, así que me animé a hacer mis pequeñas piezas, tengo una página en

Facebook con mis diseños, si te apetece puedes pasar y ver lo que hago —se atrevió a comentar Rhona, aunque más parecía que estaba pidiendo perdón, mirando de reojo a Daniel y bajando la voz al mínimo.

—Desde luego, son divinas, ¿me venderías alguna?

—Claro, cuando quieras quedamos y te las enseño, también las puedo hacer por encargo.

—¡Daniel! Qué callado te lo tenías, tu mujer es toda una artista y no nos habías dicho nada.

—Comentó maravillada la invitada, pesando que elogiándola ganaría puntos con él.

—Eso dice ella, se lo tiene muy creído eso de emborronar lienzos y hacer cuatro bagatelas

—dijo intentando disimular, sin conseguirlo, la rabia que sentía.

—Lo es, Daniel, lo es, y son piezas preciosas, con un estilo único y de eso entiendo. —
Corroboró ella.

Daniel zanjó el tema con un movimiento de la mano y una mal disimulada mueca de fastidio, le molestaba que Rhona fuese el centro de atención con sus estúpidos servilleteros.

Terminada la cena, los invitados pasaron a la sala a tomar el café y las copas, en ese momento, Daniel fue tras ella a la cocina y le montó el gran pollo, diciéndole en un tono bajo y amenazante que nunca en su vida se había sentido tan avergonzado de ella, que no volviera a pasársele por la cabeza hacer algo semejante en ninguna de sus futuras reuniones, ni mucho menos con sus invitados.

Rhona estaba escuchando a Daniel sin entender su comportamiento, qué daño hacía ella con su afición, ¿por qué le molestaba tanto que a la mujer de su cliente le gustase su trabajo? No podía entender un comportamiento tan egoísta. La cabeza le daba vueltas, no podía dejar de preguntarse por qué tenía que pagar un precio tan alto por mantener su matrimonio. Daniel nunca ponía nada de su parte, nunca valoraba sus iniciativas o sencillamente zanjaba los temas con un rotundo no. Se fue dejándola con la palabra en la boca, así que, en cuanto pudo, subió y se sentó ante al pequeño escritorio que tenía para ella en un rincón del dormitorio, ya que en el estudio de su marido era impensable colocar su ordenador; por muy portátil y pequeño que fuese, a él le molestaba.

Eran las dos de la madrugada y estaba rendida, pero no tenía sueño, estaba muy nerviosa y no hubiese podido dormir.

Daniel se había quedado en el despacho con dos colegas a tomar una última copa y tratar un par de temas, le dijo, ya que nunca le daba explicaciones sobre sus negocios y ella con el tiempo había aprendido a no molestarse por su falta de sensibilidad.

Encendió el ordenador, por tener una compañía, aunque solo fuese virtual y mandó un mensaje a cada una de sus hijas, quería felicitarlas por las fiestas y no quería llamarlas por teléfono, no quería molestarlas y que notasen la tristeza de su voz, así que el mensaje era optimista, los problemas que ella tuviese con su padre no tenían por qué afectarlas a ellas.

Abrió el correo electrónico y dejó sendos mensajes, y ya de paso, echó una ojeada al Facebook, redactaría una publicación felicitando las fiestas a todos los clientes que tenía agregados como amigos. Justo abrió la página cuando en unos segundos saltó el Messenger.

Tiene un mensaje nuevo.

—*Felices fiestas con antelación, ¿Todavía levantada?* —Saludó Jaime.

—*Felices fiestas para ti también, hemos tenido invitados y no podré conciliar el sueño, y lo tuyo, ¿también es insomnio?*

—*Casi, pero no, lo mío es trabajo. Tengo que entregar unos artículos y tenía que terminarlos sí o sí, ya que mañana no voy a poder, se me presenta un día bastante complicado.*

Rhona no esperaba volver a hablar con Jaime y menos en esos días, se quedó bastante sorprendida, tanto por la hora, como por la felicitación, cada vez tenía menos idea sobre qué pensar del extraño personaje.

—*¿Has hecho negocio? Son días de regalar, espero que tengas lista de espera.*
—Retomó la conversación Jaime.

—*Para nada, jajaja.*

Le hizo reír el comentario.

—*Se está perdiendo el espíritu navideño* —se quejó Jaime.

—*Los regalos navideños son un invento de los centros comerciales, están en decadencia.*

—*A ver, a ver, explícame eso.*

—*Pues es simple, la gente con la crisis va justa de dinero, así que se escudan en que es una fiesta comercial y nadie quiere ser convencional.*

—*Lo has definido a la perfección.*

—*Es una pena, a mí me encantan las fiestas por muy comerciales que sean jajaja.* —
Confesó Rhona.

—*De verdad, nunca había oído una definición más perfecta.*

—*Será leído* —corrigió Rhona de buen humor.

—*Caray, voy a tener que vigilar, señorita Rottenmeier, jajaja* —le siguió el juego Jaime —. *En tu caso a mí también me gustarían los días comerciales.*

—*No es por vender, apenas soy una aficionada, es que soy muy romántica y me encanta más, regalar, incluso, a que me regalen.*

—*¿Qué me regalarías a mí?* —Preguntó de pronto Jaime—. *No se trata de que me lo regales ¿eh? Que los tiempos que corren no están para extravagancias.*

—*Ufff, que complicado, no te conozco lo suficiente, a ver, déjame pensar... una entrada para el teatro* —decidió por fin.

—*¡Ah! Me encanta, y ¿Qué obra iríamos a ver?*

—*¿Iríamos? Yo no, a mí el teatro musical no me gusta demasiado, te regalaría una entrada para el teatro Gaudí, interpretan “El hombre con el que sueñan las mujeres cuando sueñan con hombres” jajaja.*

—*O sea, a ver si lo entiendo, me invitarías al teatro a ver una obra que a ti no te gusta.*
¡¡Pues muchas gracias, señora!!

—*Perdón, perdón, creo que no pensé bien el regalo, lo cambio por una exposición fotográfica, ahí si te acompañaría.*

—*Eso me gusta más.*

—*Y tú a mí ¿qué me regalarías?* —preguntó ella sin pensar, arrepintiéndose al momento de su atrevimiento.

—*Pues a ti creo que te regalaría un libro.*

—*Me encanta leer ¿Cuál?*

—*Los hermanos MacCabe 3 No te enamores de tu enemigo.*

—*No lo conozco, pero el título promete jajaja, lo tendré en cuenta.* —contestó Rhona intrigada por el significado del título.

—*Lo de la exposición me encanta, sería un placer acompañarte, además, con un interlocutor se hacen más interesantes que si uno va solo.*

—*Me gustaría, pero tengo poco tiempo libre* —se excusó Rhona—. *Se me ha hecho tarde, te tengo que dejar, buenas noches.*

—*Buenas noches, me encantaría conocerte, eres una mujer muy interesante.* —Se despidió Jaime.

Conversación de chat finalizada.

Rhona apagó el ordenador nerviosa, la conversación de súbito se había vuelto demasiado personal, tuvo miedo de que su marido apareciera por sorpresa y leyera sobre su hombro, no había nada escabroso en aquella conversación, pero en su interior reconocía que cada vez que hablaba con Jaime, su corazón latía con una fuerza inusual en ella.

Llegaron las fiestas y Daniel no volvió a sacar el tema de la afición de Rhona, cosa que ella agradeció. Las chicas, al final, no pudieron escaparse para estar unos días en casa, eran enfermeras y estaban trabajando en Londres, pusieron la excusa que les había tocado guardia, su madre sabía que en realidad no les apetecía pasar las navidades rodeadas de extraños. Su padre cada vez las hacía más impersonales y a ellas les hubiese gustado que fuesen como antaño, cuando solo estaba la familia y los abuelos, a los que echaban muchísimo de menos. Rhona se sentía fuera de lugar, nunca fue una mujer de grandes festejos, le gustaban las cosas sencillas, así que en cuanto podía, también se escabullía.

Nochebuena, doce de la noche.

Rhona intentó llamar a las chicas pero la línea estaba colapsada, envió algunos whatsapp a las amigas y algún que otro conocido pero costaba que entrasen, o estaban celebrando y no contestaban, “ya los leerían por la mañana”, pensó.

La noche de nochebuena cenaron solos, Daniel había reservado esa noche para ellos, muy considerado él, cuando como era habitual en él, en toda la cena le había dirigido la palabra. Acabaron de cenar, recogió la cocina y puesto que su marido se había encerrado en el estudio, no tenía nada más que hacer. Ya ni siquiera acudían a la Misa del Gallo, como había sido tradición en su familia, hasta eso había dejado perder, la costumbre era de la familia de Rhona, no de la suya, por eso no le interesaba demasiado.

No tenía sueño así que se sentó frente al ordenador, estuvo leyendo el correo y contestando a algunas personas que le felicitaban las fiestas por ese medio. Estaba a punto de acostarse cuando el móvil emitió el típico sonido que anunciaba que tenía un mensaje en el Facebook. Curiosa, pensó quién podía estar en Facebook a aquellas horas en una noche tan señalada. Abrió la página del navegador y le dio al bocado de los mensajes, las pulsaciones se le aceleraron al ver que se trataba de Jaime.

Tiene un mensaje nuevo.

—¡¡Feliz Navidad, querida Rhona!! Para cuando te conectes.

—Muchas gracias, igual te deseo.

—No esperaba que estuvieses conectada en una noche como esta, pero me alegro. —

Comentó Jaime de pronto.

—Estaba a punto de irme a la cama, solo repasaba el correo y les enviaba felicitaciones a mis hijas.

—¿No pasan las fiestas en casa? Por cierto, cuantas hijas tienes, nunca has comentado que tuvieses hijos.

—Tengo dos, son enfermeras y viven en Londres. ¿Tú tienes hijos? —Preguntó a su vez Rhona.

—No, por desgracia nunca tuvimos hijos, mi mujer tuvo un aborto y nunca más quedó embarazada.

—Lo siento. —Rhona no supo qué decir, le dolía de verdad.

—De eso hace ya muchos años, yo ya lo superé.

—Por tus palabras deduzco que a tu mujer le ha costado un poco más.

—Mi mujer no lo ha superado, desde entonces la convivencia es difícil.

—No sé que decirte, de veras que lo siento, para mí, mis hijas son la mayor bendición. Perdón, creo que no debí decir eso. —Después de hacerlo pensó que no había sido muy acertado aquel comentario.

—¿Por qué no? Tienes mucha razón, los hijos son una bendición, que no tenga no significa que no lo entienda, además, tengo sobrinos.

—Yo sobrinos no tengo.

—¿Entonces ahora estás sola? —preguntó de pronto Jaime.

Rhona se puso nerviosa ante aquella pregunta, no sabía cómo interpretarla, ¿era por cambiar de tema? Si solo era eso, bien, de lo contrario no sabía que pensar.

—Te has quedado callada. Creo que me has malinterpretado, me he explicado fatal, quise preguntar si no tienes compromisos, quería proponerte si puedes venir pasado mañana a la galería, necesito alguien que valore el resultado antes de abrir al público la nueva exposición. —Se apresuró a aclarar Jaime.

—No creo ser la persona indicada, ni siquiera he hecho una exposición en mi vida. —Intentó contestar sin dar importancia a la frase—. Lo único que sé decir es si me gusta algo o no.

—El comentario que has hecho es el de una persona inteligente, no juzgas la bondad de la obra, sencillamente dices si te gusta o no. Eres precisamente el tipo de persona que necesito para que me dé una opinión sincera.

—Pero yo no quiero condicionar a nadie, todos los que me conocen saben lo rara que soy, creo que me sobrevaloras, solo soy una pobre vieja aburrída que se entretiene haciendo algunas fruslerías, supongo que era esa la colaboración de la que hablabas —contestó Rhona intrigada.

—*Creo que la que se menosprecia eres tú, por las cosas que compartes en Facebook, creo que eres una mujer muy sensible, con un espíritu muy joven. Vieja la ropa, soy un desconsiderado, no te dije nada de la colaboración porque la galería hace aguas, no sabemos el tiempo que durará abierta al público* —aclaró Jaime.

—*¿Tan transparente soy?* —preguntó alarmada y dio por zanjado el tema de la colaboración, pensó que no debió comentarle nada, pero ya estaba hecho.

—*A lo mejor es que soy muy observador, y así te llevo la contraria jajaja.*

—*¿La contraria? No entiendo.*

—*Dices que eres mayor, yo creo que estás en el punto de madurez adecuado, por eso me gustas.*

Aquella declaración la dejó sin habla, de pronto le subieron los colores y los calores a la cara, si no la conocía de nada, a qué venía aquella confesión, ¿habría estado celebrando la navidad y habría bebido? Debería desconectar en aquel momento, ¿y si era un pervertido? Vale que hiciera unos meses que se escribían, pero ella para nada pensó que a su edad pudiera gustarle a ningún hombre, si ni siquiera la miraba su marido. Aquello no entraba en sus planes y le rompía todos los esquemas.

—*Cómo puedes decir algo así, cuando ni siquiera me conoces* —contestó ella por fin.

—*Por eso precisamente me encantaría conocerte. Mejor dicho, me hubiese gustado conocerte hace unos cuantos años.*

—*Te tengo que dejar, se ha hecho muy tarde, buenas noches y feliz navidad de nuevo* — se excusó Rhona. No podía seguir con aquella conversación, estaba demasiado alterada.

—*Buenas noches, y feliz navidad para ti también. Un beso.*

Y por primera vez le envió un emoticono de esos que se envían en las conversaciones de Facebook, un conejito que tiraba un beso con forma de corazón.

Durante la siguiente semana Jaime no volvió a dar señales de vida, Rhona llegó a pensar que la última conversación había sido algo fruto de la época en que estaban, o que se hubiese pasado de copas y dijo lo primero que le vino a la mente.

Llegó fin de año y Daniel le comunicó durante el desayuno que lo celebrarían fuera de casa.

—No quiero que vuelvas a hacerme quedar en ridículo delante de mis invitados —le dijo con toda la crueldad de la que fue capaz.

—Tranquilo, no lo haré. Para eso ya estás tú que eres un maestro, fuiste tú el que me avergonzaste a mí la otra noche, por si no te habías dado cuenta.

Rhona se negaba a darle la satisfacción de que notase lo mucho que la hería, por eso con toda la dignidad que pudo reunir dio media vuelta y se fue a la cocina, una tila le calmaría los nervios y le daría tiempo a serenarse antes de decirle a su marido que tenía unos recados que hacer, había quedado con sus amigas y a él nunca le cayeron bien, así que mejor no dar tres cuartos al pregonero.

Había quedado con Lola y Maia para hacer las últimas compras antes de reyes, y tomar el último café del año. Rhona quería añadir algún complemento a los cuantiosos regalos que tenía preparados para las chicas, ya que, como cada año, todo le parecía poco para ellas. Y aunque el motivo real fuese ese, el secundario era que no podía callar por más tiempo. Quedaron en la

granja de siempre, donde los cafés sabían a gloria y no solo era por el café que servían, era por la compañía, mínimo una vez a la semana se encontraban las tres amigas para desayunar y ponerse al día, así que Rhona decidió que aprovecharía esa mañana para ponerlas al corriente de su secreto.

Llegaron, se abrazaron, se besaron, como cada vez que se veían aunque hubiese sido el día anterior, hasta que Maia se separó un poco de ella y le espetó a bocajarro.

—¡Nena! ¡Te ves genial! ese brillo en los ojos hace mucho tiempo que no te lo veo, tú nos ocultas algo.

Rhona se quedó sin habla y un calor subió por su vientre hasta la cara haciéndole sudar a pesar del frío.

—Tranquila, cariño, ese rubor lo achacaremos a la menopausia. —Salió Lola a defenderla.

—Sentémonos, por favor —pidió Rhona—, lo cierto es que sí, tengo algo que contaros y espero que me deis vuestro consejo.

—¡¡Por fin te has desecho de tu marido!! —Celebró Maia con alegres palmadas.

—Frío, frío —contestó Rhona intentando ganar tiempo a la vez que sonreía.

Se sentaron. Pidieron capuchinos y unos cruasanes para las tres. No sabía por donde empezar así que las dos se acodaron en la mesa mirándola fijamente, esperando lo que para ellas sería una bomba.

—Alguien me tira los tejos —soltó de golpe y se tapó la cara con las manos.

—¡¡¡Qué!!! Cuenta, cuenta —dijeron las dos casi a la vez.

—Antes de que empieces, creo que necesito algo más fuerte que un café —bromeó Maia haciendo ver que llamaba al camarero.

—¿Quién es? ¿Lo conocemos? ¿Es guapo? —Asató a preguntas Lola.

—Por favor, esto es muy violento para mí, no me lo pongáis más difícil.

—Tranquila, cariño, empieza por el principio, tenemos toda la mañana —concedió Maia—. No tengo trabajo hasta esta tarde, tengo que enseñar un diseño, espero que a la clienta le guste y no me haga modificarlo mucho —se quejó haciendo un mohín y frunciendo el entrecejo.

—Pues yo tengo todo el tiempo del mundo —celebró Lola—. No tengo guardia hasta pasado mañana.

—Pues yo estoy en dique seco, desde que Jaime me habla no soy capaz de hacer nada decente, de verdad, estoy hecha un lío.

—Así que se llama Jaime... hmmm me gusta ese nombre —bromeó Maia.

—Deja que hable antes de que se arrepienta —cortó radical Lola.

Después de aquella pequeña tomadura de pelo por parte de sus amigas, intentó ponerlas en antecedentes de lo que le sucedía desde hacía más de medio año, les explicó que en un principio pensó que era alguien que se sentía tan solo como ella, pero la noche de navidad le había dicho que le gustaba, les dijo, y les tendió el móvil para que leyeran la conversación.

—Que suerte, yo en una página de contactos y no me sale nada que valga la pena —se quejó Lola—, y tú sin buscar, ¿por que ha sido sin buscarlo, deduzco?

Las tres habían tenido matrimonios bastante nefastos, por eso siempre se habían apoyado las unas a las otras. Maia era diseñadora de modas y desde el primer momento se dio cuenta que su marido pasaba demasiado tiempo en el taller, incluso le gustaba pasearse por la sala de pruebas, con el consiguiente cabreo de alguna clienta o el agrado excesivo de otras. Lola, algo más joven que ellas dos, era la más resuelta, era médica y especializada en psicología, se había separado a los dos años de casada con un bebé de meses, una jabata, había sacado a su hijo

adelante sin ninguna ayuda y estaba orgullosa de ello, pero se sentía sola y aunque no quería una relación estable, sí le apetecía encontrar a alguien con quien salir de vez en cuando a tomar un café, o algo más si les apetecía a los dos. Por eso estaba en una página de contactos para mayores, pero todo lo que pululaba por allí tampoco era que valiese mucho la pena. Ella era una mujer culta y no buscaba solo un revolcón, para eso cualquier compañero del hospital le servía, ella necesitaba alguien con quien mantener una conversación interesante de vez en cuando y un abrazo cuando sintiera sus fuerzas flaquear.

—¡Pues claro que no he buscado nada!, aparte que no hay nada... solo hablamos por Messenger —aclaró Rhona.

Después de hablar casi una hora, sus amigas estaban boquiabiertas, de ella no hubiesen imaginado nunca algo así.

—¿Qué piensas hacer? —Preguntó Lola, después de un largo silencio por parte de las tres.

—No lo sé, os lo he contado porque estoy hecha un lío, es algo que me supera.

—¿Pero a ti te gusta? —Esta vez fue Maia la que preguntó.

—Ese es el problema, no lo sé. Lo paso bien en nuestras charlas. Me dice cosas bonitas que hace mucho tiempo no me decía nadie, en definitiva, me hace sentir viva —confesó ella.

—A ver que te parece; estamos en fiestas y ya sabemos que en estas fechas todo el mundo es cariñoso, a veces de más. Deja pasar las fiestas y cuando volváis a hablar le preguntas sus intenciones —aconsejó Lola, a lo que Maia estuvo de acuerdo.

—Bien, dejaré pasar estos días y veré que pasa.

—Pero nos mantienes informadas, ¿eh? —insistió Maia, guiñándole un ojo.

Capítulo III

Daniel condujo deprisa, él y su obsesiva manía con la puntualidad a veces le hacían cometer alguna imprudencia en carretera, pero eso sí, siempre llegaba a la hora, costase lo que costase. Como aquella noche, casi no le había dado tiempo a Rhona a maquillarse, Daniel llegó de mal humor y aunque la cita era a las diez de la noche a él le interesaba ser de los primeros en llegar, tenía temas que tratar con algún invitado, así que a las ocho y media de la tarde salían a toda prisa rumbo a la cena de nochevieja. Los anfitriones, un matrimonio de mediana edad, más o menos como ellos, les dieron la bienvenida y les indicaron que pasaran al salón. Una vez allí, Daniel se empezó a mezclar con los pocos invitados que habían llegado ya. Rhona se quedó en un segundo plano, como era su costumbre. A su marido no le gustaba que se inmiscuyese en sus conversaciones y a ella no le interesaban demasiado, así que se dedicó a admirar los cuadros, ya que había encontrado alguno bastante interesante.

Llevaba como cinco minutos admirando el mismo cuadro, no podía decidir si era un

auténtico Calsina o no, pero los rasgos de la mujer vestida de rojo del cuadro le producían ternura. De pronto alguien se acercó por detrás y le dijo: Es auténtico, sin duda, es Rosa, la mujer del artista, y puestos a dar información le diré que era familia de los dueños de la casa.

Rhona se giró para presentarse al extraño, se encontró con un señor maduro, más o menos de su edad, con una mirada traviesa, de niño grande, pensó ella.

—Gracias por la aclaración, no estaba segura de su autenticidad pero me encanta, aunque pensaba que el cuadro estaba en el museo de Montserrat.

—Veo que te gusta la pintura, tienes razón, pero este es un esbozo que hizo el pintor con anterioridad, no le acabó de gustar y por eso pintó el otro —comentó el desconocido.

—Por eso no lo acababa de reconocer. Me apasiona el arte en general y la pintura en particular.

—Veo que esta noche tendré una interlocutora con la que conversar, en confianza, no me gustan demasiado las fiestas.

—A mí tampoco, pero algunas son ineludibles. En confianza, preferiría estar en mi estudio jajaja —se divirtió con el comentario, siguiéndole el juego.

En esos momentos llegaba Daniel a buscarla, pretendía presentarle a un posible futuro cliente que quería conocerla.

—Rhona, querida, te estaba buscando.

—Pues has buscado poco, llevo delante de este cuadro más de diez minutos —contestó algo seca.

El caballero que hablaba con ella se giró y quiso preguntarle de dónde venía ese nombre ya que no era muy común, en aquel momento ella se excusó por tener que dejarlo.

Sirvieron la cena y se sentaron alejados uno de otro, la conversación como en todo este tipo de eventos era insustancial. Rhona no podía dejar de mirar de vez en cuando hacia el hombre con el que había conversado delante del cuadro, le había caído bien aquel tipo, que además, de vez en cuando soltaba alguna parrafada en la que se quedaba con todo el mundo. Le gustó que fuese políticamente incorrecto, en aquello se identificó con él enseguida. A pesar de no gustarle las cenas de compromiso, aquella noche no se lo estaba pasando del todo mal.

Hasta que no llegaron las campanadas no tuvo ocasión de hablar con él de nuevo. Daniel, por supuesto, estaba a lo suyo, la esposa del hombre en cuestión se sentó en un sofá del salón con la mirada perdida en algún punto de la pared, en toda la noche no había abierto la boca, se la veía taciturna, triste, incluso parecía mayor de lo que presumiblemente era.

Rhona volvió a posarse delante del cuadro que había estado contemplando antes, al momento se presentó aquel extraño personaje tras ella.

—Veo que sigues dándole vueltas al cuadro —comentó.

—Es precioso, me encanta y me encantaría pintar así de bien.

—¿Pintas? —preguntó extrañado.

—Sí, pero no lo hago demasiado bien —contestó humilde.

—Esto ya son muchas coincidencias —confesó él.

—¿Coincidencias? No entiendo —se extrañó ella.

—Conozco una Rhona, en Facebook, que también pinta y hace artesanías, aunque la que yo conozco lo hace muy bien —dijo él con una enorme sonrisa.

—¿Jaime? No me digas que te llamas Jaime. —Aventuró ella con el corazón desbocado.

—El mismo que viste y calza. —Se presentó tendiéndole la mano.

Rhona se sonrojó como una colegiala pillada en falta, llevaba una copa de cava en la mano y se apresuró a beber intentando que su turbación pasase inadvertida.

—Por fin te pongo cara —le susurró—, y te diré que eres mucho más guapa de lo que imaginé. Ahora me gustas más si eso es posible.

—Gracias, pero creo que exageras... lo siento, me tengo que ir, mi marido me estará buscando.

Se puso tan nerviosa que tuvo que salir de allí, le faltaba el aire. Jaime era un hombre muy apuesto, ahora que lo había conocido vio que las fotos de Facebook no le hacían justicia, se veía incluso más joven de lo que era con aquella barba de tres días y los ojos tan azules que le recordaban a uno de sus actores favoritos, se le daba un aire a Russell Crow y a ella le temblaban las manos solo de pensar en lo que le había susurrado, ¿cómo ella podía parecerle guapa a un hombre como aquel?

Encontró a su marido y le dijo que estaba cansada, que quería irse a casa, se había alterado tanto que empezaba a dolerle la cabeza. Jaime había coqueteado con ella. No creía poder sostenerle la mirada si se volvían a tropezar en la fiesta, necesitaba llegar a casa y reordenar sus ideas. Ahora no estaba segura si haber contestado siempre a sus mensajes le habría dado pie a pensar lo que no era. “¿Y que es lo que no era?” se preguntaba. Menudo lío, le estallaría la cabeza si seguía pensando en todo aquello.

Por una vez Daniel se portó como un caballero y la llevó a casa. Rhona estaba tan perturbada que al llegar ni siquiera atinaba con las llaves en la cerradura, con el frío que hacía las manos se le habían helado, entre eso y los nervios, se le cayeron al suelo por dos veces. Casi había llegado su marido de guardar el coche en el garaje y ella seguía batallando con el temblor de las manos. Por fin pudo abrir la puerta y al entrar en la casa fue directamente a la cocina, bebió un sorbo de agua y se estaba preparando una tila cuando llegó Daniel.

—¿Te acuestas ya? —indagó.

—Todavía no —se disculpó ella—. Me duele un poco la cabeza y me voy a tomar una tila.

—¿No sería mejor una aspirina?

—Sí, claro... eso también. —No le salían las palabras.

Estuvo un rato dando vueltas por la casa, no podía estar quieta, las palabras de Jaime retumbaban en su cabeza, la perseguían allá donde iba, no era capaz de dejarlas atrás. Intentó pensar en sus hijas, en su proyecto, incluso en su marido. Pero no, Jaime daba vueltas machaconamente en su mente, pensó en su aspecto, un hombre maduro, pero no se quería engañar, era guapo y muy como le gustaban a ella; rubio, aunque ya con algunas canas, pelo corto y unos intensos ojos azules, lo que menos le gustaba era la barba, recortada y bien cuidada, eso sí, pero ella no era de barbas... ¿Y por qué estaba pensando en su aspecto? ¿A ella qué le importaba su aspecto? Había coqueteado delante de su mujer, y no se había cortado un pelo.

Por fin se acostó, eran ya casi las cuatro de la madrugada, pero no tenía sueño. No quería que Daniel se levantara y le preguntase de nuevo qué le pasaba, así que hizo un esfuerzo y estuvo en la cama un par de horas. Dos horas interminables, no quería moverse para no molestarlo pero no aguantaba más tiempo estirada sin poder dormir y el corazón a punto de una taquicardia.

El día de año nuevo comieron en casa de otros amigos de Daniel, siempre eran amigos de Daniel, las de ella no contaban para nada. Pasó el día como una zombi, le hablaban y no se enteraba de nada, a todo asentía por quedar bien, porque si contestaba sabía que metería la pata y no quería que su marido le montase el numerito por no estar a la altura. Ese era el comentario que

le hacía siempre qué, por lo que fuese, ella no contestaba lo que él creía que debía contestar, como si ella no pudiese razonar por sí misma, o tener una conversación coherente y relativamente culta.

Durante todo el día no se quiso acercarse al ordenador, tenía pánico de lo que Jaime pudiera decirle, se quiso hacer a la idea de que había bebido alguna copa de más y por eso se atrevió a decirle aquello, el problema era que ni una sola vez, en toda la velada, lo vio con una copa en la mano.

Ella no podía dejar de hacer sus cosas por él, “lo borraré del Facebook y se acabará el problema”, pensó.

Al día siguiente, por la mañana temprano, mientras Daniel dormía (el día dos cayó en domingo) y como no quería incomodarlo, se sentó un rato al ordenador a leer el correo y ver si tenía algún pedido o algún comentario sobre sus obras. Siempre la ponía de buen humor encontrar comentarios positivos de sus trabajos y aquella mañana, más que nunca, necesitaba algo que la animase.

Nada más abrir el Facebook lo primero que vio era que Jaime estaba conectado, el puntito verde parecía que la atrapaba, no podía apartar los ojos de él. De pronto, saltó el Messenger. Rhona dio un respingo y se le aceleró el corazón. Aquello no podía estar pasando, debería dejar de contestar a sus mensajes, pero si era sincera consigo misma, no podía... O no quería.

Tiene un mensaje nuevo.

—*Buenos días, madrugadora. Feliz año nuevo.*

Tardó un rato en responder, las pulsaciones cada vez que saltaba el Messenger eran casi de infarto. Respiró hondo, se le había acelerado el pulso, intentó calmarse antes de responder, pensó contestar, pero escueta, se dijo, le preguntaría qué era lo que quería de ella y cortaría la comunicación, se repitió por enésima vez.

—*Bon jour* —volvió a saltar el bocado de los mensajes.

—*Bon jour, “pour le matin”* —contestó Rhona, sonriendo y olvidando al momento sus propósitos de un minuto antes.

—*Par le matin, jejeje* —la corrigió.

—*Mi francés es deplorable, lo sé.*

—*Jaja, a mí me pasa igual, mi francés es patético, porque encima voy de que sé jejeje. Espero que no te haya molestado mi corrección.*

—*Pues no es mi intención aprender francés a estas alturas. Así que no me molesta que me corrijan. Además no me gustan los franceses.*

—*¿Sabes que contestó Churchill cuando le preguntaron qué opinaba de los franceses?*

—*Imagino que lo mismo que yo.*

—*Pues no, dijo que no tenía opinión, que no los conocía a todos.*

—*Genial, lo suscribo, yo tampoco los conozco a todos y los que conozco no me caen demasiado bien.* —Respondió Rhona tan a gusto con la conversación que olvidó completamente todo lo que pensaba decirle—. *Hasta ellos se buscan los ministros españoles, por algo será.*

—*Ya veo que mucha estima no les tienes, no. Aunque ellos a nosotros tampoco.*

—*Pura envidia. ¿A ti te gustan los franceses?*

—*Yo tengo debilidad por las francesas.*

—Ufff. *Qué decepción.*
—*¿Qué esperabas que dijera?*
—*Pues no lo sé, pero habiendo españolas tan guapas, que te gusten las francesas...*
—*Soy muy patriota, pero en este caso haré una excepción... Claro que si una compatriota me hiciera caso, no me fijaría en las francesas.* —tiró la honda por si pescaba—. *Jejeje me has puesto en un aprieto.*

Dicho esto le mandó un emoticono de la cara de un perrito llorando.
—*No me llores, por favor, que no es para tanto* —contestó Rhona sin entender bien el significado.
—*No es llanto, es sudor frío.*
—*Ahora tendré yo la culpa, cuando el aprieto creo que ha sido más bien para mí.*
—*No, mujer, en un aprieto me has puesto tú a mí, aunque esto es solo un juego, creo que he respondido bien. Mira si soy, que en vez de disimular, voy y te lo cuento, cuando la idea era de atacar* —decía Jaime risueño—. *Bueno te voy a hacer una confesión; aunque pensándolo bien... será otro día.*
—*Me quedo más tranquila si solo es un juego.*

En ese momento se levantó Daniel, Rhona cerró el portátil sin despedirse siquiera y empezó a hacer las tareas pendientes, desayunaron, y su marido se excusó diciendo que había quedado con unos clientes, que llegaría para la hora de comer.

Antes se tomaba esas escapadas de su marido con acritud y le dolía que la creyera tan tonta, nadie, y menos en su gremio, quedaba para trabajar en domingo. Desde que hablaba con Jaime no le molestaban tanto sus excusas, a veces pensaba que se sentía culpable por lo que hacía, pero es que en realidad ella no hacía nada malo, solo hablaba. Aunque últimamente las conversaciones estaban superando el nivel del simple diálogo.

—*Toc, toc... ¿hay alguien?* —preguntó Jaime viendo que ella dejaba de contestar.

Cuando Rhona volvió al ordenador, Jaime seguía esperándola.
—*Perdona, he tenido que atender a mi marido* —se excusó ella.
—*No te preocupes, he aprovechado para ponerme al día en algunas cosillas.*
—*Entonces, ya que sigues aquí, estoy esperando tu confesión.*
—*¿Mi confesión?*
—*Si, hace un rato y unos párrafos más arriba me dices que me confesarás algo. Ahora no te echas para atrás.*
—*Una confesión ¡¡Ah, esa!! Es muy simple, cuando he hablado de las francesas buscaba tu reacción.*
—*Todo el mundo sabe que no me gustan los franceses. No has descubierto la sopa de sobre jajaja.*
—*No, esa no. La reacción previsible, era esa, la de que las españolas son más guapas e interesantes.*
—*Es lo mismo, habiendo españolas tan interesantes y guapas, que te gusten las*

francesas, pues me parece de tontos, no te ofendas, y si encima no sabes el idioma... Perdona, de nuevo me salió la patriota que llevo dentro.

—Jajaja... Es verdad, hay una española que me interesa más que las otras, pero no por española.

*—Entonces ¿Por qué es? ¿Por catalana? —*después de decir aquello se arrepintió, pensó que le daba pie a lo que él estaba buscando, hacerla caer en su telaraña.

—En este caso la nacionalidad es lo de menos, quizá por artista.

—Bueno, te dejo por hoy, me tengo que ir. Adiós.

De pronto se vio de nuevo envuelta en la red del flirteo y volvió a acojonarse. Su intención al conectarse era la de decirle que tenían que dejar de hablar, pero en cuanto le decía hola, se le obnubilaba el cerebro y perdía la perspectiva.

*—Cuando volvamos a hablar me tienes que explicar eso que has colgado en Facebook, sobre que nadie es indispensable —*fue lo último que le dijo antes de que ella se desconectara y que ella ni siquiera leyó—. *Un apasionado beso.*

Conversación de chat finalizada.

Rhona temblaba de pies a cabeza. Había querido contestar solo para decirle que aquel juego era peligroso, que ella era una mujer casada y no le parecía correcto aquel flirteo. Pero no pudo, en cuanto saltaba el Messenger, como vulgarmente decía Lola, se le caían las bragas al suelo.

Se le hacía tarde, por la mañana se había entretenido demasiado chateando con Jaime y se le había echado la hora encima, tenía que arreglar la casa y preparar todo para que cuando llegase su marido no tuviese motivos de queja. Intentaba mantener todo como antes de emprender aquella locura y a veces le resultaba difícil, sobre todo cuando mantenía aquellas conversaciones que hacían que su cabeza no parase de pensar en él, y más, ahora que le ponía cara.

Cómo sería estar entre sus brazos, se preguntaba, y acto seguido movía fuerte la cabeza a un lado y otro esperando que aquellos funestos pensamientos se esfumasen, cómo si fuese tan sencillo, se decía agitando la cabeza esperando que desaparecieran aquellos pensamientos. Puso música en el móvil a todo lo que daba, buscando que de aquella manera se acallasen las voces que resonaban en su cabeza y alimentaban sus locuras. Empezó a preparar la comida y por un rato logró sacar a Jaime fuera de su cerebro, aunque solo fuese por un rato.

Mientras comían, en el más absoluto de los silencios, cosa que Rhona odiaba, pero a la que con el tiempo había tenido que acostumbrarse, ya que su marido no era precisamente parlanchín y ella odiaba aquel silencio, por eso, mientras estaba sola, la música se escuchaba siempre a todo volumen. No podía parar de pensar en él, por mucho que lo intentase, necesitaba volver a verlo, aunque por otro lado le daba pánico abrigar aquellos sentimientos dentro de ella.

Por la tarde no tuvo ganas de hacer nada, cogió un libro y se sentó en su sillón de lectura, pero era incapaz de concentrarse. Pensó llamar a las chicas a ver qué tal empezaban el año pero lo descartó, cada una estaría en su trabajo, así que esperaría mejor a que fuesen ellas las que llamaran, se limitó a enviarles un Whatsapp diciéndoles lo mucho que las extrañaba y llenándoles la pantalla de emoticones con besos y corazones. Tenían una madre muy infantil, pero en el fondo a ellas les encantaba, sobre todo a Clara, que era fiel reflejo de ella, pero en valiente.

Ckline

Rhona no estaba conectada en aquel momento, pero se había cambiado el móvil y el que se había comprado era mucho más completo, podía utilizar Internet sin que se le bloquease como le pasaba con el anterior. Se sobresaltó al escuchar aquel sonido hasta aquel momento desconocido, era el Messenger de Facebook que le avisaba que tenía mensajes. Eran las once de la mañana y ella estaba de camino hacia la galería, le supo mal no poder contestar, pero mientras conducía no contestaba, procuraba respetar en lo posible el código de circulación, aunque estaba segura que era Jaime, ya que era el único que le hablaba por el Messenger. En cuanto aparcó el coche sacó el móvil del bolso y con una enorme sonrisa vio que la “burbuja activa”, como denominaba el aparato, un circulito con la foto del perfil de la persona que estaba en conversación, saltaba en la pantalla.

Tocó la burbuja y se abrió el Messenger, le encantaba su nuevo Smartphone, era genial, pensó con una amplia sonrisa.

Conversación de chat activada.

—*Buenos días.*

—*Buenos días* —contestó Rhona conectando de paso el ordenador.

—*¿Mucho trabajo previsto?*

—*Bueno, no demasiado, me gustaría tener más encargos, pero...*

—*¿Algún plan de guerra para hoy?* —siguió preguntando Jaime.

—*De momento no he preparado el planing del día.*

—*Pues sobre la marcha* —aventuró él— *qué flancos te apetece atacar hoy.*

—*Creo que improvisaré jajaja.*

—*Perfecto, improvisemos, bella Rhona.*

—*¿Improvisemos? Ese improvisemos ¿me incluye a mí?*

—*Claro, ¿no te gusta improvisar? O tienes miedo que te pida que sigas mis locuras. Tus trabajos son improvisaciones, por lo tanto se te da bien. Eres buena.*

—*No, no soy buena, no soy tan insensata como para pensar eso.*

—*No eres insensata, al menos comparado conmigo. Yo si soy un insensato.*

—*Yo no te veo así, creo que te gusta aparentarlo, pero no lo eres.*

—*¿No? ¿Entonces cómo calificarías mi atrevimiento contigo?*

—*Uff, me pones en un aprieto; de disparate quizá.* —respondió Rhona con el corazón acelerado, la conversación empezaba a entrar en terreno peligroso de nuevo.

—*¿Eso crees?* —preguntó la pantalla.

—*Tú, ¿no?*

—*¿Por qué piensas que es un disparate?*

—*Porque yo ya no estoy para esos trotes* —intentó ser evasiva.

—*¿Qué trotes?* —inquirió él, sin dar tregua.

—*El de las aventuras, ya tengo una edad* —confesó aterrada. Aquel juego le gustaba demasiado.

—*Jajaja ¡Claro que estás para esos trotes! Además, pienso que te sentarían muy bien. Yo también tengo una edad, pero eso no quita... que me gustes.*

—*No estoy segura que me sentaran bien* —intentó de nuevo rebajar el tono.

—*Si no lo pruebas, nunca lo sabrás. Jajaja, te voy a cambiar el nombre.*

—*Qué tiene mi nombre ¿no te gusta?*

—*Gata, te voy a llamar gata* —respondió antes de leer el comentario de ella.

—*¿Gata? No creo merecerlo* —la sorprendió sin saber que contestar.

—*Ya lo creo que lo mereces, eres una gata difícil de atrapar, como todas las gatas.*

—*Bueno, eso no puedo rebatirlo.*

—*Aunque yo no quiero atrapar a ninguna gata.*

—*Ah ¿no? Entonces qué se supone que intentas conmigo.* —Preguntó para acto seguido arrepentirse, de nuevo estaba entrando en su juego.

—*No, claro que no. Yo quiero que la gata venga a mí libremente. Sin lazos, sin trampas, sin ataduras.*

—*El problema es que la gata tiene dueño.*

—*La gata no tiene dueño.*

—*Ya lo creo, igual que Don Erre que Erre tiene dueña.*

—*Yo no tengo dueña* —replicó Jaime con presteza—, *además una aventura es un sueño hecho realidad, nada más, y nada menos.*

—*Bueno, digo dueña como sinónimo de compañera.*

—*Pero todos necesitamos un espacio de libertad, y nosotros ya compartimos muchas cosas.*

—*Pero mi conciencia no me dejaría en paz.*

—*Eso no lo sabes. Solo lo piensas.*

—*Y como no lo sé, creo que está bien así. Nunca me he planteado en esto nada más que pasar un rato divertido. Solo eso. Sin pasar a mayores.*

—*¿Qué son mayores? No te entiendo* —preguntó Jaime de nuevo sin darle tiempo a pensar.

—*Sí que me entiendes, y sabes que es algo que no te puedo dar.*

—*Dí mejor que es algo que no me quieres dar. Aunque para mí sería más bello dar que recibir, aunque lo mejor sería compartir. Y si te soy sincero, yo tampoco sé como me sentiría.*

—*A ver como te lo explico sin que te molestes, en mi vida solo he estado con dos hombres. Y uno fue cuando era muy jovencita, el otro es mi marido. ¿Comprendes ahora que no pueda ir contra mi personalidad?*

—*¿Con dos? Pues ya sabes el refrán jajaja, no hay dos sin tres.*

—*Y tú ¿con cuantas has estado? Las debes contar a cientos, como Julio Iglesias jajaja* —quiso gastar una broma Rhona, la temperatura de la conversación estaba demasiado elevada.

—*Solo con mi mujer, y ya casi ni me acuerdo... aunque oportunidades no me han faltado, no te lo voy a negar.*

—*No sé si creerte, no creo que no hayas estado con nadie ni de jovencito, aunque solo fuese para probar.*

—*No, de jovencito era muy fiel, tuve una novia pero no pasé de besitos en la mejilla.*

—*Jajaja, me estás vacilando* —en el fondo Rhona se estaba divirtiendo.

—*No, ¿por qué habría de hacerlo?*

—*Pues no sé, pero yo te veo muy suelto en el tema, para haber sido tan fiel.*

—*Yo siempre he sido muy suelto jajaja. Ahora, tampoco es que me vaya a ir con cualquier mujer y de cualquier manera.*

—*Al final me contarás la verdad, lo siento pero no puedo creerte.*

—Bueno, el año pasado tuve una aventura con una mujer. No pensaba decírtelo, pero creo que no debo ocultártelo.

—Y ahora ¿por qué yo? Y si puedo preguntar ¿por qué lo dejasteis?

—¿Tú? Por dónde empiezo. A ver, tú porque eres diferente, eres atractiva intelectualmente... porque eres una gata, y eso me atrae muchísimo... porque escribes correctamente y muy bien, porque no eres maruja, porque no te llenas la cabeza de tópicos izquierdistas, tienes una magnífica conversación, entras al trapo, sabes provocarme y tocarme los... las narices, porque eres independiente y podría seguir enumerando tus cualidades.

—Caray, me has dejado sin palabras, me abrumas con tus alabanzas y no creo ser merecedora de todas ellas, aunque lo de los tópicos te lo compro jajaja —Intentó de nuevo rebajar el tono, el corazón se le escapaba del pecho pero era incapaz de cortar aquella conversación, además le había dado un ataque de risa— hasta te diré que soy políticamente incorrecta. Así que te toco las narices, en este momento no puedo dejar de reír, mi intención no pasaba de provocar un poquito, pero nada más jajaja. Lo siento, pero es que habiendo más de cuatro mil millones de mujeres en el mundo que te hayas fijado en mí... que mala suerte la tuya.

—Es que eres la única que me provoca jeje.

—Al final creeré lo de que no has estado con muchas mujeres, a todas las mujeres nos gusta provocar.

—Perdona, lo sabré yo que me han abordado montones de mujeres. No, ahora hablando en serio, conocer, conozco a muchas mujeres, y les gusta provocar, pero ninguna intelectualmente como a ti.

—Perdona, te tengo que dejar, tiene que venir una visita en unos minutos y voy a ver si les vendo algo jajaja. Adiós.

—Qué tengas buenas ventas, adiós, con un beso.

Conversación de chat finalizada.

Rhona no tenía ninguna visita, sencillamente le entró el pánico. Tantos cumplidos de golpe no se los esperaba, no sabía lo que un hombre maduro y experimentado sería capaz de decirle con tal de que ella accediese a sus deseos. El problema era que se estaba enganchando a aquellas conversaciones, que si algún día, por lo que fuese, él no le hablaba, se pasaba el día mirando el Facebook a ver si estaba conectado o no.

Al final, por suerte, tuvo un par de visitas, así no sería mentira lo que le había dicho. Ella no decía mentiras y cuando le dijo aquella piadosa, se sintió mal, no por la mentirijilla en sí, sino porque de alguna manera estaba traicionando a su marido, aunque solo fuese con el pensamiento. Así que desconectó el ordenador y se obligó a no volver a mirar el Facebook en todo lo que quedaba de día.

Capítulo IV

Pasaron unos días de calma después de las fiestas, Rhona intentaba no pensar demasiado en aquella aventura que estaba tomando un giro complicado para ella. En casa parecía que Daniel hubiese aceptado o como mínimo asimilado que ella no dejaría su afición por mucho que a él le disgustase. Sus hijas habían pasado un fin de semana en casa y Rhona se sintió más que feliz, la casa esos días volvía a tener vida, la música sonaba a todo volumen y se llenó de los amigos de ellas, estaba tan contenta que en todo el fin de semana ni siquiera había pensado en Jaime o en mirar el Facebook.

El lunes por la mañana bien temprano las llevó al aeropuerto y volvió a sumirse en la melancolía, le pasaba cada vez que se marchaban, era consciente que ellas tenían su vida, pero le costaba tanto cortar el cordón umbilical. Daniel también tenía un viaje programado, otra vez estaría sola por lo menos una semana. Al volver del aeropuerto conducía despacio, sin prisa, no quería llegar a una casa vacía y silenciosa, así que decidió pasarse por el local.

Ckline

Sonó la burbuja del Messenger del móvil.

A Rhona le dio un vuelco el corazón, llevaba días sin acordarse del teléfono... ni de Jaime, así que en aquel momento se sintió mal, al parar en un semáforo conectó el móvil y miró.

Sábado 9:31

—*Hola.*

Sábado 12:43

—*Buenos días.*

Domingo 14:33

—*¿Estás por ahí? ¿Te ocurre algo?*

Domingo 17:36

—*Buenas tardes.*

Lunes 9:50

—*Buenos días.*

Tenía unos cuantos mensajes, en el mismo momento en que llegaron las chicas aparcó el móvil y no se había vuelto a acordar de él, al tenerlas en casa, no tenía la necesidad de enviar mensajes o llamarlas, así que sencillamente lo apagó, estuvieron tan poco tiempo en casa que solo quiso estar por ellas. Le supo mal haberlo preocupado, pero tampoco creía tener ninguna obligación hacia él.

En aquel momento se puso el semáforo en verde y no pudo contestar, así que en cuanto llegó al local lo primero que hizo fue conectar el ordenador, abrir el bocado de los mensajes y responder.

—*Buenos días, siento no haber podido contestar, estuvieron mis hijas en casa y desconecté de todo lo demás.*

—*¿Qué tal está mi bella y rampante gata? Tranquila, es normal que estés por tus hijas* —dijo quitando importancia después del saludo.

—*Huy, cuantos adjetivos en una sola frase.*

—*¿Qué tiene un sustantivo si no va acompañado de algunos adjetivos?*

—*También es verdad —concedió ella.*

—*Olé, por una vez me has dado la razón, soy feliz* —aplaudió Jaime.

—*Me alegro que te conformes con tan poco, es tan poco lo que puedo dar...*

—*Yo creo que me das bastante ¿por qué te valoras tan poco?*

—*Bueno, no hablaba de mí, sino de mis escasos bienes materiales.*

—*Mis bienes materiales son más escasos todavía, y sin embargo tengo mucho que ofrecer.*

—*Yo ofrezco mucho de mí, todo lo que puedo y todo lo que soy.*

—*Qué va, te quedas muy corta ofreciendo...*

—*¿En qué te basas para decir eso?* —preguntó Rhona con curiosidad.

—*Hoy, te dejo con la duda. Adiós, preciosa.*

Conversación de chat finalizada.

Dicho lo cual, Jaime se desconectó, dejando verdaderamente a Rhona con una tremenda duda, y una enorme y bobalicona sonrisa en la cara.

El día transcurrió deprisa, estuvo en el taller confeccionando unas piezas que a su entender habían quedado muy bien, se sentía satisfecha y cuando creaba no pensaba en nada más, estaba sola en casa y no tenía prisa por volver, nadie la echaría de menos, así que llamó a sus amigas y quedó para tomar algo al finalizar la jornada.

—Aquí, chicas... —las llamó con la mano desde la mesa a la que estaba sentada.

—Hola, cariño —le dio dos besos Maia.

—Buenas tardes, criatura humana —saludó Lola con su habitual desparpajo. —¿Y ese milagro?

—Milagro ninguno, se han ido las niñas y Daniel está de viaje, así que tengo tiempo libre.

—Entonces nos montaremos una buena juerga jajaja —esta vez fue Maia la que bromeó, sabiendo que en lunes era prácticamente imposible. Lo primero; casi todo estaba cerrado por descanso del personal, y lo segundo; las tres, o por lo menos Lola y ella, tenían que madrugar.

—Bueno, ¿alguna novedad? —preguntó Lola que estaba muerta de curiosidad por saber cómo estaba el “tema” de su amiga con el galerista.

—Ya te he explicado las novedades, ¿qué más quieres que te diga? —se hizo la inocente Rhona.

Tanto Lola como Maia quisieron saltarle a la yugular en aquel momento, se hacía de rogar y ellas sabían con certeza que las había convocado para hablar de su romance, eran sus confidentes y por teléfono no era lo mismo.

—¡¡Rhona!! —Saltaron las dos a la vez.

—No nos hagas que te supliquemos, por favor, que me voy a quedar sin uñas como sigas sin soltar prenda —decía Lola sin poder ocultar su curiosidad.

—Estos días no he estado por él, con las chicas en casa no he parado un segundo, así que esta mañana me he dado cuenta que tenía un montón de saludos...

—Chica, lo tienes en el bote —comentó Maia.

—No creo que sea eso, sencillamente tiene una conversación agradable y amena, es un entendido en muchas cosas que me apasionan, no solo en arte, y por eso me gustan esas largas conversaciones, pero no creo que haya nada más allá de eso —en su fuero interno, Rhona sabía que era algo más, pero le costaba admitirlo.

Ckline

Sonó el Messenger del móvil, a Rhona le dio un vuelco el corazón, el único que le enviaba mensajes era Jaime, de pronto un color le subía y otro le bajaba.

Sacó el móvil y efectivamente, era él. Tanto Lola como Maia se la quedaron mirando fijamente.

—¡Contesta! —dijeron las dos a la vez, parecía que estaban sincronizadas.

—No, ahora no puedo contestar, y menos con vosotras delante, me haríais poner cosas que no son.

Estuvieron un rato charlando, hablando de hijos y maridos, mientras Lola miraba de soslayo a un camarero que no estaba nada mal, decía ella casi tirándole los tejos.

—A ese no me importaría hacerle un favor, jajaja —comentó jocosa y en voz tan alta que el camarero al escucharla se la miró con deseo.

Ckline

Volvió a sonar el Messenger.

—Criatura humana, mira por lo menos a ver qué quiere —apremió Lola deseosa de saber algo más del personaje.

—Está bien, pero no pienso contestar.

Abrió la app del Messenger y leyó los mensajes.

Lunes 19:27

—*Hola.*

Lunes 20:03

—*Hola, ¿estás ahí? ¿Me invitas a un café?*

—Chicas, me dice que le invite a un café ¿Qué hago? —preguntó indecisa como siempre.

—¡Invitarlo! —exclamó Maia sin pensar.

Viendo que seguía conectado hizo caso a sus amigas y le contestó.

—*Hola, buenas tardes.*

—*Buenas tardes, gata malvada.*

—*¿Malvada? No pensé que me vieras así.*

—*¿Por qué crees que te quiero? ¿Por santurrona? No, es broma, eres adorable, pero eres malvada, no me has contestado, vuelvo a preguntar ¿me invitas a un café?*

—*¿A un café?*

—*Claro, o a un gin tónico, lo que prefieras.*

—*Bueno, no sé, es que estoy con unas amigas tomando uno.*

—*Lástima.*

—*Otro día será* —escribió Rhona mientras sus amigas le decían que no, que ellas se iban y los dejaban solos.

—*Aunque podemos invitar a tus amigas si quieres, no vamos a hacer nada malo jejeje*

—insistió él, casi leyendo el pensamiento de ellas—. *¿O es que no quieres que nos veamos?*

—*No, no es eso, de verdad.*

—*Entonces ¿me invitas o no?*

—Cómo le digas que no dejamos de ser amigas —dijo Maia tajante.

—*Está bien, te espero en la cafetería Lilipep, no sé si la conoces.*

—*Ok, la conozco, tardaré un ratito, estoy en la otra punta... espérame.*

Conversación de chat finalizada.

—Cuenta, cuenta —dijeron las dos a la vez— ¿qué le has dicho al final?

—Le he dicho que lo espero aquí, pero tardará un rato, me dice que está en el otro lado de Barcelona.

—Pues nos vamos, no queremos entorpecer esta incipiente relación —reía Lola con ganas.

—No, por favor, no me dejéis sola —rogó.

—Está bien, nos quedamos hasta que aparezca, en ese preciso instante nos vamos, por lo menos yo, no quiero ser carabina de nadie —concedió Maia.

Rhona estaba tan nerviosa que no sabía dónde meterse, de pronto quería salir corriendo, de pronto no veía el momento en que llegase... hasta que apareció. Sonrió y la cara se le iluminó, así que Lola y Maia, en cuanto vieron esa sonrisa se levantaron para irse, instante en que Jaime llegaba a la mesa.

—Buenas tardes, siento mucho el retraso —dijo mirando a Rhona, esperando una presentación, porque lo que no esperaba era que estuviese acompañada.

—Lola y Maia —las presentó Rhona—, pero ya se van. —Apostilló.

No supo por qué había dicho aquello, sabía perfectamente que ellas se irían, o al menos es en lo que habían quedado, pero le pareció que tardaban más de la cuenta en dejarlos solos.

—Encantada —tendió la mano Maia.

—Encantadísima —sonrió Lola, siempre espontánea.

Le dio dos besos cada una y se fueron, aunque girando la cabeza de vez en cuando. Al quedar solos, se quedaron mirando embobados y sin saber qué decir ninguno de los dos.

—Gracias por esperarme.

—Bueno, me ha costado lo mío, no creas, estaba confusa.

—Confusa ¿tú?

—Como siempre, yo solo sé que no sé nada —replicó con risa nerviosa.

—Tienes razón, eres muy confusa y algo difusa.

—¿Puedes explicar lo de difusa?, si tienes a bien, claro —preguntó confundida, no entendía a qué venía aquello.

—¡De ninguna manera! Jajaja creo que te he picado, no era mi intención —hizo una pausa — o sí. ¿Sabes por qué he dicho tan maravilloso vocablo?

—Uff, que aluvión de palabras, explícamelo por favor, estoy segura que hay alguna intención al decirla —sonreía con cara de boba.

—Sencillamente porque rimaba jajaja.

Jaime se lo estaba pasando realmente bien, le encantaba aquel juego del gato y el ratón, y lo que más le gustaba era que Rhona le seguía el juego.

—¿Solo por eso? Vaya, tendré que pensar que entre tus aptitudes está el ser todo un poeta, o simplemente es la palabrería de un buen periodista jajaja.

—Bueno, de paso te tocaba un poquito las narices.

—Creo que eso es lo que más disfrutas.

La conversación fue distendida y Rhona se empezó a sentir a gusto a su lado, era un hombre carismático y a ella le encantó ese toque algo frívolo que adoptó para que ella se sintiera cómoda.

—Bueno, contigo sí, porque de vez en cuando me las haces pasar canutas —confesó risueño.

—¿Conmigo sí? y ¿Con las otras no? Tus palabras te delatan —le dijo mirándolo por primera vez a los ojos, unos ojos tan claros como profundos, que tanto la perturbaban.

—¿Por qué otras y no otros? Además tú no eres ninguna “otra” —replicó algo más serio de lo que ella hubiese esperado.

—Porque hasta ahora pensaba que no te gustaban los “otros” —bromeó Rhona.

—Pues ya ves jajaja.

—Aunque si necesitas salir del armario, aquí estoy, para lo que te haga falta.

—¿Ves qué mala eres conmigo? ¡Me encantas!

Rhona se puso colorada como un tomate, sorbió un poco del cóctel que le quedaba en la copa intentando refrescarse, la conversación estaba tomando un giro demasiado íntimo, y lo malo era que le encantaba su compañía y no se sentía tan culpable como pensó en un principio. Jaime se la quedó mirando, notando su rubor, con una tremenda sonrisa, a la vez que se relamía pensando en cómo sería un encuentro en la cama con ella.

—No soy mala, todo te lo digo desde el cariño.

—Pues como aquí estás, y ya que te ofreces, te diré que te necesito, me gustaría saber qué harías por mí —bajó la voz a un simple susurro—desde ese cariño que me ofreces, mmmhhh, se me acelera el corazón.

Rhona miró el reloj, viendo lo tarde que era y el tono que estaba alcanzando la

conversación dijo que se tenía que marchar.

—¿Vas muy lejos? Te acompaño —propuso.

—Tranquilo, tengo el coche aquí al lado.

—Te acompaño al coche, ya sabes que soy tu caballero sin armadura.

Llegaron al coche y Jaime le preguntó:

— ¿Te vas a ir sin despedirte?

—Es lo que estamos haciendo ¿no?

—Me darás un beso por lo menos.

Rhona se debatía entre las ganas de besarlo y el recelo a hacerlo, temblaba como una hoja, se quedó estática, no dijo ni si ni no, así que Jaime lo interpretó como un sí y pasándole la mano por el cuello atrajo su cabeza hacia sí y la besó, el primer contacto con su boca la hizo estremecer de placer, pero al notar como su lengua le entraba casi hasta la campanilla se asustó de tal manera ante lo que estaba sintiendo que, poniendo sus dos manos en el pecho masculino, lo empujó hacia atrás.

—Lo siento, lo siento, de verdad que creí que querías —se disculpaba Jaime nervioso.

—No he dicho nada, por lo tanto deberías haber esperado, no estoy preparada para esto, soy una mujer casada.

—No volverá a pasar te lo prometo, he confundido tu lenguaje corporal.

—Tranquilo, tampoco le des más vueltas, ahora, de veras, tengo que irme, se me hace tarde.

Dicho esto, Rhona se metió en el coche y salió algo más deprisa de lo adecuado, aquel beso, que realmente, se había dejado robar, le había removido todo por dentro, no quería reconocerlo pero se estaba enamorando de un hombre casado y, que a decir verdad, no era precisamente “su tipo” no era guapo, pero tampoco feo, no era alto pero tampoco bajo, no era delgado, pero tampoco grueso, era un hombre de mediana edad bastante normal. Entonces ¿qué le gustaba? No sabía decirlo, llevaba barba recortada y a ella nunca le gustaron los hombres con barba, ¿por qué entonces le atraía tanto? Lo único que entraba en los cánones que a ella le gustaban era su pelo rubio y sus ojos azules... y su voz, le encantaba oírlo hablar, era una voz sedosa, relajante. Otra cualidad que ella le veía, era que tenía una manera deliciosa de alborotarse el pelo cuando hablaba, tanto, que la volvía loca, aunque lo llevase cortísimo, y supuso que lo más importante, lo que en verdad le atraía es que era un hombre muy culto, con el que podía mantener largas conversaciones, y eso, eso era en realidad lo que le más le gustaba de él.

Llegó a casa dando gracias a Dios por estar sola, las piernas le temblaban y casi no la sostenían, se tuvo que hacer una tila para calmar los nervios. Por mucho que se le hubiese insinuado cada vez que hablaban en Facebook, verse cara a cara había sido brutal. El corazón se le escapaba del pecho y el sabor de aquel beso lo llevaba grabado en los labios.

Tenía miedo a conectarse de nuevo, aunque estaba deseando hablar con él, era como una droga, sabía que no era lo correcto, pero le era imposible dejarlo. Recogió un poco la cocina, aunque solo se había hecho una infusión de tila, ya que el estómago se le había cerrado y no pudo probar bocado, hasta que la curiosidad pudo más que ella. Fue a su dormitorio y conectó su ordenador, prácticamente no había abierto el Facebook cuando saltó el bocadillo de una conversación privada... y eso que eran pasadas las once de la noche.

Tienes un mensaje nuevo.

—*Toc, toc ¿estás ahí?* —preguntó en cuanto notó el puntito verde confirmando que estaba conectada.

—*Hola.*

—*Gracias por esta tarde tan agradable.*

—*Yo también lo he pasado bien.*

—*Te pido disculpas por lo de antes, de verdad que te he interpretado mal.*

—*No le des más importancia, tampoco ha sido para tanto* —dijo Rhona rozándose los labios con el dedo—*Perdona tú mi inseguridad, no soy una persona tan segura de todo como puedas serlo tú.*

—*¿Te has creído lo de mi seguridad?*

—*Es como te veo.*

—*Pues te equivocas, yo pensaba que la segura eras tú, todos tenemos inseguridades y nuestra fortaleza reside en conocerlas.*

—*Entonces debo ser muy fuerte, esas me las conozco todas, tanto, como si viviera con ellas, jajaja.*

—*Eres, eres... incalificable.*

—*Por favor, no te rías de mí o se me sumarán unas cuantas.*

—*Yo no me río, ¿por qué dices eso? No eres justa conmigo y menos contigo.*

—*Soy muy susceptible.*

—*Eres una gata, sin duda, eres mi gata.*

Otra vez se elevaba el tono, otra vez el corazón le palpitaba acelerado por una simple palabra, Rhona parecía estar escuchándola en boca de él.

—*Pobres gatas, ¿no te gustan las gatas?* —dijo por decir algo, ya no sabía lo que decía.

—*Hasta que te conocí, no... ahora me encanta una en particular.*

—*O sea, que ahora soy la culpable de tu cambio de gustos.*

—*Culpable de arañarme el corazón, pero el villano sigo siendo yo.*

—*Menos mal que eres mi villano favorito* —cuando hubo dado al “enter” se dio cuenta de lo que había escrito, cuando hablaba con él decía las cosas impulsivamente, sin meditar, se acaloró pensando lo que interpretaría él de aquella frase.

—*Me encanta como ha sonado eso... por fin me dices algo agradable.*

—*Ya ves, soy una gata cariñosa y todo lo digo desde el cariño, ya lo sabes.*

—*Hay cariños que matan, jajaja.*

—*Bueno, te tengo que dejar, se me hace tarde* —se despidió al darse cuenta que escribía demasiado desde el corazón y él era un experto en leerla entre líneas.

—*Buenas noches, un beso, con mucho cariño.*

—*Buenas noches, que descanses, un beso.*

Conversación de chat finalizada.

Por la mañana se levantó con resaca, pero no una resaca de haber bebido, al fin y al cabo un margarita tampoco era para tanto, era una resaca de sentimientos, una resaca de no poder dejar descansar la mente. Necesitaba desesperadamente poner fin a aquella locura, pero era incapaz de dejar de pensar en él, ni siquiera se concentraba en lo que más le gustaba, en sus esculturas o en sus cuadros. Había pensado aprovechar muy bien aquella semana que su marido no estaría en casa. Estaba considerando incluso quedarse a dormir en el taller, así no tenía que desplazarse, el sofá era relativamente cómodo y tenía un microondas en que calentarse cualquier cosa, en realidad ni siquiera tenía hambre, aunque era consciente que tenía que alimentarse o acabaría mal de la cabeza.

No se lo pensó dos veces, preparó una bolsa con cuatro cosas, indispensables para su supervivencia y decidió que lo mejor era pasar allí los días que estaría sola.

Llegó al local y se dispuso a vaciar la mente y organizarse lo mejor posible para sacar adelante unas ideas que llevaban días dando vueltas en su cabeza. Se puso la bata de faena y se dispuso a moldear el barro. Llevaba un rato absorta en su trabajo, había logrado por fin dejar la mente en blanco y sus manos daban forma a un busto, llevaba unas horas trabajando sin descanso cuando sonó el teléfono, se limpió las manos en la misma bata y descolgó, era Maia, siempre tan atenta a sus necesidades, le preguntaba cómo había acabado la noche anterior.

—Entonces me piensas contar el final o lo tengo que suponer —preguntaba Maia ansiosa.

—Pues no pasó mucho más de lo que visteis, me invitó a un cóctel, estuvimos hablando mucho rato, reímos mucho y me acompañó al coche, punto.

—¿Entonces no hubo tema? —sonreía al preguntar, sabiendo cómo era su amiga.

—¡Pero qué tema quieres que haya! Solo somos amigos.

—¡Ya! Y yo soy Cocó Chanel.

—Qué manía, jajaja —rió nerviosa, sabiendo que Maia acabaría sacándole toda la información—. Te dejo que se me seca el barro y estoy a medias con una obra.

—Por ahora te dejo, pero esto no quedará así... y lo sabes —sentenció.

—Vale, como quieras, muacks, muacks —se despidió Rhona con dos besos.

Dejó la conversación con una enorme sonrisa en la cara, aquellas dos arpías no pararían hasta que les contase incluso más de lo que había pasado, las adoraba. Se mojó las manos para volver a trabajar de nuevo la obra... cuando de pronto... la miró bien, y le dio un vuelco el corazón, no podía estar pasando aquello, al mirar desde la perspectiva se dio cuenta que el busto que estaba trabajando tenía la cara de Jaime, lo había hecho inconscientemente, pero lo había hecho.

“¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo?” se dijo al ver que su subconsciente le estaba jugando malas pasadas, se dejó caer en un taburete que le servía de apoyo para trabajar el barro y empezó a deshacer la obra. Rebuscó otros materiales menos dúctiles y se dispuso a dar martillazos a un trozo de hierro, aunque fuese a martillazo limpio tenía que olvidar aquella locura, de allí esperaba que no saliera nada que se le pudiera parecer.

Trabajó sin descanso durante todo el día, a última hora se presentaron Lola y Maia, sabían que estaba sola y no querían que se sintiera así, y de paso, cotillearían un rato.

Fueron a comer una pizza, el mejor antídoto para cualquier drama es la comida basura, Lola *dixit*, era una de sus máximas. Conociéndola como la conocían sabían a ciencia cierta que Rhona no habría probado bocado en todo el día, así que se propusieron distraerla de todo y de

todos. Estuvieron hablando y ella les contó lo que le había pasado.

—Creo que me estoy volviendo loca —concluyó.

—Creo que estás enamorada —sentenció Lola.

—No, por dios, ¡cómo podéis pensar eso!

—Pero si tus actos te delatan, ¿no te estás dando cuenta que tu pensamiento gira en torno a Jaime? —preguntó Maia, siempre tan perspicaz.

—Pero va a dejar de hacerlo, voy a poner fin a esta locura.

—Yo no veo que sea una locura, es algo que ha pasado porque era el momento en que tenía que pasar —dijo Maia de nuevo, mientras Lola aseveraba con la cabeza.

—Piensa en lo positivo, no haces daño a nadie y para ti es un soplo de aire fresco —estableció Lola.

Rhona no quiso hablar más del tema, y les pidió por favor que no lo volvieran a tocar, al menos de momento, así que contaron algunos chistes para distender el ambiente que se había enrarecido y acabaron la cena riendo como locas, sobre todo poniendo verdes a los maridos y al ex de Lola que ese tema siempre daba mucho de sí. La acompañaron hasta el local, no sin antes querer convencerla de ir a dormir a casa de alguna de ellas, a lo que se negó rotundamente.

—Puedo dormir en mi casa perfectamente, pero así no tengo que desplazarme y si a medianoche me visitan las musas, me pillaran en el trabajo jajaja.

Capítulo V

La semana transcurría con bastante lentitud, Rhona no sabía definir qué le pasaba pero estaba un poco mustia, siguió trabajando en la escultura, y, al final, después de mucho hacer y deshacer salió lo que ella esperaba. En lo que iba de semana no había tenido noticias de Jaime, así que pensó que se estaba distanciando, se decía que era lo más lógico y era lo que ella necesitaba para poner estabilidad en su vida y volver a la normalidad. Lola la llamaba casi todos los días, no quiso preguntarle nada, ya que habían quedado en que no volverían a tocar el tema, pero no pudo resistirlo por más tiempo. El jueves por la mañana quedaron a tomar café ellas dos, ya que Maia no podía, y, así como el que no quiere la cosa, le sacó a relucir la conversación.

—¿Y cómo vas con tu enamorado?

—Mira que eres bruta, no hay enamorado ni puñetas, lleva toda la semana sin decirme nada, ni un saludo. Así que esto se acabó, *fin, finito, fini, fertig...* ¿te lo digo en algún otro idioma?

—¿Cómo te sientes? —preguntó realmente preocupada.

—Estoy bien, no había nada y nada queda.

—Perdona que sea un poco ruda contigo, pero no estás bien, a mí no me engañas, recuerda que soy tu psicóloga.

—Estoy bien, no te preocupes, sé que te inquietas por mí, pero estoy bien, en realidad no hay nada entre Jaime y yo, solo un juego tonto y supongo que se ha cansado, así de sencillo.

Al final pudo convencerla, quizá porque necesitaba convencerse a sí misma, que no pasaba nada, que su vida en nada había cambiado, ella seguía con sus inquietudes y volcada en sus obras, se despidió de Lola y cada una se fue a lo suyo, Lola al hospital y ella al taller.

Pasó casi todo el día ordenando piezas y haciendo fotos de las novedades, cuando más o menos tuvo el material que creía necesario en aquel momento, se dispuso a colgarlo en la página de Facebook, esperaba conseguir algún que otro encargo, ya que últimamente la crisis se estaba dejando notar, los encargos habían disminuido bastante y aunque no necesitaba las ventas, su amor propio se lo exigía.

Los días pasaban y Jaime seguía sin dar señales de vida, así que intentó no pensar y aprovechar los días en su trabajo, estaba contenta con el resultado de las obras y lo de sí que había dado la semana, después de catalogar todos los trabajos y con todo el material clasificado se conectó a Facebook el viernes a última hora de la tarde, estuvo colgando y etiquetando fotos, contestando algunos mensajes que aludían a ella, y, aunque no quería, de vez en cuando la vista se le dirigía a la derecha de la pantalla, donde indicaba quién estaba conectado y quién no, pero nada, el dichoso puntito verde no quería aparecer.

Terminó lo previsto, sin darse cuenta se le había echado la noche encima, y sin cerrar el Facebook se dispuso a prepararse la cena, una ración de canelones que había puesto a descongelar, los calentó en el microondas y se sentó a la mesa. Cuando terminó de cenar era bastante tarde, pero no podía dormir, así que se conectó de nuevo y se dispuso a leer alguna cosa que encontrara interesante a ver si le entraba sueño. Cuando ya casi estaba apunto de desconectarse, saltó el Messenger.

Tienes un mensaje nuevo:

—*Buenas noches, cariño. ¿Me has echado de menos?*

—*Buenas noches. He estado trabajando, no he tenido mucho tiempo de extrañar a nadie*
—quiso restar importancia.

—*¿Que tal está mi escultora favorita?* —prosiguió él sin hacer caso a su respuesta, nunca se daba por vencido.

—*Bien, batallando con la vida.*

—*Seguro que le ganas la batalla jajaja*

—*Lo intento, desde luego.*

—*Si tardo un poco en contestar no te preocupes, tengo un artículo que redactar y entre frase y frase voy trabajando, acabo de llegar de Florencia y tengo trabajo atrasado.*

—*Qué bien, me encanta Florencia.*

—*Es hermosa, pero era viaje de trabajo* —se quejó Jaime.

—*Tranquilo, de vez en cuando hay que trabajar.*

—*Aunque sea para disimular* —apostilló él.

—*Bueno, lo normal es trabajar para comer, aunque me alegro que tú lo hagas solo por disimular* —contestó Rhona con una sonrisa, de pronto le había cambiado el humor.

—*Qué mala eres.*

—*¿Yoooo? Por Dios, qué habré hecho ahora.*

—*Puyitas, puyitas.*

—*Bueno, te gustan las puyitas jajaja.*

—*¿Las que pones tú? Nooooo, para nada jajaja.*

Se lo estaban pasando de vicio los dos. A Rhona se le había olvidado de pronto todo su malestar, las ganas de vivir a tope habían vuelto a inyectarse en sus venas en forma de adrenalina pura.

—*Ya sé que lo que te gusta es ponerlas tú, por eso de vez en cuando tengo que insertar alguna* —hizo ver que se quejaba Rhona.

—*Me gusta el juego, sí. Juego a casi todo pero sin el casi* —dejó caer Jaime.

—*Qué significa ese “sin el casi”* —preguntó Rhona curiosa, sin darse cuenta que entraba directamente en el juego que Jaime buscaba.

—*Pues eso, que juego a todo, y a ti ¿a qué te gusta jugar?*

—*A mí, a todo pero con el casi.*

—*Y puedo saber ¿qué es ese casi que te tira para atrás?*

—*Bueno, hay cosas a las que no puedo jugar.*

—*¿No puedes?, o ¿no quieres? Aunque puedes decirme a qué te gusta jugar por lo menos.*

—*Juego a ser escultora.*

—*Magnifico juego, te habrás dado cuenta que te he dejado salirte por la tangente jajaja.*

—*Gracias, eres todo un caballero, además sabes que me corto enseguida, que le vamos a hacer, yo soy así.*

—*No necesariamente tienes que ser así.*

—*Me lo paso bien así, es divertido este juego jajaja.*

—*Si no te lo pasas mejor es porque no quieres.*

—*Por cierto ¿por qué me has llamado cariño?* Preguntó Rhona acordándose de pronto

del comentario.

—¿Te molesta?

—No, pero no creo ser tu cariño.

—Le estás dando muchas vueltas, no hay para tanto.

—Bueno, me hace pensar, aunque supongo que es lo que buscas.

—Yo no busco nada, de verdad, es que me ha salido así, ha sido espontáneo.

—Es tarde, ¿no deberías irte a dormir ya?—dijo Rhona intentando cambiar de conversación.

—Bueno, pues ya que me echas, buenas noches.

—Yo no te echo, es que pensé que como es tarde, deberías acostarte jajaja.

—¿Y soñar contigo? Por cierto, me ha gustado eso que has compartido en Facebook de que el amor tiene que ser como el café.

—Vaya, lo has leído, es que a la vida hay que ponerle pasión jajaja.

—Pues yo te veo más bien fría, al menos conmigo... aunque lo entiendo, si no te gusto, no puedo hacer nada.

—Creo que estás equivocado con respecto a mí, yo pongo mucha pasión en todo lo que hago. Si es que no puedo compartir según que cosas, se me vuelven en contra —contestó poniéndole un emoticono con una carita triste.

—No te enfades, mujer, lo digo por tu resignación, por tu manera de enfocar las cosas, aunque igual no debo entrar en detalles que no conozco.

—¿Mi resignación? En qué te he dado la impresión de estar resignada ¿en el sexo?

—En el amor, si fueras pasional no pondrías barreras.

—Creo que ese aspecto de mí lo tienes equivocado, si no fuera pasional, no estaría hablando contigo, estos ratos me apasionan.

—¡¡¡Ay caray!!! Qué me estás diciendo. Explícamelo, por favor.

—Pues te diré que estos ratos son apasionadamente adictivos para mí.

—Qué responsabilidad, esto sí que no me lo esperaba, pero dime una cosa ¿es pasión o diversión?

—Qué sería la diversión sin pasión.

—Bueno hay muchos tipos de diversión que no tienen por que ser apasionantes.

—Pues para mí, si algo no me apasiona no lo hago, todo lo vivo muy intensamente.

—Ufff, eso no me lo imaginaba.

—Es que soy una caja de sorpresas.

—Eres una maestra en el arte de las sorpresas jajaja.

—Yo soy aprendiz de mucho y maestra de nada. No como tú que eres un maestro en el arte de ligar.

—Menudo maestro, si lo fuera, ya habría ligado contigo.

—Bueno, seguimos hablando...

—Eso me lo tienes que explicar, ignoro lo que me estás diciendo.

—Uff, me estoy metiendo en un jardín difícil de salir.

—Métete, métete, me interesa eso que dices.

—Creo que me he perdido, no sé que estaba diciendo, creo que no me estoy explicando bien, estoy un poco espesa esta noche.

—Siempre te explicas perfectamente, pero hay algo que se me escapa, me dices que soy un maestro y yo creo que no, porque contigo no he ligado, pero cuando te lo digo, me dices que

sigues hablando conmigo... necesito descubrir que hay en todo esto. ¿Qué quiere decir que estás espesa?

—Pues sí, estoy de bajón, y dicen que los ligones aprovechan los bajones. Está cerca la primavera y creo que me afecta, así que lo de la relación ni yo misma lo sé.

—Bella Rhona, ¿lo dices en serio? ¿Me estás dando una oportunidad?

—Lo cierto es que no lo sé, estoy hecha un lío. Siempre hablo en serio, pero no quiero que pienses lo que no es.

—A ver, a ver, ahora el que se pierde soy yo ¿qué es lo que no tengo que pensar?

—Yo también me he perdido, no sé lo que digo, solo sé que estoy pensando en ti más de lo que debo y creo que eso no está bien.

—Solo te puedo decir que te desmelenes, que seas prudente pero feliz.

—Quizás eso sería lo lógico, pero no soy nada lógica en este momento.

—Creo que eres demasiado racional, que utilizas demasiado la lógica.

—Ahora mismo no puedo pensar, no quisiera ser tan sentimental pero tampoco puedo evitarlo, es mi caos.

—El caos de vez en cuando es bueno, por eso de vez en cuando hay que ceder al caos. Hay que desmelenarse un poco, sin hacer daño a nadie desde luego, pero ayuda a ser feliz. Nuestras incoherencias son importantes en nuestra vida, no tenemos por qué ser perfectamente coherentes siempre, o absolutamente perfectos —argumentaba Jaime.

—Yo no puedo salirme del guion, no puedo ceder a un impulso ¿y si me arrepiento después?

—Eso es porque nunca lo has hecho, nunca te has salido del guion. Aunque solo sea por salud, hay que hacerlo de vez en cuando.

—Supongo que sí, no me tengas muy en cuenta, te dejo, que es tardísimo. Buenas noches, hoy me despido con un apasionado beso.

—Caray, esto es nuevo. Podemos acabar esta conversación en directo mañana si te parece bien, te invito a comer.

—No sé si voy a poder, mañana es viernes y vuelve mi marido de viaje. Lo siento, otro día.

—Está bien, no te presiono, si cambias de opinión ya sabes donde encontrarme.

—Adiós, ya veremos.

—Un beso, amor.

Conversación de chat finalizada

Se despidió con una sensación rara en la boca del estómago, cada vez que hablaba con él sentía la necesidad de seguir hablando, de seguir en contacto, si había cortado era por la enorme fuerza de voluntad que se imponía.

Tal estado de nervios se había instalado en ella que no pudo dormir en toda la noche, ni siquiera tenía fuerzas para levantarse aquella mañana. Aunque las comparaciones nunca fueron buenas, cuando analizaba las conversaciones con Jaime y recordaba la poca comunicación que había entre su marido y ella, se espantaba, literalmente salía perdiendo por goleada, Daniel nunca mantenía una conversación más allá de dos frases y casi a la fuerza, y, cuando lo hacía, siempre era sobre trabajo, o sobre sus logros en cualquier ámbito, apenas preguntaba por sus hijas, y cuando lo hacía, con un simple “qué bueno que están bien” tenía bastante. Echaba tanto de menos

al Daniel de su noviazgo, al Daniel de los primeros años de casados, al de antes de que el trabajo lo absorbiese de tal modo que fuese incapaz de pensar en otra cosa. Era todo tan monótono en su matrimonio, que las conversaciones con Jaime le daban vida, y aunque ante sus amigas no quiso reconocerlo, se había enamorado, no podía negárselo a sí misma por más tiempo.

Por fin se levantó como pudo, arrastrándose hasta la cocina se preparó un café bien cargado para despejar la cabeza y se dispuso a emprender el día, sabía que no sería productivo, que sería difícil sobrellevar sus pensamientos, pero era lo que tocaba. Se quedó un rato sentada, inane, incluso después de haber tomado el café su cuerpo no le respondía, su cabeza era un caos, por un lado no dejaba de dar vueltas a la proposición, no quería llamar a sus amigas, sabía perfectamente lo que le iban a decir, pero no era tan fácil, no todo era blanco o negro, había muchos matices dentro del gris.

Intentó ponerse manos a la obra, debería pasar por su casa antes de que volviese su marido pero lo cierto era que no le apetecía nada, se sentó delante del ordenador y casi sin querer abrió el Messenger.

—*Acepto tu invitación* —escribió escuetamente.

De pronto se puso tan nerviosa que si hubiese podido lo habría borrado ¿Qué estaba haciendo? El problema era que no se podía borrar, aunque en realidad tampoco estaba muy segura de querer borrarlo, su mente era un absoluto galimatías.

Tienes un mensaje nuevo.

A los dos minutos de enviar el mensaje, Jaime contestó.

—*Perfecto, podemos quedar en tu galería si quieres.*

—*Como quieras, había pensado en ir a comer por aquí cerca.*

—*Aunque primero espero que me des un aperitivo... mmmhhh.*

—*¿Qué quieres decir?* —preguntó Rhona aún sabiendo la respuesta.

—*Pues que llego a tu taller, cierras, te acercas a mí, nos abrazamos, nos besamos, nos acariciamos tiernamente.*

—*No sigas, no sé si podré.*

—*No, no iba a seguir, solo cariño, besos, abrazos, caricias, nada más.*

—*Y nada menos, vas muy deprisa y yo necesito tiempo.*

—*Yo no te pido ni te exijo nada, solo expreso mi deseo, no tienes que ir ni más deprisa ni más despacio, eres libre para hacer lo que quieras, faltaría más, yo solo propongo que te desmelenes, nada más. No tenemos que hacer daño a nadie ni romper nada, solo propongo algo que necesitamos los dos, cariño, contacto. Pero no hace falta ir ni rápido ni lento, si me apuras, ni siquiera ir... aunque estas cosas no se piensan, se hacen o no se hacen, así de simple.*

—*En eso te tengo que dar la razón, si lo pienso no seré capaz de hacerlo.*

—*Me halaga esto que me dices. Si me esperas, en un rato puedo estar ahí, y si surge bien y si no también, no te preocupes demasiado.*

—*Está bien, aunque estoy aterrada solo de pensarlo.*

—*Vale, cielo, ahora voy.*

Conversación de chat finalizada.

En aquel momento pensó que se había vuelto loca, cómo era ella capaz de hacer lo que estaba a punto de hacer. El corazón se le quería salir del pecho. Para relajarse se metió en el cuarto de baño y se retocó el maquillaje, de pronto se dio cuenta de que el pelo lo llevaba fatal, se lo lavó, se pasó la plancha y volvió a maquillarse y cuanto más se miraba al espejo peor se veía.

Cuando Jaime llegó, Rhona intentaba dar una imagen de tranquilidad que para nada sentía, intentó mentalizarse de que no iba a pasar nada, aunque en realidad lo estuviese deseando. Se le acercó y la abrazó, con un abrazo de oso de los que a ella nunca le habían dado. La besó tiernamente en un primer momento, le acarició la cara con las manos y se la quedó mirando con una sonrisa de felicidad que casi la asustó.

Rhona se quedó estática mientras las manos de Jaime buscaban su piel por debajo de la blusa, acariciaba su espalda y besaba su cuello. El corazón se le aceleró y sin darse cuenta clavó las uñas en la cintura masculina, Jaime dio un respingo al notar el placentero dolor, unos tenues jadeos salieron de la garganta de Rhona. Jaime buscó sus pechos por debajo del sujetador.

—Por favor, no sigas, creo que tengo que pensar mejor todo esto.

—No te preocupes, no pensé que llegaríamos hasta aquí... pero no medites demasiado.

—Perdóname, de verdad que no puedo controlar esta situación.

—Control, que palabra más horrenda, un poco de descontrol no hace daño a nadie.

—No creo que sea tan horrenda. Yo necesito controlar mi vida, no puedo vivir sin control.

—Claro que sí, te entiendo, pero no se trata de que dejes de controlar tu vida, solo te ofrezco esos momentos mágicos que todos necesitamos en nuestras vidas.

—No estoy acostumbrada a tanto contacto, me siento extraña.

—¿Demasiado contacto? No te entiendo, el contacto es esencial, todos necesitamos caricias y abrazos.

—Ya te he dicho que no estoy acostumbrada.

—Por eso los necesitas.

—Está bien, vayamos a comer, por hoy ya me he desmelenado bastante.

—Jajaja, si tú lo dices, será cierto, ya que tú nunca mientes.

Tal como habían quedado se fueron a comer a una brasería cercana, Rhona pidió ensalada y pescado a la plancha, por aquello de la dieta, Jaime aunque le hiciera un “poquito” de falta, no seguía ningún tipo de dieta, así que se pidió una moussaka de primero y un contundente solomillo de segundo. A Rhona le encantó verlo comer con aquellas ganas, saboreando cada bocado que daba, y también le encantó que pidiera postre, ella solo un café, el postre se lo tenía prohibido, por eso cuando él se pidió un helado, aunque no le gustaban, se le hacía la boca agua, más por el placer con que se lo comía él, que porque a ella le apeteciese.

Mientras comían, la conversación fue un tanto atípica, le preguntó por sus hijas y Rhona orgullosa como estaba de ellas no podía dejar de hablar. Jaime se interesó por su trabajo, por cómo era que estaban en Londres las dos, ella le explicó que se apuntaron a una convocatoria que hizo el ministerio de sanidad británico y que a ellas les apetecía salir y perfeccionar el idioma, y así a lo tonto ya llevaban casi dos años lejos de casa, que las echaba mucho de menos, pero que ellas eran felices allí y eso la hacía feliz a ella. Rhona no sabía cómo preguntarle por qué no tuvieron hijos, recordó que le había dicho que su esposa había sufrido un aborto, pero no quiso profundizar, así que le sorprendió que fuese él quien abriera el tema.

—Mi mujer no quiso volver a intentarlo —dijo él adivinando sus pensamientos.

—Lo siento.

—No te preocupes, las cosas son como son y no estaba de Dios que tuviésemos hijos, pero tengo dos sobrinos estupendos —concluyó.

—Me alegro, se te ve muy orgulloso de ellos.

—Pero no era eso lo que querías decirme ¿a qué no?

—Vaya, si que soy transparente, ya que lo dices, me gustaría saber por qué no lo quiso intentar, lo de volver a ser madre, digo —comentó con pudor.

—Es una larga historia pero intentaré resumir. El aborto fue de casi siete meses, cogió una preclampsia, ella tenía tendencia a padecer hipertensión, pero no se cuidaba demasiado, el médico se lo advirtió, pero siempre fue reacia a tomar medicamentos y dijo que embarazada menos, así que como se encontraba bien y el embarazo no le daba demasiadas molestias, pensó que todo estaba bien, hasta que le dio una especie de embolia y tuvimos que salir corriendo al hospital. Cuando llegamos a urgencias el bebé ya estaba muerto.

—Lo siento mucho, de veras, debió ser terrible.

—Pues sí, y lo más terrible es que se culpa por ello, desde entonces no hemos vuelto a mantener relaciones sexuales, se negó en redondo.

—Vaya, eso ha debido de ser muy duro, ¿puedo preguntar cuánto tiempo hace de eso?

—Pues la verdad que muchos años, demasiados. Pero por hoy creo que ya está bien, otro día te cuento más, lo cierto es que no me gusta hablar de ello, no sé por qué te lo he contado.

—Si te sirve de consuelo, soy muy buena escuchando.

—Lo sé, quizá por eso me he desnudado contigo casi sin darme cuenta.

—Agradezco tu sinceridad —dijo Rhona mirándose el reloj mientras le tocaba la mano intentando infundirle ánimos— Uff, que tarde se me ha hecho, me tengo que marchar, hoy llega mi marido de viaje y no he pasado por casa en toda la semana, tengo que irme o llegará antes que yo.

—Gracias por este rato, de verdad, ha sido muy placentero.

—Siento no haber sido capaz de darte lo que buscabas... de veras... que lo siento —vaciló Rhona.

—A ver, a ver, yo no busco nada, tan solo sé que me gustas y si llegamos a algo bien, y si no, también, pero lo que me has dado ha sido mucho, de verdad —restó importancia Jaime.

—Gracias, me voy que no quiero que llegue mi marido antes que yo.

—¿Tienes que fichar?

—Bueno...

La acompañó hasta el coche y le dio un tierno beso antes de cerrar la portezuela y decirle que tuviese cuidado.

Cuando llegó a casa su marido ya estaba allí, había terminado temprano y pudo adelantar el vuelo, así que, al atravesar la puerta lo encontró sentado en una butaca mirando hacia la entrada, esperando a que ella llegase. Rhona, al verlo, dio un respingo.

—¿Ya estás aquí? —preguntó lo evidente.

—Llevo rato esperándote, ya te dije que tu manía te haría descuidar tus quehaceres —espetó con acritud—. ¿Qué has hecho durante toda la semana para tener la casa tan sucia? —preguntó con irritación.

—¿Sucia? ¿Qué la casa está sucia? ¿Es lo único que se te ocurre decir después de una semana fuera? Tan solo hay un poco de polvo, si no te gusta, en el primer cajón del armario de la limpieza están los trapos, límpialo.

—¿Tengo que llegar después de una dura semana de trabajo y me tengo que poner a limpiar? Para eso es para lo que debes estar tú en casa, no con esas amigas que tienes que solo te

meten ideas estúpidas en la cabeza.

—¡Ja! Eso es lo único que buscas en mí, una puñetera criada —masculló sin levantar la voz, en el tono más neutro que pudo conseguir.

—Rhona, yo no busco una criada, es tu obligación mantener la casa en condiciones, es lo que debe hacer una buena esposa —dijo casi conciliador.

—Pues creo que voy a dejar de ser tan buena esposa, porque tú tampoco eres tan buen marido.

—Estoy cansado y tengo hambre, prepara la cena, no quiero seguir discutiendo —acalló sus quejas como siempre hacía, con una orden.

—La cena te la preparas tú con los huevos, por favor —comentó irónica llevando la contraria a su marido por primera vez desde que se casaron, algo que lo cogió por sorpresa.

—¡Rhona! Modera tu lenguaje, al final te vas a parecer a esas amigas tuyas, que son unas groseras y unas insolentes.

—Pues mira por dónde, prefiero a mis insolentes amigas, por groseras que sean, que a un cavernícola como tú.

Tal como acabó la frase, Rhona dio media vuelta y se fue a su dormitorio sin preparar la cena. No se estaba reconociendo en aquel momento, ella no era así. Un año antes habría sido incapaz de contestar a su marido de aquella manera, pero había decidido que ya estaba bien, que ella tenía el mismo derecho que él a decidir sobre las cosas de la casa y sobre todo a decidir qué hacer con su vida, y en aquel momento no se disgustaba a sí misma. No le había costado tanto como pensaba plantarle cara. Estaba cansada de ser el felpudo de Daniel, sabía que no lo hacía a propósito, o quizá se engañaba, pero eso quería creer ella, aunque había llegado a un punto que la estaba tratando como si ella no tuviese cerebro, como si necesitase que él dirigiera sus pasos en todo momento. Cuando las niñas eran pequeñas no se daba cuenta, mejor dicho, no se permitía pensar en ello, pero ahora, al estar sola tanto tiempo, había podido reflexionar sobre el comportamiento de Daniel y era demasiado machista, demasiado autoritario, era lo que él decía, o no era. De pronto se asustó, Jaime sin proponérselo había tenido mucho que ver en su proceder de aquella noche, hablar con él, estar con él, le había hecho sentirse una mujer deseada, le había hecho sentirse viva de nuevo, algo que con Daniel hacía mucho tiempo que había dejado de sentir. Notar sus manos sobre su piel, delicadas y bruscas, pacientes y precipitadas la habían estremecido. Había sentido lo que era la pasión, aun sin llegar a nada, había sentido un amor que desgraciadamente nunca había echado de menos, puesto que ignoraba que ese amor existiera.

Con todo y eso deshizo la maleta de su marido, colocó los trajes en el armario después de cepillarlos y separó las camisas para llevarlas a la tintorería junto con una corbata que tenía una mancha. Mientras tanto, Daniel andaba abriendo y cerrando cajones con furia en la cocina, ni siquiera sabía donde guardaba Rhona cubiertos o servilletas. Oyó pararse el reloj del microondas, “algo ha encontrado en la nevera” pensó ella, aunque no sabía bien qué, no había hecho la compra y estaba prácticamente vacía. Contuvo las ganas de bajar y prepararle unos sándwiches, pero no, no pensaba bajarse del burro, por una vez se mantendría en sus trece.

—¡¡Maldita seas!! Rhona. —Gritó Daniel al ponerse el primer bocado de pastel de carne en la boca, estaba agrio, Rhona se había olvidado de tirarlo, mejor dicho, no le había dado tiempo, había pasado con Jaime mucho más tiempo del que pretendía, su idea era hacer la compra y tener la cena preparada para cuando llegase su marido, pero las horas a su lado pasaban demasiado rápidas. Oyó a Daniel despotricar y salir de la cocina dando un tremendo portazo.

Daniel no apareció por el dormitorio en toda la noche y Rhona tenía miedo de bajar, era la

primera vez desde que se casaron que, estando Daniel en casa, no había dormido en su cama. Después del desplante no sabía cómo lo iba a encontrar. Se armó de valor y bajó como si no hubiese pasado nada la noche anterior, se dispuso a preparar el desayuno y entonces lo vio, salía del despacho, bastante bien para haber pasado la noche en el sofá. Rhona le deseó los buenos días como hacía cada mañana, Daniel se la miró con altivo desprecio y se fue a la ducha sin dirigirle la palabra, como cada mañana, en realidad. Cuando volvió tenía el desayuno encima de la mesa, como cada mañana, se tomó su café y su tostada al punto con mantequilla de su marca preferida y un toque de mermelada, como cada mañana. La única diferencia con las mañanas pasadas fue el escueto comentario que le hizo en la puerta al salir.

—Espero que la locura transitoria de ayer se te haya pasado para cuando vuelva.

—Gracias, querido, yo también te quiero —fue lo que contestó Rhona en tono irónico, algo que molestó sobremanera a Daniel y que lo descolocó por completo.

Ahora la tomaba por loca, aquello ya era lo último, ella había esperado una bronca, que se pusiera furioso, que chillara, esperaba poder defenderse, decirle que ella no era un mueble más de la casa, pero no, Daniel era todo un caballero, él nunca discutía y raramente levantaba la voz, lo de ayer había sido una excepción, él estaba por encima del bien y del mal, nunca se daba cuenta cuando ella precisaba algo, cuando estaba deprimida o simplemente necesitaba un abrazo, no, él era un hombre y los hombres no expresan sus sentimientos.

Capítulo VI

Rhona pensaba pasar el día recogiendo la casa, ni siquiera pensaba ir por el taller, se

había envalentonado por la noche pero tampoco creía conveniente empezar una guerra abierta, y tampoco quería pensar en Daniel, no le aportaba nada últimamente. Sin querer, de nuevo su pensamiento evocó los besos que el día anterior le había dado Jaime, evocó sus manos acariciando sus pechos, rodeando su cuerpo. Un rayo de calor subió desde su vientre hacia su rostro. Se quedó casi en trance, hasta que el teléfono la sacó de su ensoñación.

—Hola, guapa —contestó a Lola.

—¡Rhona! ¿Qué tal estás? —preguntó Lola.

—Bien, ¿por qué me lo preguntas? —Se extrañó.

—Porque te hemos estado esperando para tomar el café y no has aparecido, tampoco has contestado a las llamadas ni a los Whastapp que te hemos enviado.

—Lo siento, se me ha ido el santo al cielo, lo cierto es que se me olvidó poner a cargar el móvil y lo tengo sin batería.

—Pero tú nunca te olvidas de nuestras citas, nos has preocupado, así que algo ha pasado. Aunque si no nos lo quieres contar...

—Discutí con Daniel anoche.

—¿Discutiste con Daniel? Esta no es mi Rhona, que me la han cambiado —dijo Lola con humor negro.

—Literalmente discutí, porque él no levantó la voz, lo único que hizo fue dar órdenes, como siempre.

—Hoy libre, si quieres nos vemos y te desahogas, este fin de semana a Gerard le toca ir con su padre, tengo tiempo para ti.

—Gracias, estoy en casa, ven cuando quieras, tengo que limpiar, el enfado fue por eso, las cosas no estaban como debían.

—Prepara café, creo que necesitas unas cuantas horas de terapia.

Lola aparte de ser su médico era también su psicóloga, así que las terapias, como ella decía, corrían por cuenta de la casa.

Cuando colgó el teléfono fue a buscar el móvil al bolso y lo puso a cargar, lo había descuidado completamente, al momento de enchufarlo saltó la burbuja del Messenger, lo miró sin abrir, era Jaime. El pulso se le aceleró. Aquello tenía que terminar o se volvería loca. No quiso contestar, esperó a que llegase Lola para contarle lo sucedido la noche anterior, así que se dispuso a preparar el café, aunque ella quizá debería tomar una tila.

Mientras la esperaba abrió el chat desde el móvil, para su alivio Jaime no estaba conectado, así que prefirió seguir sin contestar a su; “Hola, preciosa”, no obstante, le alegró el corazón.

—Criatura humana, estás pálida, ¿tan grave fue? —se extrañó Lola al verla tan demacrada, usando su coletilla preferida.

—Es que no me he maquillado todavía y me duele la cabeza, supongo que consecuencia del enfado.

—Pues ahora mismo nos vamos de tiendas, es el mejor remedio que conozco, para ese dolor de cabeza, y de eso entiendo, nada como provocarle uno mayor a tu marido, así que coge la visa jajaja —le ordenó.

De modo que llamaron a Maia para ir a quemar la visa. Mientras tanto, Lola cogía las riendas de la situación.

Cuando llegó Maia, y antes de salir, las puso en antecedentes, aunque sin entrar en detalles sobre hasta donde había llegado con Jaime, sin embargo ellas algo intuyeron, no obstante, no

quisieron presionarla, ya se lo sonsacarían cuando estuviese preparada.

Llegaron al centro comercial y empezaron por una perfumería, compraron un frasco de La Vie Est Belle, de todos los que olieron, ese fue el que aprobó con nota en su piel. Después una barra de labios, ella siempre llevaba tonos muy naturales, así que era hora de dar un toque sensual a su boca ya que tenía unos labios gruesos y en forma de corazón, que pintados de un rojo pasión le daban un aire de *femme fatal*, apostillaron las dos amigas a la vez. La siguiente compra fue una laca de uñas a juego con el pintalabios, también compraron zapatos y alguna tontería más.

—Bueno, ya está bien de compras por hoy, vayamos a comer, tantas compras me han abierto el apetito —dijo guiñando un ojo— comeremos a cuenta de Daniel, jajaja.

—¡¡Bieeeeeen!! —aplaudieron las tres a la vez.

—Menos mal que paga el susodicho, porque nenita el gasto que has hecho ni cosquillas le hace en su cuenta—sentenció Lola.

—Tampoco hay que abusar —Dijo Rhona en su tono de siempre, el de no pasarse ni un ápice de lo establecido.

—Qué poco te ha durado la rebeldía, guapa —agregó Maia.

—Entonces vayamos a un buen restaurante, que le duela un poquito por lo menos —sugirió Lola.

—Está bien, ¿dónde proponéis?

—Al Botafumeiro —propuso Maia.

—¿Ese no será demasiado caro? —dijo Rhona con cara de circunstancias.

—Os propongo el Racó Hofmann, me han dicho que está genial y tengo ganas de probar —sugirió Lola.

—Y además está más cerca, venga yo voto por el Hofmann —accedió Rhona.

Una vez decidido el restaurante, se fueron con el coche de Lola, ya que era la que sabía más o menos dónde estaba, llegaron sin reservar mesa y estuvieron a punto de no poder comer allí, era un espacio innovador dentro del antiguo restaurante, la suerte fue que habían anulado una reserva, porque normalmente estaba lleno, así que, sin reserva, imposible encontrar sitio.

Se acomodaron a la mesa que les indicó el jefe de sala y empezaron a decidir qué comer, era todo tan apetitoso que no se decidían. Estaban indecisas entre la recomendación del chef o los platillos especialidad de la casa. Al final se decantaron por unos cuantos platillos, así probarían más cosas y sería más informal la comida. Estaba sirviendo vino el camarero cuando sonó el Messenger de nuevo.

—Tranquila, con nosotras no hay protocolo, pero solo si es tu enamorado jajaja —aprobó Lola, siempre de buen humor.

—Mujer, mira por lo menos si es él —apremió Maia.

Rhona sacó el móvil del bolso y miró el mensaje.

—Bueno qué, ¿es él o no? —preguntó de nuevo curiosa.

—Sí, me pregunta qué hago.

—¿Le piensas contestar o no? —Esta vez fue Lola la que habló.

De pronto Lola se fijó en una mesa que estaba frente a ellas, con tres hombres y una silla vacía, se las miraban con divertida curiosidad mientras cuchicheaban entre ellos.

—Luego dicen que los hombres no son chafarderos —dijo Lola—Rhona, por favor, sé un poco más discreta —la reprobó al girar esta la cabeza de golpe.

—Será una comida de negocios, tienen pinta de empresarios, seguro que buscan ganado fresco para después de la comida, así que nosotras estamos descartadas, segurísimo jajaja —rió

Maia de su propio comentario.

—Bueno, ¿contestas o no? —se impacientó Lola.

—Está bien, ahora contesto —dijo abriendo el Messenger de nuevo— tarde, se ha desconectado.

En esas llegó el que faltaba en la mesa de los hombres, de nuevo se pusieron a hablar entre ellos sin volver a reparar en ellas.

Les trajeron los platos y de nuevo sonó el Messenger, aquello ya era obsesivo, pensaba Rhona, lo miró ya que lo tenía encima de la mesa pero esta vez no era Jaime, sino su marido que le avisaba que llegaría tarde, que no lo esperase para cenar, que lo haría con unos clientes. Ya que tenía el móvil en la mano aprovechó para contestar a Jaime y que le dejaran de dar la vara sus amigas.

—*Hola, he ido de compras con unas amigas. Ya sabes, perfumes y esas cosas, y ahora estamos comiendo.* —Contestó sin querer alargar la conversación, no le parecía correcto estar jugando con el móvil mientras comían.

Presionó la flechita de enviar y como por arte de magia sonó también un mensaje en la mesa de atrás, donde estaban los caballeros. Las tres se pusieron a reír por la coincidencia y a comentar los pros y contras de las nuevas tecnologías, menos mal que la mesa estaba en un ángulo desde el que casi no se veían ellos con ellas, lo cual les daba margen para reír mejor.

—¡Otra vez! —oyeron que decía uno de los comensales masculinos.

—Chico, deja ya el puto móvil, no te has enterado de nada de lo que iba la reunión —se quejó otro compañero al nuevo integrante de la mesa, se estaban desesperando.

—Ya lo apago, tranquilos —dijo mirando por última vez el mensaje que le había llegado.

—Llevas unos días rarísimo, no sé qué te pasa pero estoy seguro que te traes algo entre manos —comentó el otro compañero de mesa—, además hacía tiempo que no lucías sonrisa...

—Imaginaciones tuyas, supongo que es el trabajo que no me va mal del todo —adujo.

Mientras tanto en la mesa de las mujeres la conversación era todo lo contrario, las dos amigas instaban a Rhona a contestar los mensajes. Al final empezaron a comer y dejaron aparcado el tema de Jaime. Rhona no quiso seguir hablando, según les dijo no había nada más que decir.

—Este invento de los móviles desde luego es tremendo —volvió a quejarse Maia— mirad los de esa mesa, el trajín que se traen jajaja.

—¿Me disculpáis un momento? —Se excusó Rhona— tengo que ir al baño.

—No tardes, que te conocemos —comentó Lola, sabiendo que iba a retocarse el maquillaje.

—No os preocupéis, comeos el postre mientras.

Se levantó y fue al baño, al pasar por la mesa de los hombres dos pares de ojos la siguieron aunque ella no se dio cuenta. De la mesa de los hombres el que estaba con la cabeza agachada, enfrascado en conversaciones con el móvil, se levantó también.

—Lo siento chicos, tengo que ir al baño de nuevo, me hago viejo jajaja —se excusó—

—Vigila esa próstata, eres muy joven para estar así —se preocupó uno de los comensales. Mientras iba para los lavabos iba enviando mensajes, la próstata era la excusa.

Al llegar al baño de señoras, Rhona oyó de nuevo el sonido de más mensajes. Sacó el móvil del bolso y se dispuso a leerlo.

—*Así que comprando perfume.*
—*Pues sí, y cosméticos, ya sabes, cosas de mujeres jajaja.*
—*Y ¿qué perfume usas?*
—*Pues depende, en invierno dulces y florales, en verano más frescos, cítricos. O sea, los que le van mejor a mi piel.*
—*¡Ay! Tu piel, quién pudiera acariciarla.*
—*¡Pero si ya lo hiciste!*
—*Por eso lo digo, tengo unas ganas locas de volverla a acariciar.*
—*Uff, no me lo recuerdes que me sonrojo.*
—*¿Te gustó?*
—*¿Qué parte de no me lo recuerdes no has entendido?*
—*La de que me sonrojo jajaja.*
—*Creo que disfrutas haciéndome sentir mal.*
—*Al contrario, lo que quiero es que te sientas bien, que lo pases bien.*

Rhona se dio cuenta divertida que cada vez que enviaba un mensaje en el lavabo de caballeros sonaba otro móvil, “seguro que hay alguien chateando también, a lo que hemos llegado”, pensó.

—*Te tengo que dejar, estoy en el lavabo del restaurante y mis amigas estarán pensando que me ha pasado algo jajaja* —se despidió.
—*Ok, yo también estoy en un restaurante, qué casualidad jajaja.*

Al salir de los lavabos se toparon de frente y las carcajadas se oyeron hasta en el comedor. Jaime se acercó a ella y le pasó el dorso de la mano por la cara.

—*Estás muy guapa* —le dijo, acercando su boca a los carnosos labios de Rhona.

No se resistió, es más, lo estaba deseando, desde el primer beso que le había dado, de tanto en tanto, al recordar la calidez de su boca, se excitaba.

Algo parecido le pasaba a Jaime, no podía dejar de pensar en ella, en aquel momento una parte de su anatomía decidió actuar por su cuenta, y él se dispuso a arriesgar. Los lavabos estaban solitarios, quizá por casualidad, así que la abrazó con fuerza, como la primera vez, quería empaparse del olor de ella, necesitaba volver a notar su piel en la yema de los dedos y fue lo que hizo, casi sin pensar levantó la blusa de ella y se la sacó por la cabeza. En aquel momento pensó que Rhona se resistiría, pero no lo hizo, y él daba gracias a Dios por que no lo hiciera.

—*Nos van a ver* —dijo ella con la voz entrecortada.

—*Ven* —la introdujo en uno de los baños.

Empezaron a besarse con ansia, con necesidad. Jaime le levantó la falda y buscó su sexo por encima de las braguitas negras de encaje que llevaba. Rhona a su vez, abrió la hebilla del cinturón de él y metió la mano por la bragueta abierta. No sabía qué le pasaba pero necesitaba acariciar su pene, un pene que ya casi no cabía dentro del boxer, por fin le bajó los pantalones y dejó que se expandiera en libertad. Jaime a su vez le bajó las bragas y le dio la vuelta, aunque la posición no era la mejor para ser la primera vez, la hizo agachar un poco y así de pie y por detrás la penetró. Mientras lo hacía le acariciaba el clítoris para provocarle el orgasmo, no podían estar mucho más tiempo encerrados en un lavabo público y mucho menos en un restaurante de lujo. En

tres embestidas estuvieron listos. Para Rhona fue todo un descubrimiento, nunca había disfrutado tanto en tan corto espacio de tiempo, ni había pasado tanto miedo a ser descubierta.

—La próxima vez te llevaré al cielo —susurró Jaime en su oído— te lo prometo.

—No sé si habrá próxima vez —contestó Rhona visiblemente avergonzada—. Esto no debería haber pasado.

—¿Por qué dices eso? ¿Tan malo ha sido?

—Todo lo contrario, pero esto no está bien, estamos casados.

—Ya te dije que nadie se tiene que enterar, pero nos necesitamos, ¿No te das cuenta?

—Me doy cuenta de que esto no puede ser, que estoy hecha un lío.

—Está bien, salgamos, nos estarán esperando y al final sospecharán, sal tú primero —le dijo Jaime dándole un último beso— yo tengo la excusa de la próstata jajaja.

Hacía demasiado tiempo que Rhona no sentía correr la sangre con tanta fuerza por sus venas, ya que no podía detenerla ni tampoco ignorarla, pensó que debería luchar contra ello.

—Bueno chicas, ¿nos vamos? —dijo Rhona al llegar de nuevo a la mesa, intentando que sonase lo más natural posible.

—Ya te entró la prisa —se quejó Maia.

—¿Has visto un fantasma en el lavabo? —soltó Lola, dando casi en la diana.

—Un fantasma no, pero sí que he visto a alguien.

—Cuenta, cuenta —pidieron las dos a la vez.

—Aquí no, salgamos y ya os contaré.

Pagaron la cuenta y salieron, estaban ansiosas por saber qué había pasado para esas prisas tan repentinas. No habían puesto un pie en la calle cuando Lola, siempre curiosa, le instó a que explicara lo sucedido, pensó que alguien se había propasado con ella por lo alterada que se la veía.

—Si alguien te ha hecho algo quizá deberías denunciar —dijo poniéndose en lo peor.

—Tranquila, no van por ahí los tiros —contestó enigmática.

Subieron al coche y no fueron capaces de sacarle una sola palabra, no entendían que no quisiera explicarles nada. Todos sabemos que las peores tormentas se forman en nuestras cabezas, así que las hipótesis que elucubraban Lola y Maia eran de toda índole, menos acertadas.

—¿Te llevamos a casa? —preguntó Lola enfilando la carretera.

—A casa no, por favor, creo que no podré volver a mi casa después de lo que ha pasado.

—Me estás asustando —se inquietó Maia.

—Vamos al estudio, allí os cuento.

Durante todo el trayecto no volvieron a decir una palabra ninguna de las tres, sabían que Rhona no hablaría hasta llegar y ellas respetaron su silencio, aunque interiormente estaban muertas de curiosidad y por qué no decirlo, preocupadas por sus palabras.

Llegaron al taller y tal como entraron cerró la puerta, pasaron al despacho, se dejó caer en una silla y tapándose la cara con las manos les dijo:

—No os imagináis lo que acabo de hacer.

—Desde luego que no, con tanto misterio voy a creer que acabas de matar a alguien, ¡suéltalo ya!, ¡por favor! —apremió Lola.

—Me he encontrado a Jaime en los lavabos.

—¿Y para eso tanto misterio? —se mofó Maia.

—Eso no es ningún crimen, criatura humana —ironizó Lola.

—Es que ha pasado... algo.

—Cuando quieres eres desesperante, lo sabes ¿verdad? ¡Quieres acabar de una vez de explicar qué pasó!

—Pues que entramos en uno de los lavabos y lo hicimos —soltó de corrido, si no lo hacía así no sería capaz de hablar de lo avergonzada que se sentía, a su edad y en esas.

En el momento de decirlo volvió a cubrirse la cara con las manos y un sofocante calor casi las atravesaba.

—Noooo, no te creo —dijo Lola con una enorme carcajada.

—Imposible, necesito pruebas —exigió Maia.

—Chicas, por favor, ya estoy bastante avergonzada para que os lo toméis a coña.

—¿A coña, dices? Yo por lo menos estoy encantada, ya era hora de que pensaras un poco en ti —aplaudió Lola, haciendo un gesto de victoria levantando la mano.

Maia se acercó a Rhona y le palmeó la espalda, luego la abrazó diciéndole que no se tenía que sentir culpable, que el que no cuida lo que tiene, lo pierde.

—No, creo que lo voy a eliminar del Facebook y voy a dejar esta locura, esto se me ha ido de las manos.

—¡Quieres dejar de decir gilipolleces! —Se enfadó Lola—. Lo que tienes que hacer es pasártelo lo mejor que puedas y aprovechar el momento que estás viviendo.

—¿Te lo has pasado bien? ¿Has disfrutado? —Preguntó Maia siempre práctica.

—Ha sido increíble —se sonrojó de nuevo al decirlo a la vez que se le iluminaba la cara con una enorme sonrisa.

Las dos amigas empezaron a aplaudir y a felicitarla, se abrazaron las tres y arrancaron a reír.

—Entendéis ahora por qué no puedo volver a casa ¿verdad? —Apuntó Rhona—Daniel se dará cuenta, y mis hijas... mis hijas me odiaran si se enteran.

—Lo primero, tus hijas están muy lejos, no se van a enterar y lo segundo, es tu vida, no la de ellas —puntualizó Lola.

—Relájate, respira hondo, y aquí no ha pasado nada, sencillamente has pasado un buen rato —agregó Maia tranquilizándola.

Capítulo VII

Se sentó ante el ordenador sin una idea clara, por un lado quería borrar a Jaime del Facebook, pero por otro le resultaba imposible sustraerse a su encanto, le daba vida y la mantenía en un sin vivir a la vez.

Tienes un mensaje nuevo.

—*Buenas tardes, preciosa, ¿qué tal estás?*

—*Asustada.*

—*¿Asustada por qué? ¿De qué tiene miedo, mi cielo?*

—*Pues no lo sé, de lo que estoy haciendo. En realidad no lo sé, tengo sentimientos muy*

contradictorios ahora mismo en mi cabeza.

—A ver, cuéntame eso.

—Qué te puedo contar que no sepas.

—No creas, soy muy ignorante, de tus pensamientos lo ignoro todo, eres muy hermética conmigo.

—Pues no te veo muy ignorante.

—No, no, al contrario, me cuesta mucho saber lo que piensas.

—Pues no lo entiendo, soy un libro abierto.

—Soy un hombre muy simple, por ejemplo: no tengo ni idea de si quieres que nos besemos simplemente o quieres volver a hacer el amor conmigo.

—Eso ni siquiera yo lo sé. Pero lo que sé es que eres un provocador nato. Te encanta ponerme en aprietos.

—Lo que me ha encantado ha sido ese encuentro clandestino... mmmhhhh... adrenalina pura —dijo relamiéndose de gusto al pensar en el encuentro que habían tenido.

—Pues ahora mismo estoy de bajón, creo que esta mañana me has pillado con la guardia baja.

—¿Y eso?

—Pues eso, todos tenemos bajones y hoy me ha tocado a mí.

—Entonces habrá que provocar un subidón.

—Ya me dirás cómo.

—Se me ocurren un montón de maneras.

—Lo imagino.

—¿Quieres?

—¿Tener un subidón?

—Claro, es que a veces no me explico bien jejeje. Quería decir que cuando quieras podemos provocar un subidón.

—Siempre me puedo poner un capítulo de Outlander, mi serie favorita.

—Eso es el reino de fuera, yo mejor pondría un capítulo de Onlander, tiene que ser en el reino de dentro, de tu interior.

—¿Y cómo sería eso?

Rhona volvía a estar en trance, Jaime tenía la habilidad de hacerla sentir bien con cualquier cosa que dijese, había vuelto a olvidar su deseo de borrarlo, imposible, hablar con él le daba la vida.

—Podemos quedar esta noche para tomar algo.

—Imposible, tengo que atender a mi marido.

—Está bien, no insisto, pero si quieres podemos quedar mañana o puedo ir a tu estudio, aunque solo sea a tomar un café.

—Mañana te digo algo, aunque a lo mejor solo será para tomar ese café.

—Me conformo, pero llámame, por favor.

Conversación de chat finalizada.

Acabó la conversación como siempre, con una sonrisa en los labios. Aunque la invadía

una infinita tristeza, ¿por qué su marido nunca se había comportado así con ella?

El día terminó como había empezado, ya que no tenía que hacer cena, puesto que Daniel por una vez había avisado que no llegaría para la hora de cenar, no se tomó la molestia de cocinar, con algo de fruta y un yogur tuvo bastante. Se acostó antes de que llegase su marido, no tenía ganas de verle la cara después de la bronca de la mañana. El sábado lo pasaría en el estudio y le diría a Jaime que aquello tenía que terminar mientras tomaban ese café, pensó cambiando de idea por enésima vez.

No oyó a Daniel llegar, estaba profundamente dormida y al despertar vio que ya se había levantado, era sábado, no imaginaba qué tendría que hacer, seguro otra cita de negocios, siempre más de lo mismo, así que, definitivamente, ella pasaría el día en el taller.

Se desperezó y se levantó para ir al cuarto de baño como era su costumbre, iba con los ojos casi cerrados por el sopor matutino y entró sin pensar.

Lo que no esperaba era ver la escena que se desarrollaba ante sus ojos, ahora abiertos como platos.

—¿Puedes explicarme esto? —exclamó Rhona atónita.

Daniel no se había enterado que había entrado su esposa en el baño y seguía con sus prácticas, al escuchar a Rhona se sobrecogió, no esperaba tener público, de modo que su pene se encogió de golpe.

—¿Qué estás haciendo aquí! ¿Es que no has visto que estaba ocupado?

—Ya veo que estás muy ocupado, eres un desgraciado.

—Se suponía que estabas durmiendo, ¿no podías utilizar el otro baño? —se enfadó al ser descubierto.

—Si tú cumplieras como marido no tendrías que masturbarte, eres patético.

—Si me masturbo es porque no me apetece estar contigo, en la cama no vales para nada.

—El maestro que he tenido nunca ha dado la talla, no te has preocupado nunca de mí, nunca estuviste a la altura de un buen amante —protestó ella, ya fuera de sus casillas.

—La inspiración nunca fue la mejor, al fin y al cabo esto tan solo es una necesidad fisiológica. —Dijo Daniel con intención de hacer daño—. Con lo sosa que eres seguro que muchos hombres no se van a interesar por ti.

—Una necesidad fisiológica, ahora le llaman así, desde luego que esto no me lo esperaba. Siempre te he sido fiel y lo sabes, pero voy a quererme un poco más ya que tú no lo has hecho nunca. Igual algún día te llevas una sorpresa.

—Nunca has llegado a las expectativas de lo que yo esperaba de ti como mujer. Y no necesito a nadie para descargar un poco los huevos.

—Ese es tu problema, siempre eres tú, en tu vida no cabe nadie más, ni siquiera necesitas una amante, con tu mano tienes bastante, esa es la única que te lo sabe hacer todo bien, eres lamentablemente patético, me das asco —tronó Rhona completamente fuera de sí.

—Esas amigas tuyas te han metido muchos pájaros en la cabeza, y esa manía tuya de estar todo el día fuera de casa mira a lo que nos ha llevado, no creerás que a nuestra edad están los tíos encima de sus mujeres todo el día, bájate de la nube, por favor.

—Deja a mis amigas al margen. Tu ego es el que no te deja ver la realidad, solo piensas en ti, eres tan machista y egocéntrico que me das pena, fíjate lo que te digo, solo pena. Lo que nos ha llevado a esto es precisamente eso, tú falta de hombría, no sabes lo solo que te vas a encontrar.

—¡Sal del baño! —Le chilló— estarás contenta, ni siquiera en mi casa puedo hacerme una paja a gusto.

—No te preocupes, hazte todas las pajas que te tengas que hacer, que a partir de ahora yo seré dueña de mi vida, se acabaron las sumisiones, no volverás a decidir por mí. Eres un gilipollas esférico —en ese momento su tono pasó de ser furioso a insultante.

Rhona estaba tan sorprendida que no esperó a que él contestase, salió del cuarto de baño dejando a Daniel estupefacto. En un principio tuvo unas angustiosas ganas de llorar, se encerró en el otro baño y se metió bajo la ducha, de pronto le repugnaba las veces que él la había tocado. Estuvo un rato notando correr el agua sobre su cuerpo hasta que se serenó. Aquello definitivamente era el empujón que necesitaba para decir que sí a Jaime, decidió que pasaría el día con él.

Cuando hubo tomado la determinación, salió de la ducha, se vistió y se arregló lo mejor que pudo, las palabras de Daniel no iban a menoscabar su autoestima.

Bajó a preparar el desayuno, se sentó un momento hasta que el temblor de las manos cedió y haciendo de tripas corazón, actuó como si no pasara nada, por nada del mundo le daría a su marido la satisfacción de pensar que sus actos la hubiesen afectado. Cuando llegó Daniel ella ya estaba sentada a la mesa del comedor con un estimulante y aromático café en la taza y unas tostadas en el plato. Se levantó y, como si lo que había visto no le afectase en lo más mínimo, le preparó a él una bandeja con su desayuno y le dijo que se tenía que marchar, que pasaría el día fuera de casa, que tenía unos clientes que atender, utilizó justo el mismo argumento que usaba él.

—Mis clientes son tan importantes para mí, como los tuyos puedan serlo para ti, supongo que lo entiendes —concluyó Rhona.

Daniel se limitó a mirarla por encima del periódico sin prestarle la menor importancia.

Rhona antes de salir se paró delante de su marido, no entendía aquel comportamiento cuando ella nunca le había negado nada, quizá el problema era ese, haber sido demasiado sumisa, demasiado pasiva, aunque por otro lado Daniel nunca la alentó cuando quiso llevar la iniciativa en algún que otro sentido, así que necesitaba preguntarlo.

—No es que quiera una explicación, pero creo que la merezco —dijo Rhona sin poder contenerse por más tiempo.

—Creo que ha quedado bastante claro, llego a casa cansado, no tengo ganas de estúpidos juegos de cama.

—Así que hacer el amor con tu mujer es un estúpido juego de cama —dijo Rhona con la voz apagada y una triste sonrisa en el rostro— hubiese preferido encontrarte con otra, pero eres tan egocéntrico que ni siquiera eres capaz de eso.

Rhona cogió el bolso y se fue, de pronto se ahogaba, tenía que salir de allí, no podía respirar dentro de aquella casa, aquello era superior a sus fuerzas, puso en marcha el coche, y, sin saber cómo, llegó al estudio. Necesitaba pensar, necesitaba tomar decisiones y era algo a lo que no estaba acostumbrada, la primera decisión importante que había tomado en su vida había sido la de abrir su galería. Daniel siempre tomaba las decisiones por los dos, ahora se daba cuenta que para él había sido siempre un cero a la izquierda. Al llegar estuvo a punto de desmoronarse, no podía creer lo que estaba pasando en su matrimonio, ella sabía que no era perfecto, pero no pensó que el deterioro de la relación hubiese llegado hasta aquel punto.

Estaba pensando en esas cosas y completamente desconcertada cuando sonó el móvil, en un primer momento pensó que fuese su marido y a punto estuvo de no cogerlo, pero era Patricia, su hija mayor, que llamaba para avisar a su madre que tenía unos días de fiesta y los pasaría en casa, que ya avisaría a qué hora llegaba el avión.

—Mamá, ¿te pasa algo?

—No, cariño, ¿por qué lo dices?

—Pues no lo sé, te noto el tono de voz apagado, falta de energía.

—Solo estoy algo cansada —replicó.

—A ver si papá va a tener razón, igual deberías relajarte un poco con lo de tu hobby.

—Estoy bien, de veras, es que he dormido mal, pero seguro que mañana estoy como nueva.

—¿Me lo prometes?

—Prometido —dijo su madre para cambiar de tema, no podía explicar a su hija lo que estaba pasando, estaba segura que Patricia no lo entendería.

Haciendo un esfuerzo dio un tono alegre a su voz para no preocupar más a su hija. Se despidieron y Rhona pensó que aquello no tenía por qué afectar a sus hijas, y, a ella, había decidido que tampoco, si lo pensaba no lo haría, así que tal como tenía el teléfono en la mano envió un mensaje a Jaime. No estaba segura de que lo leyera, pero la determinación estaba ahí.

Abrió el Messenger y escribió tres escuetas palabras: Acepto ese café.

Al momento sonó de nuevo la burbuja del Messenger, Jaime estaba esperando su respuesta.

Tienes un mensaje nuevo.

—*Buenos días, preciosa, me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo.*

—*Con qué poco te conformas, solo te he prometido un café.*

—*No tienes que prometerme nada. ¿Quedamos para comer?*

—*Está bien, ¿a qué hora me recoges?*—contestó sin pensarlo, si lo pensaba era capaz de decirle que no.

—*¿Dos, dos y cuarto te parece bien?*

—*Perfecto, te espero en el taller.*

—*Tengo que pasar por la redacción, en cuanto termine voy para allá.*

—*OK, aquí te espero.*

Conversación de chat finalizada.

El corazón de Rhona se aceleraba por momentos y su caos era total, no sabía si hacía bien o no, pero después de lo visto aquella mañana, desde luego lo que no sentía era remordimiento, al menos no por su parte, le dolía saber que con Jaime nunca podría tener un futuro. Era bastante reacio a tocar el tema de su esposa, ella sabía que le dolía, lo primero que le había dicho al respecto era que él quería mucho a su mujer y Rhona lo entendía, lo que no entendería era que la abandonase estando enferma como estaba y eso era lo que la tenía un poco descolocada. Sabía que nunca podría tener nada serio con Jaime y que no debería aceptar sus lisonjas, pero era superior a sus fuerzas, de eso se había dado cuenta cuando aquella mañana el desaire de su marido la había afectado mucho menos de lo que ella creía, o sea, nada.

Desde las dos de la tarde estaba esperando a Jaime, eran casi las tres menos cuarto y no había aparecido, sus elucubraciones empezaron a dispararse, ¿se habría arrepentido?, ¿la invitación había sido un órdago?, ¿le había pasado algo? No dejaba de dar vueltas a la cabeza, él le había dado su teléfono, pero ella a él no, no pensó que fuese necesario que lo tuviera, no esperaba llegar tan lejos con él. Ahora la pregunta era: ¿lo llamo o no? En eso estaba cuando

apareció por la puerta.

—Perdona el retraso —se excusó nada más entrar.

—No pasa nada, lo único que me muero de hambre. —Dijo Rhona por decir algo, estaba tan nerviosa que lo que menos tenía eran ganas de comer.

—Yo también tengo hambre, pero si te digo la verdad... no es de comida —aventuró Jaime acercándose a ella y dándole un tierno beso en la boca.

Rhona se lo quedó mirando fijamente, el intenso azul de sus ojos se clavó en ella y le hizo bajar su mirada, paseándola por el cuerpo masculino, deteniéndose en la más que evidente excitación de su entrepierna. Jaime reía al ver su turbación y empezó a besarla de nuevo, mordiendo su labio inferior, saboreando el gloss, invadiendo con la lengua toda su boca. Sus manos, algo torpes, buscaron el cierre del sujetador sin atinar a abrirlo, fue Rhona la que lo ayudó, dando así plena libertad a sus pezones que ya empezaban a sentir ramalazos de placer. Jaime agarró el culo femenino con sus manos mientras ella manipulaba el cinturón y bajaba sus pantalones, que él se sacó de una patada, dejando libre un pene en el que la sangre irrumpió con fuerza pavorosa, dejándolo erecto y túrgido, desbordante de deseo. Estaban tan absortos que dieron un respingo al oír que alguien intentaba abrir la puerta del local, por suerte estaba cerrada con llave y ellos estaban en un ángulo desde el cual no eran visibles desde la calle. Rhona lo cogió de la mano y se lo llevó al cuarto privado que tenía como oficina.

Jaime la besó de nuevo, profundamente, con insistencia. Enroscó el sedoso pelo en sus manos y continuó besándola hasta que las rodillas de Rhona cedieron y no pudo pensar en nada que no fuera dejarse caer en el sofá y sentir el peso de su cuerpo sobre ella. Pero no fue así, Jaime se sentó en el amplio sofá y le dijo: cabálgame. Aquella palabra dicha en su oído la encendió como una antorcha, estaba tan caliente que se derretía al notar la tremenda excitación de él, pero no estaba dispuesta a ponérselo tan fácil.

—No tan rápido.

Jaime le tomó la palabra, y se tumbó sobre el sofá dejándose hacer. Un escalofrío de placer recorrió su espalda viendo como ella acababa de desnudarse para él, lentamente. Rhona sin pensar en lo que hacía tomó las riendas, en aquel momento se sentía poderosa, lo tenía a su merced y estaba descubriendo una faceta suya, desconocida hasta el momento, que le fascinaba. Había olvidado que existían tantas sensaciones, aunque a decir verdad, creía que nunca las había experimentado. El contacto, el olor, el sabor del cuerpo de Jaime eran como una droga que penetraba sus sentidos volviéndola un tanto salvaje. Un tanto gata, como él la llamaba. Tal como le había pedido se sentó a horcajadas sobre él, pero sin llegar a dejar que la penetrara, “todavía no es el momento”, pensó ladina. Mientras ella recorría el cuerpo de Jaime con la lengua, una mano empezó a jugar con su cuello, bajando por su clavícula, bordeando el contorno del pecho con su pulgar y dándole pequeños pellizquitos en el pezón que le hicieron sentir el mundo girar sobre ella. Con la otra mano Jaime buscó los labios vaginales de ella rozándolos con suavidad hasta que introdujo dos dedos en su vagina y con el pulgar estimulaba su clítoris. Rhona exhaló un gemido, pensaba que era ella la que llevaba las riendas pero se dio cuenta que no era así, Jaime casi sin moverse le estaba haciendo sentir que no podía más, si seguía así se correría antes de empezar.

Apartó su mano y le hizo dar la vuelta, así sería seguro que él no podría tocarla, se impregnó las manos en aceite de masaje y empezó a masajear su espalda a la vez que daba pequeños mordisquitos en su cuello, vio como se le erizaba el vello de la nuca, Rhona sonrió divertida, mientras, los masajes bajaron hasta su trasero, Jaime no se lo esperaba y se tensó.

—¿Qué haces? —preguntó inquieto.

—Te va a gustar, relájate —ordenó ella—. Lo leí en un libro y al protagonista le gustó mucho.

—Mmmhhhh —contestó Jaime algo intranquilo.

Rhona seguía jugueteando con sus nalgas y pasando su atrevido dedo cada vez más cerca del ano, volvió a untarse de aceite las manos para destensar los músculos que se negaban por el momento a dejarse invadir. Poco a poco notó como Jaime se iba relajando y empezó con su invasión, introdujo un dedo mientras lo movía en círculos entrando y saliendo lentamente hasta entrar por completo.

Después de estimularle el escroto le cogió el pene y le proporcionó el orgasmo más brutal de su vida.

Jaime jadeó dándole la vuelta a ella para que quedara encima de él, aunque se sentía sudoroso y respirando profundamente era inmensamente feliz en aquel momento.

Descansaron un rato, mirándose, acariciándose, Jaime enmarcó con sus manos la cara de Rhona, pasando un dedo por las arrugas de preocupación que el tiempo había erosionado en su frente. Clavó sus ojos en los labios de ella, de nuevo sentía la necesidad de acariciarla, de besarla, de nuevo estaba listo para hacerla gozar. Puso sus labios sobre los de Rhona abriéndoselos lentamente, chupándoselos y metiendo su lengua suavemente, bailando un vals con ella. Metiendo la mano bajo su nuca tiró de ella con suavidad, ladeándole la cabeza ligeramente, durante largo rato siguió besándola despacio, un beso delicado y tranquilo que hizo que un placentero hormigueo, de nuevo, recorriera su cuerpo, llegando directamente a su entrepierna.

—Tienes unos labios deliciosos —susurró Jaime en su oído— aunque te agradecería que desclavases tus uñas de mis brazos.

—Perdón, me he dejado llevar —murmuró apenada Rhona.

—Eso es lo que quiero, que te dejes llevar, mmmhhhh.

Dicho esto, Jaime volvió a concentrarse en los pechos de ella, que se excitó al máximo notando como los pezones en su boca húmeda y caliente enviaban ramalazos de placer a sus entrañas. Las manos le recorrían el cuerpo pasando por su cadera, adentrándose en su sexo. Jaime volvió a subirse encima de Rhona buscando con su miembro la abertura de su cueva, pero sin penetrarla de momento, rozándole el clítoris con su pene de nuevo erecto. Rhona no pudo contenerse y gimió de placer buscando de nuevo su boca y mordisqueando su labio inferior. De pronto sintió la necesidad de tenerlo dentro, arqueó la espalda para hacérselo notar, Jaime no se lo pensó, también lo estaba deseando, buscó su sexo y empezó con delicadeza a abrirse camino entre sus piernas, la penetró al principio con suavidad acabando con un último empujón algo más brusco, haciendo gemir a Rhona con sus vaivenes.

—Me gusta tu estrechez —le susurró al oído.

A Rhona le encantaba que le murmurase cosas, aunque no esperaba que le dijera algo así.

—Debe ser por las telarañas —ronroneó ella.

—No, es por la cálida humedad de tu interior.

Aquel ronroneo lo invitó a aumentar la velocidad de sus embestidas. La sangre fluía furiosa por sus venas desembocando en un mar de vibrantes sensaciones. Los corazones latían furiosos. Rhona movía su pelvis acompañándola al ritmo creciente de Jaime y clavándole las uñas en la espalda al tiempo que un orgasmo intenso y abrumador sacudía todo su cuerpo.

—Si fumara, este sería el momento perfecto para un cigarrillo —dijo Jaime todavía

jadeante y agotado.

De pronto Rhona se sintió incómoda, se sintió culpable de nuevo, sabía que no tenía por qué, pero así era, había sucumbido de nuevo a un arrebató y le daba vergüenza su comportamiento, era una mujer madura que se había comportado como una adolescente, se había dejado llevar y había actuado irresponsablemente, aunque el caso era que seguía estando cachonda y no quería que se le notase. Por el momento, Jaime estaba disfrutando del placer prohibido.

Rhona se empezó a sentir insegura de nuevo, así que fue al lavabo a recomponerse, mientras ella estaba en el baño, él intentó reacomodar todo como estaba, no quería causarle problemas

—Supongo que en algún sitio nos darán de comer a esta hora, ¿no? —dijo ella cuando salió del cuarto de baño, buscando un tema neutro, porque lo que era hambre no tenía ni pizca, lo único que tenía eran nervios en el estómago, ¿o eran mariposas?

—Algo encontraremos... —contestó mirándola lascivamente, haciendo que Rhona de nuevo se ruborizase.

El ejercicio les había dado hambre, así que buscaron un restaurante donde la cocina no cerrase demasiado temprano, comieron, charlaron, tomaron café y Jaime quiso alargar la tarde.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —preguntó.

—Ahora me voy para casa, llevo todo el día fuera y viene mi hija unos días, quiero que esté todo perfecto cuando llegue, tengo tantas ganas de verla.

—Lo entiendo, espero que esos días no te olvides de mí.

—Claro que no... —sonrió coqueta— bueno, adiós —se despidió al llegar al coche.

Ni siquiera le dio un beso, en la calle le era imposible, ella siempre con sus dudas, ¿y si alguien la reconocía? Si no había muestras de afecto, si alguien los veía podía pensar que era un cliente.

Capítulo VIII

Tienes un mensaje nuevo.

—*Hola.*

—*Buenas noches.*

—*¿Qué tal está mi cielo? ¿Cómo lo llevas? Hoy ha sido un día especial.*

—*Bastante bien. Y tú ¿qué tal?*

—*¡¡¡Magnifico!!!*

—*Caray, qué rotundo.*

—*Bueno, no sé si te he dejado muy satisfecho.*

—*¿Cómo puedes decir eso? ¿No has visto cómo he disfrutado? No le des vueltas, se trataba de pasar un rato agradable y así ha sido, fuera esa ansiedad.*

—*Ansiedad tampoco diría yo, pero ya sabes que no soy una persona segura de mí misma.*

—*Quiero decir que fuera preocupaciones, ha sido un día perfecto, no hay que darle más rodeos.*

—*Te tengo que dejar, es muy tarde y tengo muchas cosas que hacer antes de ir a dormir, un beso.*

—*Yo también me voy para casa, por hoy ya está bien. Buenas noches, guapa.*

Conversación de chat finalizada.

Daniel no había aparecido por casa en todo el día, Rhona estaba confundida, no sabía qué pensar, se movía por la casa como pollo sin cabeza, iba de un lado a otro sin saber que hacer. En aquel momento llegó su marido, se acercó a ella y le dio un beso frío y desangelado, pero no diferente de los que le daba al llegar a casa el resto de días. La única diferencia que notó fueron los ojos, el marrón casi se había convertido en negro, parecía que no había pasado nada aquella mañana, pero el profundo frío de sus ojos le decía que no era así, que su osadía la pagaría cara.

—*En un momento te sirvo la cena —comunicó Rhona casi sin voz.*

—*Avísame cuando esté, voy al despacho —contestó escueto.*

En realidad no había contestado mucho peor que otras veces, ser cariñoso no iba con él, pero sí que notó Rhona el tono más seco y acerado, más cortante. Así que pensó que mejor no comentar nada sobre lo ocurrido, había sido su táctica desde siempre, si no contestaba, no daba lugar a réplica.

—*Ha llamado Patricia, viene mañana con unos días de vacaciones —anunció esperando que aquella noticia rebajara la tensión entre ellos, Daniel nunca había ocultado la predilección que sentía por su hija mayor.*

—*¿A qué hora llega? —Se volvió a preguntar desde la puerta del despacho.*

—*Sobre las nueve.*

—Está bien, iré a recogerla al aeropuerto —indicó.

Aquello era algo que a Rhona le molestaba mucho, si ella había hecho planes no importaba, como era Patricia la que venía, él se encargaría de todo, aunque tampoco se molestó en preguntar si Clara la acompañaba o no, eso no era relevante para él. Su prioridad siempre había sido Patricia.

Preparó la mesa, cenaron en el más absoluto de los silencios y como la mayoría de las noches, después de cenar, se encerró en su despacho, así que ella recogió todo y se fue a la cama, “con el de turno” que decía ella. Estaba leyendo una novela romántica pero esa noche no le apetecía cogerla, así que cogió un libro de arte, buscaba ideas y quiso refrescar sus conocimientos sobre Frida Kahlo, una mujer atormentada, al igual que ella, con la que no sabía bien por qué, pero se sentía identificada.

Daniel se levantó temprano, ni siquiera esperó a que le preparase el desayuno, salió directamente al aeropuerto y ni tan solo tuvo la cortesía de decirle si quería acompañarle. Prefirió no pensar más. No tardaría en tener a su hija en casa y estaba deseando abrazarla de nuevo, de pronto le entró un tremendo afán por hacer cosas, se puso a recoger la casa, de por sí impecable, colocó flores, ordenó el salón, incluso le ahuecó los cojines de la cama. Quería que se sintiera bien y que todo fuese como siempre, intentaría por todos los medios que su hija no notase por nada del mundo que entre su padre y ella las cosas no estaban bien. Esperaba que Daniel pensase lo mismo y durante esos días, por lo menos, se comportase como un marido y no como un patán. Con lo que no contaba para nada era la sorpresa con la que se presentó su hija. En cuanto oyó el ruido del motor del coche de su marido salió a recibirla. Del auto bajaron tres personas, no dos como ella esperaba, pero no era Clara, su hija pequeña, la que acompañaba a su hermana, era un joven bien parecido al que Patricia daba la mano.

—Mamá, te presento a Albert, ¿no te importa que lo haya invitado, verdad?

—Desde luego que no, cariño, al contrario, estoy encantada. —Decía tendiéndole la mano en lo que él le daba dos besos.

—Albert Dalmau, encantado de conocerla por fin, Patri me ha hablado mucho de usted.

—Por tu apellido deduzco que no eres inglés —estableció Rhona, que en un primer momento pensó que era británico por su aspecto, ya que era un joven alto, rubio y de ojos claros.

—Pues no, soy de Barcelona, aunque trabajo en Londres, allí nos conocimos —aclaró, mirando con ojitos de cordero degollado a su hija.

—Entremos, he preparado el desayuno, como habéis salido tan temprano he supuesto que no habríais tomado nada.

—Gracias, mami, me muero de hambre —aprobó Patricia, que se daba cuenta de cómo miraba su madre a su “amigo”. Rhona estaba intrigada, su hija en ningún momento le había comentado que tuviese novio, y por las miraditas que se echaban no le cabía la menor duda de que eran algo más que amigos.

—¿Cómo os conocisteis? —Preguntó Rhona cuando se sentaron a la mesa.

—En el hospital —dijeron los dos casi a la vez.

—Es médico y está haciendo la residencia —aclaró Patricia.

—No empieces con tus interrogatorios —recriminó Daniel a su mujer delante de ellos.

—Solo intentaba ser amable —se excusó Rhona metiendo la cabeza en su taza de café, para disimular la lividez de su rostro.

—No pasa nada, es normal que quiera saber cosas del tipo que su hija lleva a casa —

comentó Albert quitando importancia al asunto.

El ambiente de pronto se enrareció, terminaron el desayuno en silencio, los enamorados con prisas, por lo que parecía, Daniel, enviando miradas reprobatorias a Rhona, y ella, ella como siempre intentando transmitir armonía, una armonía que distaba mucho de ser real.

—Mamá, me llevo tu coche, voy a acompañar a Albert a casa de su madre, no sabe que está aquí, quiere darle una sorpresa.

Rhona se entristeció al constatar lo mucho que su hija mayor se parecía a su padre, al estar lejos y verse de tanto en tanto, cuando se veían se hacía cada vez mas evidente la sintonía que reinaba entre ellos y la similitud en el carácter, ella no se hubiera negado a dejarle su coche, pero le habría gustado que le preguntase por lo menos si lo necesitaba, que no diese por hecho las cosas tal como hacía él. Ella también era una persona y tenía sus necesidades. Pero aunque pensó decírselo, al final hizo como hacía siempre con Daniel, dejar que prevaleciera su voluntad por encima de la de ella.

Patricia le dio un beso a su madre y Albert se despidió con dos, le gustaba ese chico, parecía cariñoso y atento, esperaba que su hija no fuese demasiado despótica con él, como su padre lo había sido con ella.

Al quedarse a solas con su marido se lo quedó mirando, esperaba una disculpa por su parte, aún sabiendo que nunca llegaría, vio como se preparaba para salir, era domingo, Patricia no había dicho si comería en casa o no, esperaba que si, pero de todos modos hubiese esperado un poco más de comunicación por parte de ellos. La sangre le hervía en las venas, estaba cansada de ser el felpudo de la casa.

—¿No tienes nada que decir? —Estalló.

—¡Qué coño quieres ahora! ¡Qué bicho te ha picado!

—No te has dado cuenta ¿verdad? Para qué pensar que los demás puedan tener sentimientos.

—Desvarías, no sé de qué coño me estás hablando.

—Ese es tu problema, que nunca sabes de qué te hablo o, mejor dicho, que nunca escuchas nada de lo que te digo. Me has dejado en ridículo delante del amigo de tu hija, y es la última vez que lo haces, te lo advierto.

—Cada día estás más insoportable —fue lo único que se le ocurrió decir a su marido mientras salía dando un portazo.

Al final se quedó sola, “otra vez sola” pensaba, mientras miraba la casa vacía. Se sentía tan indefensa, sus sentimientos no eran de odio, ella no odiaba a nadie, no podía, pero en aquel momento de su vida estaba tan perdida que necesitaba un asidero, algo que la anclase a este mundo y ese algo estaba esperando por ella, así que sin pensarlo se sentó ante el ordenador y abrió el Facebook, lo hizo por impulso, pero en aquel momento era su corazón quien mandaba, y su corazón palpitaba con fuerza cada vez que Jaime se asomaba a la pantalla.

Tienes un mensaje nuevo.

Indicaba el bocado en la parte superior del monitor. Lo abrió para leerlo puesto que Jaime no estaba conectado en aquel momento.

—*Buenos días, preciosa. Me acaban de dar la información de que hoy pasan el último capítulo de la serie esa que sigues, Outlander.*

Rhona rió al leerlo, estaba pendiente hasta de la serie que le gustaba, respiró profundo y una sonrisa se instaló en su cara.

—*Como lo veo on line hasta mañana no podré verlo, pero gracias por pensar en mí* — dejó su contestación pensando que ya le vería cuando se conectase.

—*Siempre, por muy desbordado de trabajo que esté.*

El corazón le dio un vuelco. No se lo esperaba y se sobresaltó, no se había dado cuenta que él se había conectado mientras ella leía el mensaje.

—*Se agradecen esos pensamientos jajaja.*

—*Y tú ¿piensas mucho en mí?*

—*¿Debo hacerlo?*

—*¿Deber? No, claro que no, yo solo pregunto* —aclaró Jaime.

—*Bueno, te diré que cuando trabajo no pienso en nada.*

—*Así que ahora soy nada, vamos progresando jajaja.*

—*Me has entendido perfectamente, cuando he dicho nada incluye a nadie. Además cuando me saludas, saludo.*

—*Claro, eso ya lo sé, pero a veces me conecto poco, por eso la pregunta.*

—*Es que sigo confundida, creo que esto se me está escapando de las manos.*

—*Pues para mí fue un día perfecto.*

—*Creo que estaba ofuscada, había discutido y no negaré que me arrojé a tus brazos sin pensar. No me siento orgullosa de ello, pero tampoco voy a decir que todo fue culpa tuya. No soy de piedra y tampoco soy frígida.*

—*Uff, no esperaba esto, pero tampoco me extraña. Y te voy a decir que incluso lo entiendo, todavía no me tienes total confianza.*

—*No lo sé, solo sé que cuando estoy contigo me transformo, no soy yo. Cuando estoy contigo no pienso y sale lo peor de mí.*

—*¿Lo peor? Discrepo contigo, yo creo que sale lo mejor, y te voy a ser sincero, me encanta la mujer que sale.*

—*Pues yo me doy miedo.*

—*¿Sabes una cosa? Ahora mismo te imagino sentada ante el ordenador, estás hermosa. El sol resplandece en tu pelo y el arrepentimiento da un toque oscuro y misterioso a tus ojos.*

—*Estás sacando al poeta que llevas dentro, no estoy hermosa ni nada parecido. Arrepentida puede, pero tampoco demasiado, asumo mis actos y sus consecuencias.*

—*Y ¿Sabes otra cosa? Mientras te imagino, una parte de mi anatomía se está revelando, porque ¿Sabes otra cosa? Tengo unas ganas locas de volver a besarte.*

—*Uff, si me dices esas cosas no puedo pensar.*

—*Pues no pienses, o mejor dicho, mientras pienses en mí, no hace falta que pienses en nada más. ¿Sabes otra cosa? Yo no puedo dejar de pensar en lo bien que lo pasamos.*

—*Y yo no puedo dejar de pensar que no debí.*

—*¿Sabes otra cosa? Todavía siento el sabor de tu lengua en mi boca.*

—*¿No tienes ningún artículo que escribir?* —preguntó Rhona de pronto, empezaba a sentir que lo deseaba.

—*¿Me estás echando?*

—*No, por Dios, yo no soy quién para decirte que te vayas, solo que me estoy poniendo nerviosa con tu lenguaje.*

—*Mmmhhh, fantástica la lengua.*

—*¿La tuya o la mía?*

—*Entrelazadas...*

—*¿Hasta dónde quieres llegar?*

—*Hasta donde tú me dejes. Solo con esto ya has conseguido que se me levante.*

—*Me estás poniendo colorada con tu atrevimiento.*

—*Eso quiere decir que también estás excitada, me encanta...y me encantas*

—*Te tengo que dejar, tengo cosas que hacer* —se excusó al notar el tono que de nuevo adquiría la conversación.

—*Me dejas con las ganas, pero te perdono, un beso en los labios... que no en la boca.*

Para despedirse le envió la foto de una boca roja y sensual dando un beso.

Conversación de chat finalizada.

Al final se vio sola de nuevo, Patricia llamó para decir que se quedaba a comer en casa de Albert y ella llamó a sus amigas, necesitaba descargar tensiones y por qué no, consejo... pero las dos estaban ocupadas.

Capítulo IX

Jaime nunca veía la hora de cortar las comunicaciones, cada vez estaba más enganchado, en un primer momento pensó que sería solo un juego, él quería a su mujer, pero, y ahora llegaba el pero, desde que estaba sumida en aquella depresión la convivencia era difícil, complicada. Cada día le costaba más trabajo llegar a casa. En realidad, cuando le había pedido amistad a Rhona lo

hizo pensando en una posible colaboración para la galería que dirigía en aquel momento. Después, la dirección no acabó de verlo claro y aquello quedó en agua de borrajas, y al poco tiempo cerró sus puertas por falta de fondos. Había seguido manteniendo el contacto con ella, Empezaron hablando de arte, de política, le gastaba bromas y ella entraba al trapo a todo. Cualquier tema podía hablarlo con ella y aquello le gustaba mucho. Cada vez, y casi sin darse cuenta, se sentía más atraído por Rhona. Algunas cosas que compartía en Facebook le divertían, otras eran bastante profundas y de una gran sensibilidad. Poco a poco las conversaciones se fueron haciendo más personales, más íntimas, y cada vez le costaba más convencerse de que solo era un juego. Por eso, tenía que recordarse a sí mismo que aquello no podía ser, “esto es un juego, es una necesidad, una necesidad física, de sexo, nada más”, se repetía una y otra vez. Él estaba casado, su mujer era una gran persona y no podía hacerle aquello, pero él era un hombre, y un hombre bastante activo sexualmente hablando, que tenía sus necesidades. Lo cierto era que últimamente siempre iba caliente. Después de tantos años sin sexo... bueno, masturbándose, aquello era un soplo de aire fresco en su vida, pero no quería hacer daño a Rhona, no se lo merecía, al igual que su mujer tampoco se merecía que le pusiera los cuernos.

Cuántas veces se había dicho que tenía que parar aquello, entonces estaba unos días sin conectarse, intentando pasar el día sin pensar en ella, pero al final sucumbía. Algo que también le gustaba de ella era que nunca, nunca le hacía reproches de ningún tipo, y tampoco lo agobiaba, si él le hablaba, hablaban, si no, ella no solía hacerse notar, entonces él pensaba que ella ya no quería nada con él, tenía que enviarle un mensaje y se volvía loco si ella tardaba mucho en contestar.

Aquella mañana de domingo se había levantado temprano, en su profesión no había horarios ni fines de semana, si tocaba hacer una crónica había que hacerla, los plazos de entrega se tenían que cumplir y le habían hecho un encargo para la revista con la que colaboraba: “*Descubrir el arte*” sobre el *Museo Nazionale del Barguello* y quería que quedase perfecto, incluso había considerado la idea de viajar a Florencia, hacía bastante tiempo que no la visitaba y aquel artículo podía ser la excusa perfecta, necesitaba desconectar de todo y de todos.

Estaba terminando de hacer el primer borrador del artículo, ilustrándolo con una foto de una escultura de Giambologna, la escultura en mármol de *Florencia triunfando sobre Pisa*, sin saber por qué, le recordó inmediatamente a Rhona, en aquel momento la imaginó desnuda a ella también y su pene empezó a recibir un enorme flujo sanguíneo con la consecuente erección.

Se conectó a Facebook y abrió la ventana del Messenger.

—*Hola, cariño* —saludó, enviándole a continuación una foto con un ramo de rosas.

Rhona no contestaba, en parte pensó que era lo mejor, aunque su mente no podía dejar de dar vueltas a su cuerpo despojado de los adornos de la ropa, estaba soñando despierto. La estaba viendo desnuda en la cama solo cubierta por una sábana de seda. Soñaba con acariciar su cuerpo, moldearlo con sus manos expertas. La imaginaba a horcajadas sobre él. Podía notar el calor de sus piernas sobre sus caderas. No podía aguantar más, ya que en aquel momento no podía poseerla sintió una necesidad imperiosa de masturbarse... cuando oyó que llamaban a la puerta.

—Querido, está aquí tu sobrino ¿Puedes dejar el trabajo unos minutos? —le dijo su mujer asomando la cabeza.

—Dame un segundo, enseguida voy —contestó con el corazón en la garganta.

En cuanto se serenó y pudo controlar su pene, salió del despacho, no solía trabajar en

casa, pero era domingo y parecía que su mujer estaba bastante animada, así que le dio fiesta a la joven que la ayudaba en casa y se quedó con ella. En el fondo sabía que era por el sentimiento de culpa que arrastraba, pero por mucho que lo intentase no podía dejar de pensar en Rhona, así que lo único que podía hacer era compensar a su mujer de la manera posible.

—Hola, cuánto tiempo —dijo dándole un abrazo a su sobrino mayor y dos besos a la novia de este.

—La verdad es que sí, tío, hace tiempo que quiero pasar pero ya sabes cómo es nuestra profesión, bueno la mía —bromeó—, porque tú eres de los privilegiados.

—Ya pasé por todo eso, ahora me apetece algo más tranquilo, la política quema mucho, ya te darás cuenta.

—Me la estoy dando, pero qué quieres, me apasiona. Y los dos sabemos que aunque con pseudónimo sigues escribiendo algún que otro artículo por ahí, conozco perfectamente tu modo de escribir, a mí no me engañas jajaja —expuso el sobrino divertido.

—Jajaja —sonrió Jaime sin comentar nada, a su mujer no le gustaba que escribiese de política, así que obvió el comentario—, a tu edad yo también sentía esa pasión, pero los años no perdonan.

—Lo que tu digas, tío, pero yo cada día te veo más joven —halagó Jordi a su tío, el mismo que desde que murió su padre en un accidente de coche, había sido como un segundo padre para él y su hermano menor.

—¿Y esto? —Preguntó Jaime con una sonrisa al coger el sobre que su sobrino le tendía.

—La invitación formal a mi boda, ¿no pensarías que te ibas a escaquear? Jajaja. Espero que seáis mis padrinos. Tía, te quiero bien guapa en la ceremonia —añadió Jordi dándole dos besos, sabiendo lo que le costaba a su tía salir de casa.

—Así que me voy a tener que poner corbata —bromeó Jaime con su sobrino y su aversión a las corbatas.

En aquel momento su mujer estaba contenta, hablaba animadamente con la novia de “su Jordi”, como ella lo llamaba, y parecía que hubiese superado sus problemas, lástima que todos sabían que era pasajero, que la depresión reaparecía en el momento menos esperado. Estaba feliz con la visita del sobrino y su novia. Les dijo a los jóvenes que se quedasen a comer con ellos y Jaime estuvo encantado, su sobrino era un buen periodista y le gustaba que su tío le explicase las batallitas de cuando él empezó haciendo prensa deportiva, de cuando por fin hizo prensa política y cómo le había costado mucho más que a los demás que le reconocieran sus méritos por ser políticamente incorrecto, en este país si no eres de la cuerda, no eres nadie, le decía a su sobrino. Jaime nunca quiso privilegios de ningún tipo, y eso que pudo haberlos tenido, un amigo de su padre era accionista del diario donde empezó su andadura y escribió una carta de recomendación para que la usara cuando lo necesitase, en alguna caja, en el fondo de las golfas, debía estar guardada, todavía sin abrir.

La comida transcurrió de lo más amena, aunque a Jaime de vez en cuando se le iba el pensamiento hacía el mensaje que había enviado a Rhona, ¿lo habría leído?, se preguntaba, le estaba costando pero sabía que debía guardar la compostura delante de su sobrino, que a falta de hijos, casi, casi habían adoptado y gracias a ello a su mujer no se le acabó de ir la cabeza. Sus sobrinos eran el ancla que la había mantenido con los pies medio en la tierra. Al quedar viuda tan joven la hermana de Jaime, tuvo que trabajar mucho para poder sacarlos adelante, Maricarmen, así se llamaba su esposa, se hacía cargo de cuidarlos mientras su cuñada trabajaba y por un tiempo parecía que aquello la ayudaba a superar la depresión, solo se le notaba cuando los chicos

se iban con su madre y ella volvía a quedarse sola. Jaime por su profesión viajaba mucho, así que siempre había una persona que la ayudaba en las tareas de la casa y de alguna manera cuidaba de ella. Hasta que los chicos crecieron y se independizaron, aquello, volvió a sumirla en lo profundo de la depresión. Tenía días como aquel en que casi ni se le notaba, otros, si podía, ni siquiera hacía el esfuerzo de levantarse de la cama.

Durante muchos años Jaime se resignó a no tener sexo, él era un caballero y a su manera quería a su mujer, así que nunca se le pasó por la cabeza mantener relaciones con ninguna otra, pero eran muchos años, y, no sabía qué, pero algo se removió en su interior al conocer a Rhona. No es que hubiese sido premeditado, sencillamente, aunque se lo negase a sí mismo, se había enamorado, pero él seguía atado a su mujer, se repetía por activa y por pasiva... pero Rhona, uff, Rhona era mucha Rhona.

—Tío, tío —le llamó la atención su sobrino.

—¿Decías? —contestó volviendo en sí de su ensimismamiento.

—Un euro por tus pensamientos —retó Jordi.

—Jajaja, te iba a salir caro mi pensamiento, estaba en el artículo que estoy terminando —mintió.

—Bueno, te decía que ya nos vamos, tenemos que hacer unas cuantas visitas todavía y la boda es en dos meses, se nos echa el tiempo encima.

Era ya última hora de la tarde cuando alegando trabajo atrasado pudo volver a su despacho, le sabía mal por su mujer, pero necesitaba hablar con Rhona, en realidad lo que quería era echarle un buen polvo, durante toda la comida tuvo que hacer un esfuerzo supremo para que su familia no notase lo disperso que estaba, incluso su sobrino tuvo que rectificarle algunos datos sobre las anécdotas que contaba y que había confundido, algo muy extraño en él y que a su sobrino le dio que pensar, aunque lo achacó al típico estrés.

Maricarmen estaba entretenida con una película, así que cerró la puerta del despacho y se conectó al Facebook. Decepción fue la palabra, Rhona no había contestado a su correo ni estaba conectada. No se rindió, sabía que el móvil de ella sonaba cuando le enviaban algún mensaje.

—*Buenas tardes, guapa, te extraño.*

Silencio, la pantalla seguía sin darle lo que tanto necesitaba. Llamaron a la puerta y en un primer momento pensó que su mujer estaba necesitando algo.

—Pasa, pasa —concedió.

—¿Jaime? ¿Puedo hablar contigo? —preguntó Ingrid, la joven que ayudaba a Maricarmen, que había vuelto antes de tiempo.

—Sí, dime —inquirió levantándose del sillón.

—Verás, es que ha habido un escape de agua en casa y quería preguntarte si me puedo quedar un par de días hasta que lo arreglen —alegó Ingrid con cara de angustia.

En un primer momento Jaime se quedó un poco sorprendido, ¿por qué se lo pedía a él?, lo más lógico es que fuese a casa de algún familiar, no lo entendía pero tampoco le quiso dar demasiada importancia, igual no tenía familia en el país (era cubana) así que le dijo que sí, que mientras arreglaban su casa se podía quedar, sin ningún problema, de todos modos no era la primera vez que lo hacía, si él tenía que salir de viaje ella se quedaba en casa para que Maricarmen no estuviese sola.

Viendo que Rhona no contestaba se enfrascó en el artículo que estaba escribiendo,

necesitaba despejar la mente y olvidar aunque fuera por un rato su calentura, o no sería capaz de terminar el trabajo en el tiempo establecido. Llevaba bastante tiempo trabajando, era tardísimo pero no tenía sueño, y, de todas maneras, no habría podido dormir. Habían cenado los tres y Jaime le dijo a su mujer que se fuese a la cama, que no lo esperase despierta que tenía trabajo y tardaría un rato en acostarse, le dio las buenas noches y se fue de nuevo al despacho. En un último intento se volvió a conectar al Facebook, esperando una respuesta, pero Rhona seguía sin conectarse, aquello hasta lo puso de mal humor. Ya que no podía follarla necesitaba hablar con ella. Llamaron a la puerta, “qué problema hay ahora” pensó. No tuvo tiempo de responder, Ingrid asomaba la cabeza en aquel momento.

—Jaime —llamó—, Maricarmen ya está acostada, se ha tomado las pastillas para dormir, decía que estaba un poco nerviosa y ha preferido tomarlas antes de pasar mala noche.

—Está bien, gracias, Ingrid, acuéstate cuando quieras, yo tardaré un rato, tengo trabajo —le dijo.

—¿No necesitas nada? —indagó la joven entrando y cerrando la puerta a su espalda.

—No, gracias, descansa, estás en tu casa, ¡no te voy a pagar horas extras, eh! —bromeó Jaime.

—Te noto muy tenso —dijo Ingrid de pronto, acercándose por detrás y masajéandole la nuca.

Jaime no se lo esperaba, en un primer momento pensó que se había quedado dormido y estaba soñando, pero no, se frotó los ojos y las sienes y ella seguía allí dándole un masaje que de la nuca había bajado al pecho. Ingrid le metía las manos por debajo de la camisa arrimándose cada vez más, mientras Jaime notaba su aliento en la oreja. Aquel inesperado masaje le estaba sentando muy bien, demasiado bien, pensaba él en aquel momento, ya que su miembro empezó a hacerse notar. Ingrid viendo que Jaime no oponía resistencia se atrevió a ir más allá, le empezó a desabotonar la camisa y a besarle el cuello mientras sus manos atrevidas buscaban su pene entre los ajustados boxers. Jaime estaba en shock, necesitaba sexo, eso estaba claro, pero no era con Ingrid con quien lo quería. Por suerte o por desgracia su pene no opinaba lo mismo que su cabeza, y, menos, cuando Ingrid deslizó hacia atrás el sillón y se subió a horcajadas sobre él.

Estaba tan caliente que le fue imposible decir que no y aunque, en su fuero interno, intentaba resistirse, su cuerpo reaccionó en cuanto la lengua de Ingrid se introdujo en su boca.

—Soy tu ama, papito, te usaré como quiera y siempre que quiera serás mío —le susurraba acabando con la poca resistencia que a él le quedaba. Tan poca, que eran sus ganas las que dominaban la situación, y más, cuando Ingrid se fue resbalando de sus muslos hasta quedar con la cabeza entre las piernas de Jaime. Cuando su lengua golosa lamió la perla que salía de su glande, Jaime le aguantó la cabeza con las manos acompañando las maniobras de Ingrid. Mientras, ella le daba pequeños mordisquitos dejando resbalar los dientes por su pene y hacía un anillo con dos dedos presionando la base con movimientos ascendentes. Jaime exhaló un suspiro que le dio a Ingrid alas para seguir con su pericia. No se dejó tocar por él, mientras le practicaba la felación con la otra mano se acariciaba ella misma el clítoris. Jaime estaba tan asombrado por lo que estaba pasando que las sensaciones lo ahogaban, la cabeza le daba vueltas y veía reflejos cegadores mientras Ingrid retenía en el interior de la boca su virilidad y él sacudía su cabeza al estallar en un climax abrumador.

Ingrid tal como entró, salió. Jaime estaba anonadado, su mente normalmente lúcida y rápida se negaba a asimilar aquello, durante casi una hora se quedó allí sentado sin tener un pensamiento coherente, fue incapaz de poner una coma en el artículo que tenía a medias, así que

como un autómatas se fue a dormir, mejor dicho, se tumbó en la cama boca arriba mirando al techo, ya que sabía que sería incapaz de conciliar el sueño. Pasó la noche pensando qué habría pasado por la cabeza de Ingrid para hacer algo así. Era una mujer joven, estaba seguro que no tenía necesidad de aquello, era guapa y hombres no debían faltarle.

Se levantó temprano, como cada día, con la excepción de que no sabía qué pasaría cuando se encontrase con la joven. “¿Le montaría una escena?” se estaba preguntando cuando la vio salir de la cocina con una bandeja y dos desayunos en ella.

—Buenos días, ¿se ha levantado ya Maricarmen? —preguntó Jaime, intentando dar un tono de normalidad a su pregunta.

—No, de momento sigue durmiendo. Los desayunos son para nosotros.

—¿Nosotros? ¿Ese nosotros me incluye a mí? No te equivoques —puntualizó Jaime—. Con un café tengo bastante, no tengo tiempo para desayunar —aclaró esperando que hubiese quedado claro y que Ingrid no se hubiese confundido con la situación.

El día amaneció triste y oscuro, grandes nubarrones cubrían el cielo dejando caer de vez en cuando un chaparrón. La humedad hacía que todo pareciese pesado y gris. Jaime se levantó como el día, de mal humor. Solo le faltó la presencia de Ingrid con los desayunos preparados. No estaba seguro de lo que buscaba aquella joven y no quería ni pensar por qué había hecho aquello y tampoco dejaba de recriminarse por habérselo dejado hacer. Estar caliente no era una excusa suficientemente válida para redimir su culpa por haberlo permitido. Debíó pararla en el mismo instante en que cerró la puerta del despacho, pero no lo hizo, no solo no lo hizo, sino que disfrutó lo que hizo ella, y eso lo estaba martirizando.

Capítulo X

Rhona al verse sola tuvo un bajón, pensó que ella siempre estaba para todos pero nadie había cuando ella los necesitaba. Era egoísta pensar así, lo sabía, pero era lo que sentía en aquel momento. Había dejado un mensaje en el contestador de cada una de sus amigas, era consciente que tenían su propia vida, como también era consciente de que la rabia que sentía se debía al hecho de que su hija fuese tan desconsiderada como su padre, que todo lo que había intentado inculcarle no hizo sino resbalarle por encima, no penetró. Sentía que había fracasado como madre, como esposa y como mujer.

Ya que no tenía a nadie a quien atender, síndrome de nido vacío, se diagnosticó, cogió el bolso y se fue a caminar, no quiso móvil ni nada que la conectara con el mundo, en aquel momento pensaba que no le interesaba nada ni nadie. Era una rabieta infantil, de niña pequeña, lo sabía, pero pensaba que también tenía derecho al pataleo. Ella se lo decía todo.

Se pasó casi todo el día paseando, mirando escaparates y dando vueltas por el centro comercial, uno de los pocos que abría todo el año, aquello le sirvió para no pensar, para evadirse y poder dejar la mente en blanco. Comió en uno de los restaurantes del complejo, el menú del día, y a última hora, cansada y con los pies doloridos se fue para casa.

Cuando llegó, el contestador echaba humo, tanto Lola como Maia habían llamado a todas partes; casa, móvil, incluso tenía mensajes en el Messenger. Lola había tenido guardia en el

hospital y Maia tenía invitados ese día. Le supo mal haber sido tan desconsiderada con ellas. Escuchó los mensajes con una sonrisa un tanto cínica en la boca. También vio que tenía mensajes de Jaime, le había dejado unos cuantos, y aunque le gustaba mucho hablar con él, en aquel momento ni siquiera le apetecía, así que pensó que ya le contestaría al día siguiente, aunque fuera egoísta por su parte no pensaba contestar a nadie hasta por la mañana. Estaba cabreada y no quería pagarlo con quien no lo merecía.

Era noche cerrada cuando llegó Daniel, casi inmediatamente llegaron Patricia y su novio, Rhona no estaba segura que no se hubiesen puesto de acuerdo en la hora de llegada a casa, aunque a ella no le hubiesen dicho nada.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó Daniel viendo que en la cocina no había actividad ninguna.

—Puedes pedir una pizza si tienes hambre —contestó Rhona con brusquedad—. El servicio de cocina está cerrado.

El joven no entendía nada de todo aquello, así que arqueó una ceja mirando a Patricia mientras ella elevaba los hombros como diciendo: no le hagas caso, debe tener un mal día.

Para Patricia siempre que su madre no estaba de acuerdo en algo era porque tenía un mal día, aunque en aquel caso, y por una vez, fuese verdad, había sido un día pésimo, así que los dejó a los tres en el comedor y se fue a su habitación, no era revanchista, pero del mismo modo que ellos la habían dejado sola todo el día, no veía por qué no podía ella hacer lo mismo.

Daniel volvió a pasar la noche en la habitación del despacho, Rhona la había pasado intranquila, pero no se sentía culpable. Tenían que entender que ella era una más de la familia y no la criada de turno, y se había cansado de ir tras ellos como un perrito esperando que a alguno de ellos se le escapase una caricia o se dignaran a ser amables con ella, eso se había acabado.

Despertó temprano, o más bien se levantó temprano, porque dormir lo que se dice dormir no lo había hecho. Apenas había dado una cabezada que otra, siempre pensando en qué había hecho tan mal en otra vida para estar pagando tal penitencia en esta, si al menos lo supiera, pondría unas velas al santo correspondiente, pero por el momento no tenía ninguna pista.

Todos dormían en la casa, así que se dedicó a recoger el desorden de la cocina, y eso que le habían hecho caso y habían pedido pizzas para cenar, no quería imaginarse si hubiesen cocinado ellos, no se podría entrar por la puerta, se lamentó. Preparó café, zumo de naranja y puso el pan al lado de la tostadora, esperaba que lo encontrasen ya que ella pasaría el día en el taller; donde no la necesitaban, había decidido no estar.

Cuando cerraba la puerta del coche escuchó que Daniel la llamaba, “demasiado tarde” pensó. Dio media vuelta al contacto, presionó el acelerador y soltó el embrague, el coche se puso en marcha antes que Daniel llegase hasta ella. “Lo siento cariño no te escuché” sonrió para sus adentros por su pequeña venganza. Llegó al taller y lo primero que hizo fue llamar a sus amigas, si podían, quedaría con ellas para comer, necesitaba descargar tensiones y ellas eran su mejor terapia. Lo último, pero lo que más estaba deseando hacer era conectarse al Facebook, había leído los mensajes de Jaime, así que ahora tocaba contestar o esperar que se conectase de nuevo y la saludase, ella nunca solía dar el primer paso.

Tenía bastantes mensajes, durante todo el día anterior Jaime había estado enviando holas, y flores virtuales, le encantaban esos pequeños detalles y una amplia sonrisa apareció en su cara después de tantos sinsabores. Decidió por fin contestar, aunque en ese momento fuese él el que no estuviese conectado.

Daniel se había quedado petrificado, no entendía qué estaba pasando con su mujer, de pronto se había vuelto rebelde, aunque no quisiera, tenía que reconocer que aquello lo estaba sacando de onda. No estaba acostumbrado a que ella sacara los pies del plato, por eso siempre que hacía algo que se salía de lo normal le echaba la culpa a esas locas amigas que tenía, pero lo cierto era que esas amigas lo habían sido toda la vida, y ella jamás se había comportado así, de modo que la culpa no era de ellas, o por lo menos no toda, pero por descontado que iba a averiguar qué estaba pasando, se propuso.

Entró y se disculpó con el novio de su hija, le dijo que su mujer tenía clientes que atender, Patricia tampoco entendía nada, su madre jamás las había dejado solas cuando ella o su hermana pasaban unos días en casa, al contrario, se desvivía por atenderlas, y mucho menos con una visita, por muy novio suyo que fuese. Algo grave le está pasando, pensó.

—Papá, ¿qué pasa con mamá? —le preguntó entrando al despacho detrás de su padre.

—Desde que se le metió esa loca idea de ser artista, ja, menuda artista —masculló—, está muy rara, lo he intentado todo, pero no me hace caso. Está obsesionada con Frida Kahlo, cree que se parece a ella.

—¿Frida Kahlo? Jajaja, eso sí que es tener pretensiones, ya se le pasará —menospreció a su madre abrazando a su padre y llenándolo de besos.

—Eso espero, últimamente lo descuida todo, ¿has visto cómo se ha ido sin decir nada? La verdad es que no sé que pensar.

—Puede ser la menopausia —sugirió en tono burlesco Patricia.

—Seguro —concedió Daniel divertido con el comentario de su hija.

Daniel no entendía por qué su mujer se complicaba tanto la vida, si él siempre le había dado cuanto deseaba, bueno, menos sexo, es que él no era demasiado pasional, se excusó a sí mismo, pero ya tenían una edad en que el sexo, por lo menos para él, ya no era importante, no tenía ni idea de que ella lo echase en falta, mujeres. Cada vez que recordaba la cara de horror de Rhona cuando lo encontró en el baño masturbándose, no sabía qué pensar, todos los hombres lo hacían, no encontraba que fuese algo tan extraño para ponerse como se había puesto, la verdad era que en ese aspecto entre su mujer y él nunca había habido demasiada química, y a él, el sexo con ella, tampoco era lo que más le interesaba, con una paja tenía bastante para un mes y se evitaba el contacto físico que tanto le desagradaba últimamente. “Me he matado a trabajar para ella y las niñas y así me lo paga” pensaba mientras pasaba por el comedor donde seguían desayunando su hija y su futuro yerno. Recogió unas carpetas, salió del despacho y se llenó una segunda taza de café que bebió de un trago, cogió una tostada y dijo que tenía que ir a la oficina por un rato.

Rhona estaba leyendo los mensajes de Jaime, dudando todavía si contestar o esperar a que se conectase de nuevo y la saludase cuando se abrió la puerta de la galería, pensando que sería alguna de sus amigas gritó que estaba dentro y la invitó a pasar.

—¿Maia?, ¿eres tú? —preguntó al ver que no se decidía a entrar.

—Siento decepcionarte, pero no es Maia, aunque si la esperas a ella mejor me voy —contestó una voz masculina.

—¿Jaime? —preguntó sabiendo la respuesta y con el corazón en la boca—. ¿Qué haces aquí?

—A ti qué te parece que hago aquí.

—Pues no sé, me coges tan de sorpresa.

—Y ¿te gusta la sorpresa? Porque si no es así me voy y aquí paz y después gloria —

bromeó.

Se miraron fijamente unos segundos para bajar la mirada a continuación aturridos, cada uno con un pensamiento muy distinto. Rhona sintiendo un deseo irrefrenable que todavía la avergonzaba. Jaime pensando en si debía explicarle su fugaz encuentro con la joven mucama. Rhona estiró la blusa por encima del pantalón en un intento de parecer perfecta mientras Jaime se la miraba esperando un sencillo pero muy deseado ósculo.

Por fin se dio cuenta Rhona que él seguía esperando y acercó la boca en un tenue roce de labios. De aquel ligero beso, pasó a abrir su boca para seguir jugando con su lengua, mordisqueando sus labios mientras Jaime se dejaba llevar y acompañaba cada roce de sus manos con un suspiro. Se dejó caer junto a ella en el sofá desnudándola y dejándose desnudar. Contempló su cuerpo para él perfecto, a la vez que ella recorría el suyo con lasciva mirada. Rhona lo hizo tumbar bocarriba y él se dejó mimar. Dejó subyugado que ella lamiera su clavícula, jadeó al notar su lengua jugar con sus tetillas mientras bajaba por su vientre hasta llegar a su erecto pene. Jaime enredó la melena de Rhona entre sus dedos mientras ella lamía su capullo, gimió arqueando la espalda disfrutando de los pequeños mordisquitos que ella le daba por todo su miembro. Cuando Rhona lo introdujo todo en su boca con lentos movimientos ascendentes y descendentes casi llegó al orgasmo. No quería correrse tan deprisa, así que invirtió las posiciones, la hizo yacer de espaldas y perezosamente, sin prisas, empezó a recorrer su cuerpo con la lengua siguiendo los pasos que había dado ella, besó su jugosa boca, recorrió su cuello, bajó hasta sus pechos deleitándose con el sabor de sus pezones, bajó por su vientre hasta su monte de Venus perfectamente depilado y la hizo estremecer cuando llegó hasta su clítoris. Sorbió sus jugos saboreando su esencia. Se colocó sobre ella y penetró en su dulce y cálida cueva. En un principio sus movimientos fueron lentos y pausados, poco a poco fue acelerando el ritmo mientras ella levantaba las caderas al compás que él imponía, hasta que un grito de éxtasis escapó de la garganta de su amada. Con espasmos de placer se derramó en su interior. Cuando los temblores remitieron se tumbaron uno al lado del otro, habían dejado de ser dos personas para convertirse en un solo ser.

Se quedaron un rato indefinido sin saber qué hacer, sin necesidad de hacer nada a su vez, estaban abrazados y sonaba la música romántica que Rhona siempre tenía de fondo, en ese momento sonaba Manu Carrasco gritándole al mundo: *“Te quiero a rabiar”*. Jaime al escuchar aquella canción cayó en la cuenta que él nunca podría gritar su amor, se deshizo del abrazo de su enamorada pensando que todo aquello era una locura, se daba cuenta que no tenía ningún futuro que ofrecerle.

—¿Ocurre algo? —preguntó Rhona notando su desazón.

—No, solo que me tengo que ir, tengo una reunión importante con el redactor jefe y no quiero llegar tarde —le dijo dándole un escueto beso—. Adiós.

De pronto Jaime se asustó de sus sentimientos, aquello era demasiado fuerte, necesitaba controlar aquellos impulsos, no podía presentarse allí cada vez que a él le picase. Necesitaba poner distancia, la reunión era decisiva en su carrera como reputado crítico de arte, si le ofrecían el puesto, que llevaba días sin cubrirse, no lo pensaría, se iría una temporada a Italia, viviría en Florencia unos meses y si Maricarmen se adaptaba bien, incluso se podía plantear mudarse indefinidamente. Un cambio de aires seguro que le sentaba bien a ella también. Estaba decidido, después de la boda de su sobrino haría las maletas... siempre y cuando le ofreciesen ese puesto, aunque creía tener todas las papeletas. Todo esto lo iba pensando mientras iba a buscar el coche, que, como siempre, lo había aparcado un tanto lejos del local, soy un cobarde y un canalla, se

decía mientras recordaba su encuentro con Rhona, estaba tan a gusto entre sus brazos que sabía que si seguía llegaría un momento en que no podría renunciar a ella, y eso era imposible.

Jaime salió del local con prisas, se había demorado demasiado con Rhona y llegaba tarde a la cita. Cuando llegó al coche subió y se incorporó al tráfico... en el momento que él se iba, Ingrid bajaba de otro auto aparcado dos estacionamientos detrás del de Jaime, desde donde lo había estado siguiendo en su entrar y salir, se dirigió con paso firme hasta la pequeña galería, se paró en la puerta haciendo ver que miraba lo expuesto y estaba por entrar cuando llegaron dos señoras.

Volvió a sonar la campanilla de la puerta y esta vez Rhona, aunque sabía que no podía ser él, no quiso sorpresas, salió rápidamente a ver de quien se trataba.

—¡Ah, hola! Sois vosotras —sonó desencantada al ver a sus amigas.

—Caray, guapa, qué recibimiento —dijo Maia, viendo la cara de su amiga.

—¿Esperabas a otra persona? —indagó Lola, siempre perceptiva.

—No, claro que no espero a nadie —contestó sin mirarlas a los ojos.

—Entonces esa cara de culpa ¿a qué viene? Te recuerdo que nos llamaste tú, así que de aquí no nos movemos, por lo menos yo, hasta que averigüemos qué te pasa... he dicho.

Lola se acercó al pequeño refrigerador que Rhona tenía en su despacho buscando algo que beber.

—Criatura humana, a ver si provees algo mejor esta nevera, si entra un ratón se despeña de lo vacía que está —decía mientras cogía una solitaria lata de coca cola que era lo único que moraba en su interior.

—Sírrete tu misma, por ahí debe de haber una bolsa de patatas fritas, si no te la comiste la última vez que estuviste por aquí —bromeó Rhona— estás rota, no sé dónde lo metes.

—Pues ya puestos, para la próxima vez un vinito blanco no estaría mal jajaja —continuó la broma.

—Poniéndonos serias, ¿qué te pasó? Nos tenías preocupadas —indagó Maia.

Estaba a punto de contestar cuando de nuevo se abrió la puerta, salió a atender a quien fuese y decirle que era hora de cerrar, pero la joven parecía muy segura de sí misma y Rhona se calló, esperando que acabase de husmear las obras en exposición, y, por lo menos, hiciera una buena compra.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Preguntó Rhona viendo que tenía intención de entretenerse.

—Busco un regalo.

—¿Algo en concreto? Las piezas que se exponen son todas mías, te advierto que no soy una artista reconocida —indicó.

—Bueno, creo que sí eres conocida, más de lo que piensas —contestó enigmática.

—¿Alguien te ha hablado de mí?

—Algo así, ¡huy!, se me hace tarde —dijo mirando la hora en su reloj de pulsera, algo casi en desuso en estos tiempos—. Ya volveré otro día con más calma.

—Muy bien, cuando quieras —aceptó, entregándole una tarjeta con el teléfono—. Si quieres concertar una cita, me llamas y te atenderé sin prisas.

—Muchas gracias, no dudes que lo haré.

Cuando se fue aquella extraña joven, se sentaron las tres en el taller de Rhona mientras esta les explicaba lo que había pasado los últimos días, omitiendo la visita de Jaime, por el

momento.

—Estoy tan desilusionada con Patricia, no sé qué hacer —concluyó.

—A ver, tú no tienes que hacer nada, tu hija ya es mayorcita y tiene capacidad suficiente para saber que se comporta egoístamente contigo. Si lo crees conveniente puedo hablar con ella —sugirió Lola con su mejor tono de psicóloga.

—No, yo diría que no es buena idea, sería contraproducente —objetó Maia.

—Creo que el problema es tu marido, siempre la ha consentido demasiado. Ya se dará cuenta, y espero que cuando lo haga no sea demasiado tarde —sentenció Lola.

—Sé que me quiere, eso no lo pongo en duda, pero me tiene como a su sirvienta y eso no es lo que intenté enseñarle de pequeña, pensé que haría uso de los valores que le inculqué, pero se ríe de su hermana cuando esta los practica. Por cierto, viene con novio, no os lo había contado.

—¿Ah, sí? ¿Y ya lo conoces? Qué tal es —preguntó curiosa Maia.

—Pues en la primera impresión es un joven muy agradable. Está haciendo la residencia en el mismo hospital en que trabajan las chicas —explicó Rhona.

—Tienes que tomarte la vida sin tantas expectativas, si no esperas nada de nadie, no te decepcionarán, te lo digo siempre, a ver cuando empiezas a hacerme caso —la regañó tiernamente Lola, sabiendo que ella sufría por todo.

—¿Y si salimos a tomar algo? —Propuso Maia— ya que he dejado el trabajo por un rato, tranquilas, no me ha costado ningún esfuerzo jajaja —aclaró risueña—, aunque yo venía esperando noticias frescas.

—Bueno, se ha presentado por sorpresa esta mañana —reveló por fin Rhona —si es eso lo que queréis saber.

Después de aquella confesión no la dejaron tranquila hasta que se sentaron en una terraza y, delante de unos aperitivos, acabó de explicarles el inesperado encuentro.

Jaime había salido pitando, le fastidiaba enormemente llegar tarde a las citas, sobre todo si eran de trabajo, pero se sentía tan bien entre sus brazos que se odiaba a sí mismo por hacerle aquello a Rhona, y por Maricarmen, desde luego, no se lo merecían, pero si lo pensaba fríamente, él tampoco merecía aquella castidad. Desde que había conocido a Rhona estaba más alegre, incluso más cariñoso con su mujer, Rhona le aportaba la estabilidad que necesitaba y por qué no decirlo, el sexo que tanto anhelaba. Aunque era consciente que aquello tenía que terminar, se estaba enamorando y no era esa la idea.

Llegó a la redacción, y cómo temía, ya estaban todos los accionistas en la sala de juntas, la reunión había empezado sin él.

—Perdón por el retraso, olvidé enviar el artículo por email y tuve que volverme desde mitad del camino para hacerlo —se excusó torpemente.

—Pasa y toma asiento —dijo el decano de los accionistas con cara de pocos amigos, en realidad nunca lo fueron, tenían ideas muy diferentes de como gestionar la revista.

La reunión siguió su curso y al final, cuando él pensaba que no sacarían el tema, hablaron de la vacante de Florencia, para sorpresa suya el puesto se lo habían dado a su enemigo íntimo, un periodista que había escalado pisando siempre a los demás, pero al parecer era lo que se llevaba, para llegar a la cima nada como ser políticamente correcto y agachar la cerviz ante los jefes. Finalizó la jornada como pudo, redactó una carta de renuncia y la terminó algo más groseramente de lo que pretendía en un primer momento, pero no se arrepentía. Había entrado en aquella redacción por su amor al arte y el arte hacía tiempo que no tenía nada que ver con los directivos,

su amor era más bien al dinero, daba igual de dónde surgiera. Salió a la calle sin mirar atrás y de bastante mal humor, el día era espléndido pero él no lo notó, estaba ofuscado, se había hecho a la idea de poner tierra de por medio, estaba convencido que le iban a ofrecer aquel puesto, se lo había ganado con creces, no era vanidad por su parte, él no era vanidoso, pero se trabajaba mucho sus artículos, cosa que al que le habían dado el puesto, y le constaba, con un corta y pega pasaba.

Subió al coche y ni siquiera miró a la carretera antes de incorporarse al tráfico. No vio el camión que se acercaba, el golpe fue brutal. El palié de la rueda trasera derecha crujió lastimoso al partirse en dos y doblarse. El coche dio dos vueltas sobre si mismo, menos mal que Jaime ya se había puesto el cinturón, lo hacía siempre por inercia, aunque no fue suficiente para mitigar el golpe y su cabeza topó contra la ventanilla. De pronto una multitud apareció intentando ayudar, lo sacaron del destrozado coche y, mientras llegaba la guardia urbana, alguien llamó una ambulancia. Por mucho que él se resistía diciendo que estaba bien, que no tenía nada, aunque el dolor de cabeza le hiciera cerrar los ojos. Hicieron los trámites y lo llevaron al hospital, le curaron el corte que se había hecho en la frente, le pusieron un collarín cervical y lo mandaron para casa recomendándole mucho reposo.

Capítulo XI

Jaime llegó a su casa a última hora de la noche dolorido y desanimado, todas sus energías se habían quedado en la redacción, ni siquiera opuso resistencia cuando lo llevaron al hospital después de que la grúa se encargase de llevarse el maltrecho auto y de hacer los partes pertinentes. Su mujer se asustó cuando lo vio llegar con el collarín cervical y puntos en la frente.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó asustada.

—No te preocupes, no es nada —quiso quitar relevancia, aunque por el gesto de dolor que hizo se notaba que no había sido tan leve la cosa.

Ingrid estaba a punto de marcharse a su casa, pero al verlo así propuso a su mujer quedarse a pasar la noche por si necesitaban algo, Jaime dijo que no, al mismo tiempo que Maricarmen decía que sí. Ganó Maricarmen, lógicamente.

Ingrid, solícita, le arregló el sofá ya que dijo que no le apetecía acostarse en la cama, adujo que estaba muy nervioso, no quiso decirle a su mujer que aparte del accidente se había quedado de nuevo sin trabajo, llevaba una racha bastante dura, primero la galería, y ahora también la revista, su otra fuente de ingresos. Tendría que volver al periodismo de batalla o quizá escribir ese libro que siempre tenía en mente y que no acababa de encontrar tiempo para empezar.

Se levantó decidido a hacer algo, no podía con la inactividad, al momento Ingrid se levantó también para ayudarlo, exasperándolo, pero no podía decir delante de su mujer que no quería que se le acercase, no sabía la intención de ella y se temía lo peor.

—Solo voy al despacho, necesito hacer algo —dijo de mal humor, acumulado durante todo el desastroso día —así que dolorido como estaba intentó hacer vida normal, pero el dolor era cada vez más endiablado.

—Está bien, si quieres te llevo una tila, te calmará los nervios —ofreció Ingrid, a lo que no se pudo negar.

Se sentó delante del ordenador, la cabeza le iba a estallar, y cada vez le dolía más todo el cuerpo, pero quería hablar con Rhona, explicarle que no era su intención hacerle más daño, pero sabía que en cuanto ella le dijese hola se habría acabado su arrojo y le diría lo bien que estaba con ella, así que en vez de eso se puso a leer los periódicos digitales. Tenía el cerebro algo embotado por los calmantes que le habían dado, así que abrió el Facebook pero no se acordó de cerrarlo, ni tampoco de desconectar el ordenador cuando el dolor de cabeza se le hizo insostenible. Se tomó la tila y se fue a la cama ayudado por Ingrid, cayendo al momento en un sueño lleno de agitación y pesadillas.

En cuanto Jaime estuvo en la cama, Ingrid se apresuró a decir a Maricarmen que se acostase también que ya se encargaba ella de recoger y se acostaría enseguida, le dijo que se levantaría temprano por la mañana para ayudarla con su marido en lo que necesitase.

Aunque en vez de irse a la cama se metió en el despacho, había puesto un sedante en la tila que les había servido, para así estar segura que dormirían los dos profundamente. Se sentó ante el ordenador, por fin lo tenía a su disposición, había intentado muchas veces entrar en él pero no había podido descifrar la contraseña. Lo primero que hizo fue mirar los contactos del Facebook, a ver si estaba Rhona, para mayor suerte de Ingrid, Jaime tenía un mensaje sin leer, aunque era muy cuidadoso y en cuanto terminaban la conversación siempre borraba los mensajes, ya que no quería que por un descuido alguien se enterase de su affaire, Rhona y él tenían un juego, ella solía darle las buenas noches de vez en cuando con alguna frase ingeniosa y picante y él contestaba haciéndole el amor a distancia, aunque en esta ocasión se sentía tan mal que ni se fijó.

—Te espero en el sueño de siempre, no llegues tarde —le había puesto Rhona acompañando la frase con una foto de una mujer desnudándose.

Ingrid se enfureció al ver el mensaje de buenas noches de Rhona, no pudo soportarlo y le contestó a su vez, haciéndose pasar por Jaime.

Rhona despertó de buen humor, aunque con un regusto agríndice por la despedida de Jaime, aparte de algo sorprendida ya que desde entonces no había vuelto a tener noticias suyas, aquello le producía un desasosiego dentro de sí que no sabía bien a que achacar. Bajó a la cocina descalza y con pijama, en busca de un primer café que la despejara y la hiciera sentir persona, el aroma la despertó un poco y el primer sorbo hizo milagros. Salió al buzón a buscar el periódico, le gustaba echarle un vistazo antes de empezar el día, con él recogió el correo donde encontró una invitación de boda, no conocía a los novios, tan solo los apellidos del contrayente coincidían con los del novio de su hija, así que la dejó en el despacho de su marido, pensando que sería para Patricia. Poco tiempo tuvo para disfrutar del solaz momento matutino, al minuto bajó Patricia seguida de Daniel.

—¿Has recogido el periódico? —Preguntó a su madre lo obvio, ya que lo estaba leyendo —. ¿Había correo?

—Una invitación de boda, la he puesto en el despacho de tu padre.

—Gracias —sorprendió a su madre con un beso en la mejilla— la estaba esperando, se casa el hermano de Albert, que sepáis que estáis invitados vosotros también —comunicó.

Aquello los desconcertó a los dos, Patricia quiso que fuese una sorpresa y desde luego lo era, apenas conocían al joven enamorado de su hija, Rhona no entendía qué pintaban ellos en esa boda.

—Agradéceles el detalle de nuestra parte, pero creo que no debemos ir a ese enlace— intentó excusarse.

—Si nos han invitado tendremos que ir, no vamos a hacer un feo a los suegros de tu hija — adujo Daniel contrariándola y contradiciéndola como hacía siempre.

—Hablaré con Clara, ella también está invitada —dijo Patricia.

—Sigo sin entenderlo, no conocemos a nadie de esa familia —seguía objetando Rhona— ni siquiera nos has presentado a tu novio como tal, dijiste que era un amigo.

—Míralo por el lado bueno, harás nuevas amistades y posibles clientes —rió Patricia su propia broma, sin dar importancia a las palabras de su madre.

—Está bien, lo miraré desde ese ángulo —cedió Rhona, mientras la mirada de su marido se clavaba en ella a modo de advertencia.

—Patricia, a una boda no se va a hacer negocios —puntualizó su padre cambiando súbitamente el semblante. “A una boda no se va a hacer negocios si no eres tú”, pensaba Rhona contrariada.

Viendo que la discusión no llevaría a ninguna parte, Rhona siguió con su rutina, tenía ganas de salir de la casa para conectarse con tranquilidad y ver si Jaime por fin le había enviado algún mensaje, quería ser positiva pero se estaba empezando a poner nerviosa, la negatividad intentaba abrirse paso en su mente por mucho que ella quisiera acotarla.

Al llegar al taller lo primero que hizo fue abrir el Facebook, la sorpresa fue mayúscula al leer el mensaje que Jaime había dejado. No lo entendía, ¿se estaba burlando de ella?, seguro era eso, se dijo, bueno, “fue bonito mientras duró”, pensaba, queriendo darse un ánimo muy lejos de sentir, intentando no hacer caso a la presión que con garra le atenazaba el pecho. Se encerró en el despacho y se sentó en el sofá, aspirando el aroma que según ella había dejado impregnado su amante, aunque nadie lo oliese, ella sí, ella olía su perfume, discreto y varonil, acunó el cojín en que él se había sentado. Necesitaba sentirlo cerca, se sentía conectada a él por ese hilo que dicen que nos une a ciertas personas estemos donde estemos, ella sentía ese vínculo, entonces ¿por qué? Se preguntaba una y otra vez. Cada vez soportaba menos su monótona vida, no es que hubiese cambiado nada en su entorno, todo lo contrario, era ella la que había descubierto la vida y quería vivirla a tope, y de golpe, aunque parecía que el destino de nuevo se burlaba de ella. No pudo controlarse por más tiempo, el llanto se abrió paso y unos gemidos desgarradores salían de su pecho. ¡Qué había pasado para que le contestase de aquella manera!, no lo entendía, ¿sería una broma de mal gusto? No, no lo creía tan desconsiderado como para gastar ese tipo de bromas. ¿No era tan desconsiderado? ¡Qué ironía!, se decía dándose cuenta de la incongruencia de lo que estaba pensando, ella diciéndose que él nunca gastaría ese tipo de bromas, pero en el mensaje le decía que había obtenido de ella lo que buscaba y ya no le interesaba. ¿Ella merecía aquel desprecio? No podía entenderlo, tan solo hacía dos días habían estado juntos, ella había sido feliz y creyó que él también lo era, y ¿ahora le decía que solo había sido un capricho? No podía ser, se estaba volviendo loca, se negaba a creerlo. Lo que sentía cuando estaba con ella no era mentira, o lo que ella creía hasta entonces que sentía, pero lo hubiese notado, se decía de nuevo, repasando mentalmente los momentos de ternura atesorados en su memoria. Imposible, aquellos besos eran

muy de verdad, y aquellos abrazos. Aquellos abrazos no podían ser fingidos. Apretó el cojín con más fuerza y lloró desconsoladamente, necesitaba una explicación a todo aquello, pero no sabía cómo exigirla ni dónde buscarla.

Jaime se despertó con la cabeza embotada por el sueño e incapaz de mover el cuello, cada vez que intentaba moverse el latigazo de las cervicales le enviaba ramalazos de dolor por toda la columna vertebral. Casi como si fuera magia apareció Ingrid en la habitación, no le había dado tiempo de abrir los ojos y ya estaba ella allí, obligándolo a quedarse en la cama, adoptando unas responsabilidades que no le correspondían.

—He hablado con el médico, me ha dicho que tienes que quedarte en cama hoy todo el día como mínimo —decía demasiado melosa para su gusto.

—Solo necesito espabilarme un poco, estoy dolorido pero bien —intentó ser contundente, pero la voz le salía bastante débil. Maricarmen se había levantado antes, y, cosa rara en él, no lo había notado, se sentía fatal, los calmantes que le habían dado en el hospital no eran demasiado fuertes, no debería haber dormido de aquella manera. Estaba mareado y sin fuerzas, de nuevo intentó incorporarse pero le fue imposible. Se sentía enjaulado y la omnipresencia de Ingrid no ayudaba demasiado. Le dolía tanto la cabeza que necesitaba tener los ojos cerrados para poder soportarlo, pero cada dos minutos si no era Ingrid era Maricarmen la que entraba a preguntarle si necesitaba algo, lo estaban volviendo loco entre las dos, además, Ingrid, si entraba sola se abalanzaba sobre él con la finalidad de poner bien la almohada, la sábana o cualquier cosa que se le ocurriese.

—Te lo agradezco, pero quiero estar solo, necesito dormir, por favor, me agobiáis entre las dos. A ver si durmiendo un poco me siento con ánimos de levantarme, tengo mucho trabajo atrasado —espetó Jaime con más rudeza de la pretendida.

Durmió todo el día, aquello no era consecuencia del golpe, era un cúmulo de todo lo acontecido el día anterior.

Después de llorar toda la mañana, con los ojos hinchados por el llanto y completamente desolada, Rhona estaba como al principio, no era capaz de asimilar qué había podido pasar para que la dejase de aquella manera. Ahora se sentía culpable por su infidelidad, “no, eso tampoco”, se reprochaba, mientras buscaba en la trastienda algo que la hiciese sentir mejor, pero no halló nada para emborracharse que era lo que le creía que necesitaba en aquel momento. “Malditos sean todos los hombres del planeta” gritó a todo pulmón. Cogió el bolso y se fue a buscar esa botella de vino que le había prometido a Lola tener, así que compró dos botellas de Chardonnay Marqués d’Alella blanco, por si las moscas. Cuando volvió con las botellas se sirvió una copa y se la tomó de un trago, pensó que sería suficiente, pero no le hizo el efecto deseado, así que se sirvió otra copa y de nuevo la bebió de un trago. Se restregó los ojos con el dorso de la mano y estaba a punto de sentarse delante del ordenador cuando sonó el teléfono, era Maia, le había dicho que necesitaba un vestido para la boda pero no habían quedado en nada así que quería saber cuanto tiempo tenía para trabajar en el.

—Diga, aquí una mujer abandonada, doblemente abandonada —dijo a modo de saludo.

—¿Rhona? ¿Estás borracha? —se extrañó.

—Solo medio borracha, pero en un rato espero estarlo del todo ¿algún problema?

—Pues claro que es un problema, no te he visto beber nunca, algo muy grave te ha tenido que pasar.

—No, no creas, solo me han jodido la vida, pero nada más —balbuceó por efecto del alcohol—. Pero grave no, grave no es.

—En cuanto pueda voy para allá, no hagas ninguna locura, ¿me oyes? —se preocupó Maia.

—Ni se te ocurra venir, quiero estar sola —contestó arrastrando las palabras y colgando el teléfono a continuación mientras bebía otro trago de vino—. Tengo algo muy importante que hacer —le dijo al aire.

Volvió a servirse otra copa dejando la botella casi vacía, entonces se sintió con el coraje suficiente para escribirle un email a Jaime, ella no iba a tolerar aquello.

Abrió el correo electrónico.

Mensaje para: Jaime Sans

Asunto: Despedida y cierre.

Querido amante:

Esta carta es para decirte adiós, ya que no has tenido el valor de decírmelo a la cara. Sabía que lo nuestro se acababa, pero esperaba que tuvieses la valentía de hacérmelo saber mirándome a los ojos.

Ahora que todo terminó puedo admitir que me enamoré, sí, me enamoré aunque luché con todas mis fuerzas para no hacerlo, pero en el corazón no se manda. Tenías razón cuando decías que no eras mi tipo, pero no me enamoré de tu físico, aunque con el paso de los días tus ojos y sobre todo tu voz se me clavaron en el alma, lo que realmente me enamoró fue tu mente, una mente brillante. Y creo que mi error fue cuando empecé a halagarte, te empezaste a dar cuenta de mis sentimientos hacia ti, nunca he sido buena escondiéndolos. Supongo que te asusté.

Te confesaré que aquel primer beso que me dejé robar, removió cosas en mi interior que hacía mucho tiempo, o quizá nunca, había sentido. Los pocos cafés que tomamos juntos fueron momentos preciosos para mí. Aquella primera comida a la que me invitaste la guardaré en la memoria, sobre todo después de haber pasado por mi despacho, sin prisas, recreándonos en nuestros cuerpos, aunque supongo que no supe darte todo lo que necesitabas, decir en mi descargo que no sabía lo que significaba tener un amante y creo que tú tampoco, pero en eso igual me equivoco. Aunque supongo que tampoco eras un amante al uso, ahora me doy cuenta que solo buscabas dónde aplacar tus calenturas.

Tranquilo, no pienso hacerte ningún reclamo, me dejaste muy claro que no podías tener ningún tipo de compromiso conmigo, pero mucho me equivocaría si no pensase que aquellos abrazos que me dabas no eran precisamente de no sentir nada, todas aquellas veces que me dijiste “lástima que no nos hubiésemos conocido antes ” creo que no eran solo por las ganas de seducirme, mujeres supongo que para echar un polvo las hay a montones y creo que eras sincero al decir que querías cariño, yo no sabía que lo necesitaba tanto como tú, (si es que era cierto) hasta que me abrazaste la primera vez. Aquellos abrazos que duraban unos cuantos minutos y que casi me rompían de fuertes que eran, aquellos besos al irte, ya casi en la puerta, mirando a la calle por si algún conocido pasaba por allí, aquello, lo siento, pero creo que no era fingido, por eso no entiendo en qué fallé. Supongo que pensabas que era una mujer inteligente y culta, bueno inculta no soy, pero tengo mala memoria y me cuesta estar a la altura en según que conversaciones, no retengo los datos suficientes para mantener mis argumentos aunque eso me frustre, pero no lo puedo evitar, mi cabeza piensa dos mil cosas a la vez y al final no se me quedan grabadas las referencias necesarias para estar a tu altura.

De todos modos atesoraré en mi corazón cada beso tuyo, cada caricia tuya, cada abrazo tuyo. Guardaré en mi memoria tus manos acariciando mis pechos, el sabor de tu boca y esa lengua saboreando mi sexo, al igual que el sabor dulce de tu miembro, tus gemidos, las posturas imposibles. He de confesarte también que me hiciste sentir casi bien dentro de mi cuerpo, que has sido la única persona con la que no he tenido vergüenza de mostrar mi desnudez. Sabrás que cuando llegabas al orgasmo me hacías feliz. Cada vez que entrabas por aquella puerta me sentía viva, casi como una quinceañera y cuando me explicabas cosas de tu trabajo, incluso de tu familia, o alguna de tus batallitas como tú las llamas, adoraba el sonido de tu voz.

Una vez me dijiste que contigo no tendría nunca ningún problema, que podía hablarte claro y que dijese lo que me pasase por la cabeza, y así lo hice. No sé si fue lo correcto, creo que me dejé llevar por mi lado más infantil, el juego me gustaba y ganarte de vez en cuando en nuestras puyitas me hacía sentir incluso un poquito más lista de lo que en realidad soy. Ahora soy yo la que te dice que te quedas tranquilo, que no te voy a montar ningún sarao, aunque la verdad es que me hubiese gustado que vinieses a decírmelo de frente, dando la cara y mirándome a los ojos darme una mínima explicación, creo que me la merezco. Me preguntaste una vez qué me decían mis amigas y confidentes de lo nuestro, ahora te lo puedo decir, me dijeron que pasaría esto precisamente, te confieso que una de ellas es un poco bruja, me dijo que me harías sufrir, me decía que no me merecías, ¿cómo podía decir que eras tú quien no me merecía? entonces yo le explicaba que tenías mucho trabajo, que tenías artículos que entregar, que por eso había días que no podíamos hablar, su respuesta siempre fue la misma, el que quiere encuentra, no lo justifiques. Pero yo seguía justificándote y lo seguiré haciendo toda la vida.

No quiero alargarme más, solo te diré que en el corazón no se manda por mucho que nos empeñemos, él se entrega a quien quiere aunque la razón intente impedirselo. Al final creo que ambos hemos perdido, tú a quien más te ha querido, y yo, yo solo he perdido el tiempo. Podría decirte muchas cosas pero creo que ya me he desangrado bastante, ahora toca empezar a vendar este corazón tan herido, que va a necesitar muchos puntos de sutura para recomponerse.

Esta desilusión seguro que me servirá para abrir los ojos y endurecer el corazón. Que sepas que no te deseo ningún mal, pero me voy a despedir con una frase de Chabela Vargas:

“Y no le pido yo al cielo que te mande más castigo, que estés durmiendo con otra y sigas soñando conmigo”.

Atte: Rhona, la estúpida, la idiota, la gilipollas de Rhona.

Escribió la carta de corrido, terminando la botella a la vez que la carta. En el momento que tomaba el último sorbo de vino llegaban Maia y Lola, preocupadísimas y muy intrigadas por el comportamiento de su amiga.

—Diga —dijo Rhona mirando confundida el móvil, que no paraba de sonar—, ah, vale hay que desplazar el verde. Diga —dijo de nuevo, esta vez ya conectada.

—Quieres hacer el favor de abrir la puerta, llevamos un rato llamando y no nos abres — Tronó Maia toda furiosa.

—Espera que doy a enviar... aja, ya... lo hice, ya le envié la carta al miserable

desgraciado ese.

—Abre de una vez y ahora nos lo cuentas —se impacientaba Maia—. ¡No!, Rhona, no hagas nada, espera que entremos.

Aquel “no” llegó tarde, antes de abrir la puerta, tambaleándose por el efecto del vino ingerido, ya había clicado en enviar, así que el mensaje ya estaba en el correo de Jaime.

Jaime estuvo todo el día amodorrado, desesperado por levantarse de aquella cama que lo tenía encarcelado, necesitaba decir algo a Rhona, hablar con ella, sentirla cerca, pero le era imposible concentrar la vista ni tan solo en la pantalla del móvil, el cual al final había sido requisado por su mujer, para que hiciese reposo de verdad, fue el argumento esgrimido. Ingrid aparecía y desaparecía, por mucho que le dijo que no la necesitaba, que se fuese a casa, ella se enrocó en quedarse, y sobre todo en quedarse a solas con él.

—Me estás agobiando, por favor te lo pido, márchate a casa, no necesito que estés todo el día encima de mí.

—Yo creo que sí que lo necesitas, o ¿tienes que visitar una pequeña galería?

—No te entiendo —dijo frotándose las sienes intentando aliviar los pinchazos de dolor.

—Bueno, quiero decir que si tienes trabajo que hacer, te puedo acompañar, por si te cuesta conducir, la galería “Rhon’art” no está lejos de aquí.

Al escuchar en boca de Ingrid el nombre de la galería de Rhona, se puso lívido, ¿qué sabía ella de Rhona? Intentó seguir como si nada pero le escamó bastante todo aquello, sobre todo el comportamiento de Ingrid los últimos días.

—No, no tengo que visitar ninguna galería y esa precisamente, no está dentro de los proyectos de la revista —contestó intentando ganar tiempo para pensar antes de que le estallara la cabeza.

—Maricarmen estará contenta de saberlo —respondió algo enigmática.

—No entiendo qué tiene que ver Maricarmen en esta conversación, ella está al tanto de mi trabajo.

—¿De verdad no lo entiendes?

—Creo que te pasas de lista y puedes llevarte un desengaño.

—No estoy tan segura, Rhona es muy guapa, pero yo soy mucho más joven.

—Sigo sin entender a dónde quieres ir a parar.

—Si necesitas una amante me tienes a mí, aquí, dentro de tu casa, ¿no te gustó cómo te traté el otro día, *papasote*? —preguntó mimosa.

—No necesito ninguna amante y no me gustó lo que hiciste, no es propio de una mujer que se valora.

—Pues no vi que te quejases demasiado.

—Basta ya, me agobias, además yo quiero mucho a mi mujer.

—*Excusatia non petita*... jajaja.

—Déjame solo, por favor —pidió cada vez más molesto, viendo que los argumentos que le daba no los creía. Se pasó las manos por la cabeza y se alborotó el pelo dejándolo de punta, no entendía nada. ¿Qué sabía ella de Rhona? ¿A qué venían aquellas insinuaciones? No podía pensar con coherencia, la cabeza le estallaba. Hizo un esfuerzo y se levantó de la cama, no podía estar ni un minuto más. Necesitaba pensar y en aquel momento era complicado, tenía que tomar el aire,

despejarse y averiguar el por qué de los comentarios de Ingrid, era periodista, no le iba a resultar difícil seguirle la pista a una simple empleada doméstica. Una vez en la calle se dio cuenta que no había recuperado su móvil, necesitaba llamar a Felipe, colega y amigo, necesitaba comentar aquello con alguien y él seguro lo entendía, su carrera con las mujeres siempre había sido de fórmula 1, había estado casado una vez, pero le gustaban tanto las fêmeas que no podía sustraerse de enamorarlas, aunque a su favor habría que decir que muchas veces eran ellas las que lo seducían a él, así que su mujer no pudo soportarlo y lo dejó. Desde entonces ejercía de Casanova, y de periodista del corazón, no había tertulia televisiva en la que no participase.

Jaime volvió a buscar el móvil y encontró a su mujer y a Ingrid entretenidas mirando la televisión, cuando lo vieron, las dos se levantaron a una y le regañaron como si tuviera cinco años.

—¿Se puede saber qué haces fuera de la cama? —Increpó Maricarmen.

—Necesito tomar el aire, busco mi móvil.

—El médico te dijo que debías hacer reposo, que el golpe fue fuerte y puede tener efectos secundarios que no salieron al principio.

—Bla, bla, bla —dijo meneando la mano al tiempo que hablaba para dar mayor énfasis a sus palabras.

Cuando por fin encontró el móvil, salió a la calle con una sensación extraña en la boca del estómago. Llamó a Felipe y lo esperó mientras tomaba un café y una copa, se sentía destemplado y no era por el tiempo, el día era agradable, la primavera estaba cerca y eso se notaba, los días eran más luminosos y largos y el sol brillaba aún a aquella hora de la tarde.

—¡Pero bueno! Pareces un abuelo ¿qué te ha pasado? —exclamó el amigo abrazándolo y dándole unas fuertes palmadas en la espalda.

—Esa efusividad me está matando, me duele todo el cuerpo, tuve un accidente.

—Ya veo, estás hecho un cristo —se mofó Felipe mirádoselo de arriba abajo— y ¿qué es eso tan urgente que me querías decir?

—Pide algo, que no sé por dónde empezar.

Felipe se sentó a la mesa en que estaba su amigo y pidió un Whisky al camarero, Jaime empezó a desgranar su historia omitiendo por supuesto la parte de sus encuentros con Rhona, solo le dijo que eran amigos y que se sentía muy a gusto con ella, lo que no sabía como explicar era el comportamiento de Ingrid, él nunca le había dicho nada que ella pudiera tomar como un interés en su persona, al contrario, la había tratado como una más de la familia, prácticamente como a una sobrina más.

—Jajaja —rió con ganas el amigo— quién te ha visto y quién te ve, carajo, con lo modosito que has sido siempre y ahora te persiguen las fieras.

—No es para tomarlo a broma —criticó Jaime— necesito que me aconsejes, no sé qué hacer.

—¿De verdad crees que soy la persona indicada para aconsejarte? En realidad no sé qué decir, no te imagino en una situación así. Erais la pareja perfecta, adorabas a tu mujer ¿qué ha pasado para este cambio? Si me lo quieres contar, claro, creo que hay algo más de fondo, llámalo intuición periodística.

—Bueno, a mi mujer la quiero mucho, pero ya sabes de su depresión, desde entonces no es la misma y yo no soy de piedra. Hace años que no mantenemos relaciones.

—Y la asistenta se te tira encima y no puedes hacer nada por remediarlo, espero que ahora me entiendas jajaja.

—No sigas con la guasa, yo no quiero nada con la asistenta, es una chica muy guapa y muy joven, pero nada más, me cogió desprevenido, eso fue todo.

—Ya entiendo, a quién quieres tirarte es a la pintora, te pone que tenga tus mismas aficiones, pero, supongo que hay un pero.

—De la pintora creo que me he enamorado, pero no puedo, no debo darle falsas expectativas, a Maricarmen nunca la voy a poder dejar, me necesita.

—Menudo dilema, chico. Creo que te voy a servir de poco, siempre he sido incapaz de conservar una mujer a mi lado.

—No quiero hacerle daño, pero no puedo vivir sin ella.

—Todo esto que me estás diciendo a mí, ¿se lo has dicho a ella?

—No, no hemos hablado de todo esto, solo es una amistad.

—Entonces lo que quieres es tirártela —al mirar a su amigo lo vio enrojecer ligeramente — te la has tirado, cabrón, te la has tirado jajaja. Vaya con Jaimito, que escondido te lo tenías.

—Ella no es el problema, el problema es Ingrid, siento que me acosa.

—Si no querías nada con ella no debiste dejarte seducir, esas son las consecuencias de pensar con la polla y no con la cabeza, te lo digo por experiencia.

—Pero si yo no hice nada, me pilló en un momento de bajón, llevaba todo el día queriendo hablar con Rhona y no había manera, en confidencia, no sabes el tiempo que llevaba sin follar, sencillamente no pude resistirme.

—Houston, tenemos un problema —bromeó de nuevo Felipe.

—No es para que te pitorrees —respondió Jaime algo ofendido.

—No me lo tomo a broma, pero reconoce que te has metido en la boca del lobo, si tu mujer no quiere sexo, tío, hay muchas que no te van a pedir nada a cambio, no hacía falta que te liaras con la chacha.

—Felipe, por favor, no seas bestia. Te lo he explicado, yo no me lié con ella, vino en un momento de bajón y caí en su trampa, porque todo esto me suena a trampa.

—Lo único que te puedo decir es que hables con ella, que intentes explicarle que aquello fue un momento de debilidad y que no volverá a pasar.

—Lo he intentado, pero empezó a hablarme de Rhona, sabe que tiene una galería de arte, y, aunque solapadamente, me amenazó con decírselo a mi mujer.

—Averigua qué sabe, a lo mejor es un órdago y te está tomando el pulso.

—Eso espero, gracias, Felipe, me ha sido de gran ayuda hablar contigo, poder desahogarme.

—Para eso estamos los amigos, ánimo, todo tiene solución en esta vida.

Después de hablar con Felipe, Jaime se tranquilizó un poco, se sentía mareado y débil, le costaba razonar, le dolía incluso pensar, así que se fue a casa y aunque a regañadientes se dejó atender por las dos mujeres.

Capítulo XII

—¿Se puede saber qué ha pasado para esto? Estás al borde de un coma etílico, por dios, Rhona, que ya no eres una niña —la regañaba Lola.

Maia se acercó al ordenador y vio la carta que Rhona acababa de enviar a Jaime, no entendía nada, pero su amiga no estaba en condiciones de explicarse, ya que nada coherente salía de su boca en aquel momento.

—Prepárale un café con sal, no podemos dejar que se vaya a casa en este estado, a Daniel le da un infarto —señaló Lola.

—Me encantaría verlo, ese tipo cree que es el ombligo del mundo —agregó Maia jocosa.

—Bueno, es un pobre infeliz, ha puesto su carrera por encima de su familia, no le enseñaron a querer personas, solo cifras —estableció Lola.

—Lola, no lo defiendas —la recriminó Maia molesta—, es un imbécil y punto, un pobre diablo que no ha valorado nunca lo que ha tenido.

—Me estás dando la razón, con otras palabras pero es lo que estoy diciendo.

—Ven a ver esto —llamó Maia a Lola— algo ha pasado y grave para que haya escrito una carta como esta, a ver si logramos que nos lo explique.

Dejaron a Rhona en el sofá durmiendo la mona y empezaron a revisar los documentos del correo, no había ninguna carta previa de Jaime, así que seguían sin entender aquel comportamiento. Decidieron darle el café, no encontraron sal por ninguna parte, así que se lo hicieron tomar fuerte, bien cargado y sin azúcar. Rhona se resistía, el café siempre lo tomaba con un chorrillo de crema de leche y dulce, así que en cuanto notó el amargor del líquido intentó escupirlo.

—Puaj, qué queréis hacer conmigo, eso está asqueroso —se quejaba mientras Lola de nuevo le tapaba la nariz y Maia le hacía tragar un nuevo sorbo.

Cuando por fin consiguieron que se terminara toda la taza, la dejaron un rato a ver si producía el efecto deseado, pero a medida que pasaban los minutos el semblante de Rhona se iba descomponiendo, hasta que de pronto empezó a sollozar, y a lanzar improperios en contra de

Jaime.

—Desgraciado, hijo de puta... bueno tu madre no tiene la culpa —exculpaba a la pobre señora, para acto seguido volver a la carga—, pero desgraciado eres un rato, mal nacido —balbuceaba, todavía bajo los efectos del alcohol.

—¿Puedes explicarnos qué ha pasado? —preguntó Lola en un momento en que parecía que podía empezar a hablar con coherencia.

—Pues eso, que se ha reído de mí, solo eso, se ha burlado de mi necesidad de afecto. Desgraciado —volvía a despotricar.

—A ver si me entero, qué es lo que te ha dicho exactamente —insistía Maia.

—Que solo he sido un capricho, que una vez me había hecho pasar por la piedra, ya no me necesitaba, que solo había sido otra más de su larga lista, que lo que le pone es la conquista, una vez que se las folla ya no las necesita —decía entre hipidos, mientras, tapándose la cara con las manos empezaba a sollozar de nuevo.

—Tranquila, cariño, no te tortures más —intentaba calmarla Lola, mientras miraba a Maia instándola a buscar ese mensaje tan disparatado del que hablaba.

—No me lo puedo creer, las miradas que se echaban no eran de un simple polvo, vale que había lujuria en sus ojos, pero yo vi algo más, y no suelo equivocarme al juzgar a las personas, te consta —comentaba Lola con Maia.

—Aquí, aquí —daba palmadas Rhona al sofá— aquí fue donde me folló, o debería decir, me jodió —hablaba desde el rencor, con la boca estropajosa cogiendo el cojín de nuevo y llevándose a la nariz para volver a inspirar su olor.

Lola la tumbó en el sofá, el mismo sofá en que mientras se abrazada al cojín, recordaba las veces que habían estado juntos. Las veces en que él la acariciaba llevándola al éxtasis. Recordaba aquella primera vez que se le presentó por sorpresa y la encontró tan sexy que no le dio tiempo a quitarle la ropa, aquella vez en que literalmente se la comía, en que mientras él acariciaba sus pechos, todavía presos del sujetador, pobre sujetador, no resistió y acabó destrozado con la promesa incumplida de regalarle uno nuevo. Aquella misma vez en que con el primer beso que le dio sintió un golpe de calor que fue convirtiendo sus muslos en gelatina mientras incendiaba sus huesos convirtiéndolos en brasas.

—Aquí, aquí me hizo el amor unas cuantas veces —continuaba con su diatriba— perdón, no, no me hizo el amor, ¡qué coño me iba a hacer el amor!, si ese tipo no sabe lo que es eso, me folló, era para lo único que me quería, para follarme, el muy desgraciado.

—Yo no acabo de creer esto —confesaba Maia a Lola— creo que aquí hay algo que se nos escapa, a ver, tampoco es que no pueda ser, pero que de la noche a la mañana pase esto es muy raro. No lo conocemos demasiado, pero por cómo se ha portado con ella no cuadra demasiado este comportamiento.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ¿qué podemos hacer nosotras? —concedía Lola.

—De momento centrarnos en ella y después quizá averiguar qué ha pasado.

—Estoy de acuerdo, lo primero es ella.

Después de vomitar unas cuantas veces, una de ellas sobre los recién adquiridos Louboutin de Maia, la cual casi se echa a llorar por ello, Rhona empezó a despejarse. Le dolía la cabeza pero después del último café volvía a sentirse persona de nuevo. Avergonzada por su infantilismo se tapó la cara con las manos, pidiendo perdón a sus dos amigas, qué sería de ella si ellas no estuvieran siempre ahí cuando las necesitaba.

—Lo superaré, os lo aseguro —afirmaba mientras ellas asentían con la cabeza.

—No lo dudamos —la animaba Lola una vez más, dándole un apretón de manos que hizo que se sintiera mejor— todo se supera, todo en la vida son experiencias que nos ayudan a crecer.

—Ya sabes que estamos aquí por si necesitas hablar de todo esto, o si simplemente necesitas compañía cuando no tengas nada que decir.

—Nadie debería tener la fuerza suficiente para poder romper el corazón de otra persona —decía una compungida Rhona.

—No, nadie debería —contestaron las dos amigas a la vez.

Se despidieron a última hora de la tarde con la promesa de no volver a cometer una locura como aquella y quedaron para el día siguiente, en que Maia, empezaría a hacer el boceto del vestido para la boda a la que la habían invitado, no le apetecía nada aquella boda y después de aquello menos, su estado de ánimo no era precisamente festivo.

Jaime volvió a casa y lo primero que hizo fue entrar a su despacho, necesitaba hablar con Rhona, explicarle lo que le había pasado y dejarse mimar por ella aunque fuese a través de una pantalla.

Abrió el Messenger y escribió:

—*Buenas noches, preciosa.*

Viendo que no estaba conectada, se puso a leer el correo y contestar algunos mensajes que tenía pendientes de esos días y, cómo no, a distribuir curriculums, necesitaba encontrar trabajo cuanto antes, tenía tantos mensajes pendientes y de publicidad que el de Rhona pasó desapercibido, se había quedado atrás y no lo vio. Viendo que no se conectaba, volvió a enviarle otro mensaje al Messenger.

—*No sabes cuánto te echo de menos, necesito verte y algo más que solo tú puedes darme.*

—*Estoy muy caliente, he pensado en ti quitándote la ropa y me he corrido, uff.*

Comprendiendo que a aquellas horas no se iba a conectar y después de aquella confesión se desconectó de nuevo y siguió repasando los correos atrasados, la sorpresa fue cuando vio uno de Rhona, con curiosidad lo abrió para leerlo, pensando qué podría haberla llevado a escribirle a su correo.

Casi le da un infarto al leer la carta que le había enviado, no entendía nada, pero un dolor agudo le pasó del brazo izquierdo al pecho, ahogándolo con una presión casi insoportable, aquellas palabras eran muy duras, eran de una mujer despechada, pero que él supiera no tenía motivos para ello.

Rhona llegó a casa y se encontró a Patricia y a su novio que se preparaban para irse, la estaban esperando para despedirse de ella. Se le habían acabado los días de fiesta a Patricia y tenía que reincorporarse al trabajo al día siguiente, así que Albert y ella se irían en el último vuelo, como era de esperar era su padre el que los llevaría al aeropuerto.

—Te estaba llamando al móvil, pensé que no llegarías a tiempo para despedirme —dijo

Patricia al ver llegar a su madre—, ¿te pasa algo, mamá? Tienes mala cara.

—Estoy bien, creo que no me ha sentado bien la comida, solo es eso —contestó abrazando a su hija, siempre que se iban era como una pequeña amputación, por muy cerca que estuviesen.

—¿Quieres que te eche un vistazo? —se ofreció Albert que esperaba paciente a su novia.

—No te preocupes, estoy bien, solo algo cansada —se excusó Rhona.

Cuando se quedó sola, se dio una ducha, se preparó una infusión, se tomó una aspirina y se sentó ante el ordenador, se dio cuenta que con el sofocón se había descuidado el móvil, por eso no había escuchado la llamada de su hija, tampoco le dio demasiada importancia, no estaba para nadie y no pensaba contestar a nadie, necesitaba asimilar todo aquello y poder disimular ante su marido aquella tristeza que se le había instalado en el alma.

Al abrir el Facebook vio que tenía un mensaje, no podía imaginar que fuese de él, así que miró a ver quién era, la sorpresa fue mayúscula, ¿qué pretendía? Después de reírse de ella como lo había hecho, ¿a qué venía aquello? Se indignó, ella era muy buena por las buenas, pero por las malas, era mejor.

—¡Cómo te atreves! ¿No me has humillado bastante? Espero que esa paja se te atragante como se me han atragantado a mí tus letras, no vuelvas a dirigirme la palabra, olvídate, no me hagas más daño, por favor. En la carta que te envié a tu email creo que quedó claro, así que por favor no me pienses más, no me recuerdes más, déjame vivir en paz.

Y acto seguido, lo bloqueó en Messenger.

Albert y Patricia llegaron al apartamento que compartía esta con su hermana en Londres, dejaron el equipaje en el dormitorio y Patricia le dijo a su novio que se quedase aquella noche, que tenía que hablar con su hermana y él podía corroborar lo que iba a decirle.

—¿Ocurre algo? —preguntó Clara preocupada.

Clara estaba en la cocina preparando la cena, (aunque en Londres se cenaba temprano, ellas solían hacerlo, siempre que podían, con la hora española, no acababan de acostumbrarse a esos horarios). Sobre una camiseta dos tallas grandes se había puesto un delantal que le llegaba hasta las rodillas de unos gastados tejanos de pitillo y, calzada solo con unos gruesos calcetines, salió a ver qué era eso tan importante que quería decirle su hermana.

—Pues en realidad no, o mejor dicho, no estoy segura, pero mamá está muy rara —comentó Patricia algo confusa.

—Rara en qué sentido, no entiendo qué quieres decir.

—Bueno, ya sabes que se dedica a hacer garabatos con los pinceles de vez en cuando, pues parece ser que se pasa el día en ese dichoso taller y a papá no lo atiende como es debido.

—Patri, no te pases, mamá pinta muy bien y lo sabes, y papá no me negarás que siempre la ha tenido muy abandonada, es normal que se busque una válvula de escape, se siente sola —matizó Clara.

—¿Qué dirías si te digo que se fue la otra mañana y no apareció por casa en todo el día?, ni siquiera hizo la cena, eso no es normal en ella. ¡Nos dijo que pidiéramos pizzas!, Albert lo puede confirmar —dijo dirigiéndose a su novio. Albert se encogió de hombros, girando la cabeza

a un lado y otro dando a entender que él no opinaba.

Clara se empezó a reír, no podía parar, aquello le parecía imposible en su madre, pero le alegraba que por una vez se hiciera valer.

—Si quieres que te diga algo —decía entre risas todavía—, me parece perfecto, tenéis dos manos cada uno, no siempre puedes esperar que te lo hagan todo, querida hermanita, jajaja.

—¡Cómo no!, debí suponer que te pondrías de su parte —se enfadó Patricia.

—Yo no estoy de parte de nadie, tú eres la que siempre está de parte de papá, no, no lo niegues —atajó a su hermana— lo sabes tan bien como yo.

—Yo me pongo de parte de la razón y normalmente es papá quien la lleva, nada más —se excusaba Patricia.

—Eres como él, por eso no ves como trata a mamá, siempre ha sido su criada. ¿Sabes qué te digo? Que me parece muy bien que se haga valorar, aunque creo que es casi demasiado tarde.

—Pues te diré la última, esta tarde cuando volví del taller olía a alcohol, y su aspecto era deplorable, dijo que le había sentado mal la comida, sabes tan bien como yo que esa es la excusa de los que beben.

—Lo que me faltaba, ¿estás llamando borracha a mamá? Patricia, creo que te estás pasando, no quiero seguir con este tema.

Clara antes de enfrentarse con su hermana prefirió darse la vuelta y seguir con la cena, de nada servirían sus argumentos, ella ya había diagnosticado el estado de su madre y de ahí no se iba a mover, la conocía bien.

Rhona después de bloquear a Jaime se quedó vacía, no era capaz de pensar, no era capaz de hacer nada, era como si la voluntad se le hubiese escapado del cuerpo, era como si estuviese viviendo dentro de un cuerpo que no era el suyo, no le respondía, su mente flotaba sobre el espacio, la miraba a ella y se reía de ella, “cómo había estado tan ciega para pensar que un hombre así se podía fijar en alguien como ella” se preguntaba, volviendo a sentirse denuevo tan insignificante como antes.

Estaba pálida y descompuesta cuando llegó Daniel del aeropuerto, al verla sentada hecha un ovillo en el sillón, sin reaccionar ante nada, se preocupó, él no era de demostraciones afectivas, eso le parecía cursi y banal, pero que a Rhona le pasaba algo era evidente, al fin y al cabo era su mujer, a veces no la entendía, sus mundos habían evolucionado por separado, se daba cuenta, pero aunque no supiera demostrarlo, a su modo, la quería, pero muy a su modo, egoístamente como todo lo que hacía.

—¿Te sientes bien? —preguntó solícito.

—Eh, ah, sí, gracias, estoy bien —contestó sin saber muy bien lo que le decía— extraño a las chicas —fue la primera excusa que se le ocurrió.

—Creo que deberías acostarte, si quieres te subo un vaso de leche.

—Gracias, pero no quiero nada, no tengo sueño, acuéstate tú, cuando me entre sueño ya lo haré —susurró con un hilo de voz.

Jaime no podía estar en ningún sitio, en la cama imposible, en el sofá menos, Maricarmen e Ingrid se habían puesto a desayunar, desde que ella estaba en la casa todo el día, parecían hermanas, Ingrid se mostraba solícita con ella y le cuchicheaba cosas al oído, a veces Maricarmen reía, otras parecía no gustarle, pero Jaime pensó que tampoco tenía mayor importancia, cosas de mujeres, se dijo, así que se levantó y fue al estudio, estaba nervioso, no había pegado ojo en toda

la noche, no entendía por qué Rhona no le contestaba. “Jaime, tienes que pasar un poco de ella, tiene su vida” se decía, para a continuación conectar el ordenador y mirar si le había contestado, esta vez sí, se alegró al ver que tenía mensajes nuevos... la sorpresa fue mayúscula cuando leyó el mensaje, no entendía nada, abrió el chat y cual sería su desconcierto al ver que Rhona lo había bloqueado, ahora lo entendía menos. En aquella sorpresa estaba cuando llamaron a la puerta del despacho “esto se está convirtiendo en costumbre” pensó.

—Adelante —concedió.

—Jaime, ¿puedo hablar contigo?

—Lo que sea rápido, no necesito masajes ni nada por el estilo, esta vez el truco no te va a servir de nuevo.

—Por favor ¿por quién me tomas? —se hizo la ofendida Ingrid.

—Di lo que tengas que decir, tengo trabajo —contestó seco y agresivo, Ingrid era la persona que menos ganas tenía de ver en aquel momento.

—Verás, es que Maricarmen me ha pedido que me instale aquí con vosotros, que pasas demasiado tiempo fuera de casa y si estoy aquí ella se siente más tranquila... y como mi casa sigue inhabitable...

Jaime se levantó de un salto y se fue a ver a su mujer, aquello estaba seguro que no había salido de ella, Ingrid la estaba manipulando y ella era vulnerable y fácil de manipular. Al entrar en el salón la vio tranquilamente sentada en el sofá viendo su serie favorita y le supo mal contrariarla, pero tenía que averiguar hasta qué grado de manipulación la había llevado Ingrid.

—Cariño, dice Ingrid que le has pedido que se quede con nosotros, creo que ella tiene una vida aparte de ayudarte a ti, es muy joven y tendrá un novio que la espere en algún lugar —comentó de pasada, intentando quitar importancia.

—Tranquilo, amor, se ha ofrecido ella, y con los problemas que tiene con el dueño de su casa, aquí estará más tranquila y se ahorrará el alquiler.

—Está bien, cielo, no te preocupes —aceptó resignado.

Estaba tan tranquila que parecía que la compañía de Ingrid fuese beneficiosa para ella, así que se mordió la lengua y concedió a la joven la autonomía de entrar y salir a su antojo, la única condición era que no volviese a pisar su despacho, cuando estuviera ausente y mucho menos cuando estuviera presente.

—Tranquilo, no volverá a pasar, te lo juro, no sé en qué estaba pensando cuando hice aquello —se disculpó bajando la mirada a unas manos que se retorcían nerviosas en el regazo.

Sin más, se volvió a su despacho, con lo alterado que estaba no se sentía en condiciones de discutir con ella, esperaba que lo que le decía fuese verdad, aunque su nariz de sabueso le decía que aquello le traería problemas, ¿más?, se dijo, consciente de los líos que tenía por desentrañar. El mundo se le había puesto patas arriba y en lo único que podía pensar era en Rhona, por fin había un mensaje de ella, tenía que preguntarle qué había pasado para que le escribiese aquella nefasta carta, sin una explicación, sin haber discutido, era incomprensible. Y ahora le contestaba con malas palabras, cada vez entendía menos aquella situación. Cerró la puerta del despacho y marcó el número de la galería.

—Diga —contestó la misma Rhona.

—Rhona, necesito hablar contigo, no ent... —en ese momento ella colgó, no quiso escucharlo— ¡¡Rhona!! ¡¡Rhona!! — le gritaba Jaime a una línea vacía.

Capítulo XIII

Dos meses más tarde.

Chicas, ¿estáis listas? —preguntaba Rhona al pie de la escalera, estas jóvenes necesitaban cincuenta kilos de maquillaje cada una, cuando al natural eran preciosas, ella que seguramente debería necesitar mucho más, en diez minutos estuvo arreglada, Daniel estaba estacionado en la puerta esperando a Clara y a Rhona dentro del coche y Albert acababa de llegar para recoger a Patricia.

Seguía sin apetecerle aquella boda, no conocía a nadie, tan solo le habían presentado a los contrayentes un día que coincidió en el centro comercial con Albert y la parejita, fue algo fugaz, apenas dos besos y un apretón de manos, pero parecía ser que ahora las cosas se hacían así, las bodas tenían que ser multitudinarias aunque nadie conociese a nadie.

Por fin, después de varios bocinazos de Daniel aparecieron las dos jóvenes, estaban radiantes y Rhona sintió un tremendo orgullo maternal, Maia se había lucido con los vestidos de las tres, aunque sus hijas en un principio se habían decantado por comprar los vestidos en la tienda, su madre las convenció de que Maia seguramente les haría algo original y juvenil, por eso era reconocido su taller en toda la comarca, al final accedieron a que fuese la amiga de su madre la que los confeccionase, y habían quedado encantadas con el resultado. El diseño de Patricia era un vestido en blanco roto de falda evasé, con unas enormes y coloridas flores bordadas en la base de la falda subiendo en disminución de tamaño hasta la cintura de un corpiño ajustado con transparencias en los hombros. Clara siempre menos convencional optó por pantalones, Maia le hizo un mono en color malva oscuro con cuello halter cuyo único adorno eran unas piedras engarzadas, a modo de collar alrededor del escote, haciendo resaltar sus bonitos hombros, se había dejado la melena suelta cayendo en unas ondas surferas bastante desmarcadas y como complemento un clucht en tono gris, igual que los zapatos.

El vestido de Rhona ya era otra cosa, ella quería algo sencillo, sin estridencias, pero como siempre Maia logró hacer magia de la sencillez. De un corte clásico jugando con unos rombos sobrepuestos logró hacer un vestido sencillo y elegante, era de un color melocotón rosado, sobre una base visón y como único adorno un bolso joya.

Llegaron a la iglesia cuando apenas estaban empezando a llegar los invitados, como siempre, Daniel, con su manía de la puntualidad, les hizo llegar de los primeros. Entraron y se colocaron en unos bancos intermedios, en eso Rhona fue tajante, no eran familia y no tenían por qué estar de los primeros, por mucho que a su marido le gustase ser el centro de atención.

La novia no había llegado y el novio estaba esperando en el altar, algo nervioso, como mandaba la tradición. Rhona se lo quedó mirando, era un joven apuesto, no tan rubio como su hermano pero con los mismos ojos azules, unos ojos que tanto le recordaban a Jaime, desde que lo bloqueó había intentado varias veces ponerse en contacto con ella, la llamó al estudio, al móvil, incluso un día tuvo la osadía de presentarse en el taller, menos mal que tenía la puerta cerrada con llave y por supuesto no le dejó entrar, él insistió, pero como estaba en la calle no le interesaba

montar el numerito, así que cuando se cansó de esperar, se marchó. Aquello fue una marcha atrás en la recuperación de Rhona, cada vez entendía menos qué pasaba, si había sido solo un capricho, a qué venía ahora tanta insistencia, por mucho que le doliese, y le dolía, estaba intentando sacárselo de la cabeza, el problema era que cada vez que veía al novio de Patricia había algo en él que se lo recordaba y ahora mirando a su hermano lo veía casi como un clon, “Rhona, estás desvariando” se decía, cualquier cabeza rubia de pelo corto imaginaba que era suya, cualquier rostro de azulados ojos le hacía pensar en él. De pronto empezó a sonar la música y todos se pusieron de pie, la novia acababa de llegar acompañada de su padre, detrás llegaban los invitados algo más rezagados o que venían acompañándola, el rostro de Rhona en un momento se quedó blanco como un folio. Hablando con Albert, el novio de Patricia estaba Jaime, no, esta vez no era un espejismo, a su lado estaba su mujer, algo más animada que en la fiesta de fin de año, pero ella en definitiva ¿Qué coño estaba haciendo él en la boda? Aquello era surrealista. Tuvo que sentarse, las piernas se le aflojaron, no la sostendrían mucho más tiempo, su primer impulso fue salir corriendo, alejarse de allí, pero no podía, hubiera dado la nota y eso era lo último que pensaba hacer, tendría que aguantar el tipo, pensaba, así que se empequeñeció dentro del banco de la iglesia todo lo que pudo, hizo como las avestruces, si no me ve, no estoy. Por desgracia para ella Jaime fue lo primero que había visto al entrar, su melena dorada, sus ojos color caramelo, y el surco oscuro debajo de ellos, y, que el maquillaje no había podido ocultar del todo, “está sufriendo”, pensó Jaime, “está sufriendo por mí y no entiendo el por qué de todo esto”.

Daniel se levantó de donde estaba y fue solícito a saludar a Albert y de paso al hombre que lo acompañaba que, teniendo tan buena memoria como tenía, recordó haberlo conocido en una fiesta navideña.

—Tío, te presento a Daniel, el padre de Patricia.

Los dos hombres se saludaron con cordialidad, entonces Daniel se giró y llamó a Rhona.

—Querida, ven a saludar al tío de Albert, aunque creo que ya os conocéis —dijo con tono despreocupado, no obstante, ella, ese tono lo conocía bien.

Rhona sintió que el mundo se le venía encima, como pudo, se acercó a ellos intentando transmitir una tranquilidad muy lejos de sentir.

—Hola, qué tal —le tendió la mano pero él se acercó y le dio dos castos besos en la mejilla, castos solo en apariencia, porque para ella fueron una verdadera tortura.

—Así que eres el tío de Albert —intentó entablar conversación Daniel—, creo recordar que te dedicabas al arte.

—Jajaja —rió Jaime— solo soy un pobre periodista al que le gusta el arte.

—Ya recuerdo, en la fiesta de navidad intentaste dar clases a mi mujer.

—Para nada, creo que tu mujer me podría dar clases a mí —logró seguir la gracia, aunque no le había hecho ninguna. Observó como se lo miraba Daniel, llegó a pensar que había sospechado algo y por eso ella asustada le había enviado aquella carta, pero lo descartó al momento, la mirada de Daniel no era de celos ni nada parecido, era como si estuviese mirando un espécimen de laboratorio, le pareció que lo diseccionaba, aquel hombre parecía estar por encima del bien y del mal.

—Bueno, bueno, no será para tanto —cortó Daniel, haciendo lo que sabía hacer tan bien, menospreciar el talento de Rhona.

Empezó la ceremonia y no pudieron seguir conversando, cosa que a Jaime le molestó bastante, necesitaba hablar con ella, tenía que aclarar muchas cosas, se merecía como mínimo una

explicación y no pensaba dejar pasar la oportunidad que se le había presentado. Llegaron al restaurante, en el jardín sirvieron los aperitivos mientras los novios se hacían las fotos de rigor, la primavera había estallado en un verde brillante y las plantas despertaban su exuberante belleza ofreciendo sus coloridas flores a los invitados, las mesas estaban distribuidas alrededor de unos parterres y los centros confeccionados con las mismas.

Jaime se fue acercando poco a poco hacia donde estaba ella, cuando llegó a su lado cogió un plato de la pila y haciendo ver que se servía le susurró al oído: —Tenemos que hablar, te espero en diez minutos detrás del edificio— y se retiró sin darle opción a poder negarse.

Rhona tenía un platillo en la mano pero no tenía hambre, sencillamente hacía ver que comía, se había puesto en el plato un bocadito de sandía con queso de cabra y una copa de cava en la que había ensalada cesar, aunque el aspecto era de lo más apetecible el encuentro con Jaime le había acabado de cerrar el estómago. Se retiró de la mesa con los ojos puestos en él, sin notar que había otros puestos en ella, Clara había visto como Jaime se acercaba a su madre, pensó que iba a servirse de la mesa de aperitivos, pero vio como le susurraba algo al oído y se marchaba, notó el nerviosismo de su madre aunque no entendía el por qué.

Jaime recorrió los jardines hablando con unos y otros, los invitados parecían contentos y el ambiente festivo iba en aumento, en cuanto pudo desembarazarse de la esposa de uno de los directivos del periódico donde trabajaba su sobrino, soltó un suspiro de alivio. La señora parecía un árbol de navidad y a él le costó aguantar las ganas de hacer un chiste sobre su engalanado atuendo, se fue retirando y rodeó el edificio esperando que Rhona le hiciese caso y no le hiciera esperar demasiado. Pasaron casi quince minutos, los novios estaban a punto de llegar del reportaje fotográfico y ella no se había presentado, así que sin pensar las consecuencias, o habiéndolas pensado, se encaminó hacia el interior del restaurante y les pidió por favor que le dejaran hacer una llamada, argumentando que se había quedado sin batería, ya que sabía que si llamaba con su número, ella no lo cogería.

—Te estoy esperando —dijo cuando ella descolgó.

—No puedo ir, mejor dicho, no quiero ir, es decir, no pienso ir —objetó todo lo que pudo y cada vez más nerviosa.

—Si no vienes, me presento en medio del jardín y te digo lo que tengo que decirte delante de todo el mundo, escoge —amenazó Jaime tajante.

—Eso es chantaje, creo que me lo dijiste todo en tu mensaje.

—¡¡Pero de que coño de mensaje me hablas!! No te he enviado ningún mensaje, cómo quieres que te lo diga, lo que quiero es una explicación, creo que no merezco tu desprecio, no entiendo a qué venía aquel email.

—Está bien, intento ir, pero solo un minuto, no quiero que Daniel me eche de menos.

—Dile que vas al baño, no tardes —le advirtió.

Clara seguía con la mirada fija en su madre, se había puesto muy nerviosa mientras hablaba por teléfono, notó como soltaba el plato porque le temblaban las manos y había estado a punto de caérsele, no sabía qué estaba pasando pero estaba dispuesta a averiguarlo antes que su hermana empezase a sospechar y la liase como siempre.

Rhona caminó lentamente como si se dirigiera al baño, seguida por la mirada atenta de Clara, en cuanto llegó a la puerta se desvió un poco alcanzando la esquina de inmediato. Allí estaba Jaime, por mucho que quiso no había podido sacárselo de la cabeza, peor aún, al encontrarlo en la boda su corazón había empezado a palpitar jubiloso, se paró a unos pasos de él,

se lo quedó mirando, viendo de nuevo al apuesto madurito que había llevado sus sentimientos de la cima más alta al abismo más profundo, y seguía sin entender a qué venía ahora todo aquello, qué pretendía con aquella exigencia, iría y lo escucharía, no perdía nada por ello, estaba intrigada por saber que excusa era capaz de inventar.

—¡Rhona! —pronunció su nombre con la misma cadencia que cuando estaban juntos—. Necesito explicaciones, necesitaba tanto verte, te necesito, ¿a qué venía aquella carta? No entiendo nada, ¿por qué me has apartado de tu vida?, pensé que me moría estos meses sin ti.

—Cómo puedes ser tan cínico —sonrió sarcástica, aunque el corazón estuviese a punto de perforarle el pecho.

Jaime quiso cogerle las manos, pero ella las apartó de golpe.

—¡No... me... toques! —dijo apretando los dientes.

—Por favor, Rhona, dime qué he hecho, no lo entiendo, te juro que no entiendo nada.

—Así que ahora no entiendes nada, pues en el puñetero mensaje del Messenger quedaba muy claro, si solo era un capricho pasajero, si solo era el placer de la conquista, ¿qué se supone que esperas de mí ahora? Ya me conseguiste, ahora te toca embaucar a otra incauta. Creo que te lo dejé bien claro en mi mensaje.

Dicho aquello se dio media vuelta y se alejó apresuradamente antes de arrepentirse y echarse en sus brazos.

Jaime se quedó atónito, cada vez entendía menos qué estaba pasando.

Clara estaba apostada en la esquina viendo como su madre discutía con el tío del novio de su hermana, aquello era tan extraño, tan surrealista, ¿de qué conocía su madre a aquel hombre? No entendía nada, pero parecía ser que se conocían y bien, estaba absorta mirando la discusión de su madre con Jaime cuando oyó que su hermana la llamaba, se giró y se apresuró a llegar a su encuentro, por nada del mundo quería que su hermana contemplase la escena que se estaba desarrollando detrás del restaurante.

—¿Qué hacías en un rincón? Clara, por favor, es una boda, intenta relacionarte y si es posible también divertirte —le decía Patricia— ven, te quiero presentar a alguien.

Patricia se llevó a su hermana, quería presentarle a un amigo de su novio a ver si le encontraba pareja, no acababa de entender que Clara no era como ella, que no necesitaba tener a nadie al lado, el día que apareciese su media naranja tenía que ser un compañero de vida y estaba resuelta a no repetir los errores de sus padres, el amor no debe ser una carga, ni una estrategia, mucho menos un arma. La belleza del amor reside en que es un regalo, sin ataduras, sin compromisos, le explicaba siempre a su hermana.

Llegaron los novios y Daniel empezó a buscar a Rhona con la mirada, le molestaba que no se quedase cerca de él, “maldita mujer” pensaba mientras paseaba la mirada por todo el recinto sin verla por parte alguna. Estaban entrando los invitados en el interior del restaurante, un edificio reconvertido que en otro tiempo había pertenecido a una rica familia de la burguesía catalana y, aunque el interior había sido restaurado, mantenía la elegancia y el lujo de otro tiempo. Pronto empezarían a servir la comida, así que suspiró aliviado cuando la vio aparecer por los jardines, llegaba contrariada y con cara de pocos amigos. Llegó, se sentó al lado de su marido y por aquellas casualidades de la vida en la mesa de al lado y de frente hacia ella se sentó Jaime, que no le quitaba los ojos de encima, se la miró de arriba abajo fijando la vista en el agudo tacón de ella,

subiendo casi descaradamente por las piernas y el resto del cuerpo mientras ella tomaba asiento. La comida estaba siendo una tortura, Rhona intentaba estar, o por lo menos, parecer relajada, pero era imposible cuando tenía constantemente unos ojos clavados en ella, tenía miedo de que Daniel se diera cuenta de algo, pero parecía que le interesaba más la conversación con el compañero de mesa que lo que le pudiera pasar a ella.

—¿No puedes disimular por un momento que no te apetecía venir? —dijo de pronto Daniel volviéndose hacia ella.

—No me toques lo que no suena, sigue con tus negocios y déjame tranquila —espetó con más acritud de la pretendida.

—Cada día que pasa estás más rara, y deja ya de mirar a la mesa de enfrente, van a pensar que eres una insolente.

Rhona no se molestó en contestar, estaba furiosa con Jaime y ahora también con Daniel, necesitaba estar sola, se levantó y esta vez sí fue al baño, no podía soportar tanto estrés. Se mojó con agua las manos y el cuello, no podía mojarse la cara ya que en el bolso que llevaba no le cabía nada más que el móvil y un pintalabios.

—¿Mamá? ¿Puedo saber de qué conoces al tío de Albert? —dijo de pronto Clara que había seguido a su madre a los lavabos. Rhona dio un respingo, ya que lo último que esperaba era que su hija menor la hubiese visto discutir con Jaime, ¿habría oído lo que se decían? Si estaba nerviosa, ahora lo estaba mucho más, una sensación de angustia le oprimió el pecho, un mareo casi la tira al suelo y le revolvió lo poco que llevaba en el estómago, que era prácticamente nada, tuvo que entrar al lavabo a toda prisa, empezó a vomitar bilis hasta que su cuerpo no pudo más.

—¿Mamá, estás bien? —Se asustó Clara al ver a su madre de aquella manera.

—Estoy mejor, no sé qué me ha pasado —titubeó Rhona.

—Si tienes algún problema puedes contármelo, te ayudaré en lo que pueda.

—¿Qué quieres decir con un problema? No tengo ningún problema.

—De verdad, puedes contar conmigo, te ayudaré a superarlo, pero tienes que aceptarlo para que pueda ayudarte.

—No entiendo a qué te refieres, todos tenemos problemas.

—Patricia me lo dijo, pero no quise creerla.

—¿Qué fue lo que te contó tu hermana? Estaba molesta con papá y creo que lo pagué con todos, pero ya sabes como es él, no le des más importancia — se asustó pensando que su hija hubiese mirado su móvil el día que se lo descuidó y hubiese visto una conversación con Jaime que no había tenido tiempo de eliminar.

—A ver, mamá, no quiero que pienses que me quiero meter en tus cosas, pero me gustaría saber desde cuando tienes este problema.

—No sé que te habrá dicho, de verdad, no tengo ningún problema. Ya sabes que por mi trabajo tengo conversaciones con mucha gente, no hay nada malo en que tenga una conversación por Messenger, pueden ser posibles clientes, Jaime me pidió para colaborar en la revista que él dirigía, solo es eso, no entiendo tanta alarma —se excusó torpemente su madre cada vez más nerviosa y convenciendo a Clara de que en realidad sí tenía un problema— volvamos a la fiesta, llevamos mucho rato fuera.

—Está bien, pero prométeme que no beberás, o por lo menos no demasiado —insistió Clara, dejando a su madre mucho más perpleja de lo que estaba.

Jaime había visto salir a Rhona y quiso ir tras ella, pero en aquel momento llegaron los

novios a la mesa pidiéndole a su tío que dijera unas palabras para abrir el baile.

—Esto es una encerrona, sobrino —se quejó, aunque en el fondo estaba encantado— si me hubieses avisado habría preparado algo.

Se levantó y fue al escenario donde una orquesta, impregnaba el ambiente con la suave melodía de los violines, mientras amenizaba la comida esperando dar paso a ritmos más movidos y actuales para que pudieran bailar los más jóvenes, se acercó al micro, la orquesta calló por un momento y empezó su alocución. Después de presentarse y dar las gracias a los novios por invitarlo y a los invitados por su asistencia, pasó a hablar de los contrayentes, de lo que significaba para él aquella boda y alabando las muchas virtudes que tenían en común, estaba acostumbrado a hablar en público y se le notaba, se sentía cómodo y las bromas que insertó para amenizar el discurso hicieron reír a todos los presentes. Rhona y Clara volvieron del lavabo cuando Jaime ya terminaba y se despedía levantando su copa en un brindis con una frase del genial Oscar Wilde: “*Las mujeres están hechas para ser amadas, no comprendidas*”, lo que puso a todo el mundo de pie aplaudiendo y brindando por los recién casados. Al verla entrar, se llevó la copa a la boca y la miró haciendo un gesto imperceptible para los demás, pero que Rhona sabía que era para ella.

Se sentaron cada una a su mesa y Daniel reconvino a su mujer por el tiempo que había pasado fuera del comedor, le dijo que Patricia había preguntado por ella un par de veces y que procurase poner buena cara, por lo menos lo que quedaba de boda. Rhona levantó su copa de cava para el brindis que no le había dado tiempo de hacer y se la bebió de un solo trago.

—Tranquilo, creo que a partir de ahora me voy a divertir —ironizó dejando a Daniel cada vez más confuso y a Clara, observándola cada vez más preocupada.

Empezó el baile y los novios lo abrieron con el tradicional vals, en cuanto terminaron ellos, empezaron a salir a la pista los invitados, primero los más jóvenes que eran los que más ganas tenían de marcha, poco a poco se fueron sumando el resto de los asistentes que danzaban por un rato y volvían a recargar fuerzas con alguna que otra copa de la barra libre. Jaime no se tenía por buen bailarín pero sacó a Maricarmen, un poco para buscar la excusa de poder bailar con otras invitadas, o mejor dicho, con una en concreto. Después de dar unas vueltas con la madre de la novia y con su hermana la madre del novio, para disimular, se acercó a ella y le pidió bailar.

—¿Mi pintora favorita me concede un baile? —preguntó sabiendo que no le podía decir que no, estaban en una boda y todo el mundo bailaba con todo el mundo.

Rhona miró a Daniel, no esperando su aprobación, pero sí esperando algún tipo de reacción, ya que cuando había conocido a Jaime en la cena él se mostró algo molesto.

—No pensarás hacerle un feo al tío de Albert, baila aunque sea una canción, a ver si así cambias esa cara —le refunfuñó Daniel al oído.

No se lo pensó dos veces, ella era una mujer madura, estar cerca de él no la iba a matar, ni le haría cambiar de opinión, así que se levantó y se puso a bailar con Jaime. Estaban tocando una canción que no era demasiado movida y se prestaba a moverse sinuosamente cerca uno de otro, Jaime bailaba fatal, tenía que reconocer que le daba un poco de risa verlo danzar con tan poca gracia. Estar cerca de él estaba siendo algo balsámico, no podía estar más enfadada cuando lo había visto aparecer en la iglesia, pero ahora tenía que admitir que la ira había dejado paso a la duda “¿y si le había dicho la verdad?” se preguntaba, para contestarse a continuación que no podía ser, el mensaje no lo había soñado, es más, ni siquiera lo había borrado.

—Tenemos que hablar —le dijo Jaime acercándose a su oído.

—Creo que no tienes nada que decirme, ya me quedó claro, no pienses que porque estoy

bailando contigo he olvidado nada, esto es solo de cara a la galería —contestó ella tajante.

—Me debes por lo menos una explicación —insistía Jaime.

—¿Qué yo te debo una explicación? —Jajaja, se carcajeó— esta sí que es buena, ahora resulta que soy yo la que le debe una explicación al señor, ¿no te quedó claro en el correo que te envié?

—Menudo correo, casi me dio un infarto cuando lo leí, fue algo muy cruel, que lo sepas.

—Debiste haberlo pensar antes de enviarme aquel mensajito al Messenger, si era una broma te quedó muy bien, muy real —volvió a reír sarcástica.

En ese momento uno de los camareros pasaba por su lado con una bandeja llena de copas de cava, un Brut Nature delicioso, así que alargó la mano y cogió una.

Clara estaba sufriendo por su madre, no le quitaba los ojos de encima y verla coger otra copa al vuelo la hizo creer que su madre necesitaba ayuda desesperadamente, y pensaba dársela, no iba a dejar que aquello se convirtiera en un problema mayor.

La orquesta volvió a cambiar de estilo musical, ahora tocaban ritmos tropicales para los más atrevidos, estaba de moda el ballenato y el rock latino, así que por el momento se separaron y dejaron de dar vueltas por la pista, al separarse, Jaime le dijo que al día siguiente fuese a tomar un café con él, que necesitaban aclarar aquel entuerto; Rhona estuvo de acuerdo, se tomaría aquel café, pero no le prometía nada más, le dijo.

—Patri —Llamó Clara a su hermana—. Creo que te tengo que dar la razón, mamá está muy rara, tenemos que ayudarla.

—Te lo dije, pero no quisiste creerme.

—Lo siento, es que no esperaba algo así, aunque creo que algo de culpa la tiene papá.

—Ya está, papá siempre tiene la culpa de todo, según tú —lo defendió Patricia.

—No quiero discutir, sabes de sobra cómo es papá, solo quería que supieras que la voy a vigilar de cerca, no sé como, pero la voy a ayudar —su carácter conciliador siempre acababa por cortar las discusiones con su hermana, por eso esta creía que era débil, pero nada más lejos de la realidad, le costaba enfadarse, pero cuando lo hacía no había vuelta atrás, por eso intentaba solucionar los problemas siempre con el dialogo y en la medida de lo posible evitaba la confrontación.

Capítulo XIV

Cuando ella llegó a la cafetería al día siguiente, Jaime ya la estaba esperando, Rhona se había vestido con toda la intención, no es que pensara seducirlo, pero quería que se diese cuenta de lo que había perdido, no sabía si por inconsciencia o porque en aquel momento lo pensó así y se arrepintió después, así que se puso su atrevido mono rojo Valentino, se lo había hecho Maia para un evento especial y no se lo había vuelto a poner, por eso pensó que sería un buen momento

para lucirlo de nuevo, como no hacía ni frío ni calor se puso una cazadora de piel negra encima, por si las moscas, botines negros de tacón alto y un bolso colgado del brazo del mismo color. Jaime al verla casi pierde la mandíbula, se quedó literalmente con la boca abierta, se levantó como un caballero, le dio dos besos, uno en cada mejilla y hasta le retiró la silla para que ella se sentase frente a él.

—Tú dirás —dijo ella desafiante.

—Estás guapísima —fue lo único que pudo contestar.

Rhona se sonrojó. A pesar de la intención de no perder ni un minuto más del necesario, no pudo evitar darse cuenta que Jaime necesitaba un corte de pelo y que ni siquiera se había afeitado, incluso al mirarlo bien lo notaba algo más delgado incluso. Lo que no sabía ella era que él se había tenido que contener mucho para darle los besos en la mejilla, al verla tan provocadora y tan distante a la vez, le hubiera gustado abalanzarse sobre sus labios, rojos como el mono, y besarla hasta hacerle perder el sentido. Se quedaron los dos sin palabras, en realidad, a los dos les apetecía exactamente lo mismo. En aquel momento se acercaba un joven inmigrante que se ganaba la vida vendiendo rosas a los clientes de los restaurantes, Jaime lo paró y le compró una rosa, que le ofreció a Rhona con una sonrisa bobalicona en la cara, pidiéndole una tregua.

—¿Por qué te ríes? —dijo ella intentando no sonreír a su vez.

—No me río, es que tenerte cerca me da esta paz —decía él señalándose la comisura de los labios con los dedos—, te necesito para respirar.

—Qué pronto se te ha olvidado el mensaje, y eso que era de lo más desagradable, me hubiese gustado que me lo dijeras a la cara, pero supongo que algo de conciencia te queda. Perdón, creo que me equivoco, no es conciencia, es cobardía.

—Rhona, por favor, no seas tan dura, te juro que no tengo ni idea de lo que me dices, te lo juro por lo más sagrado que yo no te he enviado ningún mensaje y menos en esos términos, tuve un accidente de coche, estuve en la cama tres días, ni siquiera pude acercarme al ordenador.

—Entonces ¿qué me dices de esto? —enseñó Rhona el móvil con el mensaje.

A medida que lo iba leyendo se iba quedando más lívido, aquello no lo había escrito él, no entendía nada, precisamente a esa hora no podía ni moverse de la cama, y su ordenador tenía contraseña, nadie podía manipularlo. Aquello era una broma de muy mal gusto, o alguien se había enterado y quería hacerle daño, pero quién y desde su cuenta ¿Cómo?

—Ese texto no lo he escrito yo, te lo juro.

—No jures en vano —se enfadó Rhona.

Entonces abrió el correo y le enseñó la carta que ella había escrito en respuesta a su mensaje, ya tuvo un buen disgusto cuando la leyó, no tenía por qué volver sobre ella. Cada palabra era como una puñalada en el corazón y el final realmente era su vía crucis, él se acostaba cada noche con su mujer, pero se pasaba la noche soñando con ella y eso lo estaba consumiendo.

—Si querías hacerme daño, has hecho diana —le dijo—. Estamos cerca de tu estudio, podemos ir allá y hablar esto con calma, por favor, aquí hay demasiada gente —propuso Jaime.

Rhona se lo pensó un momento, no quería bajar la guardia y la estaba bajando, se daba cuenta que le miraba la boca cuando hablaba, y le estaba apeteciendo demasiado besarla, necesitaba con urgencia un abrazo reparador, pero no podía creer en sus mentiras, aquel mensaje no era una invención de ella, seguía estando en su Messenger como recordatorio constante de su traición. Por otro lado era verdad que la cafetería estaba llena y cualquiera podía verlos, no es que le importase demasiado, pero tampoco quería dar excusas si se encontraba con alguien conocido, así que aceptó.

Llegaron al local y Rhona cerró con llave, no quería que los interrumpieran, pasaron al despacho, le ofreció algo de beber, pero Jaime no aceptó, le dolían las manos por la necesidad de acariciarla y no se pudo aguantar por más tiempo, pasó el dorso de la mano por su mejilla al tiempo que le decía lo guapa que estaba. Rhona se quedó rígida, aquel gesto le estaba derrumbando la muralla que con tanto dolor se había forjado desde la recepción del mensaje.

—¿Sabes lo que creo? —Insistió Jaime— que deberías borrar ese nefasto mensaje y olvidarnos de ese tonto suceso —quiso quitar importancia— y si quieres empezamos de cero.

—¿Así de fácil? ¿Me hieres, me rompes el corazón y lo defines como tontería?, desde luego eres hombre, qué imbécil soy, pensé que eras diferente.

—¿Qué tengo que hacer para que me creas! —Se enfureció—, dime, lo que sea, lo haré, pero no me hables así, yo no soy como tú crees, jamás se me hubiese ocurrido enviarte algo así, si lo único que deseo es tenerte entre mis brazos.

—Por ahí no sigas, por favor —pidió Rhona.

Jaime sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre su boca y la besó, se dio cuenta que ella seguía sintiendo algo por él, que su enfado era su coraza, pero estaba seguro de poder derribarla, así que acercándose a ella la abrazó con fuerza, con tanta fuerza que casi le crujieron los huesos.

—Este beso me demuestra que sigues queriéndome, es una prueba irrefutable —decía Jaime— mírame a los ojos y dime que es mentira.

—No, no es mentira, siempre que me pongas esa prueba la voy a suspender, por eso no debiste hacerlo, no me lo pongas más difícil.

—La que lo está haciendo difícil eres tú con tu terquedad.

Volvió a abrazarla, a besarla, esperando resistencia, pero por el momento no la hubo. Despacio, rogando no encontrar obcecación por parte de Rhona la empezó a desnudar, necesitaba saborearla, su cuerpo siempre le había proporcionado el mayor de los placeres, el modo en que su piel se estremecía al paso de su lengua, la manera en que ella mordisqueaba el lóbulo de su oreja le hacía hervir la sangre, de tal modo que se tuvo que despegar un poco de ella para no apresurarse demasiado, eran muchos días deseándola y no quería acelerarse.

Rhona no podía pensar, el deseo era tan grande que toda la intención que había puesto se había evaporado, sus manos buscaban con urgencia desabotonar la camisa, pero optó por sacársela por la cabeza, se abrazó a su torso desnudo oliendo su piel, su cabeza reposaba en su pecho, Jaime levantó su cara y la besó con delicadeza, alargando el momento, quería que supiera con sus caricias que su cuerpo la necesitaba, la tumbó en el sofá para saborearla poco a poco, Rhona había empezado a sudar, estaba ardiendo, húmeda y muy excitada, en aquel momento Jaime la podía llevar al clímax con solo pasar la lengua por su sexo, pero aún la hizo esperar un poco más, se estaba recreando, esperando que ella se lo pidiera, necesitaba escucharla pronunciar su nombre y lo consiguió, consiguió que le pidiera que la penetrara.

—¡Jaime, oh, Jaime!, por favor, te necesito dentro ya. Mmmh h h h h —gimió al notar el miembro de él rozar su clítoris.

No pudo aguantar por más tiempo, él también estaba en llamas, la penetró con fuerza, embistiendo intensamente el interior de su amada, los espasmos de placer recorrieron el cuerpo de Rhona. Jaime no pudo esperar y estalló derramando su semen sobre ella. Esperaba a partir de entonces retomar su relación donde la habían dejado, quería que se diera cuenta que él seguía siendo el mismo loco que se había enamorado de ella en una página de Facebook. Siguieron

tumbados uno al lado del otro desmadejados, exhaustos. Rhona pensaba que había sido el polvo más espectacular de su vida.

“Esto no debió haber pasado”, se dijo de pronto, no quería alimentar sus esperanzas, seguía estando muy dolida y mucho más confundida que antes.

—¿En qué piensas? —preguntó Jaime al verla tan concentrada.

—¿La verdad? No lo sé; en ti, en mí, en nosotros, en que no creo que esto haya sido buena idea.

A pesar de que no había sido él el culpable de aquel desaguisado, Jaime tenía miedo de que ella no le permitiese seguir a su lado.

—Te lo repito de nuevo, no sé qué demonios ha podido pasar, pero te juro que averiguaré quien ha enviado ese mensaje y lo va a pagar caro.

—Supongo que con eso te sentirás mejor, pero no creo que sea suficiente para devolverme la confianza en ti.

—No sé cómo decirte que ese día en concreto había tenido un accidente, pasé todo el día en urgencias y al llegar a casa me metí en la cama sin poder moverme, estuve dos días que casi no podía mover el cuello, ni siquiera me dejaron coger el móvil. ¡Por el amor de dios, Rhona, tienes que creermelo! —rogó.

—Está bien, te concederé el beneficio de la duda, pero por el momento no me pidas nada más, lo que ha pasado hoy ha sido una debilidad —dijo Rhona a sabiendas que era una crueldad, pero no podía evitarlo, le había dolido tanto la supuesta traición, que en aquel momento quiso hacerle daño a él también, aunque se arrepintió al momento de haberlo dicho, el problema es que las palabras una vez que salen de la boca no vuelven a entrar.

—¿Me desbloquearás del Messenger? ¿Podemos seguir hablando? —Suplicó Jaime.

—No es tan fácil, pero lo intentaré —concedió ella.

Jaime volvió a abrazarla, y Rhona se dejó de nuevo, el estar entre sus brazos seguía siendo un bálsamo para ella, pero no quería ponérselo tan fácil, así que se desprendió de su abrazo y le pidió que se fuera, le dijo que necesitaba estar sola. Jaime respetó su deseo y salió de la pieza precedido por Rhona que llevaba las llaves de la puerta en la mano.

Al salir Jaime no se pudo aguantar y se estaba despidiendo de ella dándole un fugaz beso en la boca, al tiempo que Ingrid aparecía en la puerta del establecimiento. Jaime se separó de Rhona de un salto, un salto demasiado culpable. Rhona se quedó paralizada, no entendía por qué a Jaime le había cambiado la cara, ella pensó que solo era una posible cliente pero la reacción de él le hizo sospechar que se conocían.

—¿Jaime? —se hizo la sorprendida Ingrid.

—¿Ingrid? —contestó este a su vez.

—¿Os conocéis? —preguntó Rhona extrañada.

—Sí —contestó Ingrid, mirando a Jaime con arrogancia.

—¿No deberías estar en casa? —preguntó al tiempo Jaime, se suponía que cuidaba a su mujer, no que paseaba en horas de trabajo.

—Le he dicho a tu mujer que tenía que comprar un regalo, estuve aquí el otro día y quedé en volver —aclaró mostrando su cara más inocente.

Jaime quiso restar importancia al hecho de que Ingrid hubiese aparecido de aquella manera, pero algo en su interior le dijo que se mantuviera atento, sobre todo desde el incidente del despacho, no sabía qué era pero una campanita de alerta se había instalado en su cerebro, su instinto de sabueso no solía fallarle.

Rhona estaba desconcertada, al parecer se conocían, aquello no le gustó nada, esperaba que fuese una casualidad, así que se colocó la más amable de sus sonrisas y la invitó a mirar la exposición, mientras terminaba con el cliente, le dijo.

Ingrid paseó su mirada de uno a otra con una media sonrisa de suficiencia que a Rhona le dio escalofríos, desde la primera vez que la vio no le había dado buenas vibraciones, no sabía explicarlo pero así era. Mientras la joven examinaba el material expuesto, se dio la vuelta para despedir a Jaime que estaba en la puerta y al salir se le acercó al oído:

—Ya te contaré, te amo —le susurró.

Rhona se volvió, algo azorada, intentando dar a su cara cierta normalidad, no conocía a la joven, así que pensó que lo mejor era tratarla con mucha deferencia y pedir porque no le causara problemas. La joven miró cuadros, algunas piezas de metal y por último una pequeña escultura que simbolizaba el dolor, era una mano de la que salía un corazón sangrante que había arraigado con sus espinas en la palma, era de una belleza algo cruel, pero fue hecha en un momento en que ella estaba muy dolida y el dolor salía en todas sus composiciones.

—Esta me gusta —señaló, rozando con el índice la escultura— eres muy buena —concedió.

—Gracias —contestó Rhona sin saber bien qué decir o cómo debía actuar.

—¿Hace mucho que conoces a Jaime? —Preguntó Ingrid intentando que pareciese casualidad.

—Pues no, tan solo hace un par de meses —mintió, no quería darle demasiada información.

—Me pareció que os conocíais bien, por la forma en que os despedíais —quiso seguir indagando.

—Cosa de artistas, ya sabes —evadió la respuesta, esperando que con aquello se conformase, pero no, ella seguía indagando, algo que estaba empezando a poner nerviosa a Rhona.

—Jaime no es un artista.

—Es un gran entendido en arte, así que lo consideraremos artista si te parece bien. Si te interesa la escultura, en aquella vitrina hay unas piezas que creo que también te pueden gustar, intentó desviar la atención de aquel tema.

—Me tengo que ir, ya volveré otro día, se me hace tarde; ¿me entiendes, verdad?

—Por supuesto, vuelve cuando quieras —concedió Rhona intentando dar naturalidad a su sonrisa mientras pensaba: *¿en qué parte de la conversación me he perdido?*

Las dos veces que había entrado aquella mujer en la galería se había ido con una excusa tonta. “Qué mujer tan extraña”, pensó perpleja.

Con la cabeza en otro sitio entró para dentro, iba a cambiarse de ropa y empezar a trabajar en unas ideas cuando volvieron a llamar a la puerta, quién será ahora, pensó saliendo a mirar. ¡Sorpresa!, eran sus amigas que llegaban a ver como le había ido en la boda y a sacarla a tomar un vermut, tenían ganas de contar chismes, y nada mejor que una boda para chismorrear dijeron.

—Nena, ¿para quién te has vestido? —preguntó Maia, sabiendo que aquel mono no se lo había puesto más de dos veces, y menos para trabajar.

—Vamos a tomar ese aperitivo y os lo cuento.

—No sé si vamos a tener bastante con un aperitivo —sugirió Lola.

Se sentaron en la terraza de una coctelería que estaba de actualidad, pidieron el vermut de moda, lo antiguo siempre vuelve renovado, matizaba Lola, así que se decidieron por la

recomendación del sumiller, un Peruchi, les explicó que tenía aroma a naranja, especias y regaliz, sonaba bien y sabía mejor, así que por aquello que no se les subiese demasiado, lo acompañaron con unos montaditos y se dispusieron a disfrutar de las anécdotas que esperaban que Rhona les contase.

—Tendré que saltarme la comida, esto está demasiado exquisito —se quejaba Lola.

—Me habéis traído vosotras, mi información tiene un precio —rió Rhona.

—Pues ya estás tardando, o te tocará pagar a ti, tú misma —esta vez fue Maia la que la apremió.

—Bueno, la boda estuvo bien, la novia iba guapísima y el novio, estaba de cine, resulta que la madre es viuda, son dos hermanos y los ha medio criado su tío —comentaba mientras les mostraba una foto de los novios tomada con el móvil.

—¡Basta!, queremos chismes, ya sabemos que las novias van todas estupendas, pero queremos saber si bailaste, si te emborrachaste y si le dio una apoplejía a tu marido al verte tan *reguapa* —la cortó Lola.

—No me habéis dejado terminar, lo que seguía era una bomba, pero veo que no os interesa —dejó caer Rhona haciéndose la interesante.

—¿Una bomba? —Dijeron las dos a la vez—, cuenta, cuenta.

—Creo que no debería, después que me habéis cortado ya no sé si hablar o no.

—La matas tú, o la mato yo —se impacientó Maia—. Mira que le gusta a esta mujer hacerse rogar.

—Está bien, ahí va, cogeos a la silla; el tío de Albert se llama Jaime.

—¿Ya está?, ¿eso es todo? Cómo no habrá Jaimes en Barcelona —suspiró Lola— ¡¡Aahh! Ahora caigo, es Jaime, el tío de tu yerno es “tu” Jaime —entrecomilló la palabra tu con los dedos para darle más énfasis.

—Cariño, te ha costado —sentenció Rhona de buen humor.

—Chicas estoy en shock —decía Maia, dándose aire con la mano.

—¿Qué pasó cuando lo viste? ¿Supongo que hablarías con él? —Empezó Lola una batería de preguntas.

—Por partes, chicas, me quedé de una pieza, no me lo podía creer.

Les relató cómo había ido todo y hasta que bailó con él porque Daniel le pidió que lo hiciera.

—Ya sabéis, él siempre tan atento con todo el mundo... en fin —concluyó con un profundo suspiro.

En ese momento le entró un mensaje al Whattsap, era Clara que le decía que la estaba buscando en la galería pero estaba cerrada, que necesitaba hablar con ella urgentemente, le escribió. Rhona le devolvió el mensaje diciéndole dónde estaba y pidiéndole que fuese hasta allá, que estaba con Lola y Maia tomando un vermut.

No habían pasado ni diez minutos cuando se presentó la joven, al ver a su madre con la copa de vermut en la mano empezó a preocuparse de verdad, quiso creer en un primer momento que aquello podía haber sido cosa de la boda, que su hermana era muy exagerada, se decía, pero ya era la segunda vez que veía a su madre con alcohol en el vaso, así que su grado de preocupación iba en aumento, su madre nunca había bebido, ¿tan mal estaban las cosas en casa para que hubiera llegado a ese punto? Su padre siempre había sido difícil de tratar, pero ella siempre lo había sabido llevar.

—Hola, cariño, siéntate con nosotras —le dijo su madre acercándole una silla.

—Mamá, tenemos que hablar, es algo muy serio, lo que te tengo que decir, de verdad.

—A ver, qué es eso tan importante que me quieres decir y que no puede esperar —
inquirió Rhona.

—Mamá, es algo delicado —comunicó Clara.

—Habla tranquila, son Maia y Lola, ya sabes que no tengo secretos con ellas.

—Bueno, la verdad es que no sé como enfocarlo —titubeó la joven.

Las tres mujeres se la quedaron mirando, cada una pensaba en una posibilidad diferente, pero ninguna acertaba con la preocupación de Clara. Rhona pensó angustiada que se hubiese dado cuenta de su affaire. Maia se decantó por pensar que la joven pudiese estar embarazada, no le cabía en la cabeza, era una joven muy responsable, pero un accidente lo tenía cualquiera. Lola se quedó pensativa, ella siempre tendía a analizar todo, quizá fruto de su profesión, así que la conclusión era que había discutido con su padre y por eso estaba allí.

—No te preocupes, soy tu madre, lo que sea lo solucionaremos, confía en mí —le decía Rhona con el corazón a punto de ahogarla a causa de la ansiedad que le producía aquella situación. Si se había enterado de algún modo, le diría la verdad, pensaba dándose ánimos a sí misma.

—Pues verás, he estado hablando con mi hermana, creemos que necesitas ayuda antes de que la cosa vaya a más.

Rhona se puso tensa, aquello era un dialogo de besugos, no tenía idea de a dónde quería ir a para su hija, se estaba desesperando pero tampoco quería apremiarla demasiado, esperaba que, eso tan grave que se suponía que había hecho, no fuese el haberse acostado con Jaime, “¿cómo se había podido enterar?” Bullía su cerebro a marchas forzadas mientras enarcaba las cejas intentando darle un empujón a su hija y que acabase de una vez con la angustiada incertidumbre.

—Vale, hemos decidido que te vamos a ayudar a dejar el alcohol, estamos seguras que lo vas a conseguir. Iremos a Alcohólicos Anónimos o dónde haga falta y te ayudarán, de verdad, mamá, nos duele que estés así, si es por papá, hablaremos con él. No podía creerlo cuando Patricia me lo dijo, pero Albert lo corroboró de algún modo, la otra noche llegaste bebida y en un estado deplorable, me explicaron.

Jaime iba pensando en el encuentro con Ingrid en la galería de Rhona, aquello lo escamaba bastante, en ese momento sonó su teléfono, lo sacó del bolsillo y miró con esperanza el número, ya que era de un diario y lo citaban para una entrevista. Llamó a Maricarmen para decirle que se demoraría en llegar a casa, preguntó si Ingrid había llegado y al decirle que sí se quedó más tranquilo, se dirigió directamente a la entrevista, esperaba que fuera favorable y lo que le ofreciesen estuviese a la altura de sus expectativas.

Al llegar a las oficinas apenas le hicieron esperar unos segundos, cuando pasó al despacho se llevó una agradable sorpresa. El director había sido compañero suyo y, en un tiempo, incluso amigos, después cada uno tomó caminos separados y perdieron el contacto, pero al ojear los curriculums y ver el suyo, el flamante director no se lo pensó dos veces, sabía que era bueno en lo que hacía y aunque lo que le ofrecía no era lo que estaba haciendo últimamente, estaba seguro que le gustaría lo que le pensaba brindar.

—¿Vicente? Cuánto tiempo jajaja —rieron se dieron la mano seguido de un gran y afectuoso abrazo.

—Los años no pasan para ti, campeón —lo saludó Vicente Escursell, director de un nuevo periódico digital.

En un principio Vicente sabía que no era lo que él buscaba, ya que no era nada relacionado con el arte, pero necesitaban un corresponsal en Bruselas y Vicente estaba seguro que no le haría ascos, ya que se trataba de un magnifico puesto, bien remunerado y sería todo un reto para él

volver al periodismo activo, así que lo llamó para proponérselo.

—Pasan como para todo el mundo jajaja, tú que me miras con buenos ojos. Bueno y se puede saber en qué consiste el trabajo o me has llamado para hablar de política — bromeó Jaime, ya que aunque estaban de acuerdo en muchas cosas, en política eran contrarios.

Vicente le explicó el puesto que estaba vacante, algo que a él se le daba muy bien, crónica de política europea, le dijo que necesitaban cubrir el puesto con urgencia, que contaba con su buen hacer e imparcialidad a la hora de escribir, así que si quería, al día siguiente podía coger el avión para Bruselas.

—¡¡Guau!! —Exclamó— no sé qué decir, no me das mucho margen de pensamiento, lo hablo con mi mujer y te digo algo.

—Está bien, pero no te demores con la respuesta afirmativa —apuntó Vicente, con una amplia sonrisa.

Estuvieron un rato comentando anécdotas de sus tiempos cuando eran compañeros en el periódico en que ambos colaboraban, recordaron incluso el fatal momento en que Jaime fue acusado por un compañero falsamente, aquí sí le reprochó un poco a su amigo que no lo hubiese creído a él desde un principio, pero aquello ya pasó y volvían a ser los mismos de antes.

Jaime salió de aquel despacho con sensaciones contradictorias, por un lado le apetecía enormemente aquel nuevo reto en su carrera, aunque por otro lado, sabía que Rhona estaría lejos y no sabía qué diría Maricarmen, sin embargo estaba seguro que ella no diría nada. Pensando en todo eso se había olvidado de Ingrid, pero en aquel momento le volvió a la cabeza, una idea rondaba en ella, podía quedarse al cuidado de su mujer y él se buscaría un pequeño estudio en la capital de Europa, podía viajar a Barcelona los fines de semana o cuando le fuese posible y así podría ver a Rhona, últimamente todo su mundo giraba alrededor de ella. Por otro lado, al marcharse se quitaba otro problema de encima, Ingrid se estaba convirtiendo en una pesadilla, el inconveniente era precisamente que aunque no hacía nada, él notaba los ojos clavados en su espalda cada vez que se daba la vuelta y, a veces, le pareció notar que la mirada era lasciva, insinuante, y eso lo ponía muy nervioso; si no la había despedido ya era porque su mujer se sentía bien con ella, aunque él continuase pensando que la manipulaba a su antojo. Sacó el móvil del bolsillo y llamó a Felipe de nuevo, habían estado un tiempo sin verse y ahora parecía que necesitaba su consejo cada día, pero no quería tomar la decisión sin consultar con su amigo, él seguía relacionado con el mundo de la prensa y su sobrino, que también lo estaba, se había ido a Marruecos de viaje de novios, Sandra era fotógrafa y le encantaba el exotismo del desierto, los bereberes y los olores y colores de Kenitra, su ciudad favorita.

“ La vida no se detiene —reflexionó Jaime — , ni siquiera por una mujer, precisamente por eso es vida, aunque espero que ella no sea mi próxima cicatriz. Digan lo que digan, mi camino pasa por Bruselas ”

Pensando en cicatrices se dijo que sería una más, aunque sus cicatrices amorosas habían sido pocas, pero una la había llevado clavada en el corazón muchos años, en realidad su matrimonio había sido un error desde el principio, un error de bulto, o sea, coquetear con su mujer estando enamorado de otra, pensó que dándole celos acabaría rendida a sus pies, iluso, se alejó, se alejó tanto de él que le había ido fenomenal en la vida, no podía decir lo mismo, él se casó con Maricarmen y en un principio todo iba bien, incluso pensó que la había olvidado, ahora su primer amor era una escritora de éxito, madre de dos chicos, escribió una saga para uno de ellos que tenía Asperger, con eso ayudó a muchos padres a entender mejor a sus hijos con ese mismo problema, y Jaime se alegró enormemente por ella. Él se casó con Maricarmen y el amor de su

vida hasta lo felicitó, le dijo que era una gran mujer, y lo fue ... hasta el embarazo; no quiso hacer caso a las señales y ocurrió la tragedia de la cual nunca se recuperó. Ahora, aunque quería a su mujer, se había vuelto a enamorar como entonces, y eso que pensó que aquello sería imposible, pues no lo era, y volvía a ser una tragedia, ya que nunca podrían hacer una vida juntos, él no podía dejar a su mujer, no después de haberla utilizado una vez.

Al escuchar las palabras de Clara, las tres mujeres se miraron y rompieron a reír a carcajadas.

—¿De dónde sacas semejante barbaridad? —preguntó su madre suspirando aliviada, cosa que no pasó desapercibida a su hija.

— Cariño, si a tu madre hay que obligarla a tomar un sorbo de algo que lleve alcohol — decía Maia divertida.

—Pues no es eso lo que dijo mi hermana, hace unos días llegó medio borracha a casa, ¿no les contabas todo a tus amigas? En la boda vi que bebía y ahora llego aquí y me la encuentro sentada delante de una copa—la cogió y la olió, mirándolas a ellas— ¿o me vas a decir que esto es un refresco? — se encaró con su madre.

—No, no es un refresco, pero que no sea un refresco no te da derecho a decir que soy una borracha, creo —se enfadó Rhona ante la agresividad de su hija — . De Patricia lo habría entendido, pero de ti, Clara, de ti no.

— Rhona, no te enfades con tu hija — medió Lola — , estoy segura que ella tiene sus razones aunque sean equivocadas.

—Quizá deberíamos dejarla que se explique, que diga de dónde viene esa afirmación tan severa —esta vez fue Maia la que terció.

—Patricia me avisó, además, mamá, soy enfermera, se reconocer un problema de alcoholismo cuando lo veo, y la primera reacción es negarlo, pero entre todas te ayudaremos, solo tienes que aceptarlo.

—Clara, cariño, yo no tengo problemas con el alcohol, de verdad, mis problemas son de otra índole.

—Pues, beber, desde luego no te los va a solucionar —continuaba Clara sin dar su brazo a torcer—. Y vosotras, en vez de tapanlo, no deberíais dejarla, parece mentira que seáis sus amigas.

Cogió el bolso y se dio media vuelta alejándose de ellas, mucho más enfadada y confundida que antes.

Capítulo XV

Jaime llegó a su casa a última hora de la tarde, lo primero que hizo, antes incluso de hablar con su mujer sobre su nuevo trabajo, fue conectarse al Messenger, esperaba que Rhona lo hubiese desbloqueado, se llevó una gran decepción al ver que de momento no lo había hecho, esperaba que eso no fuese una negativa, sino solo que no había podido, después de todo, él siempre había sido un tipo optimista.

Salió del despacho y se encaminó sin demasiadas ganas a la sala, donde estaban su mujer e Ingrid viendo la televisión.

—Hola, cielo, ¿cómo te ha ido el día? —preguntó Maricarmen bastante animada.

—Bien, bastante bien, a decir verdad —contestó—, quiero hablar contigo.

—¿Pasa algo? Pensé que decías que te había ido bien el día —se extrañó ella.

—Ingrid, ¿te importaría preparar café? —le dijo, invitándola a que los dejara solos—. Tranquila, no pasa nada —volvió a dirigirse a su mujer.

—Me estás poniendo nerviosa con tanto misterio, aunque imagino lo que me vas a decir —replicó su mujer con cara de angustia.

—No creo que sepas lo que tengo que decirte, pero prueba, a ver si aciertas.

—Me vas a dejar, hace tiempo que lo sé, hace tiempo que soy consciente que no te hago feliz.

—¿Pero qué tontería acabas de decir? — se extrañó Jaime.

Mientras decía esto giró la cabeza hacia atrás y le pareció ver que Ingrid, que se acercaba con los cafés, tenía una extraña sonrisa en la cara, una sonrisa de triunfo le pareció notar.

Ingrid llevaba unos minutos escuchando en el pasillo la conversación, se alegró cuando Maricarmen se había quejado a su marido, su estrategia estaba dando resultado mucho antes de lo esperado, la semillita que iba sembrando en la cabeza de la mujer había arraigado pronto y parecía que con fuerza.

—Jaime, que esté depresiva no quiere decir que sea tonta, ya sé que no sirvo para nada, ni como mujer, ni como esposa —argumentó abatida.

—Nadie ha dicho que no valgas para nada, eres una gran mujer, ¿entendido? Vamos a centrarnos, porque esto se está desmadrando, yo solo quería decirte que me he cambiado de trabajo, el único problema es que tendré que pasar casi toda la semana fuera de casa, el trabajo es en Europa, me han dado una corresponsalía en Bruselas.

—Sabía que me ibas a abandonar, sabía que este momento llegaría —se quejó amargamente Maricarmen de nuevo, con lágrimas en los ojos, y agachando la cabeza, entrelazó las manos en el regazo rechazando con la cabeza el café que le había servido Ingrid.

—No te pongas así, si no quieres renuncio al puesto, que busquen a otro —repuso solícito.

—Por mí no lo hagas —decía ella secándose los ojos con un clínex— supongo que es lo que quieres, además es lo que mejor sabes hacer y lo que has hecho toda la vida, todavía no me explico por qué lo dejaste.

—Será por poco tiempo, en cuanto me salga otra cosa me vuelvo, te lo prometo — concedió Jaime.

—No prometas cosas que no puedes cumplir —sentenció Maricarmen.

—Basta, no tienes de qué preocuparte y lo sabes, yo nunca te abandonaré —le decía algo avergonzado por su mentira piadosa, mientras le acariciaba la cara y le daba un beso en la cabeza como se le da a una niña miedosa antes de acostarla.

—Es tarde, vete a la cama, en un momento acabo unas cosas que tengo pendientes y me acuesto también —zanjó el tema, ya que se ponía un tanto escabroso.

Maricarmen se acostó seguida de Ingrid, Jaime se fue al despacho y como no quería ninguna sorpresa cerró la puerta con llave. Se conectó nuevamente a Facebook esperando tener más suerte, pero parecía ser que Rhona no lo había perdonado de momento, las explicaciones no habían sido suficiente motivo para ella. Se retrepó en el sillón y cerró los ojos pensando en ella, la vio el día de la boda, con aquel sensacional vestido que parecía un guante en su cuerpo, ajustado a su figura, con los brazos al aire. Recordaba aquella risa fresca al bailar después de tomar una copa de cava. Se estaba poniendo cachondo, era pensar en Rhona y su miembro actuar por su cuenta. Siguió pensando en ella, rememorando una mañana cuando se levantó y encontró un mensaje suyo, una sonrisa acudió a sus labios; ¿Esta noche has pasado frío? Le preguntaba, para acto seguido decirle que era porque lo había desnudado unas cuantas veces en su sueño. Qué delicia de mujer, después se pasó una hora diciendo que no lo haría más, que había sido un impulso, lo que tuvo que batallar para que entendiera que aquellos impulsos eran lo que tanto le gustaba de ella. Como cuando le decía que no entendía cómo podía gustarle, “ ¿cómo no podía gustarle? ” se preguntaba él, si era estimulante intelectualmente y lo que más, cuando empezó a desinhibirse y a entrar al trapo en todas sus provocaciones, pensar todo aquello lo estaba poniendo al borde de la necesidad. Mientras pensaba las cosas que decía que le haría la próxima vez que se vieran, él era capaz de correrse sin más. Recordaba perfectamente un día a mediodía que le preguntó qué le apetecería comer, en aquel momento tenía el mismo apetito que entonces, le dijo que lo que más le apetecía en aquel momento era comerse la parte baja de su tronco, casi podía escuchar el sonido de su risa desde el otro lado del ordenador, cuando le dijo que quería que se corriera en sus propios líquidos y sorberlos después, estaba seguro que se había ruborizado, pero ella siguió el juego diciéndole que ella también tenía hambre, que en aquel momento le venía de gusto chupar el caramelo que tenía entre las piernas, aquello le hizo empalmarse más de lo que estaba, así que al final tuvo que hacerse una paja o no podría conciliar el sueño en toda la noche. Después de aquello se quedó dormido como un bebé.

Rhona llegó a casa a última hora de la tarde, después de pasar por la galería, estaba confundida con su hija, no entendía qué, conociéndola como la conocía, pudiese siquiera pensar que ella podía tener un problema así, vale que un día se había pasado, pero el motivo no podía contárselo a ella, ni siquiera quería acordarse, así que después de dar las buenas noches como siempre, bueno, como siempre no, con la mirada escrutadora de su hija sobre ella, preparó la cena, cenaron y Clara dijo que ya lavaba ella los platos, Rhona se sentía agotada por todo lo sucedido así que le agradeció el gesto, dijo que tenía unas cosas que hacer en el portátil antes de acostarse y se retiró.

Entró en el pequeño despacho que se había montado en su propia habitación y al sentarse ante el ordenador recordó la promesa que le había hecho a Jaime, pero no estaba segura de querer,

o quizá de poder hacerlo, otra vez su inseguridad le ganaba la batalla, los pensamientos rondaban en su cabeza dando mil vueltas a sus palabras, si no había sido él, ¿quién lo había hecho? En aquel momento era incapaz de separar inquietudes y necesidades, emociones y pensamientos, al menos por ahora le era imposible, pero quizá tenía que entablar de nuevo las conversaciones, necesitaba averiguar si todo era como él decía o si por el contrario era una burda patraña para que volviese a su lado. Casi sin querer se puso a pensar en sus encuentros, en los abrazos que él le daba cuando estaban juntos, en los besos que se daban. Pensaba en su boca, esa boca que tenía algo especial al besar, ella solía abrir la suya para recibirlo con ansiedad, fascinada por el calor, el sabor, la textura. Una boca que se movía contra la suya con una lentitud excitante, como si el tiempo no contase para ellos. Sin querer recordó la primera vez que hicieron el amor, “ ¿cómo ella había podido hacer una cosa así? ”, pensaba, y en un lavabo público encima, se ruborizaba todavía cuando recordaba las prisas, aquella manera de sacarle la ropa por la cabeza para poder acariciar sus senos a gusto, saborear sus pezones como lo hacía, le encantaba que mordisquease sus pechos, aquella primera vez no buscaron preliminares imaginativos, fueron sustituidos por sudor y velocidad, nada más ponerle la mano sobre su miembro notó la instantánea respuesta del cuerpo de él, el relámpago ardiente que escapó de la cárcel de sus pantalones para penetrar en ella. Parecía estar sintiendo cómo la boca de Jaime lamía su cuello, ella había recorrido su espalda clavando sus uñas, magullando su carne, dejando su marca. Su excitación había llegado a tal punto que sin darse cuenta se estaba acariciando, jadeaba al notar la mano sobre su pecho mientras la otra buscaba su sexo. De pronto volvió en sí, aquello era precisamente lo que tanto le había molestado de Daniel, vale que el motivo no era el mismo, pero en definitiva el acto sí. Desbloqueó a Jaime y se fue a dormir.

Cuando Jaime despertó, sin proponérselo había pasado la noche en el sillón, estaba contracturado, se levantó con tortícolis pero estaba feliz, Rhona le daba una segunda oportunidad, o al menos eso fue lo que dedujo al ver que por fin podía volver a escribirle. Se sintió mal por estar tan enamorado. Su mujer estaba empezando a notar algo, y él no quería hacerle daño, era lo último que deseaba, no entendía cómo ella había llegado a la conclusión de que quería dejarla ¿tanto se le notaba? Pensaba que había guardado bien las formas, se dijo, tendría que ser más cuidadoso en un futuro, aunque con su partida a Bruselas no tendría problema alguno, allí no tendría ni a la una ni a la otra, aunque pensaba que mejor así, pondría en claro sus ideas y buscaría una solución que no fuese traumática para nadie, pero tenía que hacer algo, lo que fuese.

Se duchó, tomó café de pie en la cocina y se preparó para ir a la sede del periódico a aceptar el puesto, en un par de días estaría en Bruselas, esperaba que fuese el primero de muchos cambios necesarios en su vida. Ingrid apareció, como siempre, sin que se la notara, aquella mujer tenía la habilidad de inquietarlo, nunca estaba seguro de por dónde le iba a salir.

—Buenos días, qué madrugador —saludó Ingrid cariñosa.

—Buenos días, me marchó, te dejo al cargo de Maricarmen —anunció Jaime sin querer entablar conversación — intenta animarla, por favor.

—Preferiría cuidarte a ti, animarte a ti, ¿no puedes quedarte un ratito, papito? —le dijo utilizando el apelativo cariñoso que se usaba en su país.

—No, no puedo quedarme, y tampoco me gustan tus insinuaciones, creo que lo dejé claro aquella noche, y si no quedó lo suficientemente claro te lo vuelvo a repetir, límitate a hacer tu trabajo.

—No seas malo, solo quiero que estés bien.

—Gracias por tu preocupación pero estoy perfectamente —se soltó de un tirón de la mano de Ingrid, que en aquel momento lo agarraba de la manga.

—Vaya que te levantas de mal humor —se quejó Ingrid— solo bromeaba.

—No me gustan ese tipo de bromas, ya lo sabes para la próxima vez que se te ocurra bromear con ese tema —contestó Jaime con acritud.

Ingrid se quedó en la puerta viendo como Jaime salía dando un portazo, una sonrisa acudió a su rostro, era consciente que cada vez que se acercaba a él se ponía tenso, eso quería decir, según ella, que le había gustado lo que le hizo, un Lewinsky, como había bautizado el acto. Empezó a preparar los desayunos para ellas manteniendo la misma sonrisa con que había despedido a su jefe, no le hacía especial ilusión que él se fuese a Bruselas, pero era una manera de neutralizar a aquella mujer que se había metido en sus planes. Ayudó a Maricarmen a vestirse, la hacía parecer más inútil de lo que era, había logrado que dependiera de ella para todo. Antes de entrar Ingrid en la casa. Maricarmen era una mujer taciturna y depresiva, pero era capaz de valerse por si misma, hacía la compra, arreglaba su hogar, e incluso alguna vez si se sentía con ánimos, salía con alguna amiga a tomar un café.

Maricarmen había sufrido una recaída unos meses atrás, entonces fue cuando Jaime contrató los servicios de Ingrid, en un principio para que la ayudase en las tareas del hogar y no se sintiese tan sola, ya que él trabajaba, o pasaba, demasiadas horas fuera de casa, pero la llegada de la asistenta había sido perjudicial o por lo menos eso le parecía a él, Maricarmen cada vez dependía más de Ingrid y pasaba para su gusto demasiado tiempo delante de la televisión viendo culebrones, que lo único que le aportaban era angustia, no le apetecía arreglarse ni mucho ni poco, y apenas quería salir de casa, todo eso lo iba pensando Jaime mientras conducía por la diagonal de Barcelona, los atascos matutinos le daban tiempo para repasar sus problemas, por eso se sentía tan culpable de haberse enamorado de Rhona, era tan vital, tan enérgica que le contagiaba sus ganas de vivir y eso que tampoco es que le fuese muy bien en su matrimonio, pero al contrario que su mujer ella había decidido imponerse. Si Maricarmen en algún momento se hubiese quejado, si hubiese puesto algo de su parte por salir de aquella situación estaba seguro que no habría buscado nada fuera de casa, pero eso, y su negativa a mantener relaciones sexuales, fueron los factores que lo habían impulsado a fijarse en otras mujeres, sobre todo en una mujer, pensaba mientras conducía.

Llegó a la sede del periódico y buscó a su excompañero y ahora jefe para aceptar el puesto. Hablaron un rato de lo que se esperaba de él y cuando estuvo todo más o menos claro firmó el contrato, la única condición que puso era que le diera un día más, necesitaba explicarle a Rhona que se iba, pero que no por eso dejaría de pensar en ella.

En cuanto salió de la oficina se encaminó a la galería, esperaba encontrarla y que pudiesen hablar con tranquilidad, pero sobre todo esperaba que entendiese su necesidad de cambio, su necesidad de aclarar las ideas y necesitaba tiempo para hacer algo que hacía mucho debió haber hecho.

Rhona despertó temprano, había dormido bien, algo que hacía tiempo que no le pasaba, sus noches solían ser bastante insomnes, daba vuelta tras vuelta en la cama esperando la hora de levantarse, pero, por raro que le pareciese, aquella noche había sido una excepción, ni siquiera había necesitado la infusión de valeriana que solía tomarse cuando se acostaba. Había soñado con Jaime, hablar con él había sido algo reparador, se negaba a aceptar por buena su explicación, pero

en su interior algo le decía que era verdad, su intuición nunca le había fallado, esperaba no equivocarse y que fuese precisamente en aquel momento cuando le fallase por primera vez.

Todos dormían en la casa, a ella le gustaban esos momentos de solaz que se respiraban cuando todo estaba bien, no es que no tuviese problemas, pero ella así lo deseaba y así lo sentía en aquel momento, Clara se daría cuenta que ella no tenía problemas con el alcohol, y no quería que pensase que su vida era más caótica de lo que era en realidad, así que para tranquilizarla había pensado pasar el día con ella, irían de compras y si Daniel no comía en casa, ellas lo harían en un buen restaurante. Se tomó su café con leche de todas las mañanas, sin eso no era persona, y se dispuso a ordenar la casa, pasó un poco la mopa al suelo y limpió el polvo, era una casa grande, pero eran adultos y no ensuciaban demasiado, así que para cuando bajó su hija ya estaba todo en orden.

—Buenos días —saludó Clara a su madre dándole un beso.

—Buenos días, cariño.

—Si que has madrugado, no sé cómo puedes —decía Clara aceptando la taza de café con leche que le ofrecía su madre.

—He pensado que podemos pasar el día juntas, ¿qué te apetece hacer? —preguntó solícita.

—Espero que no te importe, pero he quedado. Patricia, en la boda, me presentó a un amigo de Albert y hemos quedado para comer.

—Está bien, cariño, no te preocupes, me iré a la galería —contestó intentando que la decepción no asomase a su rostro ni a su voz.

—Quedamos mañana, ¿ok? —propuso su hija.

Se terminó el desayuno y salió dejando a su madre con la misma sensación de siempre, no era capaz de entender a su hija, estaba muy preocupada por ella, pero se iba a pasar el día con un casi desconocido, aunque mejor así, se dijo. Cogió el bolso, las llaves del coche y se marchó.

Al llegar a la galería pensó que debía darle otro aire a la exposición, necesitaba no pensar en lo que le hacía daño y la mejor manera de hacerlo era con esfuerzo físico, así que se puso su ropa de trabajo, una camiseta vieja y unos tejanos gastados y cómodos, se recogió el pelo en una coleta alta y se dispuso a reacomodar las obras expuestas, intentó darles mayor visibilidad a algunas piezas que ella creía bastante buenas, pero que no parecían llamar demasiado la atención de su público.

Estaba al fondo, despeinada, sudorosa y con las mejillas arrojadas por el esfuerzo de mover piezas, alguna de las cuales pesaba bastante, oyó como la campanilla de la puerta sonaba pero tenía un cuadro en las manos y no podía soltarlo, así que dijo:

—Un segundo, en seguida le atiendo, perdone por el desastre.

—¿Te echo una mano? —oyó que le preguntaban.

—Grac ... —Se quedó con la palabra en la boca al reconocer la voz.

Jaime se acercó y la ayudó a colocar el cuadro en el lugar indicado por Rhona, cuando estuvo en su sitio se giró hacia ella, le retiró un mechón rebelde que había escapado de la coleta y sin decir nada la cogió por la cintura atrayéndola hacia sí, besándola con ansia, casi con desesperación.

—Uff, qué mareo —confesó Rhona cuando por fin pudo respirar.

—Es en lo único que pienso a todas horas —confesó él — . He venido a hablar contigo.

—No sé si debo, pero te voy a dar un voto de confianza, espero no arrepentirme después.

—No es de eso de lo que quiero hablar — puntualizó Jaime.

Al escuchar esas palabras se puso lívida, se separó de él y con semblante serio le dijo tajante:

—Tú dirás, soy toda oídos.

—Amor, no te pongas a la defensiva, no es nada malo; o no demasiado malo —argumentó Jaime—. Vengo a decirte que me tengo que trasladar a Bruselas, me han dado una corresponsalía y tengo que estar allí durante toda la semana, los fines de semana intentaré viajar, espero que los políticos no den demasiado trabajo esos días y podamos vernos con frecuencia ... y mientras tanto siempre nos quedará el Messenger.

Se acercó a ella abrazándola con fuerza, tanta que Rhona se lo tomó como una despedida, se quedó paralizada, no sabía cómo reaccionar, Jaime cerró la puerta con llave y la llevó de la cintura al interior del estudio, la sentó en el sofá, se volvió hacia ella acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos mientras intentaba buscar la mejor manera de explicarle lo que pasaba.

—Ya te dije que me había ido de la revista, necesitaba trabajo y esto ha llegado como caído del cielo, pero no vayas a pensar ni por un segundo que me voy a olvidar de ti, vamos a estar en contacto igual que ahora, solo que el camino hasta tu cuerpo será un poquito más largo.

—En la teoría es muy fácil decir lo que piensas hacer, en la práctica, ya es otra cosa, aunque me alegro por ti, de verdad, me alegro mucho —decía ella con la voz cada vez más apagada.

Rhona intentó levantarse de su lado, pero Jaime no la dejó marchar, al contrario, la atrajo más hacia él, le cogió la barbilla con la mano y con el pulgar fue siguiendo el contorno de su boca, bajó por su cuello con suavidad, hasta levantarle la cabeza hacia él. Su boca apresó los labios de su amada en un desesperado beso. Los labios de Jaime eran tibios y pacientes, Rhona se estaba excitando, connotaciones de pasión y urgencia latían en su interior, dejó que el beso se hiciera más profundo; más suave, lento, húmedo. En su desesperación Jaime se dio cuenta que no había sido consciente de todo lo que tenía para dar, de la necesidad que tenía de darlo. Lo que él era, lo que poseía, lo que pensaba, lo que imaginaba, en definitiva, lo que sentía todo era por y para ella, desde que la había conocido todo el tiempo que estaba sin ella se sentía vacío.

Hicieron el amor con desesperación, casi con impotencia, Rhona se sentía enferma de amor y cada vez más le parecía una despedida, lo deseaba tanto que dolía y no estaba segura de poder sobrevivir su ausencia. De pronto invirtieron las posiciones, ella se sentó a horcajadas sobre él, con un fluido movimiento de su vagina aprisionó el miembro de Jaime dentro de sus paredes cálidas y húmedas, arqueándose hacia atrás para que la penetrara por completo, necesitaba sentirlo suyo, aunque fuese por última vez. Gimió mientras dos líquidas perlas se desprendían tranquilas de sus pupilas, se acomodó a su lado olvidándose del mundo que giraba a su alrededor y atesoró en su mente aquel momento. Jaime metió las manos por el pelo y las sostuvo aprisionándolo entre ellas, acunó la cabeza femenina entre su pecho y la sostuvo hasta que los ruidos de la calle se disolvieron en un sonido nebuloso.

—No llores, por favor, esto no es una separación, solo un punto y seguido —decía mientras secaba con el pulgar su mejilla.

Rhona pasó los brazos por su cuello mientras aspiraba su aroma, mantendría aquella fragancia en su cerebro mientras estuviera lejos, sabía que no tenía que esperar nada de él, pero después de más de dos meses separados no esperaba perderlo de nuevo tan pronto.

Capítulo XVI

Jaime llegó a Bruselas a media mañana, tenía la tarde para instalarse en el minúsculo apartamento que le había proporcionado el periódico, era pequeño pero para él solo ya estaba bien, lo mejor que tenía era que estaba bien situado, céntrico y a dos pasos de la sede del Parlamento Europeo que era donde se suponía que tenía que desarrollar la mayor parte de su trabajo.

Estaba colocando la ropa en el armario cuando sonó el timbre de la puerta, se extrañó, no esperaba que nadie le diera la bienvenida, no había contactado con ninguno de sus antiguos compañeros. Desde que había dejado el periodismo de investigación, un poco a la fuerza, había perdido la comunicación con ellos, y tampoco ellos lo habían vuelto a llamar, no era de la cuerda y eso se pagaba caro, sobre todo después de un escándalo, a nadie le gusta que se conozcan sus trapicheos, porque ser afín a algún gobierno no te daba derecho a poner la mano, o al menos eso pensaba Jaime. Abrió con curiosidad, para encontrarse con el portero que le llevaba una carta que habían dejado para él, algo decepcionado leyó el documento, solo se trataba de los horarios y las conferencias a las que tendría que asistir esa semana.

Una vez terminó de acomodarse lo primero que hizo fue conectar su ordenador, en el mismo salón había una mesa que se reconvertía en escritorio de trabajo, tampoco cabía mucho más, se puso cómodo y se conectó a Facebook, aunque pareciese una tontería no solía llamar a Rhona por teléfono, solo lo hizo cuando ella lo bloqueó porque estaba desesperado, pero después volvieron a su rutina, por nada del mundo quería que se enterase nadie y meterla a ella en un compromiso, así que su medio de comunicación seguía siendo preferentemente Messenger.

Se conectó a Facebook y le envió un mensaje:

—Buenas tardes, cariño, qué tal sigues, ya llegué y me instalé, te extraño.

Esperó un rato, pero viendo que no se conectaba, se dejó caer en la cama, estaba exhausto del viaje y se quedó dormido con una sonrisa en los labios pensando en Rhona y soñando con ella. En un principio el sueño fue placentero, después se fue tornando casi una pesadilla, Ingrid andaba por todas partes a su lado, se había convertido en su sombra y él quería recordar algo pero no le era posible, solo veía una mujer de espaldas que le llamaba poderosamente la atención, corría tras ella, Ingrid lo retenía cogiéndolo del brazo, él se zafaba de ella pero seguía sin poder llegar, necesitaba verle la cara, saber quién era aquella misteriosa mujer, aunque por mucho que corría nunca lograba alcanzarla. De pronto se despertó sobresaltado y sudoroso, no sabía interpretar los sueños, pero aquel le había dejado mal sabor de boca.

Maricarmen se quedó como quien no tiene guía, no es que dependiera de su marido para todo, para eso tenía a Ingrid con ella, pero nunca había sido una mujer con demasiado ímpetu, siempre iba al rebufo de lo que decía Jaime, ella era incapaz de tomar decisiones, siempre había sido débil de espíritu por eso dejaba todo en sus manos, hasta su salud mental, porque estaba mal, pero no era tonta, sabía que su mente pronto dejaría de funcionar con coherencia, aunque de momento sus pensamientos, sus voces, seguían con ella. Por eso se daba cuenta que contaba las

horas para que él volviese a casa, aunque solo fuese por el beso frugal que le daba en los labios, sabía que Jaime nunca la quiso como ella a él, pero estaba tan enamorada que pensó que lo conseguiría, pensó que con el tiempo acabaría olvidando a su gran amor y la querría como ella siempre deseó, casi, casi lo había conseguido, pero aquel embarazo que iba a ser la culminación de su amor acabó con su vida, estaba viva, sí, pero eso no era vivir, saber que había matado a su hijo no la dejaba pensar en otra cosa, día y noche, noche y día. También se daba cuenta que Jaime estaba más contento que de costumbre, su intuición le decía que el cariño lo repartía, y lo entendía, pero no por eso dolía menos.

Era consciente que Ingrid se lo miraba con ojos golosos, pero también conocía a su marido, mejor incluso que él, Ingrid no era, estaba segura de ello. Ella era consciente que era un hombre pasional, y suponía que había tenido alguna que otra conquista por ahí, él necesitaba descargar su calentura con alguien, ella no era tonta, pero también estaba segura que nunca se enredaría con una chica tan joven y menos dentro de casa. Casi sin pensarlo le había dicho que se quedase en casa para poder controlarlo, y ahora él se había ido, había sido culpa suya, estaba segura.

—Maricarmen, ¿no deberías llamar a Jaime? Mira que en Europa hay unas *mamasotas* muy guapas —le decía Ingrid poniéndola más nerviosa de lo que estaba.

—No, quedó que me llamaría y lo hará, está trabajando —contestó dándose ánimos a sí misma.

—Como quieras —siguió pinchando la joven— no entiendo que puedas estar tan tranquila, Jaime es muy guapo.

A Maricarmen el corazón se le quería escapar del pecho, corrió a su habitación y se encerró, dejando a Ingrid con una sonrisa en los labios, se preparó un sándwich y se sentó frente al televisor a ver su novela favorita, sin su “jefa” ella se sentía como en su casa, hacía y deshacía a su antojo, justo lo que se había propuesto al entrar a trabajar allí, cada vez que le hablaba de su marido neutralizaba a Maricarmen, esta se encerraba a llorar en su habitación y ella se quedaba a sus anchas, luego le daba ánimos y le decía que no tenía que hacer caso a sus palabras, que al fin y al cabo ella era quién mejor lo conocía, Ingrid se sentía un genio en aquel momento. Descolgó el teléfono y llamó a su novio, algo que venía haciendo desde que estaban solas las dos, luego le daría un somnífero a la “señora” como la llamaba con retintín y tendría toda la noche para él. Le encantaba cuando las cosas le salían como habían planeado, y de momento, todo se estaba dando milimétricamente. Sonó el teléfono, era Jaime.

—¿Me pasas a mi mujer, por favor? —dijo cuando vio que era la asistente la que contestaba.

—Si quieres la despierto, pero está dormida, no se sentía muy bien y se ha acostado temprano —contestó evasiva.

—No, no hace falta, dile que he llamado y que volveré a llamar mañana en cuanto pueda.

—Está bien, no te preocupes, cuando despierte se lo digo —contestó con su mejor tono de eficiente enfermera.

Colgó el teléfono y siguió viendo su programa favorito mientras llegaba su novio.

Rhona había pasado el día en el taller, su hija la había dejado abatida, había pedido unos días que el hospital le debía y ella había pensado que lo pasarían juntas, las echaba tanto de menos que adoraba los momentos que pasaba con ellas, así que aquel desplante la sumió en una

espiral depresiva, no solo era lo de Clara, lo sabía, la partida de Jaime también tenía mucho que ver en su tristeza. Dio vueltas todo el día como pollo sin cabeza, hasta media tarde en que, por suerte para ella, aparecieron Maia y Lola por la galería, era el cumpleaños de Lola, pero lo había olvidado por completo, le supo muy mal, era la primera vez desde que se conocían, y hacía ya unos cuantos años, que olvidaba felicitar a alguna de sus amigas, ni siquiera había pensado en un regalo para ella, bueno, eso lo tenía más fácil, le regalaría la pieza que más le gustase de la exposición, pero eso no restaba importancia al hecho.

—Serás tonta —decía Lola con una enorme sonrisa— nuestra amistad va más allá de un cumpleaños, además eso quiere decir que no pasa el tiempo por mi.

—Gracias, sois las mejores amigas que se puede tener en esta vida —musitó Rhona agradecida.

—Pues venga, no se hable más, vamos a celebrarlo —terció Maia, viendo que la cosa se ponía sentimentaloides.

Llegaron a la cafetería de siempre, donde ellas se citaban para sus desayunos o sus confidencias, era un lugar tranquilo y acogedoramente discreto.

—A ver, Rhona, a nosotras no nos engañas, ¿qué te ha hecho ahora el desgraciado ese? —preguntó Lola con crudeza.

—No entiendo a qué te refieres, estoy bien, solo algo cansada —se excusó torpemente Rhona.

—A ver, que no nos hemos caído de un guindo, el cansancio no tiene nada que ver en esto, te conocemos bien, así que suéltalo —apremió Maia.

—Estoy preocupada por Clara, se quedó para estar conmigo, o mejor dicho, vigilarme y resulta que se va con el primero que la invita a comer... y Jaime se ha ido.

—Esto ya es más coherente, lo de Clara es normal, tiene que salir y tú ya estás acostumbrada a eso, así que no cuele, lo de Jaime, en definitiva, es lo que te tiene tan angustiada, lo sé —apuntó Lola, como siempre dando en el clavo.

—No solo es por Jaime, es todo, es este cúmulo de cosas que parece que no acabará nunca mi mala suerte.

—Venga ya, mala suerte, no se ha ido al fin del mundo —la animaba Maia.

—Lo sé, pero seguro que hay un montón de reporteras jóvenes y guapas y se olvidará de mí —se lamentaba Rhona.

—¿No habíamos quedado que nada de negatividad? Seguro que está deseando volver para verte y echarte un buen polvo jajaja —reía Lola.

—Mira que eres bruta —se quejaba Rhona.

—¿Quién tiene que venir a verte? —oyó la voz de su hija tras ella.

A Rhona no le llegaba la camisa al cuerpo, no sabía qué habría escuchado de la conversación, pero desde luego había oído la última parte que era la más comprometedoras.

—Nadie, ¿quién quieres que venga a verme? —contestó con voz chillona denotando un excesivo nerviosismo, cosa que Clara no pasó por alto.

Clara miró en derredor a las mujeres allí reunidas, paseó la mirada de una a otra con gesto serio, con firmeza en los ojos.

—Mientras no me digáis qué está pasando, de aquí no me muevo, que lo sepáis.

—No está pasando nada, cosas de tus tías —intentó sonar despreocupada Rhona.

—Mamá, no me creas tan ingenua, os traéis algo entre manos y la cosa va contigo, ese polvo me ha quedado claro que es para ti, puedes confiar en mí, sabes que solo quiero ayudarte.

—Que tu madre necesita un polvo como el pan que come, eso es lo que pasa —soltó Lola dejando a todas perplejas.

A Rhona se le escapó un ¡ay!, en un suspiro contenido, que casi la deja sin habla, se le congeló la media sonrisa con la que intentaba ocultar sus sentimientos y enrojeció como una colegiala hablando del chico que le gusta.

—No hagas caso, ya sabes cómo es Lola, siempre bromeando —balbuceo como pudo.

—Pues si quieres que te diga la verdad, mamá, siempre he pensado que papá y tú en la cama no tenéis buena sintonía —expuso Clara con pasmosa naturalidad.

Maia espurreó el contenido de su boca al escuchar a la joven, aquello era lo último que esperaba que dijera.

—Buena sería algo, cariño, ni buena ni mala —concretó Maia risueña por el cariz que tomaba la conversación.

Clara se quedó mirando perpleja a la amiga de su madre.

—¿Por qué dices eso? —preguntó su madre, con tal de que Maia no hablara más de la cuenta.

—Mamá, no soy tonta, papá y tú sois antagónicos totalmente, mi padre no ha evolucionado, sigue en la era de las cavernas y tú cada día estás más guapa, así que algo te traes entre manos jajaja.

—Bueno... esto... verás, no sé qué decir, es algo muy íntimo.

—Sabes qué te digo, que si con papá no estás bien, entiendo que busques una salida a una relación que no funciona, en realidad no sé qué hacéis juntos todavía, y no me malinterpretes, a papá lo quiero mucho, pero tengo ojos en la cara.

—Gracias, cielo, pero no es tan fácil —matizó su madre.

Un poco por encima y sin entrar en detalles, Rhona le explicó la dificultad que tenía para comunicarse con su padre, que aquello la había llevado a aceptar una amistad que en un principio solo era eso, amistad, pero que con el tiempo habían aflorado sentimientos que ninguno de los dos esperaba, le explicó también lo confundida que estaba y que por eso necesitaba el consejo de sus amigas y la comprensión de sus hijas, aunque se temía mucho que Patricia no lo entendiese.

—De Patricia me encargo yo, no te preocupes.

—Como habrás podido comprobar mi problema no era el alcohol, ya te lo dije.

Clara se echó a reír, recordando la situación y distendiendo el ambiente, las demás mujeres la siguieron en sus risas.

Ya en la puerta de casa, Rhona se quedó mirando a su hija con ojos implorantes, no sabía como decirle que le guardase el secreto.

—Mamá, no tienes ni que decirlo, no pienso hablar con papá ni con nadie de todo esto —la tranquilizó Clara.

—Gracias, hija, sabes lo mucho que te quiero, ¿verdad? —Dijo respirando por primera vez desde que había llegado su hija.

Dicho esto se abrazaron las dos, con un secreto que casi alegraba más a la hija que a la madre, ya que esta por su edad o su educación seguía pensando que no debía, a la vez que era consciente que aquella relación le daba la vida y se la quitaba al mismo tiempo.

En cuanto pudo Rhona se fue a su habitación, estaba tan enfadada con Jaime por haberse ido que ni siquiera había mirado si tenía mensajes, se lo había negado pero no se podía mentir, estaba rabiosa con él por marcharse, por dejarla a ella allí con su miserable vida, bueno, tampoco

tan miserable, desde que había tomado las riendas y se había espabilado no estaba tan mal, tan solo le faltaba hablar con su marido, mantendría las apariencias pero en definitiva harían vidas independientes, la decisión estaba tomada, solo necesitaba encontrar el momento adecuado.

Se conectó y enseguida saltó el bocadillo del Messenger:

Tiene un mensaje nuevo.

Leyó el mensaje y se sonrió, de pronto se le acomodaron los sentimientos de nuevo, los fantasmas de su cabeza desaparecieron como por arte de magia, con solo una palabra suya era capaz de hacerla llegar al cielo.

—*Yo también te extraño* —contestó ella y se quedó embobada mirando la pantalla a ver si se conectaba.

Solo habían pasado dos minutos cuando saltó el Messenger de nuevo.

—*Buenas noches, amor, casi, casi había perdido las esperanzas de que me hablases esta noche.*

—*Lo siento, he tenido un día bastante complicado* —respondió sin dar más explicaciones.

—*¿Muchas ventas? ¿Qué estás haciendo ahora?*

—*Bueno, ventas no muchas, pero no me quejo, al fin y al cabo no me conoce nadie, aunque he tenido un encargo para una galería alemana, no me lo podía creer.*

—*Pues empieza a creértelo, tú vales, te lo dije el primer día, y yo no me equivoco jajaja* —la animó Jaime.

—*Bueno, es que tú me miras con buenos ojos.*

—*Es que estás muy buena, cómo voy a mirarte si no.*

—*Creo que te estás desviando del tema* —se sonrió Rhona, sabiendo por donde iba, la calentura le precedía.

—*¿Eso crees? Yo creo que llevo el camino correcto.*

—*Pensé que estarías cansado del viaje y con el frío que debe hacer por ahí.*

—*Hace fresco, pero yo estoy caliente...*

—*Uff, eso me calienta a mí también.*

—*¿Dónde estás? ¿En la galería, quizá?*

—*No, estoy en casa, ¿por?, ¿vas a venir a verme? Creo que te queda un poco lejos jajaja.*

—*Ojalá pudiera, pero si estás sola, te puedo decir qué haría contigo en este momento.*

—*Estoy en casa, pero estoy sola, así que puedes decirme que me harías, mmmh.*

—*Primero dime qué llevas puesto.*

—*Llevo escotazo, una blusa que deja entrever mi caminito real.*

—*Si que llevas escote, si deja ver el caminito de mis delicias.*

—*Tonto, ese no jajaja*

—*Pues ese me interesa mucho, ¿bragas o tanga?*

—*Adivina...*

—*El tanga que tanto me gusta, el de la rosa donde empieza mi culito.*

—*Acierto pleno, con un dedito lo puedes retirar y dejar al descubierto mi tesoro.*
—*Quitaré primero el sujetador, para poder succionar tus pezones.*
—*Qué calor me está entrando, yo te quitaré la camisa y pasaré mis manos por tu pecho, bajaré por tus caderas y te meteré mano.*
—*Me estoy licuando, si estuvieras aquí te tiraría sobre la cama y buscaría tu sexo con mi lengua húmeda, jugaría con tu clitoris y sorbería tus líquidos.*
—*Me encanta cuando metes la cabeza entre mis piernas.*
—*Casi puedo notar tus manos acariciando mis muslos, mientras las mías buscan sacar un cinturón que estorba para llegar a tu pene que está juguetón.*
—*Ahora treparía por tu estómago, para llegar a unos bultitos coronados por unos pezones exquisitos y amasarlos con mis manos, mi boca busca la tuya y nuestras lenguas bailan un baile frenético.*
—*Creo que estoy tan húmeda que tu verga se perdería en mi interior.*
—*Pues la encontrarías erecta, erectísima así que te la hincaría con ganas, entraría y saldría, una y otra vez... y un torrente de pasión inundaría tu cueva.*
—*No puedo más, estoy a punto de llegar al orgasmo, esto es demasiado.*
—*Pues acabo de tener uno apoteósico, me pones a cien con solo pensar en ti.*
—*Adiós, guapo, que descanses, es tarde y mañana tengo que madrugar para llevar a Clara al aeropuerto.*
—*Adiós preciosa, las estrellas serán mis ojos velando tu sueño.*

Conversación de chat finalizada.

Rhona se quedó algo más tranquila, todos los fantasmas desaparecían en cuanto hablaba con él. Se había hecho muy tarde y tenía que madrugar, pero esa noche no sabía si conciliaría el sueño, la última frase resonaba en su cabeza, y ella sonreía pensando en cómo sería dormir con él toda la noche abrazados, toda la noche haciendo el amor, o simplemente toda la noche a su lado, “Rhona, no sueñes, eso es un imposible, y lo sabes, confórmate con lo que tienes que ya es bastante” se decía sin dejar de soñar.

Capítulo XVII

Maricarmen estaba cada vez más depresiva, se le había metido en la cabeza, o más bien se lo estaban metiendo, que Jaime no volvería y eso la estaba consumiendo, no quería comer, no quería salir a la calle por nada del mundo, ni siquiera le apetecía pasar por la ducha, era Ingrid la que la obligaba a hacerlo. En un momento de lucidez de los que últimamente tenía pocos, se daba cuenta que Ingrid no era la persona que le convenía para estar con ella, pero casi había obligado a su marido a contratarla y ahora que él no estaba no podía hacer nada por alejarla de su lado. Cada vez era más déspota con ella y desde que Jaime no estaba la trataba incluso mal, le daba un poco de miedo, así que lo único que hacía era encerrarse en su habitación y llorar y llorar, cosa que Ingrid aprovechaba para hacer y deshacer a su antojo, el novio de esta se había instalado con ella, en realidad era quien le daba instrucciones de lo que debía hacer. El problema de Ingrid era que estaba tan enamorada que se dejaba influenciar por él sin ni siquiera cuestionar si lo que hacía estaba bien o mal.

—Venga, levántate, ya es hora —acuciaba Ingrid a una Maricarmen todavía con los efectos del sedante para dormir.

—No me apetece levantarme, hoy me quedaré en la cama —contestó amodorrada.

—Como quieras, menos trabajo para mí —decidió Ingrid.

—¿Ha llamado Jaime? —preguntó Maricarmen angustiada.

—No, no ha llamado, seguro que está trabajando y no se acordó de llamar —mintió.

—¿Dónde está mi móvil? Creo que lo voy a llamar yo, a ver si es que le ha pasado algo —comentó con una voz cada vez más débil.

—Para qué lo vas a llamar, lo vas a molestar y se va a enfadar contigo, mejor espera que sea él quien te llame.

—¿Crees que debo esperar? ¿Y si se olvida de mí? —continuaba Maricarmen con su pesadumbre.

—Haz lo que quieras, ten —le soltó el teléfono de malos modos en la mesilla de noche— si se enfada es problema tuyo.

Maricarmen en su nebulosa era incapaz de determinar si era bueno llamar o no, otra vez tenía ganas de llorar, no entendía qué hacía ella en el mundo si no servía para nada, si ni siquiera era capaz de tomar una decisión tan simple.

Ingrid la dejó sola de nuevo, al salir al salón ya estaba su novio que acababa de levantarse y se preparaba para desayunar.

—Se huele el azufre desde la calle jajaja —estaba disfrutando, y le estaba costando muy poco llevar a las dos mujeres por donde él quería, Ingrid no se daba cuenta, pero estaba tan manipulada como Maricarmen por aquel bueno para nada, que lo único que era capaz de albergar en su corazón era odio.

—¿No nos estaremos pasando? —preguntó Ingrid.

—Para nada, tiene que pagar todo el daño que me ha hecho, esto no es nada para lo que le espera.

—Pero ella no te ha hecho nada, es una pobre loca.

—Pero esa loca es la mujer del hombre que arruinó mi vida, por algún sitio tenía que

empezar a pagar —sentenció el desalmado.

Jaime se levantó temprano, tenía que ponerse al día con muchas cosas y aunque seguía muy de cerca la información no era lo mismo que estar en el meollo. Como no pensaba estar demasiado tiempo en el apartamento, no tenía nada que tomar, así que bajó a desayunar a una cafetería cercana, “nada que ver con las nuestras”, pensó, pero necesitaba un café por lo menos para empezar el día.

Se presentó ante los compañeros y se dispuso a escuchar las primeras sesiones, más de lo mismo, no entendía la urgencia del puesto, la política estaba sobrevalorada, ya no había políticos como los de antes, gente preparada y con ganas de servir al país. Ahora todo era por dinero, el altruismo está en decadencia, se decía, viendo el circo que se montaba cada vez que acudían al parlamento los políticos de turno.

Cuando hubo terminado la sesión estaba exhausto, hacía tiempo que no se cansaba tanto de no hacer nada, se fue al apartamento a redactar el artículo, intentaría adornarlo un poco para que pareciese más interesante, ya que si no, los lectores se aburrirían tanto como lo había hecho él.

Cuando por fin estuvo a su gusto lo envió y volvió a llamar a su mujer, en todo el día no había podido hacerlo, y la verdad era que había pensado a ratos, a quien en realidad no se pudo sacar de la cabeza en todo el día había sido a Rhona, aunque eso no quitaba que estuviese preocupado por Maricarmen, se había quedado tan triste que le dolió en el alma, pero tenía que trabajar, habían pasado por una mala racha y tenía que pagar a la asistenta, ya que al estar todo el día en la casa tenía que satisfacer la seguridad social, que en este país no era precisamente barata, motivo por el cual los ahorros disminuían a marchas forzadas.

—¿Ingrid? Me pasas con mi mujer, por favor —dijo cuando oyó la voz de la joven al otro lado.

—Está acostada, no se encuentra bien —contestó como el día anterior.

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó con mayor preocupación.

—Desde que te fuiste no quiere salir de la cama, por mucho que lo intento no hay manera —repuso con la voz afectada, como si en verdad le doliera la situación.

—Si sigue así llama al médico, a ver qué te dice, y en cuanto se despierte, a la hora que sea, que me llame, o me llamas tú y me la pasas, como veas —indicó tajante.

—Como tú digas —aceptó solícita.

—Muchas gracias, Ingrid, espero esa llamada —se despidió Jaime.

Dicho esto y con la intranquilidad que le dejaba aquella conversación se dispuso a conectarse un rato a Internet antes de acostarse, aunque primero enchufó la cafetera que se había comprado aquella misma tarde, sin café no era nadie, así que se dispuso a estrenarla y esperaba poder tener una conversación con Rhona, estaba caliente y no la tenía cerca, así que aunque solo fuera por Messenger necesitaba poseerla de nuevo.

Rhona estaba de bajón, volvía a estar sola en casa, Clara ya estaba de nuevo en Londres con su hermana y Daniel cada vez viajaba más a menudo, parecía como si cualquier excusa fuese buena para estar el menor tiempo posible en casa, cosa que ella agradecía, pero no era esa la idea que tenía de terminar con tantos años de matrimonio, era consciente que aquella unión (por mucho que el cura dijese: hasta que la muerte os separe) se había acabado, pero no así, necesitaba sentarse con Daniel y hablarlo, a ella le gustaba hacer las cosas bien y ya era suficiente caos para

ella su aventura con Jaime.

Al escuchar el sonido de los mensajes, se le aceleró el corazón, estaba segura de quién era, de súbito la tristeza se tornó en esperanza, estaba lejos pero no la olvidaba, cosa que era lo que más miedo le daba, a veces se decía que no podía estar tan pendiente de que Jaime le hablase o no, no se podía convertir en su prioridad, y cada vez lo era más. Se había propuesto no abrir los mensajes a la primera de cambio, pero no podía, eran como un imán que la atraían de tal manera al ordenador que, antes de darse cuenta, ya los estaba leyendo.

Tiene un mensaje nuevo.

—*Buenas noches, preciosa.*

—*Buenas noches, guapo* —contestó ella al cabo de unos minutos.

—*¿Qué tal está mi gata?*

—*Un poco triste, me he quedado sola de nuevo, mis hijas están las dos otra vez en Londres.*

—*Lástima que esté tan lejos, te iría a hacer compañía, no sabes las ganas que tengo de tenerte entre mis brazos.*

—*Va fuerte el caballero* —sonrió Rhona al imaginarlo.

—*Voy caliente, ya lo sabes, cogería el coche y me plantaría en tu casa, o en tu estudio, donde estuvieras.*

—*Cuidado con la velocidad.*

—*De ciento veinte no paso, la Fitipaldi eres tú.*

—*No me creo eso de que no corras ni por la autopista jajaja.*

—*A veces ni llego.*

—*¡Eres de los que ponen de los nervios en la carretera!, eso no me lo esperaba de ti.*

—*A ti es que te gusta saltarte las normas, tienes la piel curtida.*

—*¿Me estás llamando vieja? O peor, ¿dura?*

—*Me estoy perdiendo, ¿cuándo te he llamado algo así?*

—*Dices que estoy curtida, que yo sepa la piel curtida es cuero, y el cuero es duro, seco y viejo jajaja.*

—*Vaya, veo que la artista no acepta florituras lingüísticas jajaja, son recursos de escritor, puñetas.*

—*Mi susceptibilidad está a flor de piel, mi tierna y jugosa piel* —desafió Rhona con una sonrisa en los labios.

—*Mmmhhhhh, tu piel, solo pensarlo se me pone dura.*

—*Huy, que reacción más rara, ¿se te endurece la piel? Creo que necesitas un médico* —continuó Rhona con su doble intención.

—*Ya sabes lo que se me pone duro, está mi gata muy acerada hoy.*

—*Sigues llamándome dura, creo que la cosa se pone fea.*

—*Bueno, parece que no te gustan mis palabrejas jajaja te veo muy afilada.*

—*¿Afilada? La única cosa afilada creo que es tu cosa, yo no afilo ni un lápiz.*

—*Hablaba de tu lengua... pero lo otro también está que se sale.*

—¿De dónde se sale? —continuó ella juguetona.

—De la prisión de mis pantalones, tengo que desabrocharlos o los romperé jajaja.

—Vaya, creo que tendremos que dejar la conversación, no quiero ser la causante de tal destrozo.

—No te preocupes por mis pantalones, ya no hay remedio, como tampoco tiene remedio mi calentura, te estoy imaginando desnuda en aquel sofá, esperando que mi lanza se abra paso entre tus piernas.

—Mmmm, esa lanza me apetece que se abra paso, yo también estoy caliente.

—Estoy tan acelerado que te besaría con lascivia, me comería tus pezones y mientras acariciaría tu clítoris.

—Pues estoy como tú, casi siento tus manos darme tironcitos y mamar a continuación de mis pechos.

—Me veo moviendo mis manos en círculos para que el placer sea más intenso, hazlo por mí, por favor —le dijo él.

—Está bien, me estoy acariciando como lo harías tú. He cerrado los ojos y siento que recorres mi cuerpo con tu lengua.

—Yo también estoy soñando en el húmedo calor que genera tu vagina empapada de tus fluidos.

—Pues yo me tumbaría en la cama y rodearía con mis piernas tu cintura, para que me penetrases hasta el fondo.

—Prepárate, que te la vas a comer entera, te hincaré mi lanza una y otra vez en cien embates.

—Mientras tu lanza embate mi lacerado cuerpo yo atacaré con mil besos seguidos de otros mil.

—Hay vaaaaa, te la hincaré hasta el fondo de tus entrañas.

—Aguantaré estoicamente tus embestidas hasta que las laceraciones sean irresistibles y tu lanza quede atrapada entre convulsas contracciones.

—Ufff, me he corrido, eres la mejor en la cama y en la red jajaja. No sabes cómo te echo de menos, te deseo cada minuto del día.

—Gracias, sabes que todo esto es “culpa” tuya jajaja, me siento como si tuviera quince años, pero no los tengo y estoy agotada, así que te mando un beso que me voy a descansar.

—Gracias por todo, descansa, mi cielo, hasta mañana, sueña conmigo, ¿vale?

—No dudes que lo haré, un beso y un abrazo.

—Un abrazo y un millón de besos, en cuanto pueda hago una escapada para verte.

Conversación de chat finalizada.

Se despidieron con muñequitos varios, tal como decía Rhona parecía que estaban en una segunda juventud.

Jaime después de aquello estaba tranquilo, no pensaba dejar que Rhona lo olvidase, se fue a dormir con la sonrisa de un bebé en la cara.

Ingrid estaba cansada de cuidar a Maricarmen, no era esa la idea que tenía cuando su novio le propuso el negocio, como lo denominó él. El día amaneció con una niebla tremenda y la humedad calaba los huesos, Ingrid se había levantado de mal humor, como el día, no estaba

cómoda con aquello, al principio le parecía una aventura genial, pero ahora no estaba tan segura y de lo que sí lo estaba era de que ella no había venido de su país a España para hacer de niñera de nadie, ella quería triunfar en el cine, en Cuba había hecho algún anuncio y aquello le hizo pensar que podía llegar a ser alguien, pero era tan difícil que se quedó sin dinero y sus sueños se vieron truncados antes de empezar. Cuando conoció a su novio pensó que era lo mejor que le podía pasar, era tan atento con ella, la llevó a vivir con él, le pagaba todos sus caprichos hasta que le dijo que tenía que ayudarlo, le explicó por encima lo que tenía que hacer y la convenció diciéndole que era un papel que tenía que interpretar, que aquello le daría tablas para su entrada en el mundo del cine, que él movería contactos y la haría entrar por la puerta grande.

Ahora no estaba tan segura, ella tenía sus sueños pero no era estúpida y sabía que lo que hacía no estaba bien. Su novio se había instalado en la casa (esperaba que Jaime no se presentara por sorpresa) y todo el día la pinchaba para que molestase a Maricarmen, la pobre mujer ya no sabía ni quien era, y aquella mañana ya le había parecido el colmo, como ella casi se había negado, fue su novio el que le empezó a decir que su marido nunca más volvería, que estaba con otras, que no era una sola, que no la quería y que solo estaba con ella por lástima.

—¡Basta!, ¡basta! —gritó la mujer con las manos tapándose los oídos.

—No, no basta, tienes que abrir los ojos, tu marido te ha estado poniendo los cuernos desde que te conoció, ¡pobre ingenua!, lo único que quería era darle celos a su novia jajaja —reía con ganas.

—¡Nooo! Eso no es cierto, él me quiere, me lo ha dicho muchas veces —chillaba ella con lágrimas en los ojos.

—Entonces qué me dices de esta foto —le enseñó el móvil con una foto de Jaime besando a Rhona en la puerta de la galería.

La foto la habían tomado el día que Ingrid se presentó y lo encontró despidiéndose de ella, había sido un beso fugaz, pero, desde el ángulo que estaba tomada la foto, parecía algo muy íntimo, a la pobre mujer casi le da un ataque de ansiedad, aunque eso era precisamente lo que ellos esperaban, salió corriendo a encerrarse nuevamente en su habitación, justo en el momento en que Jaime la llamaba de nuevo. Cogió el móvil con manos temblorosas y casi se le cae al suelo al descolgar, de su garganta solo salía un hipido, cuando por fin pudo contestar entró en el cuarto el novio de Ingrid, con un gesto le dijo que a ver que contestaba, que pobre de ella si le decía algo de la conversación que estaban teniendo.

—Cariño, ¿cómo estás? Te llamé pero me dijo Ingrid que no te encuentras bien, ¿qué tienes?

—Estoy un poco mejor —contestó con voz trémula.

—Si no estás bien llama a la psicóloga, en cuanto pueda escaparme voy, te lo prometo.

El novio de Ingrid la miraba fijamente esperando la respuesta, así que una acobardada Maricarmen solo pudo contestar que ya estaba mejor y que tenía ganas de verlo, en esas, Ingrid le cogió el teléfono de las manos.

—¿Jaime? Soy Ingrid, no te preocupes, está mejor, yo cuido de ella, si veo que empeora, te llamo.

—Está bien, pero la noto muy decaída, intenta que salga a la calle y camine, podéis ir a tomar un café y os sentáis en la terraza que le de el sol, a ver si así se anima.

—Quédate tranquilo, yo la cuido como cuidaría a mi mamá —le contestó con dulzura, como si de verdad estuviese preocupada por ella.

En cuanto Jaime cortó la comunicación las cosas volvieron a ser igual, el novio de Ingrid

se pavoneaba por toda la casa como si fuera suya, se volvió de nuevo hacía Maricarmen y siguió llenando su cabeza de datos sobre la traición de su marido.

Jaime no se quedó tranquilo, la voz de su mujer sonó tan apagada y compungida que se sintió mal, no esperaba que su ausencia fuese tan nefasta para ella, por quitarse de en medio, por sentirse tan culpable estaba perjudicándola a ella más que a nadie, quizá debería buscar otro trabajo y volver a casa. Y lo peor de todo era que al pensar en volver a casa no pensaba en Maricarmen precisamente, la primera imagen que acudía a su cabeza era la de Rhona y eso le hacía sentirse peor aún. Por el momento esperaba al fin de semana que era cuando en principio tenía pensado ir, Maricarmen está atendida por Ingrid, no está sola, se dijo, intentando atenuar la voz de su conciencia que de vez en cuando asomaba a su mente.

Capítulo XVIII

Rhona se levantó con un malestar tremendo, le dolía todo el cuerpo, había pasado la noche en blanco, su cabeza era un torbellino, pensaba en sus hijas, en Daniel, en Jaime, todo a la vez y sin ser capaz de discernir unos de otros. La situación de su matrimonio no daba más de sí. Necesitaba hablar con Daniel, pero no encontraba el momento, tampoco sabía cómo plantear el tema, podía parecer simple, pero para ella no lo era, no quería hacerle daño y él no se daba cuenta del deterioro tan grande al que habían llegado como pareja, parecía que en su comodidad se sentía bien, era un hombre tan básico en algunos aspectos que a Rhona no le entraba en la cabeza cómo había llegado a ser tan influyente en su profesión. Otro problema era Patricia, estaba segura que no entendería que fuese ella la que quisiera poner fin a aquel matrimonio, no estaba segura que Clara la pudiese convencer, hacerle ver que era lo mejor para todos, y Clara, quedaba Clara por medio, estaba de su parte, pero no quería ponerla en contra de su padre, esa nunca fue su intención, aunque él si las tuviera con ellas, para Rhona eran las dos iguales, cada una con sus cosas, mejores unas veces, peores otras, pero eran buenas chicas, nunca habían dado problemas. Patricia tenía un carácter como su padre, un poco explosivo y como él era algo egoísta, al

contrario que Clara que era semejante a ella, siempre pacificadora y generosa. Pensando en ellas recordó cuando eran pequeñas, Clara siempre pareció la mayor, Patricia era delgadita y poquita cosa de niña, Clara era regordeta y muy despierta para su edad, y eso su hermana no lo llevaba bien, los escasos dos años que era mayor los hacía valer, daba órdenes emulando a su padre y Clara tenía que obedecer, hasta que esta se enfadaba y le decía que jugase sola, que ella tenía que curar a sus muñecas, siempre le gustó ayudar a la gente, sonrió al recordarlo, entonces Patricia se bajaba del burro y jugaban a médicos, aunque Clara siempre acabase siendo su enfermera.

No quería dejar pasar más tiempo, sacudió la cabeza para espantar los fantasmas del pasado, estaba decidida, en cuanto llegase Daniel a casa se pondría el mundo por montera y le pondría las cartas sobre la mesa, ella no podía seguir con aquel doble juego, no por su marido, estaba segura que nunca se daría cuenta, era demasiado narcisista para pensar siquiera que ella se pudiera fijar en otro, siempre había sido él, luego él y después él, todo giraba a su alrededor, él mantenía la familia, él era un empresario de éxito, él decidía cuando se cenaba fuera y cuando se hacían vacaciones, todo dependía de él, hasta aquel momento a Rhona ya le había estado bien, reconocía que en parte había sido culpa suya, desde un principio se plegó a sus caprichos, estaba tan enamorada cuando se casaron que solo veía por sus ojos, le parecía genial cuando preparaba alguna excursión, casi siempre con fines beneficiosos para su carrera, tenía que despuntar, hacerse un nombre y tú me tienes que ayudar, cariño, le decía, y como ella era buena anfitriona Daniel la felicitaba por lo bien que había salido la visita de tal o cual empresario, con eso ella se sentía feliz. Entonces todavía no se consideraba utilizada, se consideraba más bien una colaboradora de su marido, así que cuando quiso darse cuenta fue demasiado tarde, había dejado su trabajo y sus aspiraciones por él, y él tenía prisa por ser padre, antes de dos años ya había nacido Patricia y apenas dos años después nacía Clara, en aquel entonces Rhona se creía la mujer más dichosa del mundo, sus hijas y su marido copaban su tiempo, tan solo se permitía un día a la semana para desayunar con sus amigas, un vínculo que nunca quiso romper, las necesitaba, eran su estabilidad y con el tiempo su válvula de escape, dos criaturas casi de la misma edad eran capaces de agotar a cualquiera, por eso aunque a Daniel nunca le gustaron sus amigas, ella nunca transigió, siguió fiel a su cita de los sábados, las niñas se quedaban con su padre un par de horas, tiempo que para ella significaba una recarga de energía que tenía que durar toda la semana.

Ahora estaba allí, sentada en la cocina con una taza de café en las manos, sorbiendo poco a poco mientras hacía balance de aquella vida, tampoco todo había sido negativo, tenía dos hijas maravillosas, y aunque tarde, una profesión que la llenaba por completo, y un marido, bueno, un hombre a su lado que en definitiva había pasado a ser eso, un compañero de casa. Recordando todo aquello le vino a la cabeza la conversación que había mantenido con Lola el día que lo cogió in fraganti en el baño haciéndose una paja.

—Cariño, ¿tu marido no tendrá una amante por ahí? —le preguntó.

Rhona se sorprendió por la pregunta

—¡Cómo se te ocurre! Si lo que me dijo era precisamente que tener sexo era cansado, cómo para buscarse una amante —respondió Rhona muy segura.

—Ay, Rhona, es de primero de carrera, si no puede tener lo que quiere, no quiere a nadie más.

—No te entiendo —dijo Rhona perpleja.

—Yo te lo explico, es fácil —aclaró Lola— si tu marido tiene o parece ser que tuvo una amante, y cómo suponemos en este caso, no la ha dejado él, entiendo por su comportamiento que ha sido ella la que ha debido dar ese paso, en su frustración por no poder tenerla a ella, tampoco

te quiere tener a ti, paga su rabia contigo.

—Pero yo no le he hecho nada, si nunca le he dicho que no cuando él me ha pedido sexo, tú sabes que siempre me he quejado de lo contrario, siempre he sido más caliente que él, tú lo sabes —se quejaba con amargura.

—No se trata de que tú le hayas hecho algo, sencillamente tiene en su cabeza a otra persona, por eso no puede hacerlo contigo, es algo más frecuente de lo que crees —aclaró Lola.

Hasta entonces había pensado que Lola seguramente estaba equivocada, pero una palabra dicha al azar la noche anterior había quedado atrapada en el cerebro de Rhona, estaban cenando los dos solos, con la compañía de la televisión, ya que la conversación hacía tiempo que era nula, cuando en un programa de aeropuertos, los programas que por supuesto le gustaban a Daniel, “aunque parezca mentira hay quien ve los documentales”, se decía rememorando la escena en que su marido comentó:

—Esa mujer tiene la misma voz que una compañera del despacho —oyó que decía Daniel de pronto.

—¿La brasileña? —Preguntó Rhona. En aquel lapso tuvo un presentimiento— ¿Aquella que trabajó contigo y siempre te hacía regalos?

—Mirtha, sí, era una gran mujer —contestó Daniel con un brillo especial en los ojos.

En aquel preciso instante se le hizo la luz, en ese momento, dejó la taza de café a medio camino de la boca, acababa de darse cuenta que lo que le había dicho Lola podía ser cierto, ella nunca quiso darle importancia, claro que habría casos así, pero Daniel, Daniel no era de esos, se había auto convencido desde que Lola se lo hizo notar, hasta aquella mañana, aquella mañana comprendió que hacía tiempo que no estaba enamorado de ella, fue como un jarro de agua fría, aunque las cosas no iban bien, nunca pensó que pudiera estar con otra. La sensación era extraña, se había sentido tan culpable por lo que estaba haciendo con Jaime, que ahora aquello no sabía como digerirlo, debería sentirse liberada, pero tampoco, era como un mazazo, algo que la aplastaba sin piedad.

Apenas había probado el café, se había quedado helado en la taza, se levantó y lo tiró por el fregadero, limpió la taza y recogió lo poco que había usado aquella mañana. Se vistió y se preparó para salir, en ese momento sonó el teléfono.

—¿Cariño!, ¿ocurre algo? —dijo al ver el número de Clara reflejado en la pantalla.

—Tranquila, mamá, solo quería saber cómo estás, ¿cómo vas con papá? —indagó su hija.

—Bien, no te preocupes, de momento todo va bien.

—¿Has hablado con él?

—Todavía no, pero voy a hacerlo en cuanto encuentre las palabras, me estoy mentalizando.

—Sabes que puedes contar conmigo, y si no quieres estar sola cojo el primer vuelo y estoy a tu lado.

—No, gracias, cielo, te lo agradezco pero es algo que tengo que hacer sola —expresó, más para ella que para su hija.

—Está bien, mamá, te entiendo —aprobó Clara.

—No te preocupes por mí, mi amor, estaré bien, y en cuanto hable con papá te digo algo.

—Adiós, mamá, espero esa llamada —se despidió Clara.

Rhona al colgar el teléfono se quedó pensativa, cómo reaccionará Daniel, se preguntaba inquieta, intentando apartar aquella preocupación de su mente, cuando llegue el momento se verá, se dijo, para infundirse ánimos. En eso estaba cuando dio un respingo al escuchar de nuevo el sonido del teléfono, esta vez era Lola, que hacía días que no sabía nada de ella y estaba

preocupada.

—¿Qué tal estás, criatura humana? —saludó antes que Rhona pudiese hablar.

—Bien, estoy bien, gracias por preguntar.

—¿Gracias por preguntar? ¿Puedo saber a qué viene tanta formalidad? —Se extrañó Lola.

—No me hagas caso, tenía la cabeza en otro sitio —confesó.

—Pues baja de las nubes, te esperamos en la cafetería de delante de la galería, he quedado con Maia y vamos para allá.

—Está bien, me estaba preparando para salir en este momento, allí nos vemos —concedió Rhona algo más animada, no quería involucrar a sus amigas más de lo que ya lo estaban, pero necesitaba su consejo, aunque supiese de antemano cual era, siempre necesitaba reafirmar las cosas.

Llegó a la par que ellas, se besaron, se abrazaron, ese ritual siempre lo llevaban a cabo, era como enlazar los sentimientos para reforzarlos cada vez con más intensidad.

Se sentaron a una mesa que estaba cerca de la vidriera, Rhona miraba al frente viendo pasar la gente, coches que con pericia sorteaban los obstáculos. Una joven madre paró delante con un cochecito de bebé para hacerle carantoñas, aquella imagen le recordó cuando llevaba a sus hijas al colegio, cogidas cada una de una mano, se sonrió y se entristeció de nuevo al ver una pareja que se paraba en mitad de la acera para besarse, aunque su relación con Daniel se hubiese acabado, jamás llegaría el momento en que ella fuese de la mano de Jaime por la calle, se dijo, mientras al pensarlo se le hacía un nudo en la garganta.

—Tierra llamando a Rhona, tierra llamando a Rhona —dijo Maia haciendo bocina con las manos.

—Perdonad, estaba distraída —se disculpó avergonzada.

—Llevas una temporadita, nena, que ya te vale —la regañaba Lola— a ver, hace días que no hablamos, y hemos pensado que te pasa algo, este silencio en ti no es muy normal.

—Tenéis razón —concedió— estoy un poco abstraída, llevo días dándole vueltas a una idea y creo que es lo mejor.

—Claro, la señora lleva días dándole vueltas en la cabeza a una idea ¿A qué idea? Si puede saberse, claro —esta vez era Maia la que preguntaba.

—Desde luego, abstraída solo no, estás ida del todo, dónde se supone que tienes la cabeza —se quejó Lola— nos estás dando la información a medias.

—Hay, chicas, pensé que era obvio, la de separarme de Daniel.

Se quedaron literalmente con la boca abierta, lo último que esperaban era que lo dijese así, como la que pide una barra de pan.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Lola incrédula.

—Muy en serio, no soporto más esta situación, me siento mal haciendo lo que hago, yo no soy así.

—Cariño, no debes sentirte culpable, si la relación no funciona no es culpa tuya, eso deberías tenerlo claro —insistió Lola.

—Desde luego que no es culpa tuya, el que descuida lo que tiene lo pierde, eso también lo sabes —esta vez era Maia la que la animaba.

—Supongo que no, que toda la culpa no es mía.

Al decir aquella frase las dos amigas a la vez se la miraron como el que ve a un extraterrestre, Lola se puso furiosa, Maia abrió la boca con intención de decir algo para cerrarla a continuación, lo que le vino a la mente era demasiado fuerte y no quería perder la amistad.

—Perdona, Rhona, creo que no te he entendido bien, ¿has dicho por casualidad que toda la culpa no es tuya? Es que tú no tienes ninguna culpa, has dado todo de ti, te has sacrificado por tu familia, tienes todo el derecho del mundo a vivir de nuevo —espetó Maia al fin, sonando algo más furiosa de lo que ella deseaba.

—Rhona, por favor, hemos hablado de eso, ese sentimiento de culpa lo tienes que desterrar, eres la persona más generosa que conozco —señaló Lola.

—Esto no tiene nada que ver con la generosidad, he sido feliz, o al menos lo he intentado.

—Eso es, lo has intentado, pero siempre la que lo ha intentado eres tú, hace años que él pone poco de su parte. Espero que algún día te des cuenta de que la vida no exigía tanto sacrificio de ti—la regañaba Lola con cariño.

—Bueno, pasemos a los detalles, lo pasado, pasado está, no podemos volver atrás —apuntó Maia, siempre práctica.

Estuvieron un buen rato hablando de cómo enfocar el tema frente a Daniel, le preguntaron a Rhona si tenía claro dónde iba a vivir o si pensaba compartir casa con su marido, algo que para nada le aconsejaron cuando ella dijo que era una posibilidad. También le preguntaron por sus hijas, si pensaba decírselo antes o después de hablar con Daniel, algo que ella no había pensado, Clara más o menos estaba al tanto, pero Patricia era harina de otro costal. Al final les prometió que haría las cosas con calma, que no iba a precipitarse, después de tanto tiempo no le venía de unos días.

Se despidieron y Rhona se fue al taller, llevaba días que no era capaz de hacer nada que le pareciese medianamente decente, hablaba cada noche con Jaime, pero necesitaba su contacto para seguir adelante y tampoco estaba segura de poder soportar mucho tiempo ser la otra, ese era en aquel momento su peor dilema, se odiaba a sí misma por no ser capaz de dejar aquella relación sabiendo como sabía que aquello no llevaba a ningún sitio, pero se odiaría más si dejaba pasar aquel amor tardío que había despertado su cuerpo en el momento en que estaba prácticamente muerto.

Volvió a casa con las ideas más claras, dijese lo que dijese sus amigas, ella había decidido hablar con su marido aquella misma noche, pasó por el súper antes de llegar a casa y compró salmón y ensalada para la cena. Cuando llegó Daniel ya tenía todo preparado así que se lavó las manos y se sentó a la mesa.

Comieron en silencio, como siempre, bueno, comió Daniel, Rhona tenía el estómago cerrado por los nervios, lo único que hizo fue remover la comida de un lado al otro del plato, en un momento Daniel se la quedó mirando.

—Si no te apetecía el salmón podías haber cocinado otra cosa, lo que haces con tu plato es una pena, el salmón está muy rico.

Rhona por un momento pensó que le pasaba algo, Daniel nunca había elogiado ninguno de sus platos, ¿se habría dado cuenta de su estado? Se preguntó, para a continuación descartarlo, estaba segura que era una casualidad, aquello le hacía más difícil empezar la conversación que se había propuesto mantener.

—Tenemos que hablar —dijo Rhona al terminar de cenar, armándose de valor, ahora o nunca, se dijo.

—Mmm —de la garganta de Daniel solo salió un sonido gutural, ni siquiera levantó la vista del periódico que no había tenido tiempo de leer en profundidad.

—Puedes prestarme atención, por favor —se exasperó su mujer.

—Dime, mmm —volvió a repetir sin dejar de leer.

Rhona le dio un manotazo al periódico, aquello era el colmo, hasta el diario era más importante que ella para él, estaba tan nerviosa que había hecho aquello sin pensar, y el resultado no entraba en sus planes de una charla civilizada.

—¿Estás loca? No ves que estoy leyendo, no será tan importante lo que tengas que decir que no pueda esperar unos minutos.

—Igual para ti no lo es, pero para mí te aseguro que es vital.

—Joder, Rhona, siempre estás igual, siempre tienes que hablar cuando estoy en otra cosa, a ver, qué es eso tan importante —concedió con desgana, doblando el periódico y mirándola con indulgencia, casi perdonándole la vida.

—Quiero el divorcio —espetó sin pensarlo, si se hubiese parado a pensar no habría sido capaz de hacerlo.

—¿Has bebido? O te ha dado mucho el sol, ¿qué tontería estás diciendo? —gruñó Daniel ante lo que pensaba que era una broma.

—Hablo muy en serio, ni he bebido ni me ha dado el sol, esto no va más allá, no puedo seguir siendo un objeto en esta casa.

—Déjate ya de sandeces, es tarde y estoy cansado, no tengo ganas de juegucitos estúpidos. Seguro que esto es cosa de tus amigas, acuéstate, mañana seguro que se te ha pasado la neura.

—Siempre tan egocéntrico, claro, quién va a ser capaz de dejar al todopoderoso Daniel Farrés, al siempre perfecto Daniel Farrés, pues ve haciéndote a la idea, mañana hablaremos de cómo repartir los bienes —comunicó Rhona mucho más serena de lo que en un principio pensó que pudiera estar.

Una vez dicha la frase mágica, el resto fluyó solo, empezó a salir todo el resentimiento acumulado durante tantos años, hasta aquella noche no se había dado cuenta de todo el rencor que guardaba su corazón. Había levantado una coraza, durante mucho tiempo intentó que sus sentimientos se quedasen en un rincón cerrado con candado y la llave olvidada en un apartado de su mente al que se negaba a acceder. Pero había llegado el momento de abrir esa compuerta, no aguantaba más.

Daniel no acababa de creer que su mujer hablase en serio, no podía asimilar tanta rebeldía en tan poco tiempo, ella siempre había estado de acuerdo con lo que él decía, “esto es un arrebato, seguro”, pensaba, habrá estado hablando con esas amigas tuyas tan progres que solo saben llenarle la cabeza de estupideces, intentaba convencerse a sí mismo.

Rhona se fue para su dormitorio, estaba temblando, los nervios siempre le habían hecho tiritar, y no estaba acostumbrada a empezar ninguna discusión, Daniel siempre que se había quejado por algo lo terminaba pronto, siempre acababa las discusiones diciéndole que se quejaba de vicio.

La noche la pasó en un duermevela, su cabeza era incapaz de dejar de pensar en cómo enfocar la situación, en qué diría Daniel, cómo se tomaría su decisión, no era un hombre de grandes dramas, todo lo que no tuviese que ver con su negocio era irrelevante para él, en esos casos no le hervía la sangre en las venas, al contrario que Rhona, si había callado era porque su natural pacífico la hacía parecer sumisa, no era exactamente así, le costaba explotar, pero cuando lo hacía no había vuelta atrás, y había llegado el momento de no retorno.

Se levantó temprano, preparó café y se sentó a la mesa de la cocina a esperar a Daniel, este no tardó en bajar, para él parecía que no hubiese pasado nada la noche anterior, cogió una

taza y se sirvió café, se sentó frente a Rhona y buscó con la mirada el plato de tostadas o las madalenas que solía poner para desayunar.

—Empieza a acostumbrarte a hacer las cosas por ti mismo, a partir de hoy he dejado de ser la sirvienta de esta casa —comunicó Rhona muy seria.

—¿Sigues con esa tontería? —preguntó incrédulo.

—No es ninguna tontería, Daniel, esto ya no es un matrimonio, tan solo compartimos casa, y yo no quiero vivir así, no quiero seguir viviendo a tu sombra —se puso de pie apoyando las dos manos sobre la mesa, mirándolo directamente a los ojos. Daniel hizo lo mismo y quedaron encarados el uno frente al otro.

—¡Vaya! Ahora tenemos aires de grandeza, por vender cuatro baratijas ya te crees Miguel Ángel. Rhona, despierta, tu sitio está aquí, conmigo, dime qué quieres y lo haré, quieres que pase más tiempo en casa, lo pasaré. Puede que haya estado demasiado pendiente de mis negocios y no haya estado por ti, pero ahora voy a relajarme un poco, si quieres podemos hacer un viaje, vamos el fin de semana a Londres y visitamos a las chicas ¿qué te parece? —le decía rebajando el tono a medida que hablaba.

—Me parece que esto llega demasiado tarde, aunque lo niegues, hace mucho tiempo que dejamos de ser un matrimonio, para convertirnos en dos extraños.

—¿De esta forma me quieres hacer pagar que no me acuesto contigo? No lo hago ni contigo ni con nadie, eso lo sabes, nunca he sido un hombre con demasiadas necesidades en ese sentido —se excusaba.

—Permíteme que me ría, es posible que ahora no estés con nadie, pero ni por un momento pienses que soy estúpida, *excusatia non petita*....

—Rhona, estás meando fuera de tiesto —espetó con furia.

Daniel no esperaba esa repuesta y contestó con lo primero que se le ocurrió, su mujer estaba consiguiendo sacarlo de sus casillas, respiró hondo y se dispuso a razonar con ella, aquella pobre ignorante que no entendía nada.

—Perdona, lo siento, no debí contestar así. Me avergüenzo de lo que he dicho, no debí levantar la voz, no es propio de mí, lo sabes, pero es que creo que hablas en serio de dejarme y no lo entiendo, hasta hace unos días estábamos bien, no entiendo qué te ha hecho cambiar tanto. Rhona, estoy seguro que esto tiene solución, ya no somos niños, ¿qué se supone que vas a hacer sola? Aquí está tu casa, tu familia, toda una vida que quieres tirar por la borda por un estúpido sueño —al decir lo de estúpido se dio cuenta e intentó rectificar— perdón, no debí decir eso tampoco, me haces decir cosas que no quiero, pero si tanto te gusta lo que haces, adelante, no te volveré a criticar, puedes hacerlo.

—Jajaja —rió Rhona con desgana— ya salió el machito que llevas dentro, me dejas, me das permiso para seguir humillándome, y lo peor no es eso, es que ni siquiera te das cuenta de que lo haces.

—Entonces estás decidida, por lo que veo.

—Me ha costado mucho tomar esta decisión, Daniel, pero ya no hay marcha atrás, y no intentes culpar a mis amigas, ellas no tienen nada que ver en esto.

—¿Has pensado qué dirán tus hijas cuando lo sepan?

—¿Mis hijas? Para lo malo siempre han sido mías, tú solo has estado para lo bueno. **Nuestras hijas** —subrayó— espero que lo entiendan, son mayores y hacen su vida —se dio la vuelta y salió. Al llegar a la puerta se volvió— creo que de los detalles se tendrán que encargar los abogados.

—¿No pretenderás que encima te mantenga! —chilló Daniel desde la cocina.

—Solo quiero lo que me pertenezca, no me interesa nada tuyo.

Daniel se sentó de nuevo en la silla, se mesó el pelo con las manos sin entender cómo había podido pasar, Rhona estaba rara desde hacía unos días, pero lo achacó a la menopausia, las mujeres a esa edad ya se sabe, lo que no esperaba para nada era que la noche anterior hablase en serio, pensó que le estaba echando un órdago por no estar por ella, tenía que reconocer que la había dejado de lado demasiado tiempo.

Capítulo XIX

Jaime llegó a su casa a última hora del viernes, había pasado unos días intranquilo, la manera de contestar de su mujer no acababa de convencerle, así que en cuanto terminó su jornada cogió el primer vuelo que salía para Barcelona.

—¿Maricarmen? —llamó desde la puerta.

En ese mismo instante apareció Ingrid.

—Vaya, no te esperábamos, no has avisado que ibas a venir —comentó con un extraño nerviosismo.

—No pensé que tuviese que avisar para venir a mi casa —contestó Jaime molesto.

—¡Claro que no!, pero habría tenido todo preparado si me hubieses dicho algo —insistió en la puerta, casi barrándole el paso.

—No hay nada que preparar, ahora si me dejas estoy cansado y quiero ver como sigue mi mujer —puntualizó abriéndose paso casi a la fuerza.

No esperaba encontrar lo que encontró, un desconocido se afanaba en recoger lo que parecía una pequeña fiesta para dos, aunque no le había dado tiempo del todo, esa era la inquietud de Ingrid, el motivo por el que lo estaba entreteniéndolo en la entrada.

—¿Quién es este tipo? —indagó preocupado.

—Es mi novio... ha venido un rato para que no estuviéramos solas —respondió Ingrid cada vez más nerviosa, intentando recoger la botella vacía y los vasos que quedaban encima de la mesa.

—¿Hola! —saludó el joven con demasiada efusión, síntoma de que llevaba alguna copa de más en el cuerpo.

Jaime no se paró a contestar, fue al dormitorio de su mujer y vio que estaba inmersa en un profundo sueño. En vista de lo que había en la sala no se quedó tranquilo. Salió de nuevo y se encaró con Ingrid otra vez.

—¿Qué ha tomado Maricarmen para dormir? —preguntó enfadado.

—Las pastillas que le recetó el médico —respondió Ingrid con acritud.

—Está bien, mañana hablaremos, estoy cansado, dile a tu amigo que la fiesta se terminó por hoy —ordenó sin dar opción a réplica.

—Le dije que podía quedarse a dormir conmigo, se ha quedado sin casa —se justificó Ingrid con un hilo de voz.

—¿En qué parte del contrato pone que puedas traer gente a casa? Y mucho menos sin permiso —se enfadó Jaime.

—Maricarmen duerme todo el día, y si no se lo pasa llorando, así que pensé que a lo

mejor la animaría que hubiese alguien más en casa.

—Que se quede por esta noche, pero mañana lo quiero fuera ¿está claro?

—Desde luego, te prometo que no volverá a pasar —aseguró la joven.

Jaime se sentó en la sala mientras recogían el escenario de la fiesta, cuando acabaron le dejó claro a Ingrid que aquello se lo pasaba una vez, pero no dos.

—Ha sido un error, papito, me he equivocado, ya te he dicho que no volverá a pasar.

—Ni siquiera sé cómo se llama tu novio —dijo de pronto Jaime.

—Raúl, se llama Raúl —titubeó Ingrid, él le había dicho que por nada del mundo debía desvelar su identidad, que eso lo haría él en su momento.

—Gracias, buenas noches, vete a dormir, es tarde —la despidió por fin, para alivio de ella.

Al llegar a la habitación que compartía desde hacía días con el joven se puso pálida, aquello ya no le parecía tan buena idea, si la relacionaba con él estaba perdida, y si a Maricarmen le pasaba algo por tenerla sedada de aquella manera sería ella la que se chuparía todo el marrón, se quejó.

—Lo tengo todo controlado, no te preocupes, mi amor, en pocos días habré cumplido mi venganza y nos iremos lejos de aquí, sabes que el dinero no será un problema, viviremos dónde tú quieras —con aquello la tranquilizaba y ella seguía acolitando su sed de venganza.

—Tengo miedo, y no me gusta ver sufrir a esa pobre mujer.

En ese momento el mal llamado Raúl, ya que no era su nombre, la empezó a besar, sabía que en cuanto le ponía la mano encima ella se derretía por él, la tenía enganchada a su sexo, un sexo dominante como él mismo. Le arrancó la camisa rompiéndole los botones, y mordiendo los pezones de Ingrid por encima del sujetador, subió hasta su boca mordiendo los labios con fuerza mientras sus manos retorcían sus pechos y ella jadeaba de placer, Ingrid adoraba cuando se ponía salvaje, a veces incluso le dejaba moretones en el cuerpo, pero ella los tenía por heridas de guerra, sus mordiscos y a veces hasta sus azotes la ponían cachonda, él lo sabía y cada vez que quería tenerla controlada la follaba salvajemente. Se sonrió mientras pensaba en eso, le dio la vuelta y la penetró por el ano, sin miramientos, de una vez, Ingrid gritó de placer y llegó al orgasmo en dos embestidas, con eso la hizo olvidarse de sus miedos, luego la tumbó de espaldas y la penetró cada vez más rápido buscando su propio orgasmo hasta que se desplomó sudoroso, agotado sobre ella. Al momento bostezó y abrazó a Ingrid que buscaba su calor como un cachorro, en unos minutos estaba dormida como un bebé. La tenía absolutamente a su merced, cada vez que Ingrid lo miraba veía un cuero, como decía ella, de pelo negro azabache, un rostro de ángulos marcados con unos ojos grandes, de mirada penetrante y del mismo color que su pelo, labios carnosos y sensuales, un cuerpo musculado, de gimnasio, con algún tatuaje para dar mayor énfasis a su carácter de chico malo, aunque para eso no hicieran falta tatuajes, ella veía al Dios del amor, al amante perfecto y estaba segura, y él más, que haría lo que le pidiese, cuando lo tenía cerca carecía de voluntad, su sumisión era total.

Jaime se acostó al lado de su mujer, se la quedó mirando, esperaba sentir algo más que pena por ella, pero no era así, se culpaba por dejarla sola, pero el cariño que le tenía nada tenía que ver con el amor, si lo pensaba fríamente nunca había estado realmente enamorado de ella, las circunstancias pesaron más que los sentimientos y en aquel momento, estirado a su lado en la cama de matrimonio, recordó una frase que le había escrito Rhona en aquella odiosa carta; no te deseo más castigo que estés durmiendo con ella y sigas soñando conmigo, algo así decía la frase y era literal, su amor era su mayor castigo.

Se levantó temprano, era sábado pero tenía cosas que hacer y la primera de ellas ver si Rhona estaba conectada, necesitaba verla aunque fuese un momento ya que no sabía cuándo podría volver. Fue al despacho y conectó el ordenador, Rhona no se había conectado todavía, supuso que era demasiado temprano para ella, así que fue a la cocina, se preparó café y volvió al despacho, escribiría algunas notas pendientes hasta que ella se conectase, tenía que quedar con ella como fuese.

Rhona llevaba un par de días durmiendo en casa de Lola, pero no quería estar muchos más, sí que Lola le había dicho que se quedase el tiempo que fuese necesario, pero ella no quería hacerse pesada, estaba buscando un apartamento pequeñito, para ella sola con poco le bastaba, pero necesitaba que tuviese dos habitaciones, para cuando las chicas fuesen de visita que tuviesen dónde quedarse, de momento era misión imposible, había visitado ya tres inmobiliarias y no encontraba nada que se adecuase a sus necesidades y claro estaba, a su presupuesto, el negocio no iba mal pero tampoco podía asumir un alquiler demasiado alto. Poco a poco había ido sacando sus pertenencias ante un incrédulo Daniel, seguía sin asimilar que fuese verdad todo aquello, y ella de momento había sido incapaz de hablar con su hija mayor, Clara se había ofrecido, su madre le dijo que era algo que tenía que hablarlo ella, pero que hasta que no estuviese instalada no lo haría.

Necesitaba pensar, así que se despidió de Lola y se fue a la galería, allí se sentía bien, podía ser ella con total libertad, no podía decir que separarse de su marido no hubiese sido una liberación, en realidad le había dolido menos de lo que pensó en un primer momento, pero habían sido muchos años juntos, y, por lo menos ella, lo había amado mucho, así que estaba triste por lo que dejaba atrás y sentía como una losa en el corazón el no poder estar con Jaime, por eso decidió que no le diría nada de su separación, seguirían como hasta entonces, no quería que pudiese pensar que él era el culpable de aquella decisión, para nada lo era, aunque tampoco quería mentirse, si él no hubiese aparecido en su vida quizá nunca hubiese llegado a tomar aquella medida, pero no por ello quería meter presión a una relación que no llevaría nunca a ningún puerto, sencillamente hablarían y ella lo haría con más libertad, pero siempre respetando el estado de él, eso lo tenía muy claro.

Tienes un mensaje nuevo.

Saltó el Messenger mientras Rhona estaba descargando unas cajas que llevaba en el coche con sus cosas, las estaba arrinconando en el altillo de la galería, esperando el momento de trasladarse a algún sitio más adecuado, aquella mañana había visto un piso en el periódico que si se ponía de acuerdo con los propietarios era justo lo que ella necesitaba.

Soltó las cajas en el suelo y sacó el móvil del bolso, llevaba tres días sin hablar con Jaime y el corazón se le aceleró al escuchar el sonido, esperaba que fuese él.

—Buenos días, cómo está mi escultora predilecta.

Rhona sonrió, aquellos apelativos la animaban enormemente.

—Buenos días, empezando la jornada laboral —contestó ambigua.

—Estoy en Barcelona, ¿nos vemos?

—Qué directo.

—Tengo poco tiempo, pero no quiero irme sin verte, lo necesito.

—*Yo también tengo ganas de verte, estoy en la galería, ven cuando quieras.*
—*De acuerdo, en media hora estoy ahí* —escribió con una enorme sonrisa en la cara.

Conversación de chat finalizada.

No había pasado la media hora que ya estaba Jaime en la galería, era tanta la necesidad que tenía de estar con ella que el tiempo que pasaban lejos era doloroso para él.

—No sabes las ganas que tenía de verte —dijo Jaime cuando Rhona abrió la puerta.

—¿Solo de verme? —preguntó ella pícaramente.

—Dios, no, solo de verte, no, de verte, de besarte, de abrazarte y de algo más.

—Jajaja —rió Rhona tirando la cabeza hacia atrás, cosa que le daba esa naturalidad que la hacía parecer casi una niña.

—Si sigues haciendo eso no me voy a poder resistir —confesó Jaime.

—¿Haciendo qué? —coqueteó de nuevo.

En ese momento no pudo soportar más tiempo el juego, la estrechó entre sus brazos y la besó como si no hubiera un mañana, en realidad ninguno de los dos estaba seguro que lo hubiese, así que tenían que aprovechar los escasos momentos de que disponían. Pasaron cogidos de la cintura a la parte del almacén que ella había habilitado como estancia y se dejaron caer en el ya conocido sofá. Rhona después de unos cuantos besos se levantó y sacó una botella de vino blanco, dos copas y un bol con unas fresas, desde que se había separado vivía a medias entre la casa de Lola y el taller, así que estaba surtida con alguna que otra cosa para picar.

—¿Me cambias por un aperitivo? —se había puesto de pie detrás ella y la abrazaba por la cintura mientras ella servía el vino.

—Todo dependerá de cómo te portes —sonrió mientras Jaime le besaba los hoyuelos que le salían cada vez que se reía.

Siguieron tonteando mientras saboreaban el vino y se saboreaban ellos también, en un momento Jaime le tomó la copa de las manos y la depositó en la mesita auxiliar que había al lado del sofá.

—Mmmh, esto es mejor que cualquier vino —le decía mientras le desabrochaba la blusa, le soltaba el cierre del sujetador y lamía sus pezones.

Rhona entreabrió los labios y los humedeció con la lengua, un débil gemido escapó de su garganta al sentir como la lengua de Jaime rozaba una y otra vez sus pezones duros y erectos.

Jaime por un momento se la quedó mirando, tenía los ojos cerrados, Rhona al notar que paraba susurró su nombre, un sonido que a Jaime lo llenó por completo, tanto como el deseo que se retorció en sus entrañas, Rhona abrió ligeramente los ojos, unos ojos llenos de deseo, tanto como el que él sentía por ella, aquello hizo que le corriera la sangre por las venas a mayor velocidad, acelerando de igual modo su corazón, cada vez estaban más compenetrados cuando hacían el amor, Rhona era pura pasión, era fuego bajo el calor de su piel, solo el roce de sus dedos hacía vibrar cada fibra de su ser. Llevaba muchos días con aquel deseo. Las manos de Rhona buscaron su miembro por encima de los pantalones que no se había acabado de quitar, los bajó a la vez que los boxers dejando que su virilidad se expandiera con total libertad. Jaime no quería correr, su intención era llevarse aquel encuentro grabado en su mente, cogió una fresa, la mojó con el vino y se la acercó a ella a los labios, la comieron entre los dos hasta que sus lenguas se encontraron de nuevo.

Siguieron con aquel juego un rato más, la temperatura subía por momentos, estaban

concentrados en darse placer el uno al otro, aquello era algo tan nuevo para Rhona que no quería que acabase nunca ese momento, se sentía deseada como nunca antes lo había hecho, aquel había sido un encuentro irrepetible, ella por primera vez se sentía libre y dejó que su cuerpo lo expresara, y lo hizo. Jaime le había dicho que no sabía cuando podría volver, así que atesoró en su recuerdo cada segundo pasado a su lado, cada roce de su piel contra su piel. El éxtasis llegó y también la despedida, ninguno de los dos lo deseaba pero las circunstancias a veces mandaban sobre ellos. Se despidieron con un reconfortante abrazo y la promesa de volver a verse lo antes posible.

—Lláname, por favor, en cuanto puedas —pidió Rhona.

—Tenlo por seguro, mientras esté en casa no puedo, pero en cuanto llegue a Bruselas te llamo o te envío un mensaje.

—Los mensajes ya no son suficiente, necesito escuchar tu voz.

Jaime volvió a besarla, no se cansaba de hacerlo, pero no podía quedarse más rato, no había pensado en su situación en todo el tiempo que estuvo allí, pero la realidad se abría paso y debía volver a ella.

Jaime arregló unos asuntos pendientes antes de llegar a casa, le dio el día libre a Ingrid, a decir verdad le molestaba su presencia, y estuvo atento a Maricarmen todo el tiempo que le quedaba que estar en Barcelona, estuvo pendiente de ella, la obligó a arreglarse y la llevó a comer a su restaurante favorito, la abrazó al llegar a casa de nuevo y se sentó junto a ella a ver la televisión, no estaba bien, la notaba ida, ausente, pero aún así pensó que se lo debía, le habló de sus sobrinos, eso siempre la animaba, incluso bromeó con la idea de ser tía abuela pronto, aunque los jóvenes parecía que no estaban mucho por la labor. Maricarmen preguntó a su marido por la novia de Albert, le había gustado aquella chica que había llevado a la boda de su hermano, Jaime sonrió recordando el momento tan embarazoso que había pasado Rhona por su culpa, pero lo divertido que fue, aquello no tenía precio.

Había sido un día emocionante para la mujer, así que se retiró pronto, le dijo que se sentía agotada pero muy bien, reconoció, y se fue a dormir, con la promesa de que Jaime se acostaría a su lado.

—Por supuesto, sabes que estando en casa mi sitio es a tu lado y allí voy a estar siempre —respondió más para sí mismo, la culpa lo corroía, pero no podía pensar en Maricarmen como mujer, la veía como alguien a quien cuidar, como una amiga, incluso como una hermana, pero hacía muchos años que había dejado de despertar en él sentimientos de otro tipo, la atracción que hubo en otro tiempo, y que no fue mucha, se fue con el malogrado embarazo y la depresión tan profunda en la que se sumió su mujer, pero había prometido ante el cura que los casó, que hasta que la muerte los separase la cuidaría, y eso precisamente era lo que intentaba hacer, aunque su pensamiento siempre estuviese ocupado por otra figura femenina, una figura que sí que despertaba en él ese fuego, esa pasión que estuvo dormida durante tantos años, una pasión que lo había devuelto a una segunda juventud, y tampoco creía justo desaprovecharla, y aunque fuera injusto, era superior a sus fuerzas, amaba a Rhona como nunca amó a nadie.

El domingo por la tarde volvió Ingrid, Jaime ya estaba preparado para partir de nuevo hacía Bruselas, estaba esperando el taxi que lo llevase al aeropuerto, cuando tuvo la imperiosa necesidad de llamar a Rhona, esperaba que le cogiese pronto el teléfono.

—Hola, guapo —contestó al ver quien era.

—¿Qué haces?

—En este momento nada, estoy en casa de Lola, voy a cenar con ella —respondió sin dar

muchas explicaciones.

Voy camino al aeropuerto, me gustaría que vinieras a despedirme.

—Mmmm, no sé, nos vimos ayer, habíamos quedado que lo nuestro era solo sexo —dijo con una ligereza que distaba mucho de ser cierta.

—Ok, lo entiendo, pero hay amistades que se vuelven imprescindibles —replicó con la voz algo apagada— no sé cuando podré volver, así que me despidió de verte por un tiempo, pensé que los mensajes ya no eran suficientes.

—*Touché*, creo que lo dije en un momento de debilidad —explicó Rhona sin convencerlo.

—Está bien, cuando llegue te llamo, ¿o no era eso lo que me pedías?

A Rhona se le encogía el corazón, no podían hacerse ilusiones ninguno de los dos, pero era complicado mostrarse algo distante, cuando en realidad lo que quería era estar entre sus brazos.

—Pasa a buscarme por casa de Lola, te acompaño al aeropuerto —concedió por fin.

En cuanto cortó la llamada le dijo a Lola que salía, aquel fin de semana estaban solas, el hijo de Lola estaba con su padre, así que habían pensado ir al cine a ver una película que tenía muchas nominaciones a los Oscars, Lola sonrió, por la conversación sabía perfectamente con quien había hablado, así que le dijo que no se preocupase, pondría alguna serie en Netflix y la esperaría para que le explicase aquella urgencia.

Cuando pasó el taxi a por ella, ya estaba esperando en la puerta, Jaime se bajó, le abrió la portezuela del coche y se sentó a su lado, en cuanto el coche arrancó, se empezaron a besar como dos adolescentes, como si hiciera meses que no se veían. Llegaron al aeropuerto y como era pronto, se sentaron en una cafetería a tomar un café, los intensos ojos azules de Jaime no podían apartarse del dorado ambarino de los de ella, en la cara un rictus entre la felicidad y la pena, por un lado estaba feliz de estar con ella, por otro en menos de media hora subiría a aquel avión que los alejaría por no menos de dos semanas.

Por fin se fue, y con la partida el corazón de Rhona se desinfló como una pompa de jabón, la energía la abandonó, tomó el camino de salida del aeropuerto cabizbaja, tanto que no se dio cuenta de que otros ojos la miraban desde la distancia, dos pares de ojos que la habían observado, cada par independiente del otro.

—¡Rhona, Rhona! —creyó escuchar la voz de Daniel que la llamaba, sacudió la cabeza y siguió con paso lento, casi arrastrando los pies, una mano la agarró con fuerza del brazo.

—¿Qué haces aquí? —indagó Daniel con malos modos.

—Creo que eso no es cosa tuya —contestó huraña.

—Te he visto besar a un tipo, ahora entiendo las prisas en dejarme, sabía que había otro —apuntó Daniel apretando la mandíbula.

A Rhona le dio un vuelco el corazón, de la manera que lo dijo parecía ser que no lo había reconocido, así que intentó serenarse y ganar tiempo, necesitaba pensar.

—He venido a despedir a un amigo, aunque creo que no tengo la obligación de darte ninguna explicación.

—Todavía eres mi mujer —casi gritó— deberías tener más decoro, ¿qué dirá la gente si te ven besuqueándote con cualquiera?

—¿Te estás oyendo?, lo primero, ya no soy tu mujer, no, no me cortes —levantó la mano para hacerle callar— y lo segundo solo a un ser tan retrógrado como tú le escandaliza un beso.

—Qué dirán tus hijas cuándo sepan lo que hace su madre.

—¿Lo que hace su madre?, de verdad que cada vez entiendo menos como pude enamorarme de ti, solo te preocupa el qué dirán, pues bien, no te preocupes tanto, seguro que “mis

hijas” lo entienden perfectamente —remarcó la palabra hijas.

—A Patricia no le ha gustado nada, Clara, como siempre, está de tu parte.

Con aquellas palabras le clavó una astilla en el corazón, no había esperado a que fuese ella la que les diera la noticia, se había apresurado a dejarla en mal lugar ante su hija mayor, sabiendo como sabía que ella siempre lo apoyaría a él, por eso tenía pensado viajar a Londres el fin de semana siguiente y explicárselo ella, que la pudieran mirar a los ojos y que se dieran cuenta que no mentía cuando les dijese que la convivencia con su padre se había hecho insostenible.

—Eres un desgraciado, pero ¿sabes qué? No me sorprende, siempre vas un paso por delante para poder tergiversar las cosas a tu antojo, siempre lo has hecho y siempre lo harás, aunque ¿sabes otra cosa?, estoy segura de que Patricia me entenderá.

Daniel sonreía con cinismo, cosa que a ella la sacó de sus casillas, no le gustaban los espectáculos callejeros, así que se dio media vuelta y con toda la dignidad de la que fue capaz de reunir se alejó de su pasado.

El segundo par de ojos que la miraban se sacó el móvil del bolsillo y al igual que había hecho con la despedida de Jaime y ella, hizo algunas fotos a Rhona discutiendo con Daniel, “de algo me servirán” se dijo.

Jaime llegó a Bruselas y lo primero que hizo fue llamar a su casa, tenía un algo en el cuerpo que no le dejaba tranquilo, cogió el teléfono Ingrid, tan amorosa como siempre, aunque desde lo que pasó aquella noche en su despacho y lo que había pasado aquel fin de semana en su casa no le parecía alguien tan inocente, hubiese querido contratar a otra persona, pero en tan poco tiempo no pudo encontrar a nadie que se pudiese quedar las veinticuatro horas con Maricarmen, así que se resignó, intuyendo sin miedo a equivocarse que el supuesto novio de la joven volvía a estar instalado allí.

Capítulo XX

Rhona llegó a casa de Lola descompuesta, la conversación había sido más traumática de lo que ella imaginó que sería la primera vez que se viese con Daniel después de la separación. Había sacado sus pertenencias, bueno solo lo menos importante, las cosas materiales, atrás quedaba lo importante de verdad, entre aquellas cuatro paredes quedaban los recuerdos, las batallas, ganadas o perdidas, las emociones, no todo fue malo, y ella quería quedarse solo con lo bueno, por eso únicamente se llevó lo indispensable, la ropa y poco más, se trataba de empezar de cero, no de continuar con el lastre de una vida sin emoción, sin alicientes, así que ya que había dado el paso, había que cortar por lo sano, cero recordatorios. El día que se vendiese la casa, tampoco se llevaría nada, se lo dejaba todo a él que era quien solía vivir en el pasado, ella había apostado fuerte por algo diferente y si arrastraba, aunque solo fuese una foto, estaba segura que todo seguiría sin cicatrizar y ella estaba restañando el pasado, el futuro era incierto, pero era su futuro y quería llenar la siguiente página en blanco a partir de cero, sin interferencias, sin

borrones.

Cuando le explicó el encuentro que había tenido con su marido, Lola intentó tranquilizarla.

—Tu ex, empieza a pensar en Daniel como tu ex, mientras no lo hagas, tendrá poder sobre ti —le reprochó Lola.

—Te prometo que pensé que sería distinto, no sé qué tenía en mente pero, desde luego, no celos a estas alturas, nunca se preocupó demasiado por mí, no entiendo ahora a qué vienen esos celos.

—Nunca pensó que podía perderte, ahora que no te tiene está desubicado.

—Supongo que es eso, pero me duele que hable con las chicas a mis espaldas, a saber qué les habrá dicho.

—Tranquila, seguro te van a entender, Clara por lo menos lo hace.

—No es Clara la que más me preocupa, es Patricia, ya sabes que adora a su padre y lo que él le dice va a misa, no atiende otros argumentos.

—Pues te toca contraatacar, o como mínimo, explicar tu versión.

—Estoy pensando que me voy a Londres, tengo que hablar con ellas y no voy a esperar a que Daniel vuelva a hacerlo y siga tergiversando las cosas —dijo de pronto Rhona.

—Es lo mejor que puedes hacer, una charla madre hijas, sin imponer nada, sencillamente explicar que la convivencia se ha terminado, y que la vida sigue.

—El miedo que tengo es que Daniel les haya ido con el cuento de que me vio besándome con Jaime, menos mal que no lo reconoció.

—No quiero ponerte mal, pero también puede ser que lo disimulase, no me extrañaría nada siendo como es.

—Por eso, no voy a perder más tiempo, por la mañana en el primer vuelo que salga me voy para allá.

Dicho esto se dispuso a preparar el equipaje, una bolsa de mano con un par de mudas, no pensaba estar más que un par de días, hablar con ellas, explicar las cosas y que poco a poco fuesen asimilando que ella no volvería con su padre, pero que tampoco tenía una relación con nadie, en ese punto tendría que disimular algo la verdad, la relación estaba, aunque desde luego no tenía futuro, por eso no pensaba ir más allá de que eran amigos.

A primera hora de la mañana ya se encontraba en Londres, llegaba por sorpresa, sin avisar a las jóvenes, no quería que interrumpiesen su día a día porque ella estuviese allí, además creía imperioso que no pudieran hablar con su padre antes de que ella lo hiciera con ellas. Tomó un taxi y se dirigió a su casa, aunque antes de subir se paró a desayunar en la cafetería de al lado, en realidad estaba haciendo tiempo, o mejor dicho, dándose ánimo a sí misma. Dando el primer sorbo al café vio salir al novio de Patricia del edificio, aunque él no la vio, así que en cuanto se terminó el café subió.

—¡Mamá! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí, ha pasado algo? —preguntó Clara sorprendida y algo asustada.

Rhona no pensó que pudiera asustar a sus hijas por presentarse sin avisar, aunque no siempre, a veces era impulsiva y no medía las consecuencias de sus actos, pero ya estaba hecho.

Clara abrazó a su madre y le ayudó con la bolsa que llevaba en la mano, al cerrar la puerta volvió a preguntar.

—Mamá, qué ha pasado para que te presentes aquí sin decir nada, ¿has discutido con papá?

—Pues verás, discutir lo que se dice discutir no, ya sabes que la cosa no iba bien, ¿tu padre no ha hablado contigo? —de pronto pensó que fuese un órdago lo del aeropuerto.

—Llamó a Patri, pero no quiso decirme de qué habían hablado, ya sabes que les gusta tener sus secretos.

—Si claro, lo sé, por eso he venido, necesitaba responsabilizarme por mis actos, pero no sé si tu hermana me entenderá.

—Mamá, ¿quieres ir al grano? Por favor —se exasperaba Clara ante las vueltas que daba su madre.

—He dejado a tu padre, me he separado, ya está, ya lo he dicho.

—Jajaja, ¿y para eso tantas vueltas?, mamá, se veía venir, tú no eras feliz, no hay que tener un master para darse cuenta.

A Rhona se le escapó un suspiro de alivio, abrazó a su hija y la besó en la cabeza como cuando era pequeña, aunque para eso se tuvo que poner de puntillas, Clara la cogió de la mano y la hizo sentar en el office, preparó té, en eso se habían hecho a las costumbres británicas, así que se sentaron una a cada lado de la cocina, su hija reía al contemplar a su madre tan nerviosa por lo que dirían de ella.

—Gracias, cariño, pero es tu hermana la que me preocupa, ¿dónde está? He visto salir a Albert, pero iba solo.

—Tenía turno de noche, Albert iba a recogerla, así que tu suplicio llegará en cualquier momento —comentó Clara añadiendo nervios a los que ya tenía su madre.

—Bien, mejor así, prefiero hablar contigo primero.

Dicho esto, Clara salió de la cocina y se sentó al lado de su madre, quería darle la confianza necesaria para que empezase a hablar, que le explicase lo que había pasado antes de que llegase su hermana y se complicase todo, porque estaba segura que Patricia, como siempre, estaría del lado de su padre aún antes de escucharla a ella. Cuando hubo expuesto sus razones Clara volvió a abrazarla llenándola de besos.

—Es tu vida, mamá, no tienes por qué darnos explicaciones, aunque te lo agradezco.

En ese momento llegaba Patricia con su novio, que parecía ser que se había instalado en la casa, Rhona pensó que era bueno que su hija tuviese a su lado alguien tan centrado como Albert, lo miró con ojos tiernos, aquellos ojos le recordaban tanto a los de su tío, que casi tuvo que bajar la vista al suelo para no delatarse.

—¡Mamá! —exclamó Patricia al entrar y verla allí.

—Hola, cielo.

Se acercó a su hija y le dio un abrazo y la besó tal como había hecho con la menor, le encantaba abrazar a sus hijas, las echaba tanto de menos, pero habían escogido estar lejos y eran felices, eso bastaba para ella, a ver si su decisión la aceptaban del mismo modo que ella lo hizo.

—¿Ocurre algo? —preguntó extrañada, como lo había hecho antes su hermana.

—Necesito hablar con vosotras —confesó Rhona, cuanto antes mejor, pensó.

—Creo que ya sé lo que quieres decirnos, para eso no hacía falta que vinieses hasta aquí, papá me lo ha contado todo.

Rhona se puso tensa, a saber qué le había contado Daniel, siempre había sabido llevar el agua a su molino, y Patricia nunca se cuestionaba nada de lo que su padre le decía. Un nudo le atenazó el corazón, si algo necesitaba en este mundo era el cariño de sus hijas, sin ellas, ella no era nada, habían sido su tabla de salvación mientras su matrimonio hacía agua por todas partes, se volcó tanto en ellas que los desplantes de su marido no los tomaba en cuenta, había levantado una

coraza e incluso se había obligado a creer que era feliz con lo que tenía, el problema fue quedarse sola, entonces ya no tenía excusa para pasar por alto cada vez que Daniel la ignoraba, y al aparecer Jaime en su vida, se acabó de quitar la venda de los ojos.

—¿Qué es lo que te ha dicho tu padre? —preguntó cuando pudo controlar la voz.

—Que lo has abandonado —contestó con crudeza.

—Patricia, las cosas no son tan sencillas, la convivencia era muy difícil, y no lo he abandonado, he decidido que si no somos felices juntos es mejor estar separados.

—Ese es el problema, has decidido, no te has parado a pensar en papá, es una decisión unilateral, eres muy egoísta, ¿lo sabías? —le gritó a su madre furiosa.

Aunque Rhona esperaba de su hija una reacción negativa, no esperaba que lo fuese tanto, el nudo que se le había hecho en la garganta bajaba por el pecho y le oprimía el corazón casi negándole el aire a sus pulmones.

—¡Patri! No le hables así a mamá, sabes de sobra que el egoísta siempre ha sido papá, yo también lo quiero, también es mi padre, pero eso no me ciega para darme cuenta de que siempre anuló a mamá, hasta conmigo lo intentó, por eso me vine a Inglaterra, no por otra cosa.

—¿Qué sabrás tú! —Le espetó Patricia a su hermana— Siempre has hecho lo que te ha dado la gana, para papá has sido una decepción.

—¡Basta! —gritó Rhona, no podía soportar que sus hijas se peleasen por su culpa.

—Tranquila, mamá —la abrazó Clara— no piensa lo que dice, ella pensaba que erais el matrimonio perfecto, no soporta la realidad, siempre ha sido muy ilusa y pensaba que las cosas eran inamovibles, pues bienvenida a la realidad querida hermana.

—A ver chicas, lo último que quiero es dividiros, Patricia, tu padre siempre va a ser tu padre, esté conmigo o no, pero lo que es seguro es que yo no puedo seguir viviendo con él, vivimos vidas completamente distintas.

—Ya lo sabía papá —seguía en sus trece— lo de la pintura te ha cambiado, él lo veía venir, solo piensas en pintar, ¿no crees que a tu edad deberías estar en casa?

—¡Patricia! —la cortó Albert, que hasta entonces se había mantenido al margen— ¿te estás escuchando? No esperaba algo así de ti. Eso ha sonado muy machista por tu parte, no quiero meterme, pero creo que tu madre se merece una disculpa.

—Solo he dicho la verdad —se encaró con su novio.

—Pero no siempre tu verdad es la verdad de los demás, nunca te lo he querido decir, pero ves el mundo a través de tu prisma, no te pones en la piel de nadie, ese es tu defecto.

—No te preocupes, Albert —medió Rhona—, Patri siempre ha tenido un pensamiento único, pero estoy segura que acabará entendiéndolo.

Patricia lo tomó como un ataque personal y se encerró en la habitación dando un portazo. Las tres personas que quedaban en la casa se miraron sin saber muy bien qué decir, Rhona se había quedado casi muda, Clara, era de armas tomar, había estado a punto de abofetear a su hermana cuando la oyó, y Albert, pobre Albert, se sentía atrapado por el amor que le tenía a Patricia, pero se daba cuenta que aquel no era el camino, aunque tampoco quería tomar partido no había podido callarse, no obstante era algo de ellas, él solo era un mero espectador, si no le preguntaban su opinión intentaría mantenerse al margen.

El novio de Ingrid seguía con sus prácticas, Maricarmen cada vez estaba más dopada, Jaime llamaba y aunque se ponía al teléfono notaba que algo no iba bien, estaba pensando incluso renunciar al trabajo, algo le decía que no debía estar allí, pero aquellos pensamientos pronto

quedaron ocultos por la desgracia de un atentado, aquel suceso le hizo olvidar todo y salir corriendo a cubrir la noticia, en aquel momento incluso Rhona pasó a un segundo plano.

Ingrid cada día que pasaba se sentía peor, se daba cuenta, cada vez más, que su novio tenía una obsesión, y era una obsesión insana, y aunque le resultaba imposible resistirse a todo lo que le decía, lo estaba intentando, así que le había empezado a dar menos sedantes a Maricarmen esperando que su novio no se diera cuenta, porque veía que a la pobre mujer se le escapaba la vida y no soportaría tener en su conciencia algo así. Entró en la habitación para administrar la medicación que su novio le había preparado, lo que hizo fue darle la mitad de la dosis, el resto de pastillas se las metió en un bolsillo para tirarlas por el retrete sin que él se diera cuenta, el problema fue que sí se dio cuenta, Ingrid había dejado la puerta entreabierta y él vio cómo se escondía algunas pastillas.

—¿Se puede saber qué cojones haces? —espetó iracundo.

Ingrid dio un respingo asustada, no esperaba ese grito tras ella y se le cayó el vaso con agua que llevaba en la mano para que Maricarmen se tomase la medicación, un trozo de cristal se le clavó en la pierna y tuvo que ir a curarse al baño, en ese momento, el novio fue a buscar otro vaso de agua y se lo dejó a Maricarmen sobre la mesilla de noche, con la tableta entera de las pastillas al lado, Maricarmen en su mente vio aquellas pastillas como una liberación, las cogió y se las tomó todas, en su cabeza ya no cabía otra cosa que no fuese dejar de sufrir, dejar de padecer, dejar de llorar, en definitiva dejar la vida atrás.

—Así me gusta, buena chica —le dijo su verdugo con macabra sonrisa.

Ingrid se estuvo curando la herida, por suerte solo había sido un pequeño corte, guardó agua oxigenada y algodón en el botiquín, se puso una gasa con esparadrapo para cubrir la herida y salió a ver si su novio no estaba demasiado enfadado con ella, estaba empezando a cogerle miedo, cuando miraba a la pobre mujer postrada como estaba en la cama lo veía disfrutar, y cuando llamaba Jaime los ojos se le inyectaban en sangre y el odio aparecía en su cara haciendo aflorar su verdadera naturaleza. Abrió la puerta del dormitorio y se tranquilizó, no estaba con ella, Maricarmen estaba sola y dormida, Ingrid no creía que fuese bueno para ella que durmiese tanto, por eso se había negado a darle tantos somníferos, esperaba que su novio no la tomase con ella, se sentía atrapada en una encrucijada y no sabía cómo salir, incluso había pensado acudir a la policía, pero le aterraba que él le hiciera daño a ella también. La última semana a su lado estaba siendo un infierno, aquel amor que le tenía se había convertido en pánico, quería escapar, pero no tenía donde ir, ya se había encargado él de que no lo tuviese, dependía de él en todos los sentidos.

Al entrar en el salón estaba esperándola, sabía que ella se alejaba de lo que se proponía, por eso el cambio de planes, ahora que Jaime estaba fuera tenía que actuar, así que era primordial que Ingrid estuviese de su parte, al verla entrar le sonrió, se acercó a ella y la abrazó, le mordió los labios tal como sabía que le gustaba, le arrancó la ropa y la poseyó salvajemente. No le costó mucho, era un tipo frío y calculador, un tanto sádico, mordió, apretó, estrujó e hizo todo lo que sabía que a ella le gustaba, pero con algo más de fuerza de la necesaria.

—Me estás haciendo daño. —Se quejó Ingrid con un hilo de voz y lágrimas en los ojos, aquel juego que al principio le había gustado tanto, ahora le daba un miedo atroz, le estaba dejando marcas en todo el cuerpo, y ella sabía que no le estaba haciendo el amor, le estaba enviando una advertencia. Ingrid calló y esperó que pasara todo, intentaría hacer lo que él quería hasta que pudiera salir de allí, lo que en un principio pensó que sería el pasaporte a sus sueños se había convertido en una cárcel y en la peor de las pesadillas no solo para Maricarmen, también para ella.

—Mi amor, solo te hago lo que tanto te gusta —contestó con cinismo.

—Sí, sí, claro que sí, me encanta —respondió intentando calmarlo.

Cuando el tipo pensó que la tenía donde quería le dijo que tenía hambre, que no se tenía que preocupar más por Maricarmen, que a partir de aquel momento sería él quien se encargaría de ella, aquello asustó más si cabía a Ingrid, pero estaba tan atemorizada que no era capaz de pensar con coherencia, así que hizo todo lo que él quería, le preparó la comida, se mostró cariñosa con él y esperó que aquello fuese pasajero, aunque en el fondo sabía que para nada lo era. Al rato quiso asomarse a ver como estaba Maricarmen, ni siquiera le había dicho que le diese de comer, en un descuido fue al dormitorio y algo le dijo que la cosa no iba bien, estaba en la misma posición que cuando la había dejado por la mañana, se adentró con sumo cuidado y la vio tan pálida que se le aceleró el corazón, la tocó y la notó fría como el mármol, estaba muerta. Un sollozo escapó de su garganta, aunque su novio se lo había prohibido, le había cogido cariño, en los sentimientos no siempre podemos mandar. No sabía cómo explicar a Jaime todo aquello, se puso nerviosa, iría a la cárcel, estaba segura que su novio le echaría la culpa a ella.

Capítulo XXI

Jaime pasó todo el día de un lado a otro, había habido un atentado espantoso en Bruselas y aunque no estaba allí para cubrir ese tipo de noticias, tampoco pudo dejar de hacerlo, era algo demasiado fuerte para un periodista de raza como él, estaban proliferando los ataques islámicos y Bruselas se había visto envuelta en uno de dimensiones catastróficas y, lógicamente, no estaban preparados para algo así, por lo tanto, cualquier ayuda era bien recibida, sobre todo si venía de un país como España, que, por desgracia, en cuestión de terrorismo estaba a la cabeza en este tipo de ataques. Las bombas habían estallado simultáneamente en varios puntos cruciales de la ciudad haciendo así mucho más complicado el rescate de las víctimas, en pocos minutos la ciudad quedó colapsada. Las autoridades hicieron un llamamiento a la calma y sobre todo a dejar las líneas telefónicas a disposición de los servicios de emergencias, también se pidió a la ciudadanía que no se comentase nada a través de las redes sociales para no dar posibles pistas a los terroristas.

Durante toda la mañana estuvo Jaime en la ruedas de prensa que se hicieron en los lugares afectados, el caos era desolador, casi un centenar de muertos por culpa de un fanatismo que no llevaba a ningún sitio. Grabó, fotografió, entrevistó a todo el que podía arrojar algo de luz sobre aquella masacre y al finalizar el día, agotado y enrabiado con el mundo por aquellas injustas muertes, llegó a su apartamento a descansar un rato, aquello no había hecho más que empezar, aunque para nada esperaba la noticia que le aguardaba en su contestador.

Al entrar en el apartamento vio que la luz roja parpadeaba en el contestador, pensó que las noticias habían llegado como siempre demasiado rápido. Estaba tan cansado que pensó primero darse una ducha, relajarse y después ya escucharía los mensajes, seguro era su jefe esperando la crónica, así que tendría que esperar unos minutos más, tenía que redactar el artículo, antes de enviar nada había que poner en orden todo el material recogido durante aquel agotador y trágico día.

Salió de la ducha, se calentó una pizza al microondas y empezó a clasificar el material, eran altas horas de la madrugada cuando ya le pareció que el artículo tenía el carácter y la forma

deseada, fue entonces cuando recordó que no había escuchado los mensajes del contestador, el móvil prácticamente se había pasado todo el día sin cobertura, por suerte, parecía ser que en aquel momento las líneas empezaban a funcionar casi con normalidad, empezaron a entrarle mensajes y llamadas perdidas, por un momento no sabía dónde acudir, móvil, fijo, igual daba, seguro eran las mismas personas que por mucho que dijese que no se colapsaran las líneas, habían seguido enviando mensajes y haciendo llamadas sin parar, empezó a revisarlas; cómo se había temido, eran de la redacción, de su hermana, algún amigo... pero no encontró la que esperaba encontrar, Rhona no se había molestado en llamarlo, no sabía qué pensar, ¿habría hecho caso de las noticias? O sencillamente se estaba olvidando de él, fue al contestador y activó las grabaciones de mensajes, escuchó unos cuantos de sus jefes y de pronto saltó la alarma en su cabeza, había un extraño mensaje de Ingrid, decía con voz llorosa que Maricarmen llevaba horas durmiendo y no se despertaba, que estaba muy preocupada por ella, le decía que había llamado al médico. Los siguientes eran otra vez de sus jefes y había uno de su sobrino, le decía que si estaba todo bien y que si necesitaba algo podía viajar a echarle una mano, el siguiente volvía a ser de Ingrid, con voz trémula le comunicaba que cuando había llegado el médico Maricarmen estaba muerta, seguía diciendo entre llantos que estaba asustada y no sabía qué hacer, que volviese urgentemente.

Desde que estaba en Bruselas tenía la sensación que algo no iba bien, no sabía explicarlo, pero siempre que tenía una corazonada como aquella, alguna desgracia ocurría en su entorno y aquella vez le había tocado a él.

Cogió la bolsa que siempre tenía preparada por si tenía alguna emergencia y salió disparado al aeropuerto, al llegar se dio cuenta que ni siquiera había llamado a Ingrid para que le explicase qué había pasado, bueno, pensó, tenía tiempo de sobra para llamar, hasta primera hora de la mañana no salía ningún vuelo, continuaban los aeropuertos cerrados por causa del atentado, sería una manera de pasar los nervios.

Llamó a su casa, pero no le contestó nadie, así que llamó al móvil de Ingrid, al escuchar su voz se dio cuenta que estaba muy nerviosa, era normal, pensó, pero había algo en su modo de hablar que era excesivo, se dijo.

—Pero qué es lo que ha pasado, es lo que te estoy preguntando —intentaba aclarar Jaime.

—Es que no lo sé, entré a ver como estaba y pensé que dormía, ya te lo he dicho —contestaba entre sollozos.

—Y el médico qué ha dicho, ¿dónde está el cuerpo?, explícamelo porque no lo entiendo, Maricarmen no estaba tan deprimida cuando me fui, no debí dejarla contigo, no debí —repetía atormentado.

—Está en el depósito, tienes que venir a reclamar el cuerpo, le tienen que hacer la autopsia.

—No te vayas, a primera hora de la mañana estoy ahí, espero que me puedas aclarar todas las dudas que tengo —dijo en tono amenazante.

Jaime estaba destrozado, hasta se sintió mal consigo mismo, aquello en un primer momento le pareció una liberación, aunque enseguida se arrepintió de sus pensamientos, él nunca le quiso ningún mal a su mujer, todo lo contrario, le hubiese gustado que hubiera sido capaz de recuperarse de su depresión y que hubiese llevado una vida normal. Con todo el malestar que sentía empezó a hacer llamadas, era temprano, (se había pasado la noche hablando con Ingrid), pero ya estarían todos levantados a esa hora, Maricarmen no tenía familia, pero la de él tenía que saberlo, su hermana y sus sobrinos siempre habían estado ahí, en lo bueno y en lo malo, ahora tocaba malo,

llamó a su hermana que inmediatamente le dijo que iría para el hospital a ver si ella podía averiguar algo, después le tocó el turno a su sobrino mayor, estaba haciendo un reportaje para el periódico en el que trabajaba pero le dijo que dejaría todo y lo esperaría en el aeropuerto a su llegada a Barcelona, y por último, ya a media mañana, llamó a Albert, que estaba haciendo la residencia en el hospital de Londres donde trabajaban también las hijas de Rhona, en el momento que llamó acababa de llegar con Patricia al piso que compartían las dos hermanas y él, al escuchar a su tío comunicar la noticia se quedó lívido, las piernas no lo sostenían y tuvo que sentarse, Rhona que estaba a su lado vio como palidecía y al acabar la conversación le preguntó si eran malas noticias y si se sentía bien.

—Acaba de fallecer mi tía —dijo escueto.

—Cariño, lo siento mucho, ¿estabais muy unidos?

—Sí, es mi tía Maricarmen, la mujer de mi tío Jaime, los conociste en la boda de mi hermano, prácticamente era como una segunda madre para nosotros —aclaró.

Esta vez fue Rhona la que entró en shock, las piernas dejaron de sostenerla, y un vahído nubló por unos instantes su mente, aquello no estaba previsto, era una mujer casi de su edad, algo desgastada por la enfermedad, con problemas, pero demasiado joven para morir, una congoja le invadió el corazón.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —se asustó Clara al ver palidecer a su madre de aquella manera,

—Sí, gracias, estoy bien, no te preocupes, es que pensé que no la conocía y no me lo esperaba —se excusó torpemente.

—Tengo que irme a casa —dijo Albert mirando a su novia—. No puedo dejar a mi tío solo en este trance.

—Yo también me tengo que ir, si quieres viajamos juntos —Propuso Rhona.

—Está bien, en cuanto haga unas gestiones en el hospital nos vamos, ¿te parece?

—De acuerdo, te espero aquí.

Durante el tiempo que Albert estuvo fuera, Patricia estuvo agresiva con su madre, cualquier comentario era mal acogido por su parte, así que Rhona optó por callar, bastante tenía con todo lo que bullía en su interior, no podía ocultar el malestar que sentía y la angustia que le provocaba aquella situación. En un momento dado, Clara, al salir su hermana a hacer unas compras cogió a su madre por banda.

—Mamá, ¿no crees que te ha afectado algo más de la cuenta la muerte de Maricarmen? —Espetó a bocajarro.

Rhona se puso tensa, no esperaba ser tan evidente.

—No entiendo tu comentario —fue lo único que se le ocurrió contestar.

—Yo creo que sí, que lo entiendes perfectamente ¿hay algo que quieras contarme? —Preguntó Clara directamente —mejor me lo cuentas ahora que cuando esté mi hermana, ¿no te parece?

—Estoy algo aturdida, eso es todo, debe ser el viaje y el disgusto de tu hermana.

—Eso no es todo, el tío de Albert y tú ¿sois amantes? —Indagó.

—¿Por qué dices eso? —contestó Rhona con voz trémula, mientras el rubor inundaba su rostro.

—Mamá, os vi en la boda, había mucha complicidad entre vosotros mientras bailabais y antes os había visto hablando detrás del restaurante. Tranquila, no te reprocho nada, incluso lo entiendo —concluyó al ver que a su madre estaba a punto de darle un soponcio.

—Clara, no sé cómo explicarlo, no lo busqué, te prometo que no lo busqué, surgió, supongo que me sentía muy sola y él... él estaba allí.

—No te alteres, mamá, te entiendo, mi padre nunca ha sido la alegría de la huerta, así que es lógico que si alguien te hace reír... —jajaja— se rió ella de su propio comentario.

No pudieron seguir hablando, en aquel momento llegaba Patricia de sus recados, al entrar volvió a mirar a su madre con disgusto, cosa que a su hermana le molestó enormemente.

—¡Patricia! Basta ya —recriminó Clara a su hermana.

—No puedo disimular, no me gusta esta situación, creo que papá lo está pasando muy mal y mamá no debería haberlo dejado, él no es nadie sin ella —contestaba a su hermana mientras miraba con furia a su madre.

—Te escucho y no te oigo, no puedo creer que nunca te dieras cuenta de lo egoísta que ha sido papá con ella, no, no me cortes —la calló—, mamá siempre ha estado ahí para nosotras, para él, pero nunca se tuvieron en cuenta sus sentimientos, sus necesidades, y eso es tanto culpa de él como de nosotras.

—¡Basta! —Medió Rhona— no quiero que os enfadéis por mi culpa, creo que no debí haber venido, pero quería que lo supieseis por mí, yo también tengo derecho a darte mi versión, ¿no crees, Patricia? Quiero mucho a papá, o mejor dicho, lo quise mucho, pero el tiempo y la poca relación que tenemos últimamente nos ha ido distanciando, nuestras vidas han sido completamente divergentes, papá es un gran hombre, Patricia, eso no te lo discuto, pero la convivencia se ha hecho muy difícil, para él nada de lo que hago está bien, y yo necesitaba algún estímulo en mi vida, no todo es hacer la compra, limpiar la casa y esperar sentada a que él llegue, y cuando está de viaje que ahora es casi siempre, estoy tan sola, ni siquiera vosotras estáis cerca, por eso decidí montar el taller, es algo que me llena y me hace sentir viva, es algo que necesito, me hago mayor y no tendré demasiadas oportunidades.

—Mamá, es tu vida —volvió a decir Clara—, tienes que vivirla tú, nosotras tenemos la nuestra y Patricia, por mucho que diga, no se lo pensó dos veces en dejar la casa y venir a Londres, nadie vive la vida de nadie.

—Clara, pero no es lo mismo — interrumpió Patricia a su hermana—. Mamá tiene un compromiso con papá, es su mujer, están casados, y papá me dijo que estaba seguro que ella estaba con otro.

—Así que eso es lo que te ha dicho, pues bien, te lo voy a confirmar —dijo en un ataque de rabia de los que tenía pocos en la vida—, estoy con otro, pero no ha sido premeditado, y no voy a decir que toda la culpa la tenga tu padre, pero mucha sí, él nunca se ha ocupado de mí, siempre me ha hecho sentir inferior, mientras os tuve a vosotras no quería darme cuenta, pero al quedarme sola en casa... —no pudo seguir, un nudo en la garganta impedía que las palabras saliesen de su boca.

—Déjalo, mamá, no me vas a convencer —reprochó Patricia—, que encima me digas que es porque no se preocupó por ti, es lo último que me faltaba.

Las últimas palabras las dijo gritando, furiosa, miró a Rhona con una suficiencia que taladró su corazón, salió corriendo, se encerró en su habitación dando un portazo, se tiró sobre la cama mientras en su cabeza las palabras de su madre retumbaban y no era capaz de ordenarlas. Tiene un amante, tiene un amante, se repetía, aunque por otro lado sonaban las que le decían; tu padre nunca se ocupó de mí, ¿cómo podía decir eso su madre? su padre siempre había trabajado hasta la extenuación, lo hacía todo por ellas, siempre se lo dijo, su padre no tenía secretos con ella, le encantaba recordar los momentos en que la sentaba en sus rodillas y le explicaba cuentos

de princesas, las princesas vivían por y para sus príncipes, y eso era lo que tenía que hacer su madre, vivir por y para su padre. Entonces retumbaron de nuevo en su cerebro las palabras de Albert, “eso suena muy machista” ¿Ella era machista? Si era una activista del feminismo, si pertenecía al comité por la defensa de los derechos de las enfermeras del hospital, cómo podía decirle que era machista. Se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama, golpeó el colchón con los puños y lloró desconsoladamente abrazada a la almohada, su mundo de princesas se había venido abajo y no podía soportar la realidad.

—Lo entenderá, ya lo verás, necesita tiempo —decía Clara mientras le daba a su madre un vaso con agua.

—Eso espero, cariño, no quiero que os llevéis una impresión equivocada de mí, yo siempre fui fiel a tu padre, solo que estos últimos tiempos estábamos completamente desconectados, no teníamos nada que decirnos —sollozaba Rhona dejándose caer en el sofá, ya que las piernas no la sostenían y la cabeza había empezado a darle vueltas—, aunque lo que más me duele es que pensará tu hermana sobre mí.

En aquel momento llegó Albert, Rhona se enjugó las lágrimas y se dispuso a coger su bolso, estaba indecisa, no sabía si despedirse de Patricia, o no, aquella situación era tan complicada, no quería equivocarse, necesitaba el cariño y sobre todo la aprobación de sus hijas para seguir con aquella relación, de otro modo nunca sería feliz por mucho que quisiera a Jaime. Al final decidió despedirse de ella, por mucho que la odiara en aquel momento, ella la adoraba y no podía irse sin decirle adiós.

—Patricia, hija, solo quiero decirte que te adoro, que haga lo que haga en mi corazón siempre estáis tu hermana y tú, es duro ver que las cosas no son como queremos que sean, pero la vida no siempre es fácil.

Patricia no contestó, su madre tampoco esperaba que lo hiciera, así que se acercó a ella y le dio dos besos, uno en cada mejilla mientras le cogía la cara con las manos, aunque ella se quedó estática tampoco la rechazó, algo que, dentro de lo mal que Rhona se sentía, era mucho más de lo que esperaba de ella en aquel momento, su carácter la hacía parecer fría, pero su madre sabía que para nada era así y que en su interior se estaba llevando a cabo una dura batalla.

Albert entró en la habitación detrás de Rhona, por si Patricia le hacía un mal gesto a su madre, por suerte vio que no estaba todo perdido, cuando se separó de su madre se acercó a ella abrazándola y hablándole suave la besó tiernamente, asegurándole que él siempre iba a estar allí, Patricia se abrazó a él sollozando como una niña desamparada que necesita que la guíen.

—En cuanto llegue te llamo —se despedía de su novia— intenta pensar en positivo, tu madre siempre será tu madre, esté con tu padre o no.

—Eso ya lo sé —respondió con pesar— pero es que eran la pareja perfecta, yo soñaba con un matrimonio como el de ellos — se secó las lágrimas con la manga.

—Cariño, nosotros tendremos el matrimonio perfecto —prometió—, aunque a veces las cosas no son como deseamos, nada es tan fácil, pero prométeme que intentarás entenderla.

—Lo intentaré, te lo prometo, aunque ya se encargará Clara de que así sea, la conozco — casi esbozó una sonrisa.

Después de aquello, Rhona se fue más tranquila, no estaba todo perdido, pensó.

Llegaron al aeropuerto del Prat a última hora de la noche, en el aturullamiento del momento ni siquiera se habían dado cuenta que no habían comido, y Albert no lo habría pensado si a Rhona no le hubiese sonado el estómago como si de una gaita se tratase, en realidad en todo el

día solo se había tomado un triste café, así que por muy poco de comer que fuese, el cuerpo reclamaba algo sólido que le diese la energía que, al despegar el avión, parecía haber dejado atrás, en el apartamento de sus hijas.

—¿Tienes hambre? —preguntó solícito Albert.

—No, no te preocupes, seguro que son nervios —Contestó quitando importancia, al fin y al cabo ya estaban de nuevo en Barcelona, ahora el dilema era qué hacer, ir al hospital no quedaría bien, ella no era nada más que la suegra de su sobrino y ni siquiera le habían hecho la autopsia, según había dicho su futuro yerno. Jaime no llegaría hasta por la mañana, ya que debido al atentado no había vuelos aquel día, así que pensó que mejor se iba a casa de Lola, lo llamaría por teléfono y se pondría a su disposición por si necesitaba algo.

Jaime llegó en el primer vuelo de la mañana, cogió un taxi y se dirigió directamente al depósito. Al llegar buscó con la mirada a la joven, Ingrid lo estaba esperando, se mostraba muy nerviosa, demasiado, pensó Jaime, era un nerviosismo demasiado culpable, igual era su natural inquisitivo el que le hacía pensar siempre en lo peor. Se abalanzó llorando sobre él abrazándolo, Jaime la separó de él intentando calmarla, mientras ella seguía llorando desconsolada retorciendo un pañuelo que tenía entre las manos y bajando la vista al suelo, sin ser capaz de mirar a Jaime a los ojos.

—Tranquila, ya estoy aquí, voy a ver si hablo con el médico forense o lo que sea con quien tenga que hablar.

Se paró delante de la recepción esperando que alguien le informase, mientras, paseó la mirada por una sala pintada de un aséptico verde, una fila de incómodas sillas ancladas al suelo, rodeaban las paredes menos la parte del mostrador, en la pared unos carteles con indicaciones para los familiares. Aparte de Ingrid había otras personas, todas en la misma situación, familiares formando pequeños grupos sollozando desesperados por el dolor de haber perdido un ser querido. Al fondo había una puerta de vaivén por la que salió empujándola un médico vestido del mismo aséptico color que la pared, al abrirse la puerta brotó un olor desagradable, el médico desprendía un acre olor a muerte.

—Señorita, soy Jaime Sans, mi mujer murió ayer, acabo de llegar de viaje y quisiera hablar con algún responsable, ¿puede avisarle, por favor?

—Espere un momento, enseguida saldrá el forense, tiene que identificar el cadáver —contestó la recepcionista en tono neutro.

—Está bien —aceptó abatido, su cuerpo le estaba pasando factura, la entereza del primer momento lo estaba abandonando.

Al rato salió el médico forense, lo hizo pasar con él a una sala frigorífica llena de cajones donde estaban los cuerpos ya sin vida, abrió uno de ellos, Jaime pensó que no era real, que estaba viendo desde dentro un capítulo del C.S.I. no era capaz de asimilar aquel duro golpe en su vida y se odiaba por pensar que se había liberado, estaba Maricarmen tapada con una simple sábana dentro de una nevera y él estaba pensando que se había liberado de una carga, se sentía el más vil de los canallas.

Al salir de la sala refrigerada, se encontró con su hermana, acababa de llegar y se abrazó a él con cariño, era su pequeño, solo era cuatro años mayor que él pero siempre lo había cuidado como lo habría hecho su madre, ya que esta murió de cáncer cuando ellos eran muy niños, eso los unió más que cualquier otra cosa, así que si él lloraba, ella lloraba con él.

—Tranquilo, saldremos de esta —le decía— como siempre lo hemos hecho.

—La verdad es que no lo entiendo, cuando me fui estaba bien, como siempre, incluso parecía que estar con Ingrid la animaba, no esperaba una recaída tan grande.

—Estas enfermedades no avisan, la mente es tan complicada, pero aquí estoy, a tu lado, lo sabes, para lo que necesites y siempre que me necesites estaré.

—Gracias, Cris, qué haría yo sin ti —musitó, abrazándose a ella y llorando por fin—. Le van a hacer la autopsia, no entiendo por qué.

—Supongo que al morir en casa será lo normal.

—No lo sé, hay algo que no me acaba de gustar en todo esto.

—Deja el periodismo para el periódico, no le busques tres pies al gato, Maricarmen estaba mal, eso era evidente, tienes que aceptarlo.

—Lo acepto, puede que tengas razón —se resignó— es tan inesperado todo esto que me cuesta asimilarlo.

Salieron de allí con la documentación necesaria para hacer los trámites para enterrarla en el momento que el forense lo dictaminase. Ingrid caminaba tras ellos, se sentía mal, pero tenía miedo, si le hacían la autopsia se darían cuenta que había estado sobremedicada, y seguro que el imbécil de su novio le echaría la culpa a ella, se daba cuenta que no era la persona que ella pensaba, estaba atemorizada también por él, no podía dejarlo, la había amenazado, por eso tenía miedo de volver con él, aunque hablar con Jaime, por supuesto, estaba descartado.

Subieron todos al coche de Cristina, la hermana de Jaime, que los llevó a los dos a su propio domicilio, le dijo a su hermano que no lo iba a dejar solo en aquel trance, y menos en aquella casa, y desde luego le dijo a Ingrid que ella tampoco debía estar sola.

Capítulo XXII

Rhona se despertó con una sensación extraña en la boca del estómago, tenía náuseas y le dolía horrores la cabeza, supuso que era por el viaje a Londres, aunque iba preparada para que Patricia se enfrentase a ella, a la hora de la verdad le había dolido más de lo que pensaba, y también estaba la muerte de la mujer de Jaime, cuando se lo dijo a Lola, esta no se lo podía creer.

—Las enfermedades mentales son imprevisibles —decía— pero vaya, si el cuerpo está sano no suelen tener estos desenlaces tan rápidos y trágicos.

—No tengo los detalles, no sé qué le ha podido pasar.

—¿Ya le has dado el pésame? —Preguntó Lola.

—No, en realidad no sé qué hacer.

—Qué es lo que no sabes qué hacer, no entiendo —se extrañó Lola.

—Pues es fácil, no sé si debo darle el pésame o no, no sé si debo hablar con él en estas circunstancias o no, en definitiva, estoy hecha un lío, y con este dolor de cabeza no puedo pensar —aclaró Rhona.

—A ver, por favor, no se trata de que vayas allí en plan viuda alegre, solo es un telefonazo para decirle que estás con él en este trance, para decirle que lo apoyas en todo lo que necesite.

—Lo había pensado, pero estoy muy desanimada, ya sabes que Patricia no acepta mi ruptura con su padre, y de esta manera no quiero pensar en él.

—Estás mezclando las cosas, sabes que en un momento u otro Patricia entrará en razón, y tú tienes que vivir para ti, no para tus hijas, ya son mayores, no te necesitan.

—Supongo que tienes razón, pero yo sí que las necesito —decía cogiéndose la cabeza con las manos—. No me encuentro bien, creo que me voy a estirar un rato.

Rhona se fue a la habitación y se acostó en la cama, al momento apareció Lola, con unas aspirinas y una infusión, suponía que el viaje relámpago sumado al disgusto de Jaime le estaba pasando factura.

Lola tenía guardia aquel día, así que salió sin hacer ruido y dejó que Rhona descansara, habían sido muchas emociones seguidas, necesitaba asimilar muchas cosas y tenía que hacerlo sola, nadie podía ayudarla en aquellos momentos. Aunque con todo y eso se la dejó encargada a Maia, la llamó, y le dijo que si tenía tiempo le fuese a hacer compañía, que no le dejase pensar, pero que tenía que descansar.

Maia no tardó ni media hora, delegó sus tareas en la joven que la ayudaba en el taller y se presentó a dar soporte moral a su amiga, cuando Rhona despertó se la encontró sentada a su lado leyendo una novela, de esas de *highlanders*, que siempre les hacían creer que todos los escoceses eran altos como armarios roperos, guapos como querubines e indispensablemente pelirrojos, las risas que se habían echado las tres a cuento de aquellas novelas.

—¿Cómo estás? —Preguntó al verla abrir los ojos.

—He tenido días mejores —respondió con media sonrisa—. Puedo saber qué haces aquí.

Al ver a Maia allí, a su lado, pensó que había pasado algo, estaba todavía adormilada y su cerebro algo descoordinado, se sentó en la cama, paseó la mirada por la habitación esperando encontrar no sabía bien qué, era una habitación pequeña, tan solo una cama nido, un escritorio con

el ordenador de Gerard y sus libros, y un chifonier. Las cortinas plagadas de letras y arrobas haciendo juego con un edredón del mismo estampado en tonos naranjas y grises, el piso en sí era pequeño, Lola era una mujer práctica y decía que para ella y su hijo más que suficiente, que cuanto más grande más para limpiar y ella no tenía tiempo para esas cosas, por eso a quien menos esperaba encontrar era a Maia, de ahí su desconcierto.

—No me has contestado, cómo es que estás aquí —volvió a preguntar.

—Somos amigas, solo estoy haciendo lo que harías tú en mi lugar —respondió con una sonrisa cómplice.

—Estoy bien, no tenéis que preocuparos tanto por mí.

—Sabemos que estás bien, como también sabemos que en estas circunstancias es cuando las amigas podemos ser útiles, no me vas a quitar ese placer —le guiñó un ojo.

—Gracias, sois las mejores amigas que nadie pueda tener.

Se sentó en el borde de la cama y se abrazó a su amiga agradecida por aquel gesto, en verdad las necesitaba, estaba en una encrucijada y necesitaba todo el apoyo que ellas pudieran darle. Unas traicioneras lágrimas escaparon de sus pestañas, Maia no dijo nada, la dejó que se desahogase tranquila, cuando por fin estuvo serena se levantó y se fueron a la cocina, era la hora de comer, así que prepararían algo ligero, Maia hizo una ensalada y unos ricos filetes al roquefort, pero Rhona lo único que hizo fue cortar el filete en trocitos, y remover la comida de un lado a otro del plato con el tenedor, no le entraba nada. Viendo su estado de ánimo, Maia propuso ver una película, de esas de llorar mucho, así nos explayamos a gusto, le dijo.

—Está bien, déjame pensar en alguna.

—Como la escojas tú me parece que no habrá clímax suficientes en toda la casa —bromeó su amiga.

—Has venido a mimarme, ¿no? Pues, ea, escojo yo.

Al levantarse para ir a buscar el dvd, (sabía que Lola tenía la película de Russell Crowe, De padres a hijas, porque se la había regalado ella), vio su bolso, no se había vuelto a acordar de conectar el móvil, pensó que estaría sin batería, así que lo cogió y rebuscó el cargador dentro del mismo, al ver que no estaba del todo descargado, lo conectó de nuevo, miró los mensajes por leer, el corazón le dio un vuelco al ver la burbuja de chat del Messenger, tenía un mensaje de Jaime, se sintió mal, había sido tan egoísta que ni siquiera le había dado el pésame todavía, pero es que no sabía cómo hacerlo.

Tienes un mensaje nuevo.

—*Te extraño* —fue el escueto mensaje que le había dejado.

Rhona no supo que pensar, la extrañaba y ella lo extrañaba a él, pero había algo desde que pasó lo que pasó que la frenaba, no sabía definir exactamente qué era, pero ahí estaba.

Maia se la quedó mirando, notó el cambio de su cara, así que la dejó que reacomodara sus sentimientos antes de preguntar:

—¿Estás bien?

—Sí, sí, es un mensaje de Jaime —aclaró.

—Lo había supuesto, ¿no le contestas?

—Es que no sé qué hacer, estoy tan confundida, todo esto ha dado un vuelco tan inesperado que no me hallo, estoy desubicada.

—Sé que lo que te voy a decir suena egoísta, pero piensa en ti, ahora sois libres los dos —
Sorprendió a Rhona con su comentario.

—No lo había pensado, pero no creo que sea el momento —dijo confundida por lo que le
había dicho Maia.

—No quiero que te lo tomes por donde no es, solo digo que tú te has separado y él se ha
quedado viudo, si os queréis de verdad, tenéis vía libre. Tampoco estoy diciendo que tenga que
ser mañana, no soy tan insensible, sencillamente que el vuelco ha sido a tu favor.

Rhona se quedó muda, en realidad no tenía ganas de hablar, o quizá era que no sabía qué
decir, Maia se levantó de la mesa, preparó café y buscó algo dulce en la despensa de Lola, sabía
que siempre tenía algo para Gerard, aunque era muy estricta con su alimentación, algún que otro
capricho le permitía. ¡Bingo!, había un paquete de donuts de chocolate, aquello era lo más, y Maia
era de la creencia que las penas con comida son menos, lo decía su abuela, después su madre y
ahora como el que no quiere la cosa había adoptado ella también la coletilla.

—Estás en shock, casi no has comido nada, ¿te sirvo café? —Decía Maia mientras le
llenaba la taza— come algo dulce, después vemos qué hacer.

—Cómo siempre tan práctica —se permitió esbozar una sonrisa.

—A las penas puñaladas, decía mi madre, y yo digo a las penas chocolate jajaja.

Parecía que se animaba un poco, se sentaron a la mesa de la cocina y el aroma del café
acabó de obrar el milagro, Rhona empezó a pensar como siempre con raciocinio, aquello no la iba
a vencer, si tenían que hacer terapia madre hija, la harían, le explicaría a Patricia por activa y por
pasiva las veces que fuese necesario que era su vida y tenía que respetarla al igual que ella lo
hacía con la suya. Con el primer bocado de donut en la boca sonó el móvil de Rhona, se miraron
las dos, Rhona se quedó paralizada de nuevo, se levantó y fue a buscarlo, pensando que sería
Jaime, la cabeza le empezaba a dar vueltas pensando sobre cómo darle el pésame, ¿cómo diablos
se supone que le das a tu amante el pésame por la muerte de su mujer? Lo cogió y se llevó una
sorpresa no demasiado grata, era Daniel, ¿Qué demonios querría ahora? Aquel día estaba siendo
demasiado para ella.

—¿Sí? —contestó escueta.

—Rhona, tenemos que hablar.

—No sé qué tendrás que hablar tú, yo no tengo nada que decir.

—Siempre hay espacio para el diálogo —propuso Daniel intentando sonar conciliador.

—¿Espacio para el diálogo? ¿Te estás escuchando? No soy uno de tus clientes, no hay
nada que dialogar y mucho menos que negociar.

—Rhona, por favor, podemos quedar en algún sitio, te invito a cenar y hablamos.

—Te repito que no tengo nada de qué hablar, hasta ahora solo has hablado tú ¿Tanto has
cambiado en tan poco tiempo?

—No se trata de cambiar, se trata de adaptarnos el uno al otro.

—¿Adaptarnos?, suena a seguir como estábamos, en tantos años juntos has tenido tiempo
suficiente para adaptarte, creo yo, porque hasta ahora la que se ha adaptado siempre he sido yo.
Comprenderás que siga sin tener nada que decir.

—Te estoy pidiendo otra oportunidad.

—Lo siento, no puedo dar marcha atrás, no después de que has querido poner a mis hijas
en mi contra.

—Ya que sacas el tema, solo le dije a Patri lo que vi en el aeropuerto, te vi con otro, o ¿ya
no te acuerdas?

—¿Nunca has ido a despedir a un amigo al aeropuerto? Pues eso era, un amigo, aunque quizá podamos ser algo más, te lo digo para que no tengas que ir indagando por ahí.

—Es lo que me temía, imaginaba que tenías un amante, eres...

—Cuidado con lo que vas a decir —lo calló—. Tu falta de interés por mí nos ha llevado a esta situación, me casé muy enamorada de ti, pero pronto te encargaste de ignorarme y tratarme como a tu felpudo, supongo que eso se debió a tu frustración con tu amiguita del trabajo, ¿no la pudiste tener y lo pagaste conmigo?

—Eso son especulaciones tuyas, nunca te he sido infiel, estoy seguro que esas son las gilipolleces que te meten tus amigas en la cabeza.

—Ahora voy y me lo creo jajaja, puede que no me fueses infiel con ella, pero no sé si lo has sido con otras, y porque ella no querría, no porque no quisieras tú. Hace muchos años que lo intuyo, no te molestes en negarlo, sabes perfectamente que no son gilipolleces, Lola es sexóloga, además de psicóloga, por si lo habías olvidado.

—No te voy a negar que me sentí atraído por ella, pero nunca pasó nada, te lo juro.

—Por eso te hacías pajas, seguro que pensando en ella, en mí desde luego no era, ya que me tenías y no me necesitabas, porque a mí podías haberme tenido cuando hubieses querido, pero no era suficiente para ti.

—No digas tonterías —replicó—. Eso fue hace muchos años, ni siquiera afectó a nuestro matrimonio —quiso restar importancia.

—Serás cínico, claro que afectó a nuestro matrimonio, desde aquel momento dejaste de buscarme, y si alguna vez lo hice yo, me rechazaste, ¿cómo crees que me sentí entonces?

—Estás muy nerviosa, mejor hablamos mañana cuando te hayas tranquilizado y hayas pensado que lo que te propongo es lo mejor para todos.

—Vuelvo a repetir que lo que teníamos que hablar ya lo hablamos, adiós.

Rhona colgó el teléfono y no le faltaron ganas de estrellarlo contra el suelo. Maia se acercó a ella y la abrazó pasándole la mano por la espalda.

—Tranquila, ya sabes cómo es. Creo que necesitas una tila en vez de un café.

—No, no, el café está bien —decía mientras cogía la taza con manos temblorosas —no me voy a dejar amedrentar por él, he tomado una decisión y la pienso llevar hasta el final.

Durante todo el día le estuvo dando vueltas a la cabeza, quería llamar a Jaime, pero no sabía qué decirle, ella también lo extrañaba. Daniel la había puesto tan nerviosa que estaba segura de no ser capaz de poder decir nada coherente, tampoco quería llamarlo y que hubiese gente a su alrededor, que sería lo más seguro en aquellas circunstancias, así que estaba segura que hiciese lo que hiciese no estaría haciendo lo correcto, siempre con sus incertidumbres. Al final se decidió por contestar su mensaje con un sencillo “lo siento”, después de enviarlo le entraron de nuevo las dudas, era muy escueto, muy como si no fuesen nada el uno para el otro. Había decidido respetar su duelo, ya tendría tiempo de darle el pésame a su modo, en todo caso le preguntaría a Albert, el novio de Patricia, el día y la hora del sepelio para estar allí en calidad de conocida.

Al día siguiente intentó hacer vida normal, quiso sacar de su cabeza todo pensamiento negativo y centrarse en su negocio y en seguir buscando un lugar donde vivir, no quería seguir siendo un estorbo en casa de Lola, aunque ella decía que para nada lo era, pero ella sabía el trastorno que suponía tener un huésped en casa, además de no ser grande el piso, le había usurpado la habitación a Gerard y no quería que fuese por mucho tiempo. Aquello no podía en ningún modo trastocar su día a día, tenía un negocio que atender y lo tenía algo descuidado los

últimos días, así que se encaminó hacia allí y abrió sus puertas con normalidad, encontró varias llamadas en el contestador y estuvo atendiendo algunas de ellas, un par de clientes estaban interesados en alguno de sus cuadros, bien, pensó, ya que no quería depender económicamente de su ex marido, solo quería la parte que le tocaba en la separación, y se lo dejó bien claro, ni un euro más, pero tampoco uno menos.

Estaba atendiendo a un cliente cuando sonó el timbre de la puerta, alguien había entrado y ella estaba buscando un cuadro en la trastienda, se dio toda la prisa que pudo en salir, el cuadro era grande y algo pesado, era una marina de la que estaba orgullosa, dos barcas ancladas en la arena eran bañadas por la espuma de un mar algo embravecido, le había quedado de un realismo casi fotográfico, lo había pintado en un momento de agitación y simbolizaban dos vidas casi a la deriva en una tempestad.

—En un momento estoy con usted —dijo al pasar el arco de la puerta que conectaba el estudio con la galería, no miró de quién se trataba, en realidad pensó que su cita de después se había adelantado.

—No hay prisa, hablamos cuando termines —dijo una conocida voz.

—Está bien —contestó mientras el corazón impulsaba su sangre a toda máquina.

Intentó que no se notara su nerviosismo, pero era imposible, el cliente se dio cuenta que aquella visita la había trastocado, estaba nerviosa y miraba de reojo de vez en cuando hacía donde estaba él. Terminó la transacción, envolvió el cuadro en papel de estraza y le dijo al cliente que si quería se lo hacía llegar a través de un mensajero, cosa a la que él se opuso.

—No es necesario, de verdad, tengo el coche aquí al lado y quiero colgarlo lo antes posible, ya te dije que era un regalo para mi mujer y cuando vuelva quiero que sea lo primero que vea al entrar por la puerta —explicó el cliente con ojos enamorados.

—Está bien, pues no se hable más —le tendió la mano Rhona y le abrió la puerta de la calle servicial.

—¿Qué haces aquí? —espetó al quedarse a solas con Daniel.

—He venido a hablar contigo, no me esperaba esto así —dijo sorprendido, viendo por primera vez el negocio de su todavía mujer.

—Ya sé que no te esperabas nada bueno viniendo de mí, ya ves, hasta puedo valerme por mí misma —reprochó apretando la mandíbula y respirando hondo, necesitaba toda la paciencia del mundo en aquel momento.

—¿No me vas a dar un beso? —dijo de pronto sorprendiéndola.

—¿A estas alturas vienes a pedirme un beso? Creo que se te ha hecho un poco tarde.

—A nuestra edad ya no estamos para seducciones ni tonterías, pero si es eso lo que quieres, no te preocupes, lo tendrás —aseguró convencido.

—Creo que no te has enterado de que estamos separados, la propuesta llega tarde —contestó Rhona cada vez de peor humor.

No entendía a qué venía aquello, ¿celos?, ¿a estas alturas? Supuso que por verla despedirse de Jaime, pero no encajaba en el perfil, o ella no había llegado a conocer suficientemente a su marido.

—La que no lo ha entendido eres tú, sigues siendo mi mujer, no he firmado nada todavía, seguimos teniendo los mismos intereses, seguimos siendo un matrimonio y no pienso dejarte ir.

—Estás muy equivocado, tú no eres quien me deja ir, me he marchado yo. Creo que nunca te has dado cuenta que soy una mujer fuerte, más de lo que crees, soy autosuficiente e independiente y tengo mi carácter, aunque nunca lo saqué, ya es hora de hacerlo notar. Estoy

empezando a pisar fuerte en la vida, he escogido mi camino y no pienso desviarme por mucho que te pese.

—¿No te das cuenta que no puedo vivir sin ti? Podemos intentarlo de nuevo, dame una oportunidad.

—Aunque no me creas, te he estado dando oportunidades desde que nos casamos, se me agotaron, lo siento —concluyó Rhona con firmeza.

—Si no te vienes conmigo a casa, me tiro al primer coche que pase y me suicido —advirtió Daniel.

Rhona en un primer momento se asustó, le dio un vuelco el corazón, pero reaccionó rápidamente, fue hacia la puerta, y esperando que su intuición no le fallase, la abrió de par en par.

—Si piensas hacerlo no te demores, tengo trabajo y clientes que atender.

Aquello era lo último que Daniel esperaba que dijese, ya no se amedrentaba cada vez que él le daba un ultimátum, ya no se acobardaba con sus amenazas, ya no sabía qué carta jugar.

—Esto no quedará así —dijo saliendo disparado por la puerta que Rhona mantenía abierta, parecía un animal enjaulado al que dejaban salir después de haberlo maltratado, necesitaba llevarse por delante lo que encontrase en su camino.

Cuando Daniel por fin se fue Rhona necesitó sentarse, las piernas no la sostenían, las pulsaciones se le habían disparado, pero estaba orgullosa de sí misma, se había mantenido firme, cosa que hasta aquel momento siempre le había sido imposible. Con aquel desagradable incidente había olvidado todo lo demás, tenía una cita con otro cliente que canceló, no se veía con ánimo de estar atendiendo a nadie puesto la cabeza la tenía muy lejos de allí; por un lado no había hablado con Jaime, y necesitaba hacerlo, lo echaba tanto de menos que le dolía el cuerpo, con un dolor real, físico, necesitaba un abrazo, necesitaba sus besos, necesitaba toda la fuerza que él le daba, pero en lugar de eso llamó a su hija.

—Hi —contestó al estilo británico.

—Clara, soy mamá, necesito hablar contigo.

—¿Ha pasado algo? —se preocupó.

—Sí y no, a ver, no sé por dónde empezar —titubeó su madre.

—Lo mejor es empezar siempre por el principio —la animó Clara.

Optó por aceptar el consejo de su hija, le explicó la visita de su padre, lo mal que lo había pasado, y le pidió que lo llamase, estaba preocupada, sabía que era bastante cobarde y no se atrevería a hacer ninguna tontería, pero aún así, ella no se quedaba tranquila. Aquello podía parecer una contradicción, ella lo quería, aunque ya no lo amase, seguía queriéndolo, habían sido muchos años juntos, era el padre de sus hijas y eso no lo cambiaría nada, y solo por eso le estaba agradecida, sus hijas habían sido lo mejor que le pudo pasar en la vida, y aunque Patricia tenía un carácter algo difícil, era una hija maravillosa, al igual que Clara con su carácter dulce y servicial.

—Está bien, mamá, lo llamaré y hablaré también con mi hermana, supongo que no te importa que la ponga al tanto.

—Claro que no, cariño, pero no quiero que la indispongas en contra de papá, él no tiene la culpa de ser como es —advirtió su madre algo preocupada.

—Tranquila, mamá, solo pienso exponer los hechos, ella que juzgue, es mi padre y también lo quiero, aunque no esté tan ciega como mi hermana y me de cuenta que a veces también se equivoca.

—Gracias, mi amor, tengo tanta suerte de que seas mi hija.

Se despidió de Clara con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos, dando gracias al cielo por aquella hija.

Para tranquilizarse se fue a tomar un café a la croisantería de al lado, necesitaba un momento de solaz, necesitaba pensar cómo seguir con su vida.

Capítulo XXIII

Del juzgado les dijeron que ya tenían la autorización para reclamar el cuerpo de la fallecida y disponer el entierro.

Habían pasado casi dos días, dos días de angustia y de remordimientos, Jaime se culpaba por no haber estado con ella, se culpaba por no haberla querido lo suficiente, se culpaba por haberse enamorado de Rhona más allá de lo que en un principio pensó, se culpaba por todo y desde el suceso no había podido pegar un ojo, su mente no hacía más que dar vueltas a todo lo acaecido sin entender nada, incluso le parecía que Rhona se estaba alejando de él, y no la culpaba, no había sabido querer y lo estaba pagando, su vida se había centrado en su profesión y se daba cuenta que no sabía como gestionar sus sentimientos.

Para el sepelio estaban presentes su hermana y sus sobrinos, Albert había llegado aquella misma mañana de Londres, y Jordi, el otro sobrino estaba en Barcelona desde lo sucedido. Con Albert había venido Patricia y Clara llegó en el vuelo siguiente, quería estar allí, apoyando a su madre, aunque se mantuviera en la sombra, como decía ella, era discreta hasta para eso, el resto eran amistades y ex compañeros de profesión, Maricarmen no tenía familia, algún primo muy lejano pero que prácticamente no se trataban así que nadie se molestó en avisar.

Rhona y Clara fueron juntas, llegaron a punto de comenzar la misa, se sentaron en uno de los últimos bancos, madre e hija miraban a Jaime cada una de una manera muy distinta, Clara lo observaba analíticamente, Rhona con ojos enamorados, y con dolor por su dolor, en el último momento llegó Daniel, Rhona no lo esperaba, no era dado a acudir a este tipo de funerales, pero parecía ser que esta vez quería estar allí, aunque ni su hija ni su ex mujer entendieran bien por qué.

—Hola, llego un poco tarde —se disculpó con Rhona sentándose entre su mujer y su hija.

—Has llegado, supongo que eso es lo que importa —respondió Clara en vez de su madre.

—Tenía que dejar algunas cosas listas en el despacho antes de salir —argumentó con desgana.

—No hace falta que des explicaciones —atajó Rhona— estás aquí, eso es lo que cuenta.

El párroco estaba leyendo las últimas frases del sepelio, los músicos tocaban el Requiem de Mozart, todo estaba siendo de lo más normal en una situación como esa. Del tanatorio irían directamente al crematorio, mientras esperaban que llegasen los coches del cortejo fúnebre, Jaime miró a Rhona, la veía por primera vez desde que se habían despedido en el aeropuerto, se abrazó a ella sollozando, Rhona no se lo pensó, no fue intencionado, sencillamente le salió del alma al verlo tan destrozado, lo abrazó con fuerza un rato, fue un abrazo largo en el que ella no reparó en que los estaban mirando ojos escrutadores, tanto los de Daniel como los de Cristina, la hermana de Jaime, Rhona le cogió la cara con las manos y lo besó, fue algo impulsivo, ni siquiera se daba cuenta que estaban rodeados de tanta gente, solo sentía su dolor.

Daniel se acercó a Rhona y la cogió del brazo, separándolos casi a la fuerza, la hermana de Jaime se acercó a él también desconcertada.

—Mamá, contrólate, por favor —le susurró al oído Clara.

Rhona se vio arrastrada por la poderosa mano de Daniel que le clavaba los dedos haciéndole daño, quiso soltarse pero él le apretó el brazo con más fuerza hasta que Clara se interpuso entre los dos.

—Papá, estás montando un espectáculo, por favor, suéltala —dijo Clara entre dientes a su padre.

Por fin aflojó los dedos y Rhona se pudo soltar, la sangre le había subido a la cara y estaba muy enfadada con Daniel, ¿qué había pensado? Ella ya no estaba con él, podía disponer de su tiempo y su vida a su antojo, aunque se hubiese pasado con el beso, pero lo estaba necesitando y no lo pensó, creyó que pasaría desapercibido, al fin y al cabo era una muestra de cariño y solidaridad hacía una persona que había perdido un ser querido. Aunque sí, era verdad que quizá se había excedido un poco.

—Mamá, creo que te has pasado, no debiste besar a Jaime en la boca —se acercó Patricia poniendo el grito en el cielo—. Ya lo que me faltaba por ver.

—Lo sé, no sé qué me ha pasado por la cabeza, pero tampoco ha sido tan grave, no he matado a nadie —se defendió torpemente.

—Yo te entiendo —salió Clara en su defensa—, es un hombre muy atractivo, pero esas demostraciones están fuera de lugar en un entierro, ¿no crees?

—Desde luego, no me regañéis, ha sido un impulso, me he dejado llevar, pero no volverá a ocurrir —susurraba con los dientes apretados.

—¡Rhona! —Exclamó Daniel— si has acabado de hacer el ridículo, ¿podemos irnos para casa?

—Daniel, la palabra ex marido, ¿te suena de algo? No voy a volver contigo, lo siento si no entraba en tus esquemas una separación, pero en los míos parece ser que sí. Además no voy a ir a casa todavía, me quedará hasta el final acompañando al tío de Albert, creo que es lo menos que puedo hacer.

—¡Haz lo que quieras! —Casi gritó— estoy hasta los cojones de tus niñerías, esperaba que se te hubiera pasado ya la tontería, pero ya hablaremos —concluyó amenazante.

Jaime estaba teniendo por otro lado la misma reprimenda que Rhona, este por parte de su hermana.

—¿Se puede saber quién es esa mujer? Por dios, Jaime, que estás dando el último adiós a tu esposa, debería haberse comportado algo mejor, si es una amiguita tuya, contrólala —le siseaba al oído contundentemente.

—Es una buena amiga, no mi amiguita, no me ha gustado el tono, y como dices estamos en lugar sagrado, respetemos el momento —quiso cortar la discusión.

Subieron al coche que los llevaría al crematorio, ya que estaba bastante lejos de la capilla del tanatorio donde se había celebrado la misa, durante el trayecto Cristina lo fue interrogando, sin poder sacarle una palabra de quién era ella y por qué había hecho aquello.

—Ya basta, Cris, ¿no crees que estoy mayorcito para escoger mis amistades? Además este no es el momento de hacer reproches, es una amiga, una artista y los artistas se saludan así, no busques donde no hay —intentó zanjar el tema.

Al llegar al crematorio se hizo el silencio, pasaron a una sala de espera mientras preparaban el féretro sobre la cinta que lo introduciría en el horno, las cortinas estaban cerradas y el lugar parecía más una sala de actos que cualquier otra cosa, en la enorme sala de espera había cómodos sillones repartidos alrededor de las paredes, en el centro de la estancia un jardín acristalado con piedras y plantas de agua rodeado de un banco de madera, también había algunas plantas estratégicamente colocadas, proporcionaban una decoración funcional y relajante. Poco a poco los asistentes empezaron a hacer corrillos, el beso de Rhona estaba en boca de todos los presentes, Jaime se acercó a ella y le sonrió con ternura, ese beso lo había deseado desde el momento que la vio, aunque Rhona estuviese algo avergonzada, para él había sido una bendición, un bálsamo para sus heridas.

—Siento haberte puesto en un compromiso —le decía en voz baja— no entiendo por qué lo hice, yo no suelo ser tan impulsiva en público, mucho menos en una situación así, de verdad que lo siento.

—No hay nada que sentir, me has dado un soplo de vida, esto ha sido tan inesperado que me ha cogido a traspiés.

Rhona sonrió y le pasó la mano por el hombro, dándole ánimos, a ella también le había cogido a traspiés, era algo tan inesperado que le había roto todos sus esquemas, aunque tampoco quería pensar que fuese a cambiar nada entre ellos y desde luego no sería ella quien lo propusiera.

Cuando acabó todo Clara le dijo a su madre que tenían que irse, Patricia había estado todo el tiempo al lado de su novio pero con una sensación extraña, no era dada a los excesos, pero el comportamiento de su madre para con Jaime le pareció que ponía en evidencia a toda la familia, su madre se había vuelto loca, se decía, aquel beso en la boca a alguien que había visto dos veces ¿a qué venía? Aquella noche en casa le tendría que dar muchas explicaciones. “En casa”, pensó después, si ni siquiera está viviendo en casa, definitivamente a su madre le había dado un aire, su comportamiento era de lo más inusual en ella ni en nadie de su edad, caviló.

—Mamá, no quieres venir a casa esta noche, mañana nos vamos a primera hora, me gustaría despedirme de ti antes de irme, y supongo que mi hermana pedirá explicaciones, tendrías que haber visto la cara que puso cuando besaste a Jaime —sonrió Clara al recordarlo.

—Madrugaré, no te preocupes —quiso eludir la propuesta de su hija, estaba aterrada, no sabía cómo reaccionaría Patricia, a juzgar por sus palabras en el sepelio dedujo que nada bien.

—Hazlo por mí, por favor —suplicó Clara.

Rhona se lo pensó, no le apetecía en absoluto pasar la noche bajo el mismo techo que el troglodita de su exmarido, pero a sus hijas era incapaz de negarles nada.

—Está bien —concedió.

Jaime volvió del crematorio con una sensación de desasosiego y apatía que no eran propios de él, no le apetecía hacer nada, ni siquiera protestó cuando su hermana le dijo que descansara, que ya se ocupaba ella de todo, así que se estiró en la cama con los brazos bajo la cabeza y se quedó mirando al techo, sin ánimo de hacer nada, ni siquiera era capaz de pensar en Rhona, la muerte de Maricarmen lo había dejado noqueado. En aquel momento no quería pensar, no quería sentir, no quería hacer nada porque tenía miedo a pensar o sentir lo que su corazón quería gritarle, aquella muerte había sido una liberación, pero se sentía tan vil y despreciable que aunque en el fondo sabía que su mujer acabaría trágicamente, no esperaba que fuese tan pronto. Siempre pensó que cuando llegase ese momento estaría con ella, o por lo menos no tan lejos, se lo debía y se culpaba por no haber sido capaz de hacerla feliz.

Desde el principio su matrimonio había sido una farsa, había puesto todo lo que pudo de su parte, pero aquella maldita depresión y la falta de intimidad lo había acabado de aniquilar.

Estaba algo adormilado cuando llamó Cristina a la puerta del dormitorio, diciéndole que tenía una llamada de la policía forense, se quedó algo extrañado, así que le dijo que le pasara el teléfono, se había dejado el móvil encima de la mesa y lo había descolgado su hermana, tenía la suficiente confianza como para hacerlo.

—Gracias, Cris —le dijo al cogerlo de su mano.

—Sí, ¿dígame?

—¿Es usted, Jaime Sans? Preguntó el policía con excesiva formalidad.

—Sí, sí, soy yo, ¿pasa algo? —inquirió intrigado.

—Es para comunicarle que debe pasar por comisaría lo antes posible, es por un asunto derivado de la autopsia de su esposa —comunicó el agente.

—No entiendo qué problema puede haber con la autopsia de mi mujer. —Mientras hablaba con el policía salió del dormitorio, buscaba lápiz y papel por si tenía que hacer alguna anotación.

Ingrid estaba en la cocina ayudando a Cristina a preparar la cena, el plato que tenía en la mano resbaló y cayó cuando ella escuchó las palabras problema y autopsia en la misma frase, se puso tan nerviosa que no atinaba a recoger los trozos de loza del suelo. Para Jaime aquello no pasó desapercibido, acostumbrado como estaba a analizar las situaciones con celeridad, aunque

tenía el cerebro algo embotado todavía, la llamada lo había puesto alerta, se despidió del agente y miró a Ingrid con ojos escrutadores.

—¿Hay algo que deba saber? —cuestionó.

—No entiendo qué quieres decir —se excusó Ingrid pegándose al cuerpo los trozos recogidos del suelo, bajando la vista, mientras buscaba algún trozo extraviado que le sirviese para escapar de la mirada inquisitiva de su jefe.

—No me hagas caso, estoy un poco paranoico —atajó la conversación, al fin y al cabo no sabía para qué lo requerían.

Después de la conversación con el agente de policía y la reacción de Ingrid se quedó intranquilo, así que se cambió de ropa y se fue a comisaría a ver de qué se trataba todo aquello. Al llegar preguntó a una agente de guardia que había en la recepción, esta le dijo que esperase un momento que avisaría al responsable de su caso, ¿mi caso? Pensó extrañado, aquí no hay ningún caso, pero esperó cada vez más impaciente a que le dijeran qué pasaba.

Por fin después de lo que a él le pareció una eternidad, pero que solo fueron unos minutos, apareció un oficial y lo acompañó a la oficina del inspector que llevaba el caso, le abrió la puerta y le dijo que podía pasar, Jaime le tendió la mano al inspector al ponerse este de pie y señalarle una silla.

—Gracias por acudir tan rápido —dijo el policía— siéntese, por favor.

Jaime ya estaba elucubrando toda clase de hipótesis, cada una peor que la anterior, la parte sensata de su cerebro le decía que esperase a ver qué era lo que le tenía que decir el inspector, la parte tendente al pesimismo estaba ganando la partida. Le venía a la mente todo el rato el nerviosismo de Ingrid, el plato roto y que no fuese capaz de mirarlo a los ojos, aquello decía mucho o no decía nada, pero le daba qué pensar.

—Usted dirá —dijo mientras tomaba asiento.

—En primer lugar necesito su documentación, tengo que corroborar que en efecto es usted Jaime Sans.

—Bueno, me han llamado ustedes, supongo que es porque saben que soy yo —dijo un poco áspero.

—Tranquilo, es una formalidad, no se altere —aclaró el inspector.

—Está bien, lo siento, pero es que ha sido un día muy largo —dijo tendiéndole el D.N.I.

—Gracias, como le digo es puro trámite, ahora que tenemos claro quienes somos, pasemos a lo que nos ha traído hasta aquí —empezó el policía— tenemos en nuestro poder la autopsia de su esposa.

—No entiendo nada, se suponía que me la tenían que entregar a mí, al menos eso me dijeron en el depósito.

—Cuando todo va bien, así es, pero en este caso la muerte de su mujer no ha sido natural, ha habido una sobredosis de barbitúricos.

—No entiendo, la joven que la cuidaba no me dijo nada, solo dijo que se había dormido y que al querer despertarla vio que estaba demasiado profunda, eso me dijo, y que cuando llegó el médico no hubo nada que hacer.

—Eso es precisamente lo que tenemos que investigar, si la sobredosis se la tomó ella sola o se la dieron, quizá por error o por equivocación —deslizó el inspector observando la reacción de Jaime.

—¿Estoy acusado de algo? —preguntó Jaime atónito.

—De momento no, pero tendría que decirme dónde se encontraba usted el día que falleció su esposa.

—¿Necesito un abogado? —inquirió malhumorado de nuevo, aquel policía ya le estaba cayendo mal desde un principio.

—Si usted cree que lo necesita... —indicó con suficiencia.

—No, no lo necesito, pero con ustedes nunca se sabe, durante toda la semana pasada estuve en Bruselas, soy corresponsal de un periódico —gruñó más que habló entregándole el carnet de periodista.

El inspector se retrepó en su sillón y se lo quedó mirando con altivez, Jaime pensó que lo estaba escudriñando, no entendía aquella animadversión sin conocerle.

—Por el momento le voy a creer —le dijo mirándolo fijamente a los ojos— de todos modos, espero que me pueda contestar unas preguntas —aunque no esté aquí su abogado.

—Pregunte lo que quiera, parece ser que no le ha quedado claro que no necesito abogado, mi mujer sufría de una depresión severa, sin recuperación posible —atajó el comentario del policía— ¿le gusta joder a todo el mundo igual?

—¿Le estoy jodiendo? —Siguió el policía en la misma tónica.

—No sé que pretende con esto, si tiene algo contra mí dígamelo, y si no pues dígame para qué estoy aquí.

—¿Se está poniendo nervioso, señor Sans?

—No, no estoy nervioso, estoy cansado, llevo cuarenta y ocho horas sin dormir, acabo de enterrar a mi mujer y por si fuera poco un policía tocapelotas tiene ganas de cachondearse de mí, perdone pero no le veo la gracia.

—Está bien, ¿quién estaba en su casa el día de autos? Y por qué si su mujer estaba tan mal tenía tantos somníferos a mano, es algo que no entiendo, supongo que será usted tan amable de explicármelo.

—A ver, mi mujer estaba con una cuidadora, una joven que estaba en mi casa y que la vigilaba todo el día —contestó tragándose las ganas de darle un puñetazo a aquel insolente policía.

En ese momento llegó el comisario, a lo que el inspector se cuadró delante de él, estaban en su despacho y se sintió poderoso el rato en que había usurpado la identidad de su superior.

—Señor, Sans, soy el comisario Merino, jefe de esta comisaría, como ya le habré explicado mi compañero le hemos llamado para aclarar algunos puntos de la autopsia de su esposa, si fuera tan amable de contestar unas preguntas, he de decirle que la conversación será grabada, para que no haya malentendidos, ¿Está conforme?

—Después de que su compañero me acuse poco menos que de haber asesinado a mi mujer, pues casi que sí, estoy de acuerdo, creo que será lo mejor.

—Bien —decía mientras manipulaba la cámara de vídeo— siento que el inspector Salas le haya causado mala impresión, solo hace su trabajo.

—¡Vaya! Aquí también hay poli malo y poli bueno, como en las películas —sonrió Jaime con sarcasmo.

—¿Puede decirnos dónde se encontraba el día del fallecimiento de su esposa? —volvió a preguntar lo mismo que su compañero, haciendo caso omiso del comentario de Jaime.

—Ya se lo he dicho a su compañero, estaba cubriendo el atentado de Bruselas, bastante lejos, ¿no cree? —continuó insolente.

—¿Y quien estaba con su esposa?

—Ingrid, la chica que contraté para que la cuidara, a veces también estaba su novio, pero vaya, supongo que iba de visita, yo nunca le dije que no las tuviera.

—¿Puede decirnos el nombre del novio de la empleada?

—Lo cierto es que no, no lo conozco, en realidad lo vi un par de veces, y cuando yo llegaba él desaparecía, no me caía demasiado bien y lo sabía.

—Está bien, ya lo averiguaremos, inspector Salas —llamó a su subordinado— encárguese de la citación, los quiero aquí lo antes posible.

—Sí, señor —respondió el inspector saliendo del despacho.

—¿Usted cree que ellos han podido tener algo que ver? —preguntó Jaime pensando en el nerviosismo de Ingrid.

—No podemos descartar ninguna hipótesis —contestó sin dar demasiadas explicaciones— usted de momento no salga del país, espero que esté a nuestra disposición, seguramente será requerido en alguna otra ocasión, por hoy es todo.

El comisario se levantó de la silla dando por concluido el interrogatorio, por el momento...

Capítulo XXIV

Rhona al final había accedido a pasar la noche en su antigua casa, al entrar se le aceleró el corazón, habían sido tantos años, tantos buenos y malos momentos, porque de todo hubo, no podía decir que todo lo vivido en aquella casa había sido negativo, por eso al entrar de nuevo, después de aquel corto espacio de tiempo fuera de ella, tuvo sentimientos contradictorios, pero la decisión estaba tomada, se dijo, no había vuelta atrás.

—Por fin te has decidido a volver —fue lo primero que dijo Daniel al verla entrar por la puerta.

—No te equivoques, no he vuelto, solo estoy aquí por las chicas, mañana se van y quiero estar con ellas todo el tiempo posible.

—O sea que sigues con la tontería —empezó a reprochar su ex marido.

—Si te molesta mucho que esté aquí, me voy —espetó Rhona.

—No, mamá, no te vayas, creo que nos debes alguna explicación —la reconvinó Patricia.

—Patri, cielo, yo no os pido explicaciones de lo que hacéis vosotras cuando no estáis en casa, creo que también tengo derecho a mi intimidad —quiso poner las cosas claras desde el principio.

—Mamá, no es lo mismo, eres una mujer casada.

—Me da pena que no me escuches, ya te dije que no voy a volver con tu padre, se terminó lo nuestro, le tengo cariño, pero eso no basta para mantener una relación.

Tampoco le quiso decir que ni siquiera tenían sexo, y para ella era importante, un matrimonio sin sexo le parecía tan ridículo como el sexo sin amor.

—Tu madre ya no me quiere, lo ha dejado claro —empezó a despotricar contra ella Daniel.

—A ver, mamá ha venido a estar con nosotras, porque yo se lo he pedido, por eso, papá, creo que tu comentario está fuera de lugar —medió Clara en la conversación.

—No es que no te quiera, es que estamos en sintonías distintas —intentó explicar Rhona.

—Ahora al adulterio le llaman así, menuda escena que has montado con el tío de tu yerno, es vergonzoso —continuó increpándola.

—Sabía que no era buena idea, creo que es mejor que me vaya —alegó Rhona ofendida.

—Eso es lo que mejor sabes hacer, escapar —tronó Daniel.

—Yo no escapo, lo sabes muy bien, solo creo que hemos finiquitado una etapa de nuestras vidas y hay que empezar otra.

—Claro, me has quemado a mí como un ninot de fallas, ahora vas a por el tío, ¿no? O crees que no me di cuenta quién era el amiguito que despedías en el aeropuerto.

Clara miró de reojo a su madre que palideció ligeramente, Patricia se acercó a su padre con los ojos abiertos como platos.

—Así que eso era, ¿estás con Jaime? Por favor, se acaba de quedar viudo, mamá, ahora si creo que has perdido completamente el juicio —la acusó Patricia.

—Yo no he venido aquí a discutir, creo que ha sido una mala idea, Clara, cielo, ya te lo dije —mientras hacía esta afirmación cogía el bolso para dirigirse a la puerta.

—No, mamá, no creo que sea mala idea, tenemos que hablar, como decíamos antes, necesitamos una reunión cumbre, sentarnos tranquilamente y dejar claro que, estéis casados o no, sois nuestros padres y eso nada lo cambia, ha cambiado la forma de la familia, pero las personas somos las mismas, no nos dejamos de querer de un minuto a otro, ¿podemos hacer un pequeño esfuerzo y llegar a un entendimiento? No soporto esta frialdad, lo siento, me duele mucho esta situación —se lamentaba Clara con lágrimas en los ojos.

—No creo que tengamos mucho que hablar —espetó Patricia con furia.

—Chicas, por favor, no quiero que discutáis por mi culpa —medió su madre— a lo mejor es bueno aclarar algunos puntos.

—No sé qué hay que aclarar, te has buscado a otro y punto —gruñó el padre.

—No me he buscado a otro, las cosas no son blanco o negro, igual podrías preguntarte por qué ha pasado, en lugar de echarme en cara que tenga nuevas amistades —quiso explicar Rhona.

—Esta sí que es buena —gruñó Daniel— ahora va a resultar que la culpa de que tengas un amante es mía.

—No te voy a contestar como te mereces por respeto a mis hijas, pero algún día cuando estemos solos igual lo hago.

—¡Basta! —Cortó Clara— mi intención no era sacar los trapos sucios de cada uno, sino buscar un acercamiento y que sigamos siendo una familia, aunque estéis separados.

—Clara, tú siempre con tu “buenismo” mal entendido —recreminó Patricia recalcando la palabra haciendo las comillas con los dedos.

—Chicas, por favor, no os peleéis por mi culpa, si me tengo que sacrificar por vosotras lo seguiré haciendo, al fin y al cabo es lo que he hecho hasta ahora —intentó Rhona con algo de victimismo a ver si dejaban de discutir entre ellas, era lo último que necesitaba, aunque su esfuerzo obtuvo un resultado a medias.

—Está bien, mamá, solo dime si es imposible que vuelvas con papá —cuestionó Patricia.

—Sí, es imposible, no voy a decir que tu padre no me haya querido, pero no lo he sentido así durante muchos años, me ha costado mucho dar este paso, he esperado a que fueseis mayores, ya no me necesitáis, ahora quiero empezar a vivir, no sé si Jaime es lo que necesito, pero ha llegado a mi vida en un momento en que estaba al borde del ostracismo y él me ha insuflado la energía que necesitaba, si os ha molestado que le diera un beso, lo siento, creí que lo necesitaba, está pasando por un trance delicado.

—Igual el beso no tubo que ser en la boca, ¿no crees? —volvió a recreminarla Patricia.

—Lo sé, cariño, pero en ese momento me dejé llevar por un impulso, nunca he sido de dar motivos para las habladurías, me conocéis casi mejor que yo, solo puedo decir que lo siento, pero ya está hecho.

—¿Y tenías que fijarte en el tío de mi novio? Cómo no hay hombres en Barcelona tenías que fijarte en su tío que es como un padre para él, me duele, no sé con qué cara mirar a Albert. Esto viene desde la boda, ¿verdad? No has respetado ni siquiera que sea prácticamente mi suegro —se quejaba Patricia.

—Yo no sabía quién era, cuando lo vi en la boda me quedé sin habla.

—¿Entonces ya os conocíais?

—Antes de ir a Bruselas era crítico de arte, dirigía una revista y nos conocimos cuando abrí la galería —aclaró Rhona.

—¿Desde cuándo llevas una doble vida? No tenía ni idea —se extrañó Daniel.

—Nunca he llevado una doble vida, solo tengo una, el problema es que no la estaba viviendo. Así que, aclarado el asunto, me voy, mañana por la mañana a primera hora vendré para despediros, y si queréis, acompañaros al aeropuerto, no creo que sea buena idea que me quede aquí a pasar la noche.

—Papá, ¿no tienes nada qué decir? —preguntó Clara encarando a su padre.

—Que haga lo que le de la gana, al final es lo que ha hecho siempre —espetó de mal humor, encerrándose a continuación en su despacho. Sabía que la culpa de que Rhona se hubiese marchado era suya, pero le costaba admitirlo, siempre pensó que su mujer estaba allí y que hiciera lo que hiciera siempre lo estaría, nunca pensó que ella pudiera tener más inquietudes y necesidades que las suyas, se equivocó, y la nueva Rhona le parecía la mujer perfecta, por eso estaba tan furioso, era su mujer y la había dejado escapar, él que nunca había perdido en nada, que siempre había sido competitivo y había logrado lo que se había propuesto, no se dio cuenta que había sido tan egoísta que había perdido lo que más le interesaba, era verdad que había tenido algún que otro escaqueo amoroso y siempre pensó que su mujer era una mujer muy sosa, no había

valorado lo que tenía pensando que lo tenía seguro, sabía que el detonante había sido la falta de sexo y verlo como se masturbaba sin pensar que ella lo necesitase. En Rhona nunca había visto a una mujer, solo veía a la madre de sus hijas, o como mucho una compañera de casa.

Rhona cogió el bolso y se dispuso a irse, no quería llegar demasiado tarde a casa de Lola, por eso también le urgía encontrar piso, por la tarde, después de acompañar a sus hijas al aeropuerto había quedado para ver un estudio, pequeño y coqueto, para ella sola tenía más que suficiente y la ubicación era perfecta, céntrico y cerca de la galería, esperaba que pudieran ponerse de acuerdo y así poder empezar de verdad su nueva vida.

—Estarás contenta —espetó Clara a su hermana cuando su madre se hubo ido.

—No, no estoy contenta, sigo sin entender el cambio de mamá, pero voy atando cabos y empiezo a entender muchas cosas de su comportamiento.

—Creo que estás siendo muy dura al juzgarla, papá nunca le hizo demasiado caso, tú siempre has sido su ojito derecho y no te has dado cuenta, pero la ha ignorado toda la vida, no, déjame terminar —alzó la mano para callar a su hermana— no estoy diciendo que papá sea malo, al contrario, solo que no la ha sabido querer.

—Lo sé, me he dado cuenta esta noche que a papá se le ha escapado de las manos, pero ¿sabes algo? Creo que todavía la quiere, aunque no sabe como llegar hasta ella —se lamentó Patricia.

—Pues creo, hermanita, que llega tarde, mamá no es de las que reculan, lo sabes bien, ha tomado una decisión que le ha costado años tomar, no volverá con papá, si puedes, díselo, a ti te escuchará.

—Lo intentaré —dijo Patricia mirando a su hermana con ojos cansados— ahora qué te parece si nos vamos a la cama, mañana será otro día, hermanita mayor.

—Claro que sí, estoy cansada, aunque esta discusión no me dejará dormir, querida hermana mayor, no me pongas años, jajaja —bromeó con Patricia que siempre decía que ella parecía la mayor de las dos porque tenía más sentido común.

Rhona llegó a casa de Lola intentando no hacer ruido, no recordaba que esta tenía guardia y Gerard se quedaba con su abuela los días que su madre tenía que pasar la noche en el hospital, así que tenía la casa para ella sola, aún así se sentía en tierra de nadie, necesitaba con urgencia ese piso, pensaba. Se sentó en el sofá rebobinando los acontecimientos y pensando que Jaime no la había llamado ni enviado un mensaje en toda la tarde, y ya no eran horas, pero estaba preocupada, cómo se encontraría, qué iba a pasar con ellos a partir de aquel momento, se preguntaba. Rhona no pensaba decirle nada de su nueva situación, no quería que pensara que pudiera estar esperando algo así para atraparlo, eso jamás.

Durmió fatal, aunque eso ya lo esperaba, siempre que tenía que encararse con Daniel le pasaba, llevaba tiempo pensando que su ex marido era lo que llamaban ahora un vampiro emocional, le consumía toda la energía, era estar a su lado y empezar a sentir dolor de cabeza, le pesaban las extremidades y se sentía sin fuerzas, en una palabra, la agotaba. Se había tomado una

tila y una aspirina, pero de todos modos no había sido capaz de conciliar el sueño en toda la noche. Necesitaba un respiro, se estaba ahogando, algo, una corazonada le decía que las cosas no iban bien, no quería escucharla, pero su intuición nunca le fallaba. Impulsada como por un resorte se levantó de la cama y se metió en la ducha, estuvo un buen rato debajo del chorro, había dejado correr el agua caliente y casi le quemaba la piel, pero necesitaba que algo la obligase a dejar de dar vueltas a la cabeza, el lacerante calor del agua lo estaba consiguiendo, cuando por fin salió de la ducha tenía el cuerpo enrojecido y febril, pero se sentía mejor.

Después de dejar a las chicas en el aeropuerto, acompañadas también por Daniel, como no, se fue directamente a ver el piso, había quedado con la chica de la inmobiliaria y seguro ya la estaría esperando y eso era algo que no le gustaba, ella era muy puntual, odiaba las personas que no cumplían su palabra, en el sentido que fuese. Pilar, ya la estaba esperando, ella lo tenía fácil, cruzaba la ciudad en moto y así siempre llegaba a tiempo, Rhona, por desgracia, había cogido retenciones en la Meridiana por un vehículo averiado y eso la había retrasado casi diez minutos de la hora prevista.

En cuanto llegó subieron directamente al piso, era un edificio de cuatro plantas y el cuarto era un estudio con terraza, aquello le había encantado desde el primer momento que lo vio anunciado, ella siempre había vivido en una casa y le gustaba tomar el aire en su jardín, así que lo más parecido en un piso, podía ser aquella terraza que la había enamorado al poner el pie en ella, vio que tenía muchas posibilidades. Otra cosa que le gustó es que aunque era pequeño estaba muy bien distribuido, y el baño era de un tamaño aceptable, así que preguntó las condiciones, esperaba que fuesen razonables porque ya no quería salir de allí.

Pilar le dijo de ir al despacho y allí con tranquilidad hablar de números, Rhona estaba tan encantada que hubiese dicho que sí allí mismo, así que con mucho esfuerzo reprimió las ganas de arrebatarse las llaves y decirle que sí a todo y que empezaba con la mudanza en aquel momento, pero se contuvo, ella no era tan impulsiva, estaba experimentando unos cambios en los que ni ella se reconocía, había adquirido tanta seguridad que ya nada la asustaba.

—Bueno, entonces si estamos de acuerdo me das los dos meses de fianza, el mes corriente y firmamos el contrato cuando quieras —le decía Pilar.

—Ve preparando el contrato, voy al banco y en media hora estoy aquí, me quiero mudar cuanto antes.

Rhona sabía que no debía mostrar tanto interés, pero no podía evitarlo, ya veía la terraza llena de plantas, un par de tumbonas y una mesa para cenas informales... estaba soñando despierta, se veía en aquella terraza con Jaime, unos sofás de mimbre alrededor de la pared para escuchar música, o leer, o hacer el amor incluso, “hacer el amor con él en cualquier sitio”, pensaba, llevaba días sin sexo y ya lo estaba necesitando, pero tenía que respetar el luto de Jaime, aunque ya le parecía mucho que no la hubiese llamado, que ni siquiera le hubiese enviado un mensaje, no quería ser egoísta, pero lo necesitaba tanto que aunque ella pensaba que él la debía estar necesitando de igual modo, parecía ser que no era así, desde el día del entierro se había sumido en un mutismo total y absoluto.

Tardó menos de una hora en volver a la inmobiliaria, como tenían los poderes para firmar el contrato ya que los dueños vivan fuera, en aquel instante le entregaron las llaves, ya tenía piso, estaba como unas castañuelas, cogió el coche y se plantó allí; subió, entró y dio vueltas como una loca, a partir de aquel momento se sintió libre de verdad. Salió a la terraza, que en definitiva era lo que más le había gustado, y desde allí con la vista enfocada al frondoso parque que se divisaba desde el hermoso ático, llamó a sus amigos, mejor dicho, envió un mensaje al grupo de Whatsapp

que tenían entre ellas para que les llegara a las dos a la vez.

—Chicas, ya tengo piso, me tenéis que ayudar a decorarlo antes de hacer la inauguración —escribió, para a continuación hacer un sinfín de fotos para que lo vieran, se sentía casi feliz.

En pocos minutos empezaron a llegar mensajes tanto de Maia como de Lola, las dos decían más o menos lo mismo: ¿cuándo quedamos? Estaban encantadas de ver a su amiga tan contenta, tanto que hasta se había hecho un selfie, y eso que casi siempre se escabullía cuando llegaba la hora de hacerse fotos, siempre decía lo mismo, que con ella se rompía la cámara.

Estaba feliz por un lado, pero por otro, cada minuto que pasaba echaba más de menos a Jaime, estaba indecisa si llamarlo o no, no quería molestarlo en su sufrimiento, pero era de la opinión que los amigos están para eso, ella quería consolarlo, darle un abrazo y decirle que todo estaría bien, en aquel momento Rhona no quería ser ni su amante ni su pareja, sencillamente, quería ser su amiga.

Bajó a una droguería que tenía cerca y compró todo lo necesario para empezar a hacer limpieza, aquel día ya estaba perdido del todo así que aprovecharía para lavarle la cara al ático, llevaba tiempo cerrado y se notaba. Había quedado con las chicas a última hora de la tarde, así que como estaba cerca fue a la galería y cogió el portátil, mientras las esperaba miraría posibilidades, aunque ella tenía muy claro el tipo de decoración que quería, tampoco era cuestión de gastar lo que no tenía, así que entró en la página de Ikea y empezó a descargar fotos y poniéndolas a toda pantalla intentaba hacerse una idea de cómo quedaría una vez colocado. Estaba entusiasmada haciendo planes cuando sonó el móvil, con el corazón acelerado corrió a ver quien era, tenía la esperanza que fuese Jaime, pero no era él, era una cliente que quería mirar otra vez unas piezas por las que no se acababa de decidir, así que quedó con ella el sábado por la mañana y se sumió en una ligera depresión. ¿Qué le estaba pasando a Jaime? ¿Se habría arrepentido de estar con ella? ¿Por qué no la llamaba? Demasiadas preguntas sin respuesta. Cuando llegó Lola, fue la primera, la encontró sentada en la cocina, el único sitio donde se podía ya que era la única pieza del piso que estaba completamente montada, era bastante amplia y en un rincón había una mesa con cuatro sillas, tenía una botella de vino abierta y un vaso de plástico en la mano.

—Llegas a tiempo, acabo de destaparla —le dijo a Lola cuando le abrió la puerta.

—Creo que es pronto para empezar a brindar, deberíamos esperar a que llegue Maia —indicó Lola viendo que algo no iba bien.

En ese momento sonó de nuevo el timbre, era Maia que llegaba corriendo y disculpándose por la tardanza, a última hora se le había presentado una cliente con prisas y la tuvo que atender, explicó.

—Vaya, veo que habéis empezado la fiesta sin mi —comentó viendo la botella abierta, y se calló cuando Lola le hizo una seña.

—Llegas a tiempo, toma —le alargó Rhona un vaso— tenemos mucho que celebrar.

—Claro que tenemos mucho que celebrar —atajó Lola—, este piso es genial y hay que ponerlo maravilloso, será la envidia de la zona.

—¿Y de qué me va a servir?, si ni siquiera quiere estar conmigo en los malos momentos.

—Me gustaría saber qué ha pasado en el lapsus de tiempo entre que nos has llamado toda eufórica y esto, de verdad, Rhona, que no lo entiendo, tienes que darle su espacio, es un momento delicado, dijiste que se fue con su hermana, no habrá podido llamarte —intentaba tranquilizarla Lola.

Maia se había perdido, miró a su amiga y levantó las cejas en modo interrogante, no

entendía nada, así que mantuvo un discreto silencio hasta que alguna de las dos le dijese con claridad qué estaba pasando.

Rhona se sentó a la mesa y masajeándose la nuca, le empezaba a doler la cabeza de nuevo, las miró, volvió a levantarse y las abrazó a las dos a la vez, las necesitaba, eran lo mejor que tenía después de sus hijas.

—Gracias, chicas, de verdad no sé qué me pasa, tan pronto estoy eufórica como depresiva totalmente, han llamado por teléfono y pensé que era él, supongo que la decepción me ha dado por ahí, el vino lo había comprado para brindar con vosotras, quería daros una bienvenida como os merecéis y en vez de eso os aburro con mis neurias, no tengo arreglo —musitó con la voz algo rota por la emoción.

—Tranquila, cariño, son muchos cambios de golpe y es normal que se acusen esos altibajos, lo que tienes que hacer es aprender a controlarlos —aconsejaba Lola desde su vertiente más profesional.

—Venga, fuera seriedad, hemos venido a ver las posibilidades de este maravilloso ático y de verdad las tiene —cambió Maia de tema, la moda le gustaba en todas sus modalidades y la decoración siempre le gustó especialmente, así que tenía ganas de empezar a dar opiniones al respecto, y de paso cambiaba de tema e intentaba que Rhona olvidase su malestar.

Después del momento de bajón, y con la inestimable ayuda de sus inseparables amigas, consiguió, por un rato, sacarse los fantasmas de la cabeza, así que con ayuda de las fotos que había seleccionado, se pusieron de acuerdo para pasar toda la tarde del sábado en Ikea, ya que era el día que las tres podían coincidir.

Al quedarse de nuevo sola, Rhona volvió a sentir que algo estaba mal en todo aquello, su intuición no le fallaba y el silencio de Jaime no presagiaba nada bueno, estaba segura.

Capítulo XXV

Cuando Jaime llegó a su casa aquella noche estaba confundido, no entendía lo que insinuaba el policía, así que solo le faltaba el interrogatorio de Cristina.

—¿Para qué te quería la policía? Quiso averiguar su hermana nada más entró por la puerta.

—Parece ser que la muerte de Maricarmen no está clara, ha sido por sobredosis —respondió con la voz apagada.

—¿Tú no habrás tenido nada que ver? —Soltó ella a bocajarro.

—¿Te has vuelto loca? Estoy muy cansado, por qué no estás durmiendo —contestó a su vez con otra pregunta.

—Estaba esperándote, hay algo que no me cuadra en todo este asunto, empiezan a aparecer cabos sueltos.

—Es tarde, creo que el cansancio te hace decir burradas, mañana hablamos —sugirió Jaime.

—Solo una cosa más, esa mujer, ¿qué tiene que ver en todo esto? —volvió a cuestionar su hermana.

—Nada, ya te lo dije, vete a dormir, es tarde —volvió a repetir cansado del interrogatorio, como si no hubiese tenido bastante ya con el de la policía.

—Está bien, buenas noches, cariño, mañana espero que puedas explicarme de qué va todo esto.

—Cuando lo sepa ten por seguro que serás la primera en enterarte, aunque ya estoy mayorcito para que me sigas viniendo detrás, te recuerdo que no eres mi madre.

Cristina salió ofuscada, el comentario no le había sentado nada bien, al fin y al cabo eso era ella para Jaime, más que una hermana una madre. Por otro lado Jaime sabía que aquel comentario sería hiriente y doloroso para su hermana, pero aún así lo hizo, no quería que involucrara a Rhona en todo aquello y tenía la sensación que alguien más podía pensar como ella, alguien podía llegar a creer que él se había quitado a su mujer de encima. No entendía nada, aquello era un rompecabezas en el que Ingrid tenía mucho que explicar, pensó. En aquel momento estaría durmiendo, se dijo, pero le había dicho a la policía que se alojaba en casa de su hermana, así que la citación le llegaría allí seguramente. No pensaba decirle nada, no pensaba levantar la liebre, pero estaba seguro que el novio tenía muchas cosas que decir también. Desde la primera vez que lo encontró en su casa no le había gustado, una sensación extraña se le metió en la boca del estómago, y aunque en aquel momento no le dio importancia, ahora estaba seguro que los somníferos se los debieron de dar ellos, así la tenían dormida todo el día y ellos estaban a sus anchas. ¡Qué idiota había sido! Nunca debió irse, se arrepentía cada segundo de su vida.

Se levantó temprano, esperaba que su hermana siguiera durmiendo y así poder evadir las preguntas que sabía que ella no dejaría de hacerle, pero se encontró la sorpresa que ella estaba esperándolo sentada a la mesa de la cocina, con una taza de humeante café y un par de cruasanes de su pastelería favorita, conocía muy bien sus debilidades, aunque él intuía que algo así podía pasar, entendía perfectamente a su hermana y sabía que no pararía hasta sacarle la información, en cierto modo era mejor periodista que él mismo.

—¿Has dormido bien, cariño? —preguntó Cristina con una sonrisa al verlo aparecer.

—Bueno, digamos que he pasado la noche en posición horizontal.

—Espero que te levantes de mejor humor, sabes que puedes contar conmigo para lo que sea —volvió a la carga.

—Jajaja, no pararás hasta que me saques todo, lo sabía, está bien, pregunta lo que quieras.

—Sí, claro, que tú contestarás lo que te de la gana —intentaba sonsacarlo atacando—. Ya sabes lo que quiero que me expliques, lo primero quién es aquella mujer del cementerio, y qué tiene que ver en todo esto.

—Una amiga, ya te lo dije, es una artista y los artistas son bohemios ya lo sabes, hacen cosas como la que ella hizo, no le des más vueltas.

—Jaime, solo soy tu hermana, pero te conozco como si fueras mi hijo, no me estás diciendo la verdad, pero bueno, si no me lo explicas yo no puedo ayudarte y me da la impresión que necesitarás ayuda.

—Es una buena amiga, solo eso, no le des más vueltas, de verdad, además es buena gente y no quiero involucrarla en todo esto, por favor, no me preguntes más. Ahora me tengo que ir, tengo que hacer algunas gestiones —cortó la nueva pregunta que asomaba a la boca de su hermana— soy humano por si no te has dado cuenta, y a veces he necesitado lo que mi mujer no podía darme, solo eso.

Dejó a su hermana en la cocina reflexionando sobre sus palabras y se marchó dando un portazo. En realidad no sabía qué hacer, había pensado ir a la redacción del periódico y renunciar a su puesto, pero por otro lado necesitaba el trabajo, no era rico y los ahorros con la enfermedad de Maricarmen se habían reducido considerablemente. Subió al coche, lo puso en marcha y se metió en carretera, casi sin darse cuenta estaba delante de RON'ART, la galería de Rhona, que en aquel momento todavía estaba cerrada, así que buscó un sitio donde estacionar el coche y esperó que ella llegase. Llevaba días sin hablar con ella y lo estaba necesitando. Estaba sentado en el coche con la radio puesta, escuchaba las noticias siempre que podía, tenía los ojos cerrados mientras repasaba mentalmente con el murmullo de fondo todo lo acontecido en los últimos días, de pronto, las campanadas de la catedral lo sobresaltaron, sin darse cuenta eran las diez de la mañana, pero aunque estaban casi en verano la mañana había amanecido sombría, parecía que no quería acabar de arrancar el día, el sol se hacía el remolón y no quería avanzar con las horas. Cuando miró hacia la puerta de la galería vio que Rhona estaba levantando las persianas, pasó por detrás de ella y se acomodó en un lado de tal modo que al pasar ella no pudo verlo, volvió a terminar de levantar la persiana que le quedaba a medio abrir y entonces lo vio, a ella se le escapó un grito que no supo definir, fue una mezcla de miedo en un primer momento, se asustó al ver a alguien pegado a la pared, pero al reconocerlo la alegría fue exultante, la depresión se le pasó al momento. Entraron, ella cerró la puerta con llave y se fueron directamente al taller, no les dio tiempo a saludarse, nada más saber que estaban a salvo de miradas indiscretas se fundieron en un intenso abrazo, se besaron con fruición, buscando succionar el jugo de sus bocas en intensa lid. Jaime la empotró contra la pared, necesitaba el contacto físico, necesitaba saber que ella estaba allí con él y para él.

—No sabes cómo te he extrañado —decía Jaime entre beso y beso.

—Yo también te he echado mucho de menos, me faltaba el aire al pensar en ti.

—¿Por qué no me llamaste? —Preguntó lo obvio, conociéndola como la conocía.

—Era una situación muy difícil, además, ya sabes que siempre espero que seas tú, nunca sé si estás trabajando o reunido y no me gusta molestar.

—Por esa regla de tres no hablaríamos nunca, ¿no crees?

—Tienes razón, soy una tonta, pero ya sabes que mi timidez me supera.

—Creo que exageras con tu humildad, quiero decir que eres mucho mejor de lo que tú te crees, aunque sé que no lo haces conscientemente.

—Y encima tengo que pedirte perdón —se lamentaba Rhona.

—¿Perdón a mí, por qué? —Se extrañó Jaime.

—Por el beso del otro día en el cementerio, no sé qué me pasó, lo siento, de verdad, fue algo impulsivo.

—Pues no sabes cómo me sentó de bien aquel beso, así que quiero muchos como ese —le decía mientras se daba toquecitos con el dedo en los labios.

Dicho esto volvió a abrazarla y la besó en la cabeza, como cuando se besa una criatura, con infinita ternura, aunque ese solo fue el prelude de los que vendrían después, esos no tuvieron nada de inocentes, volvían a ser intensos y desesperados, necesitados, volvían a ser besos

posesivos, precisamente lo que Rhona estaba pidiendo.

—Mmmhhh, me encanta cómo hueles, me pone a mil —continuó Jaime mientras seguía explorando su cuerpo. Se dejaron caer en el ya conocido sofá y Jaime se quedó quieto.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Tan cansado estás? —preguntaba Rhona algo sorprendida.

—No, pero me encanta que lleves la iniciativa, no sabes cómo me pones, quiero sentir que me deseas tanto como yo.

Aquella frase fue el detonante, el preámbulo de lo que a continuación llegó, Rhona lo fue desnudando poco a poco, cada prenda de ropa que le quitaba era sustituida por besos y pasadas de lengua, hasta que lo tuvo completamente desnudo y a su entera disposición. Jaime lo estaba desando, su cuerpo empezó a reaccionar y su miembro se tensaba con cada caricia de ella, tanto que se le empezaron a marcar las venas, Jaime estaba al límite de su control, las caricias cada vez más lujuriosas de Rhona lo llevaban demasiado aprisa hacía el éxtasis. Ella se dio cuenta y aminoró el ritmo, cosa que casi fue peor, espasmos de placer recorrían su pene y a punto estuvo de suplicarle que lo dejara que la penetrase, no hizo falta, Rhona se subió a horcajadas sobre él y empezó a moverse con lentos vaivenes hasta que Jaime no pudo aguantar más, llevaba tanto estrés encima y era tanto el placer que sentía cuando estaba con ella que se corrió antes de tiempo, así que se dio la vuelta, se acomodó sobre ella y le hizo el mejor cunnilingus de su vida, por lo menos hasta aquel momento.

—Siento haberte dejado a medias, supongo que no estoy recuperado del todo —le decía con tristeza.

—Si lo dices por mí ya puedes estar cambiando esa cara, ha sido genial, he disfrutado muchísimo, y tú mejor que nadie sabes que no siempre es necesario acabar eyaculando en la vagina.

Decía esto mientras lo colmaba de besos, en ese momento se despegó de él y lo miró fijamente.

—Tenemos que hablar —pronunció Jaime la frase que ella tanto temía.

—¿Ocurre algo? —preguntó con el corazón agitado.

—Tranquila, amor, nada grave —quiso atenuar sus miedos, consiguiendo el efecto contrario.

—Me estás asustando, no sé qué pasa pero no creo que sea nada bueno, tanta solemnidad me intimida.

—No sé cómo empezar —la asustó más de lo que estaba con esas palabras Jaime—, es difícil.

Rhona se levantó del sofá y se empezó a vestir, pensó que tanta solemnidad no la podía recibir desnuda.

—¿Qué haces? —Se extrañó Jaime—, ¿no estás a gusto?

—Lo cierto es que no, aunque no sé qué será lo que tengas que decirme, pero desde el entierro tengo una sensación extraña en la boca del estómago y por desgracia mi estómago no suele equivocarse —contestó Rhona con seriedad.

—No tiene nada que ver contigo, y quiero que siga siendo así, por eso te lo quería comentar —seguía dando vueltas Jaime sin saber cómo decirlo.

—¿Quieres hablar de una vez? Me estoy poniendo nerviosa.

—Verás, es cosa de la policía —empezó de la peor manera, él que nunca se quedaba sin palabras, estaba bloqueado— y no quiero que te involucren a ti en todo esto.

—Ahora sí que acabas de ponerme nerviosa, ¿Qué pasa con la policía? ¿Has cometido

algún delito? —inquirió cada vez más extrañada.

—¡No! ¡Por dios! No pensarás que yo pudiera estar involucrado en algo ilícito ¿verdad?

—Pues nunca lo había pensado, pero de la manera que te veo, es lo único que se me ocurre y tu actitud no es que ayude demasiado a aclarar nada.

—Tienes razón, estoy siendo muy torpe, verás es que la muerte de Maricarmen no ha sido natural —aclaró por fin.

Rhona se quedó de una pieza y lo primero que le vino a la cabeza fue preguntarse si él había tenido algo que ver, pero acababa de decirle que no había cometido un delito jamás, aunque aquello no era un delito cualquiera, era un crimen, un escalofrío recorrió su cuerpo, se lo quedó mirando fijamente y no pudo aguantar más tiempo.

—¿Has tenido algo que ver? —Cuestionó con pavor a la respuesta— espero que no me mientas.

—¿Pero por quién me tomáis? —Casi gritó Jaime.

A Rhona la frase no le pasó desapercibida, así que no era ella sola la que había pensado que podía estar involucrado en aquel desagradable suceso. Su cabeza se puso en marcha a toda prisa, pensó en dos mil cosas y probabilidades por las cuales Jaime se habría querido deshacer de su mujer, y en la mayoría estaba ella, pero tampoco le cuadraba, él no sabía que ella se había separado, no le había dado tiempo a decírselo y ahora no estaba segura de querer hacerlo, no quería forzar nada, aunque también le extrañaba ya que siempre decía que él quería a su mujer, aunque nunca dijo que la amase, le había dicho en alguna ocasión que quererla sí la quería, luego recordó que Jaime estaba fuera cuando había pasado todo aquello, el estómago se le revolvió y una bocanada agria subió a su boca.

—Espera, espera, no te aceleres, que ya has empezado a pensar más de la cuenta —le dijo Jaime viendo los cambios que se formaban en su cara a medida que un pensamiento daba paso a otro.

—¿Qué quieres que crea si además no soy la primera en pensarlo? Cuando otras personas han tenido la misma sensación que yo. ¿Puedes explicármelo, por favor?

—Vayamos por partes —puntualizó— la única persona que me ha hecho esa misma pregunta ha sido mi hermana, y claro que puedo explicarlo.

—Pues ya tardas —apremió Rhona sentándose frente a Jaime en una silla, en aquel momento no soportaba el contacto físico con él.

Jaime le empezó a explicar lo que había pasado con la policía, que se había quedado de una pieza cuando le dijeron que Maricarmen había muerto por sobredosis de somníferos, también le explicó sus sospechas con relación al novio de Ingrid y la conversación que había mantenido con su hermana, ahí Rhona lo detuvo.

—Así que le has dicho a tu hermana que solo soy una amiga —comentó con tristeza, aquello la reafirmaba más en no revelarle su nuevo estado, se lo pensó rápidamente, Jaime nunca se enteraría, al menos por ella, que se había separado, esperaba que el novio de su hija al estar tan lejos no se fuese de la lengua.

Cristina era la otra cara de la moneda de Jaime, era una mujer conservadora, una luchadora y adoraba a su hermano, al cual le llevaba tan solo cuatro años de edad. Quedaron huérfanos tan jóvenes que Cristina había tenido que madurar de golpe, y por si esto fuera poco, la vida le reservó otro palo cuando al poco tiempo de nacer Albert, el pequeño de sus hijos, su marido, al que amaba con locura, y por el que hubiese dado la vida, murió de un cáncer de

páncreas fulminante en menos de quince días, así que su carácter otrora alegre y extrovertido se tornó duro y férreo, cuidó de sus hijos como antes lo había hecho de su hermano. Luego Jaime intentó devolverle todo lo que había hecho por él cuidando de sus sobrinos, haciéndoles de padre, ya que él jamás lo sería. Cristina con los años había vuelto a ser un poco lo que era, aunque en su interior seguía teniendo un resentimiento por la vida que la había llevado incluso a renegar de su religión, siempre que le sacaban el tema, decía que Dios no existía, si existiese, continuaba, no se habría llevado a las personas que más le importaban en la vida, sus padres primero y su marido después. Nunca se fijó en ningún hombre, su marido fue para ella el primero y el último, y eso que era como una copia, mucho más guapa incluso, de su hermano, rubia y con unos ojos azules tan intensos que parecía que guardaban todo el mediterráneo en su interior. Estaba sentada en la cocina, terminando su café y pensando en la conversación que había mantenido con su hermano cuando llamaron al timbre, era una pareja de *mossos d'escuadra* que preguntaban por Ingrid, les hizo pasar y les dijo que esperasen un momento que estaba duchándose.

Los *mossos* entraron y empezaron a hacer preguntas a Cristina, aunque ella se imaginaba que eso podía pasar, no pensó que se pondría tan nerviosa ante algo que en realidad no tenía por qué temer, ella estaba del todo fuera de la investigación, por el momento, le dijeron. Supuso que ese por el momento fue lo que la hizo sentir mal. Ingrid salió con tan solo un albornoz cubriendo su cuerpo, pensó que así parecería menos nerviosa y podría hacer ver que se tapaba el cuerpo al rodeárselo con los brazos para evitar el temblor que se había instalado en ella. Intentó mostrarse amigable con los policías, viendo que estos no caían rendidos se puso la máscara de seductora, dejó resbalar el cuello del albornoz por un hombro, con estudiado descuido. Cristina se la miraba, no en balde trabajaba en un centro de menores como asistente social, aquellas poses no la engañaban.

—Vístase, por favor —le dijo uno de los agentes— tendrá que acompañarnos.

—¿Yo? —Dijo con espanto— si yo no he hecho nada.

—Señorita, nosotros solo cumplimos órdenes, el juez decidirá cuando se le tome declaración.

Se vistió y se la llevaron en un coche patrulla pero sin distintivo policial, de momento no estaba detenida. Llegaron a la comisaría y la llevaron ante el inspector Salas. El procedimiento prácticamente fue el mismo que el utilizado en la declaración que le tomaron a Jaime, el poli bueno y el poli malo, aunque esta vez vieron que había alguna que otra contradicción en sus respuestas. Jaime les había hablado del novio, así que viendo que sus contestaciones parecían preparadas de antemano le preguntaron la dirección de su novio, Ingrid casi se desmoronó, pero era más el temor que le tenía a él que a la policía, así que intentó cargarle la culpa a Jaime.

—Mi novio no tiene nada que ver en esto, solo me visitó algunos ratos, y siempre porque yo se lo pedí, estaba tan sola —intentó conmovérselos.

El *mosso* curvó la boca en una medio sonrisa un tanto sarcástica, un gesto que le suavizaba los rasgos y que a ojos de Ingrid resultó de lo más deseable, lástima que no estaban solos, pensó, ya que de haberlo estado habría intentado otra estrategia.

—Señorita, ya le hemos dicho que eso lo decidirá el juez, nosotros solo estamos para tomarle declaración —se enfadó ante su intento de manipulación.

Después de mucho marear la perdiz y de que casi la llevasen al calabozo por obstrucción a la justicia, acabó por dar el nombre de su novio, Francesc Miralls, les comunicó y también les facilitó la dirección.

Después de varias horas en las que se iba desmoronando poco a poco, la dejaron ir a casa, con la advertencia que no podía salir del país y que tenía que estar disponible por si la necesitaban de nuevo, a partir de ese momento se pusieron en marcha, quedaba por declarar el tal Francese, si las declaraciones coincidían con las de su novia tendrían que empezar por otro lado, aunque de todos modos Jaime todavía no estaba totalmente fuera de sospecha, al fin y al cabo era el más interesado en la muerte de su mujer, sobre todo después que la cuidadora dijese que tenía una amante, y ese nombre no hubo que presionar para sacárselo, los celos se podían cortar con un cuchillo, así que el inspector anotó el nombre de Rhona y la dirección de la galería de arte que según Ingrid era de su propiedad.

Al llegar a casa de Cristina, después de salir del interrogatorio, esta no la acogió con buen agrado, nunca le había gustado demasiado aquella joven, pero no era quien para decirle a su hermano lo que tenía que hacer, aparte que no le hubiese hecho caso, y si Maricarmen se sentía bien con ella, no había nada que decir. Ingrid fue hasta lo que había sido su habitación aquellos días y recogió sus cosas, le dijo a Cris que se mudaba con su novio, que bastantes problemas le había acarreado ya su hermano, cosa que a Cristina la encendió como una mecha.

—¿No será al revés, querida? Creo, que los problemas se los has traído tú —espetó un tanto agresiva

—No, yo quería a la señora Maricarmen, nunca le habría hecho daño —contestó alzando la cabeza con fingida dignidad.

Cerró el armario de la ropa con tanta fuerza que rebotó la puerta y a punto estuvo de romperse, Cristina estaba al límite de su paciencia con aquella mujer que intentaba cargar a su hermano un crimen que no había cometido, por mucho que ella le hubiese preguntado a su hermano si tenía algo que ver, pero una cosa era lo que ella hablaba con él y otra que en algún momento hubiese pensado que pudiera tener nada que ver con todo aquello, en todo caso su crimen había sido contratarla a ella, de eso sí estaba segura.

—Dame la nueva dirección, por si viene la policía, tengo que decirles dónde estás.

—Los *mossos* ya la tienen —contestó escueta y de mal humor.

—Pero yo también la quiero, por si se te ocurre irte sin decir a dónde, es más, creo que te voy a acompañar, la bolsa que llevas es demasiado pesada, te llevo con el coche —dispuso Cristina viendo como el color de su cara desaparecía.

Una sombra de irritación asomó a sus ojos, aunque intentó disimular cuanto pudo.

—Está bien, acompáñame, me será más cómodo el traslado —quiso aparentar una tranquilidad que para nada sentía restándole importancia.

Cristina dejó todo lo que estaba haciendo y aunque le suponía un trastorno ya que llegaría tarde al trabajo, la esperó a que terminase de empaquetar sus cosas y la acompañó a la dirección que ella le dijo, el barrio no era precisamente de gente de pocos recursos, estaba situado a tocar el *Eixample*, Cristina quedó un tanto extrañada, vivir en aquella zona no resultaba nada barato pero como no era demasiado curiosa con respecto a los demás, no le dio mucha importancia. Aparcó en un parking cercano, ya que en la zona era imposible estacionar en la calle y ayudó a Ingrid a sacar los bultos del maletero, aquella fue la excusa perfecta para saber si era verdad que el novio vivía allí, o lo había dicho para sacársela de encima.

Les abrió la puerta un joven apuesto, más de lo que pensaba, aunque Ingrid era una chica muy guapa, pensaba que la habría seducido un señor de mediana edad con la golosina de legalizar su situación, el primer contrato de trabajo se lo había hecho Jaime, pero vio que al contrario, era

joven y apuesto, de unos treinta y pocos años, con un cabello rizado negro como el azabache que contrastaba con unos ojos verde aguamarina, muy bellos pero muy fríos, con una mirada que heló la sangre de Cristina.

—¿Qué haces aquí y quién es ella? —inquirió malhumorado al ver a Ingrid en la puerta y nada menos que acompañada.

—Amor, ella es la hermana de mi jefe, es que no me puedo quedar más tiempo en su casa, me mudo aquí contigo —casi rogaba Ingrid, implorando con la mirada algo vidriosa por el temor a un enfado suyo.

Cristina se dio cuenta que no se sentía muy satisfecho con aquella visita, estiró un poco el cuello para mirar la casa, no era curiosidad, solo estaba algo sorprendida por la decoración que se vislumbraba desde la entrada, muebles clásicos y regios, que no cuadraban con la imagen que daba el joven, pues llevaba el pelo revuelto, una camiseta por la que asomaban unos brazos llenos de tatuajes y un piercing en la oreja, definitivamente aquella imagen no casaba con la decoración.

Francesc le cogió una bolsa a Ingrid e hizo el ademán de cerrar la puerta, Cristina se lo quedó mirando con gravedad y él se apartó dejando ver a su espalda parte del comedor, haciendo pensar a Cristina si no sería un *okupa*, ya que aquella casa parecía más un museo, que la casa de un hombre joven y moderno.

—¿Quieres pasar? —le dijo a Cristina casi por obligación.

—No, gracias, tengo prisa —denegó y se fue con desconfianza, pero llegaba tarde y no podía retrasarse más.

Al salir de allí la hermana de Jaime, Francesc se encaró con Ingrid, le recriminaba que hubiese llevado a aquella mujer a su casa. Ingrid no sabía qué decir, estaba asustada pero tenía que comentarle que la policía la había interrogado, que seguramente lo llamarían a declarar a él también.

—¿Cómo coño se te ha ocurrido darles mi dirección?

—No te enfades, no me ha quedado más remedio, pero les he dicho que el culpable es Jaime, que tiene una amante.

—Sí, claro, y ellos van y te creen y ya les has resuelto el caso. ¡¡Eres idiota!! —vociferó como el energúmeno que era.

Se metió para dentro y en dos zancadas estuvo en el dormitorio, cogió una bolsa de viaje y empezó a meter sus cosas de cualquier manera, preso de los nervios y la culpa.

—Aparta.

Al salir dio un empujón a Ingrid que suerte al sofá no cayó de bruces al suelo, porque el impacto habría sido intenso debido a lo agresivo del empujón.

—Menudo marrón en el que me has metido, sabía que no podía confiar en ti, eres una inútil. —seguía vociferando desde la habitación.

En cuanto tuvo dentro de la bolsa lo indispensable salió de nuevo a seguir increpando a la joven, la cogió de un brazo y la levantó como si fuese una pluma, un gemido escapó de su boca aunque intentó no enfurecer más al hombre que ella pensaba que la amaba, hacía días que se había dado cuenta que solo la había utilizado para llegar hasta Jaime. En el momento que se disponía a salir, llamaron a la puerta, Francesc obligó a Ingrid a abrir y preguntar qué querían, y que dijese que no estaba fuese quien fuese.

Dos agentes de paisano aparecieron en la puerta cuando Ingrid la abrió, se quedó estupefacta, no supo cómo reaccionar, aquello era lo último que esperaba, habían llegado antes de lo que imaginaba y a Francesc no le había dado tiempo a escapar.

—Buenas tardes, señorita, ¿El señor Miralls se encuentra aquí? —preguntaron los *mossos* enseñando unas credenciales.

Ingrid se acobardó, se quedó muda a la vez que el color desaparecía de su rostro.

—Ya veo que no nos esperaba —dijo el agente— tenía usted mucha prisa por avisarle.

—No, yo no he avisado a nadie de nada, me he mudado porque Jaime no me quiere en su casa —intentó ganar tiempo— aquí solo estoy yo, no hay nadie más.

—Me permitirá que lo comprobemos —dijo el otro *mosso* apartándola suavemente de la puerta para entrar mientras le enseñaba la orden.

—Ya le he dicho que no hay nadie —intentaba por todos los medios hacer caso a las amenazas de su novio, le temía a él más que a los policías— hace días que está fuera.

—Entonces no le importará que echemos un vistazo a la casa —decía mientras entraba directamente en el comedor.

Ingrid estaba tan nerviosa que no acertaba a coger el pomo de la puerta para cerrarla, le temblaban las manos de tal manera que hasta el agente le tuvo que decir que se tranquilizara, que si no tenía nada que temer... no tenía por qué estar nerviosa, cosa que la intranquilizó muchísimo más, y que el *mosso* había dicho con esa intención.

En esas estaban cuando el compañero abrió la puerta de la habitación y vio el asa de una bolsa de viaje que asomaba por debajo de la cama, tiró de ella y vio ropa masculina, o sea, que de la joven no podía ser, así que empezó a buscar al que “no estaba” según ella.

—Francesc Miralls, supongo —dijo el agente cuando lo encontró detrás de un armario escondido.

—Si usted lo dice —contestó sarcástico.

—Deberá acompañarnos a comisaría, le tenemos que hacer algunas preguntas, y por su actitud diría que ya sabe de qué van —dijo el agente, con un toque tan sarcástico como el suyo.

—Yo no he hecho nada, ¿puedo saber de qué se me acusa? —preguntó.

—Nadie hace nada, nosotros no sabemos de qué se le acusa, solo que tiene que contestar unas preguntas ante el inspector, pero si no ha hecho nada, nada tiene que temer —le contestó igual que su compañero había hecho con Ingrid.

Capítulo XXVI

Rhona se había quedado perpleja después de aquel “tenemos que hablar”, así que estuvieron discutiendo unas cuantas horas, ninguno de los dos daba su brazo a torcer, Jaime decía que no pensaba involucrarla por nada del mundo en aquel sórdido asunto, a Rhona no le había hecho ninguna gracia que a ojos de su hermana solo fuese una amiga, menuda amiga, decía ella.

—Pero si solo soy eso, es lógico que quieras dejarme al margen —reprochaba ella furiosa.

—Quiero dejarte al margen porque no quiero que te involucren y que tu marido o tus hijas te hagan reclamos, solo quiero lo mejor para ti ¡¡¿Tan difícil es de entender?!! —espetó cabreado con la terquedad de ella.

—Es mi vida, y son mis decisiones, nada tienen que ver con ellos, no me vengas con cuentos chinos —cada vez estaba más furiosa.

Pues mi decisión es esta y no pienso seguir discutiendo, no he venido a discutir contigo, mi intención era otra, lo sabes —le sonrió con picardía, lo que enfureció más todavía a Rhona.

Jaime se estaba conteniendo, habría podido parar la discusión en cualquier momento, ya que sabía que ella se saldría con la suya por mucho que él dijese, pero la encontraba tan bella con aquella cara encendida por la ira, los ojos brillantes de furia y esa respiración profunda para serenarse y no tirarle algo a la cabeza, aunque era perfectamente consciente que era lo que a ella le apetecía hacer en aquel momento. No pudo aguantar más.

—Yo solo quiero hacerte el amor una docena de veces, es en lo único que pienso todo el día —confesó.

—Ya sé que solo soy eso, una amiga con derecho a roce, bueno, derecho tampoco, solo alguien a quien follar de vez en cuando.

—Eres muy injusta, y lo sabes —se lamentaba Jaime abatido.

—Supongo que no estoy teniendo el mejor día —confesó Rhona— estoy furiosa con el mundo y lo pago contigo.

—La verdad es que me ha dolido, si era esa tu intención, puedes estar contenta, lo has conseguido.

Una pátina de tristeza ensombreció la cara de Jaime, sin pensarlo había llegado hasta ella, aunque no lo planeó su subconsciente lo llevó hasta allí buscando algo de paz, buscando descargar esa rabia contenida que llevaba dentro desde que pasó lo de su mujer. Aunque a él le resolviese la papeleta, no tenía que haber pasado, se seguía culpando por no haberse dado cuenta que Ingrid no era la persona adecuada para quedarse a su cuidado, pero ya era tarde, no ganaba nada con

lamentarse. Lo que no entendía era la actitud de Rhona, supuso que estaba furiosa por la situación, pero ella nunca había dicho que quisiera separarse de su marido, y por mucho que Jaime lo estuviese deseando, no se lo pediría jamás, él la había conocido casada y no quería romper esa relación que suponía mejor de lo que era, ya que Rhona era muy reservada y muy reacia a comentar nada que tuviera que ver con su marido o su matrimonio.

Jaime se levantó y en un primer momento fue a abrazarla por la espalda, luego se lo pensó mejor, la magia parecía haberse esfumado.

—Está bien, te dejo, cuándo me necesites, si es que alguna vez lo haces, me llamas — señaló cogiendo las llaves del coche que había dejado sobre una pila de cajas junto con las gafas.

Rhona no hizo nada por detenerle, se quedó parada sin saber qué hacer, no lo había dicho precisamente para que se fuera, sino para que le diera la opción de ser para él algo más que su amante, se había quedado con las ganas de decirle que se había separado, pero se mordió la lengua de nuevo al ver que él para su familia la había relegado a ella al papel de amiga con derecho a roce, al papel de una vulgar querida, aquello era algo de adolescentes, pensaba, ella era una mujer madura, ya no estaba para esas tonterías, y si él no la veía como algo más, aquella relación no valía la pena, prefería estar sola, su orgullo no le permitía otra cosa.

“Por qué todo se torcía cuando más empeño tenía ella en que funcionase” se preguntaba Rhona con la moral por los suelos, no quería que pasara aquello, pero pasó y en aquel momento se sentía vacía de nuevo, por momentos su vida iba cada vez más a la deriva.

Llamó a sus amigas, ni siquiera le apetecía quedar, así que había llamado para anular su cita para pasar la tarde en *Ikea*, la depresión estaba haciendo mella en su estado emocional, sabía que no se debía dejar invadir por ella pero sentía ganas de hacerse un ovillo y dejar que el tiempo pasase, olvidar todo y despertar un día cuando no existieran problemas, cuando la vida no doliera.

—Ni lo sueñes —contestó Lola al notar la apatía de Rhona— en cuanto venga mi ex a recoger a Gerard estoy ahí como un clavo, a mí no me vas a privar de una tarde de compras.

—De verdad que no tengo ganas de salir, y menos de estar toda la tarde dando vueltas como una idiota —replicaba ella.

—Bueno, cuando estemos allá nos cuentas, aquí veo un montón de problemas sin resolver, al final te voy a cobrar por las terapias —intentó bromear para ver si así se animaba.

—Está bien, como quieras, estoy en la galería, no me pienso mover de aquí —concedió por no escucharla más— pero perderás el tiempo, no iré a ninguna parte.

En la galería era en el único sitio que sentía la paz mental que la vida le esquivaba, allí estaba en su burbuja cotidiana y nada de lo que pasaba fuera de los lienzos o el barro le interesaba en aquel momento. Se había puesto la bata de faena y se había recogido la melenita en una coleta alta que dejaba escapar sus rubios y cortos cabellos de la nuca, si Jaime la hubiese visto en ese momento no habría podido resistirse a su belleza, estaba desaliñada, pero ese toque indulgente le confería algo casi infantil a su rostro. Después de hablar con Lola se hizo un ovillo en el sofá, con el cojín acunado en el regazo como si del cuerpo de Jaime se tratase, no le apetecía hacer nada, ni siquiera aquello que tan feliz la hacía. Casi sin darse cuenta y sin poner objeción alguna dejó que dos lágrimas resbalaran por sus mejillas, “¿qué había hecho?”, se preguntaba, ella amaba a Jaime como no había amado a nadie en su vida, se daba cuenta ahora, que estaba segura que lo había perdido para siempre. Sonó el móvil y se sobresaltó, eran las chicas que estaban en la puerta de la galería y estaba la puerta cerrada, le pedían que les abriera porque llevaban rato llamando y no las escuchaba. Se levantó a la fuerza, parecía que las piernas le pesaban una tonelada cada una, no estaba segura de poder llegar hasta la puerta sin realizar un esfuerzo titánico.

—Criatura humana, si que te ha costado abrir —comentó Lola.

—Cerrad con llave, no tengo ganas de ver a nadie —les dijo cuando hubieron pasado y le habían dado dos besos cada una.

—Ya estamos, de verdad, Rhona, que no entiendo cómo podemos ser tus amigas, con la trabajera que nos das —se quejaba cariñosamente Maia.

—Bueno, fue grato ser la mitad de un conjunto, pero ahora toca superarlo —comentó enigmática, aunque parecía que hablase para ella.

—¿Puedo saber de qué cojones estás hablando? —Casi se enfadó Lola— qué burrada has hecho esta vez.

—No te vamos a poder dejar sola —decía Maia—, ya puedes empezar a explicarte, que no somos adivinas.

—Se acabó, y esta vez va muy en serio —contestó Rhona mirando el infinito a través de la pared—, no hay vuelta atrás.

—¡Ala! Ya está aquí la negatividad personificada, venga, vamos a casa te cambias de ropa, te pones guapa y nos vamos a buscar muebles, tengo ganas de hacer una inauguración que va a ser sonada.

—No estoy de humor. De verdad que no, id vosotras.

—A ver, empecemos por el principio, ¿qué ha pasado entre vosotros para que estés así? —Preguntó Lola.

Rhona les contó la visita de Jaime, y lo que habían hablado, les explicó lo mal que se había sentido cuando él le reveló que solo la consideraba una amiga, les dijo que le había dolido mucho, que había estado a punto de decirle lo de su separación, y menos mal que no lo había hecho, se daba cuenta que ella no significaba para él lo mismo que él para ella, concluyó.

—Bueno, basta ya, ¿te das cuenta que solo estás diciendo estupideces? De verdad, Rhona, te creía más madura —esta vez fue Maia la que se enfadó.

—Es que vosotras no os dais cuenta, pero ahora que su mujer no está ya no me necesita, seguro que en Bruselas ha conocido a otra y por eso ya no le intereso.

—Y por eso ha venido a verte, porque no le interesas, Rhona, por favor, despierta —saltó Lola enfurecida al escucharla.

—Levanta de ese sofá que nos vamos, no se hable más.

Entre las dos amigas la tuvieron que levantar más que a la fuerza, pero al final lo consiguieron, le quitaron la bata de trabajo, aunque ni siquiera la había ensuciado, le colgaron el bolso al hombro y sin pasar por su casa, no fuese que se arrepintiera, se fueron a buscar los muebles necesarios para decorar el piso. Una vez en la tienda de muebles se animó un poco, incluso por momentos dejó de pensar en Jaime para concentrarse en lo que necesitaba.

Llegaron a la tienda y se volvieron locas, cada una miraba una cosa diferente, no se ponían de acuerdo, había tanto para escoger que a Rhona le empezó a doler la cabeza, así que pensó que cualquier cosa le iría bien con tal de salir de aquella marabunta de personas unidireccionales.

Por fin después de casi tres horas dudando entre materiales, colores y formas llegaron a un consenso, escogieron un dormitorio sencillo en tonos claros, solo una cama, un taburete que haría las funciones de mesita de noche y un chifonier, tampoco es que cupiese mucho más por las dimensiones del ático. Después le tocó el turno al comedor, también sería en los mismos tonos claros ya que querían dar armonía a todo el conjunto, así que se decantaron por una mesa baja, que se alzaba para la hora de comer y que daría espacio y ligereza al salón, una librería de módulos y un sofá de dos plazas, querían dar sensación de amplitud dentro de lo posible. Lo principal ya

estaba, después le tocó el turno a la decoración, escogieron cortinas para el salón y el dormitorio, y cojines, muchos cojines de colores para dar un toque de informalidad y personalidad, eso por recomendación de Maia, que en todo el proceso llevó la voz cantante, por algo era diseñadora y la decoración se le daba muy bien, era una “genia” a la hora de combinar colores y texturas. Ya tenían todo más o menos, aunque cuando estuviese colocado verían si faltaban cosas o ya quedaba bien. Tuvieron que contratar un servicio de transporte, en el coche no podían llevar todo aquello y luego llegaría la hora de montarlo, pan comido, dijo Rhona, a mí no se me resiste un tornillo. Había recuperado algo de buen humor y hasta parecía que se le había pasado el dolor de cabeza.

Al salir de allí era tarde, así que se decidieron por cenar en algún sitio cercano, escogieron un bar de tapas nuevo en la zona y que hacían platos sencillos pero de calidad, el servicio fue perfecto y para rematar el día, terminando de cenar, sonó en el móvil de Rhona el tono de un mensaje.

—¿No contestas? Ni siquiera has mirado de quién es el mensaje, o ¿es que ya lo sabes? —
Inquirió Lola esperando que fuesen buenas noticias.

—Ya lo miraré cuando estemos en casa —contestó lacónica.

—Cariño, a veces me desesperas, ¿quieres mirar si es él de una puñetera vez? —apremió Maia.

—Sois pesaditas, de verdad, ahora que había conseguido olvidarlo.

—Eso no te lo crees ni tú —contestaron casi a dúo.

Viendo que no le iba a ser posible que la dejasen en paz, se decidió a mirar el móvil.

Clink.

—*Te mando un beso con sabor a “te extraño”*

Solo eso, escueto y conciso, Maia y Lola se pusieron a dar palmas, los clientes del bar se las quedaron mirando y sonrieron cómplices. A Rhona le subieron los colores, las observaba como si fuesen el mismísimo demonio y su acólito.

—Os habéis quedado a gusto, supongo —dijo algo molesta.

—De verdad que estás insoportable —comentó Maia—, contéstale, no ves que lo tienes al pobre desesperado.

—No le pienso contestar, ya os he dicho que se acabó.

—Y nosotras somos tontas y comemos flores, si se te han iluminado los ojos, hasta te ha subido el color a la cara, jajaja —se reía Lola de ella.

—El color es la vergüenza que me hacéis pasar —se quejaba Rhona con la boca pequeña.

Por mucho que ella dijese lo contrario, lo cierto era que estaba encantada, ella con aquella despedida pensó que no lo volvería a ver, que se había enfadado y como su cabeza siempre iba a dos mil revoluciones por delante de la realidad, ya se había generado dos mil hipótesis, a cual más inverosímil.

La transformación fue inmediata, la cara le cambió y de repente volvía a tener ganas de decorar el piso, de hacer cosas y hasta tenía ideas nuevas sobre alguna pieza que rondaba por su cabeza y no acababa de verla clara, de golpe todo su mundo encajaba de nuevo.

—El color, el brillo, la sonrisa de felicidad que asoma a tu cara desde que te ha llegado el mensaje no tiene precio, para todo lo demás, Master Card jajaja —se reía Maia acabando la frase como el conocido anuncio de tarjetas de crédito.

Todavía bromeando salieron a la calle, el humor había cambiado la cara de las tres, Rhona volvía a respirar dentro de su cuerpo y tanto Lola como Maia estaban felices por ella, aunque en algún momento las ganas de darle con la mano del revés se les había pasado por la cabeza. Estaban en las inmediaciones del centro comercial y aquello estaba atestado de gente, los sábados por la tarde era complicado aparcar cerca de aquella zona, así que ellas habían dejado el coche a unas cuantas calles, dieron varias vueltas pero el vehículo no aparecía, les dolían los pies y estaban cansadas de andar toda la tarde.

—¡Me han robado el coche! —exclamó Maia de pronto, sentándose en el bordillo de la acera, abatida.

—No quería que me llamaseis agorera, pero llevo rato pensándolo —corroboró Rhona.

—Seamos sensatas —protestó Lola—, estamos algo despistadas.

—Acuérdate, Lola, lo dejamos en aquella esquina, lo recuerdo perfectamente —decía Maia.

—Entonces lo mejor será llamar a la policía —intervino Rhona.

En aquel momento pasaba un joven con pinta de despistado, pelo rapado y tatuajes por todas partes, se les acercó y a ellas se les cortó la respiración, la primera reacción fue pensar si quería robarles o algo por el estilo, Lola se puso en medio de las dos amigas, era bastante miedosa, más desde que en el hospital un familiar de uno de sus pacientes (que estaba peor que él) la quiso agredir, así que siempre temía que le pudiera volver a pasar.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó el joven sorprendiéndolas.

—No, no, muchas gracias, solo buscamos el coche.

—¿No recuerdan dónde lo han dejado? —Volvió a preguntar, esta vez con una sonrisa un tanto burlona en la cara.

—¿Han probado a accionar el mando a distancia? Normalmente si se encienden unas luces, ese suele ser jajaja —les guiñó un ojo en señal de complicidad.

Las tres mujeres se sintieron avergonzadas en aquel momento, ni siquiera se les había pasado por la cabeza, aunque Maia seguía diciendo que había aparcado en aquella esquina y que allí no estaba su coche. Lola le cogió el mando de las manos y empezó a caminar calle abajo, en el sentido contrario a lo que habían caminado antes, unos cuantos metros más allá, como dos esquinas después, apareció el coche, habían caminado algo más de lo que pensaban y las casualidades hicieron que el coche que había aparcado en la otra esquina fuese el mismo modelo y color que el que había aparcado delante del de ella, de ahí la confusión. Le dieron las gracias al joven y este se fue con una enorme sonrisa en la cara y pensando que las mujeres cuando se juntan no hacen una buena, típico pensamiento juvenil, ya le llegaría a él la edad de los despistes.

—Dios, que vergüenza —se quejaba Rhona— esto era lo último que me esperaba.

—Ni que fuésemos a las únicas que les pasa algo así, esto es más frecuente de lo que parece —señaló Lola.

—Bueno, pues arreglado el problema qué os parece si nos vamos para casa, estoy muerta de tanto caminar —propuso Maia.

—Pero antes le contestas a tu enamorado —insistió Lola.

No le dio tiempo a terminar la frase que le sonó el móvil otra vez, era Jaime y de nuevo se guardaba el mensaje sin leer, le daba miedo sucumbir a sus palabras, quería mantenerse firme en su enfado aunque le estaba costando mucho conseguirlo. Apenas habían salido del núcleo del centro comercial y Rhona parecía que no tenía intención de leer el mensaje

—Acabarás haciéndome enfadar —se quejó Lola— contéstale ya, por favor.

—Los hombres como él jamás ven más allá de su propio interés —contestó casi con rabia.

—Una burrada más y paro el coche y te bajas aquí en medio de la autopista, tú misma —rebajó la velocidad y casi se paró en el arcén.

—Está bien, ya lo leo, a ver qué tripa se le ha roto ahora.

Lola y Maia se miraron y pensaron que era mejor dejarla por imposible, a veces era desesperante, pero la querían como era y sabían que estaba pasando por un momento delicado, así que por esta vez la perdonaron.

Clink.

—*Rhona, tenemos que hablar, contesta el mensaje o llámame, necesito explicarme.*

Por fin se decidió a leerlo y con tanta presión ejercida por sus amigas no le quedó más remedio que contestar, pero como siempre la indecisión le ganaba la partida, no sabía qué decir de aquella frase, ni tampoco de la anterior.

—No sé qué contestar —comentó insegura.

—¡Uff! Cualquier cosa, algo así como ¿dónde nos vemos? —saltó Lola enfadada de verdad.

—Está bien, haya paz, Rhona, no esperarás que seamos nosotras las que te digamos qué contestar, me sentiría como un Cyrano en femenino —criticó Maia.

—Esto para mí es muy serio, no hace falta que os cachondeéis de mí, ¿vale?

El ambiente se había puesto algo tenso, así que las tres se callaron, ninguna de ellas quería convertir aquella conversación en una guerra, además pensaron que así Rhona encontraría las palabras adecuadas, sencillas pero que a ella le costaba mucho pronunciar, le costaba mucho dar un paso, pero cuando lo hacía, también era para no retroceder, así que ellas sabían que en su interior se estaba debatiendo una batalla mucho más intensa de lo que podía parecer.

Sin volver a pronunciar palabra cogió el móvil y le contestó, le dijo que cuando llegara a casa lo llamaría, si le parecía bien. Desconectó el móvil de nuevo y lo guardó, no quiso saber si le parecía bien o no, aquello era lo más que estaba dispuesta a dar de momento.

Llegaron a casa de Lola, se despidieron de Maia y subieron en silencio, era tarde y estaban exhaustas, se sentaron, sin haber pronunciado una palabra, en el pequeño sofá del salón, Lola había puesto un gin-tónico delante de cada una y tomó un sorbo, Rhona le dio las gracias y lo contempló viendo como los granos de pimienta rosa que le había puesto para aromatizar daban vueltas en el líquido casi transparente.

—Cuando necesites hablar sabes que aquí me tienes —aventuró Lola.

—Lo sé, solo estoy confundida, tengo que aclarar mis sentimientos, solo eso.

—Pero tú le quieres —cuestionó su amiga.

—Eso creo, pero con todo esto que ha pasado ya no estoy tan segura. Creo que todo este tiempo he flotado a la deriva, había antepuesto a mi familia por encima de mí, y ahora no estoy segura de estar haciendo lo correcto, no sé si he ganado o perdido con el cambio, de lo único que estoy segura es de que soy otra persona y no estoy dispuesta a retroceder. Bebió un trago de la copa y cogió el móvil que había dejado encima de la mesa, se lo quedó mirando como si de un momento a otro fuese a hablarle y decirle lo que tenía que hacer, Lola se la miraba sin decir nada, de reojo, se terminó su bebida y se levantó para irse a acostar, le dejaba a Rhona intimidad para que hablase con tranquilidad. Al verse sola se armó de valor y llamó.

—Pensé que ya no ibas a llamar —fue lo primero que escuchó Rhona al aceptar Jaime la llamada.

—He esperado a quedarme sola —se disculpó sabiendo que era una pobre excusa.

—Gracias por la llamada, me gustaría explicarte el porqué de mi comportamiento, yo...

Rhona no lo dejó acabar, en aquel momento estaba confusa, no quería explicaciones, en realidad lo único que quería era escuchar su voz, sabía que se contradecía ella sola, pero estaba tan enamorada que aunque estuviera resentida, y, por un momento, pensó en todas las posibilidades, en realidad no quería perderlo, aunque fuese en calidad de amiga.

—No tienes nada que explicar, al fin y al cabo solo somos amigos, pero de verdad, ya está —no le dejaba hablar.

—¿Nos vemos mañana? ¿Cómo lo tienes? Si te va a suponer un problema lo dejamos para otro día —propuso Jaime.

—Me parece bien, no tengo ningún problema, en la galería te espero.

Dijo esto y colgó el móvil, no quería entrar en una de sus contradicciones y arrepentirse, se odiaba a sí misma cuando su cabeza le jugaba al corazón.

A primera hora de la mañana estaba en la galería, era domingo pero le daba igual, al fin y al cabo Lola también tenía guardia, así que estaría sola en el piso o se habría ido al ático a darle un último repaso ya que a la mañana siguiente le llevaban los muebles y esperaba poder pasar la noche allí desde ese mismo día, ya tenía agua, gas y luz, así que solo faltaba montarlos y empezar a disfrutar de su intimidad, o eso esperaba.

Cuando llegó Jaime la encontró pensativa, sentada detrás del mostrador y delante del ordenador, le pareció un ángel con ese pelo dorado enmarcando su rostro para descansar sobre sus hombros, concentrada en su tarea. Se sobresaltó al ver que ella lo miraba por encima de sus gafas de cerca, le sonrió, y esa le pareció la mejor de las bienvenidas. Llamó con los nudillos al cristal ya que la puerta estaba cerrada y esperó paciente a que ella le abriese, todo el camino había ido pensando cómo enfocar el tema, pero al verla lo había olvidado todo, en ese momento era su cuerpo y su necesidad de ella lo que dominaba sus pasiones.

A la espalda llevaba una caja de bombones, por precaución la llevaba envuelta en papel de diario, así que el lazo que le habían puesto en la confitería se había chafado un poco cuando se la entregó.

—¿Tengo algo que perdonar? —comentó Rhona antes de darle un beso siquiera.

—No creo haber hecho nada que merezca tu perdón, pero si así lo crees, me perdonas y listos —respondió a su ataque.

Jaime suspiró, al entrar en la trastienda se sentó, tenía la sensación de que lo que dijese o hiciese nada sería lo adecuado, cada vez que hacía un movimiento era un paso atrás.

—No entiendo qué te ha pasado, has cambiado y no acierto a saber el motivo —empezó a decir Jaime cuando ella se quedó plantada de pie a su lado.

—Tu negación me dolió —lo interrumpió— si eso es todo lo que significa para ti, pues eso seremos.

—¡Maldita sea Rhona! No es eso y lo sabes, ya te dije que no quiero involucrarte en mis problemas, no sé que pasará, estoy pendiente de la investigación de la policía, ¿qué esperabas que dijera?

Ella respiró hondo y se tapó la cara con las manos intentando recuperar la calma, no esperaba esa reacción por parte de Jaime. Tampoco esperaba que él le apartase las manos de la

cara, se las cogiese entre las suyas y le diera un beso que la dejase sin aliento, no pudo resistirse, no quería ceder tan pronto, pero era tanta la necesidad que tenía de él que correspondió con todo su ser.

—Está bien, hablemos, yo también tengo cosas que decirte —concedió Rhona.

Capítulo XXVII

Los *mossos*, con alguna resistencia por parte de Francesc, se lo llevaron a comisaría, en un primer momento parecía resignado, solo decía que él era inocente y que aquello era una equivocación, los agentes se miraban entre sí, sospechoso lo pareció desde el minuto uno en que entraron y él estaba escondido en el dormitorio, si se hubiese comportado con normalidad no le habrían dado tanta importancia, pero aquel nerviosismo y aquella manera de ocultarse tras el armario no decían nada positivo de él.

—Tranquilícese, por favor, no es a nosotros a quien debe dar explicaciones, en cuanto llegemos a comisaría hablará usted con el inspector, allí podrá exponer todos sus argumentos —le explicaba el *mosso*.

—Pero no entiendo por qué me tienen que llevar esposado, ya les he dicho que no sé de qué me acusan —continuaba con su diatriba Francesc.

—Es el procedimiento —contestó el *mosso* paciente.

Llegaron a las dependencias de la policía, le hicieron bajar del coche y entraron directamente en el despacho del inspector, harían lo mismo que hicieron con Ingrid, esperaban que

les dijera algo que esclareciera lo ocurrido con Maricarmen, si había sido un mero accidente o si por el contrario había habido premeditación al dispensarle la medicación.

—Siéntese, por favor —indicó el inspector Salas— quítele las esposas, no creo que hagan falta —le ordenó al agente.

En un primer momento lo tuvieron en el despacho del comisario, custodiado por los dos *mossos* que lo habían llevado hasta allí. El inspector empezó a hacerle preguntas, en vista de que no estaba muy dispuesto a responder optaron por dejarlo solo en una sala de interrogatorios, esperando que macerara un poco.

Después de algo más de dos horas en solitario, y sabiéndose controlado por el doble espejo de la pared, no pudo aguantar más, necesitaba fumar, era un fumador empedernido y tanto tiempo sin un cigarrillo que encender le estaba produciendo ansiedad. Se dejó caer en la mesa con la cabeza entre las manos mesándose el cabello, intentando controlar la respiración, pero le era imposible, por un momento pensó que le faltaba el aire, no aguantó más, se levantó y acercándose al espejo suplicó un cigarro.

—¿Alguien me puede dar tabaco?, necesito fumar —lo dijo intentando aparentar tranquilidad, pero le temblaban las manos.

Nadie contestó, nadie le dio el cigarrillo que pedía, esperaban que se desmoronara un poco más.

—Creo que lo tenemos casi a punto —decía el inspector apostado delante del espejo y sacando un cigarro de su paquete, haría ver que era buena gente y que no tenía nada contra él, solo que había mucho trabajo al que atender, sonreía mientras imaginaba la escena.

Entró con parsimonia, sacó el paquete de cigarrillos que previamente había manipulado y lo dejó sobre la aséptica mesa de acero inoxidable. Francesc se abalanzó sobre la cajetilla, se llevó una decepción al ver que solo contenía un cigarro y ni siquiera había un encendedor.

—¿Qué se supone que voy a hacer con esto? —tronó agriamente.

—Es muy sencillo, nos dices lo que necesitamos saber y te doy fuego.

—Ya he dicho que yo no sé nada, ni siquiera sé por qué estoy aquí —vociferó perdidamente ya los nervios del todo.

El policía empezó con su cantinela de preguntas, una y otra vez repetía lo mismo, y una y otra vez Francesc respondía que no sabía nada. No sabía nada de Jaime, no sabía nada de Ingrid, pero en algún momento hubo contradicciones con respecto a las declaraciones de Ingrid, por lo tanto, había que insistir, endurecer un poco más el interrogatorio. Después de unas cuantas horas, Francesc hizo un amago de confesión, dijo que sí, que había manipulado la cantidad de somníferos que le daban, pero que había sido por orden de Rhona, la amante de Jaime. Eso no se lo esperaban, Ingrid no había mencionado en ningún momento a la tal Rhona, pero podía tener sentido, si Jaime tenía una amante, bien podían haber urdido el plan de acabar con el estorbo que suponía una mujer enferma.

Lo llevaron al calabozo y empezaron a hacer averiguaciones sobre la amante del marido, típico, decía el *mosso* a su compañero, al final siempre es más de lo mismo.

Se presentaron dos agentes en casa de Rhona, preguntaron por ella, solo estaba Daniel y les dijo que ya no vivía allí, entonces les dio la dirección de Lola y la de la galería por si acaso, Daniel en ningún momento preguntó qué pasaba con Rhona, no quiso saber nada, pensó que era problema de ella y que a él no le iban a estropear el fin de semana, para sus adentros, hasta se alegró de que ella tuviese algún inconveniente, ya averiguaría a través de sus hijas qué había

pasado.

Los *mossos* llegaron primero al piso que compartía con Lola, al no responder se fueron directamente a la galería, estaba la persiana levantada pero cerrada la puerta con llave, llamaron al timbre y esperaron pacientes que alguien saliera a abrir, los agentes iban de paisano, así que no despertaron sospechas por parte de los vecinos de la calle.

Jaime y ella estaban hablando de los problemas que él tenía precisamente con la justicia con respecto a la extraña muerte de Maricarmen, en el momento que sonó el timbre de la puerta estaban abrazados.

—Qué extraño, ¿quién será? —cuestionó para sí misma.

—¿Estás esperando a alguien? —preguntó Jaime.

—No, solo te esperaba a ti, es domingo, se supone que está cerrado —contestó molesta por su pregunta alzando el mentón con rotundidad.

Se asomó a la puerta y vio dos hombres apostados en ella, miraban un móvil como si estuvieran leyendo alguna nota, abrió y les dijo que estaba cerrado.

—Buscamos a Rhona Gené —dijo uno de ellos mostrando una placa como hacen en las películas policíacas.

Rhona se identificó, por un momento pensó que las piernas no la sostendrían, pero se obligó a parecer serena aunque estuviese a punto de caerse la suelo, el corazón se le disparó y las palabras de Jaime acudieron a su cabeza en tropel “no quiero involucrarte” parecía martillarle el cerebro, las dudas asaltaron de nuevo su mente, todo le daba vueltas, no escuchaba lo que le decían, estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantenerse en pie.

Jaime se había quedado en un segundo plano, pensó que pudiera ser Daniel o alguien de su familia, ella no le había comunicado todavía que se había separado, estaba a punto de hacerlo cuando habían llegado los policías a buscarla. Jaime escuchó algo, no estaba seguro pero le pareció que la interrogaban y le preguntaban por él, así que decidió dar la cara, al fin y al cabo para bien o para mal, él estaba con ella.

—¿Ocurre algo? —indagó al ver a Rhona tan pálida.

Jaime palideció tanto como su amada al reconocer a uno de los *mossos* que lo habían interrogado a él en todo aquel triste suceso.

—Buenos días —saludó respetuoso el agente— no esperábamos encontrarlo aquí, señor Sans.

—Estaba visitando a una buena amiga —contestó, esperando que esta vez Rhona no se lo tomara a mal.

—Ya que están juntos no les importará acompañarnos a comisaría y que la señora Gené responda a unas cuantas preguntas.

Jaime estuvo a punto de replicar a los agentes, pero se contuvo, pensó que lo que no quería que pasara estaba pasando, la habían involucrado, no podía ser otra cosa. Ingrid, esto es cosa de Ingrid, se decía.

Llegaron a comisaría y la hicieron entrar a ella primero, el inspector Salas estaba en su despacho.

—Gracias por venir, es ingrato este trabajo que hasta en domingo tenemos que estar aquí, bueno, ya descansaré cuando me jubile —se hizo el amable sonriendo por debajo del bigote.

—Puedo saber de qué se me acusa —preguntó Rhona sin preámbulos.

—De momento de nada —contestó el inspector algo más serio.

—¿Entonces qué hago aquí?, si puedo saberlo.

—Solo queremos hacerle unas cuantas preguntas con respecto a la muerte de la esposa de su amante.

Aquello fue como un mazazo, un puñetazo en el estómago habría dolido menos. Rhona se quedó sin habla, sabía que estaban investigando, pero que el policía le espetara a bocajarro que era su amante le hizo temer lo peor, ella que siempre veía primero lo malo de las cosas, ya se veía acusada de asesinato y metida en un calabozo donde el resto de presas, asesinas de verdad, le pegarían y le robarían todo, se veía en los baños arrastrada de los pelos, o en un corro en el patio de una infecta cárcel y el resto de reclusas rodeándola y llamándola asesina. Tuvo que cerrar los ojos y hacer un ímprobo esfuerzo para escuchar lo que el inspector le decía.

—Jaime solo es un buen amigo, es el tío del novio de mi hija —empezó a dar explicaciones con evidente nerviosismo.

—Eso ya lo sabemos, no le he preguntado por su parentesco —decía malhumorado el inspector —lo que quiero sabes es dónde estaba usted el día que murió la esposa de su “amigo”, vamos a llamarle así, si le incomoda menos.

—Estaba en Inglaterra, en Londres, visitando a mis hijas —contestó Rhona maldiciéndose por lo trémulo de su voz, “Rhona, por favor, tú no has hecho nada” se repetía intentando darse ánimos a sí misma.

El inspector se retrepó hacia atrás en su sillón y se la miraba con aire de suficiencia, como diciéndole que eso ya lo sabía, que le dijese algo nuevo, pero no habló, solo la escudriñaba poniéndola más nerviosa de lo que estaba, la miraba de arriba abajo, sentado de medio lado y con las manos cruzadas sobre su tripita cervecera. Rhona por el contrario estaba sentada en el borde de la silla, las manos en el regazo sujetando el bolso para minimizar el temblor. Intentaba aguantar la mirada directa y penetrante del inspector, pero no podía, de vez en cuando tenía que desviar la mirada hacia el archivador o la pequeña mesa auxiliar que estaba a la derecha llena de dosieres esperando turno para coger aire, y así poder sostener la mirada acusadora del policía.

—Está bien, digamos que la creo —dijo de pronto Salas, irguiéndose en el sillón.

Para sus adentros se decía que aquella mujer nada tenía que ver con la causa, estaba nerviosa pero porque había descubierto su adulterio, observando sus gestos, su manera de enfrentarlo a él, era indudable que se sentía molesta, pero no era el tipo de nerviosismo que tenía Ingrid o su novio, allí había gato encerrado y él lo iba a averiguar.

Después de un buen rato de preguntas incisivas y respuestas nerviosas, pero sin contradicción alguna le dijo que se podía ir, que estuviese localizable por si la necesitaban otra vez. Rhona le dio su nueva dirección y salió tan nerviosa que tropezó con el dispensador de agua que había a la entrada del despacho, abochornada llegó junto a Jaime y este quiso abrazarla, pero no le dejó. De pronto se avergonzó y entendió por qué él había dicho lo de amigos, le pareció lo mejor, después del berrinche que se había llevado ahora se arrepentía de haberse enfadado.

Se había hecho tarde, pararon a comer algo porque Jaime insistió, ella no tenía nada de hambre, pero no quiso hacerle el feo, así que entraron en un *gastrobar* donde preparaban unos excelentes montaditos, él comió unos cuantos, pero ella, y solo a medias, uno, tenía el estómago cerrado.

—¿Has avisado en tu casa? No quiero causarte problemas, lo sabes —dijo Jaime en mitad de la comida.

—No, no tengo nada que avisar en mi casa, no te lo había dicho todavía, no quería influir en tus decisiones... me he separado de Daniel.

—¡Influir en mis decisiones, dices! —se sorprendió ante el mutismo de ella aquellos

angustiosos días— imposible, desde que te conozco todas mis decisiones pasan por ti, mi pensamiento siempre está contigo, así que es imposible separar mis decisiones de tu persona, por eso me duele que no me hayas dicho nada, ¿no me tienes confianza? Me siento un poco decepcionado, no esperaba esto de ti —se quejaba amargamente Jaime.

—Estoy muy cansada, te debo una disculpa, lo sé, pero ahora quiero irme a casa — confesó Rhona casi en un susurro.

—Está bien, te llevo a... ¿dónde? —preguntó algo molesto.

—Estoy en casa de Lola, mañana me traen los muebles y ya me quedaré en mi piso, pero no te preocupes, cojo un taxi —apuntó ella en un arrebato de dignidad.

Jaime no daba crédito a lo que escuchaba, así que pensó que era motivo de los nervios que había pasado en la entrevista con Salas, la abrazó fuerte y se quedó un rato oliendo el aroma a manzanas verdes que emanaba del champú con que se había lavado el pelo. Aquel abrazo hizo mucho bien a Rhona, lo necesitaba, tenía mucha tensión acumulada y no se daba cuenta, que a quien más daño le hacía aquella conducta, era precisamente a ella misma.

La llevó, un poco a regañadientes por parte de ella, a casa de Lola, se despidieron en el portal, Jaime no quiso subir, si lo hacía seguramente tendría la necesidad de terminar lo que habían dejado a medias en la galería y no le parecía el lugar más indicado, y menos si estaba Lola, ya que era su casa. Saliendo de allí volvió a la comisaría, necesitaba alguna información y saber por qué habían llevado a Rhona a declarar, quería saber si había alguna acusación contra ella y sacarla del problema en la medida de lo posible.

—Mañana paso por ti y terminamos la conversación en tu piso si te parece bien —comentó cuando ella estaba a punto de cerrar la puerta de entrada al bloque.

—Está bien, mañana hablamos —concedió alejándose apresurada, había estado a punto de decirle que subiera, que Lola tenía guardia, pero al final se contuvo.

Jaime llegó a comisaría en menos de media hora, preguntó directamente por el comisario Merino, ya que era la persona de más alto rango de los que se encargaban de su caso, ¿verdad que le habían dicho que si necesitaba cualquier cosa no dudase en acudir a ellos? Pues bien, había llegado ese momento, se dijo.

—El comisario no se encuentra en las dependencias en este momento —señaló el *mosso* que estaba en la recepción.

—¿Cuándo lo puedo encontrar? Preguntó con autoridad.

—Seguramente mañana estará por aquí, pero no puedo decirle si lo encontrará, comprenderá que tiene otros casos que investigar aparte del suyo —respondió con acritud.

El joven parecía recién salido de la academia, se le notaba inexperto y tenía ganas de quitarse a Jaime de encima, así que en vista de que no sacaría nada en claro y teniendo en cuenta que era domingo, por lógica, estaría en su descanso semanal. Le dijo al joven agente que le concertara una cita para el día siguiente, o lo antes que pudiera, que era urgente que hablase con el comisario, haciendo uso de su carrera de periodista tiró de farol y le dijo que tenía novedades que podían ser útiles para el desarrollo de la investigación. No estaba seguro si surtiría el efecto deseado o no, pero el órdago estaba echado.

—Está bien, déjeme su número —pidió el agente.

Jaime le dio todos los datos que le pidió, eso sí, recalcándole que ya los tenían, y algo descorazonado se marchó, y, aunque no le apetecía, se fue a casa de su hermana que le estaría esperando, la conocía y estaba seguro que querría explicaciones, aunque también estaba seguro

que ella lo iba a entender, siempre lo hacía.

Encontró a Cristina en el pequeño jardín que tenía delante del adosado donde vivía, le gustaba la jardinería y le ayudaba a estar en calma, sacaba las malas hierbas y podaba los rosales para que dieran sus maravillosas variedades, olorosas todas ellas, decía que una rosa sin olor era como un día sin sol, así que siempre buscaba las mejores para su disfrute.

—Buenas tardes ¿Qué haces? —preguntó Jaime lo obvio.

—La pregunta del cordobés, que pregunta lo que ve —contestó irónica su hermana con una sonrisa, siempre le contestaba igual cuando le hacía aquella pregunta, casi era como un rito para ellos.

—Nunca vas a dejar de gastarme la bromita, estoy mayor ya para eso, ¿no crees? —se quejaba Jaime aunque divertido en el fondo.

—Deja de hacer preguntas estúpidas y dejaré de hacerlo, tan sencillo como eso, jajaja.

—Como siempre, tienes razón. He venido a hablar contigo —anunció.

—Te estaba esperando —concedió Cristina— te conozco, Tete, mejor que tú mismo.

—Lo sé —dijo y calló, no sabía por donde empezar—. ¿Entramos?

—Me apetece estar aquí, si te parece, la tarde está preciosa y te será menos complicado hablar, ¿preparo café? —respondió su hermana sin darle opción.

—¿Tienes algo más fuerte? —casi suplicó.

—¿Tan grave es lo que me tienes que decir? Tete, me estás asustando.

Cristina entró en la casa y preparó café para ella y un whisky para Jaime, en verdad estaba preocupada, no entendía el hermetismo de su hermano cuando siempre se habían contado todo. Le dio el vaso, Jaime lo tomó, removió los hielos dentro del líquido y dio un primer sorbo bajo la atenta mirada de su hermana.

Poco a poco fue desgranando la historia, ella sabía que él no era feliz con Maricarmen, pero de ese tema nunca habían hablado demasiado, era doloroso para Jaime y le costaba, así que ella respetó siempre su silencio, pero aquella tarde su “Tete” como ella le llamaba desde que nació, se sinceró con ella. Paciente, Cristina lo dejó hablar, necesitaba hacerlo y ella sabía que había llegado la hora, como sabía, desde que los vio juntos en la boda, que Rhona era algo más que una buena amiga, pero era él el que tenía que introducirla en la familia, aunque también sabía que en la familia ya estaba de una manera u otra, ya que era su consuegra si los chicos llegaban a formalizar su relación.

Cuando llegó el turno de hablar de Rhona, Jaime se removió en la silla, Cristina se dio cuenta de lo que le pasaba al momento, no en vano compartía su día a día entre adolescentes con problemas de conducta, y además era su hermano, casi un hijo, ya que al quedar huérfanos tan jóvenes ella se había erigido en tutora, madre y padre, un todo en uno.

—Creo que sé por donde vas, tranquilo, cariño, te voy a entender —lo animó a seguir.

—Lo sé, y debí decírtelo antes, pero me avergonzaba de mi proceder, por eso te lo oculté, supongo que ya sabes por donde voy.

—Estás enamorado de esa mujer —afirmó Cristina.

—Rhona, se llama Rhona —confirmó su hermano, sintiendo una agradable sensación al pronunciar su nombre.

Llegado a ese punto desgranó la historia de cómo se conocieron, de cómo empezó aquella amistad que en un principio solo tenía que ser una colaboración, y que poco a poco pasó a ser el centro de su vida, que nunca pensó que pudieran estar juntos, hasta que pasó lo que pasó.

—No creerás que tengo nada que ver en la muerte de Mari, ¿verdad? —Necesitaba que su

hermana lo entendiese, necesitaba su aprobación— yo me casé para toda la vida, siempre he creído en el matrimonio como institución, nunca he sido un hipócrita y hubiese vivido con ella hasta el final, lo juro, pero con el tiempo echaba de menos un amor de verdad.

—Y has estado con ella hasta el final —musitó su hermana.

—Pero no tenía que ser así —se derrumbó— yo no quería esto para ella, era una buena mujer.

Cristina se levantó de su silla, se acercó a su hermano y lo abrazó por detrás, dándole besos en la cabeza, como cuando era pequeño y tenía pesadillas por la noche, era la manera de calmarlo, abrazarlo fuerte y susurrarle palabras de aliento.

—Lo sé, mi amor, lo sé —le susurraba paciente.

Estuvieron un buen rato así, Jaime sollozaba abrazado por su hermana y ella lloraba con él, por fin había podido sacar lo que llevaba tantos años guardado, en realidad para él aquello no había sido un matrimonio realmente, puesto que el aborto minó lo poco de bueno que había, para Jaime aquello se convirtió en la expiación de su pecado, sabía que no lo había hecho bien con ella y se maldecía todos los días por no poder hacerla feliz y a su vez tampoco serlo él.

Cuando por fin se calmó, Cristina quiso hablar del futuro, no tenía sentido dar más vueltas a un pasado que no podía remediarse.

—Lo pasado, pasado está, no le des más vueltas, ahora tienes que centrarte en tu futuro y si ese futuro está al lado de Rhona, pues por mí perfecto, sabes que solo quiero que seas feliz.

Su hermana se limitaba a tocarle la mano de vez en cuando confiriéndole ánimo para que continuara hablando dando rienda suelta a lo que su corazón guardaba.

—Yo no quería que esto pasara, solo buscaba un desahogo, pero se metió en mi corazón desde el primer momento y ahora se ha separado de su marido y no sé qué debo hacer. Y encima el comisario la ha llamado a declarar por la muerte de Maricarmen —sentenció.

Cristina no esperaba algo así, no entendía qué tenía que ver aquella mujer en todo aquello, fue como un mazazo, se preguntaba si su hermano estaría así porque pensaba que ella estaba involucrada de alguna manera.

—Ni lo pienses —espetó Jaime al ver los pensamientos de su hermana, se conocían tan bien que podían leerse la mente sin necesidad de hablar.

A primera hora de la mañana estaba de nuevo en comisaría, necesitaba esclarecer aquel asunto lo antes posible, su mente analítica siempre aportaba hipótesis y necesitaba saber cual de ellas era la cierta.

—El comisario le está esperando —comunicó por fin el agente.

—Gracias —respondió Jaime, pensando que después de casi una hora esperando no estaba nada mal.

Entró en el despacho del comisario, algo más grande que el del inspector, pero igual de abarrotado de expedientes encima de la mesa, Jaime pensaba que en un mundo tan informatizado como el nuestro, cómo era posible que siguieran teniendo la mesa llena, supuso que el papel era imposible de reemplazar, al menos de momento.

—Me ha dicho el inspector Salas que tenía una información que aportar al caso, bien, le escucho —concedió el comisario.

—A ver, no es exactamente información, más bien es una corazonada, si se le administraron demasiados fármacos a mi esposa supongo que no fue por casualidad, tuvo que haber algún motivo y ese motivo necesito saberlo, no pueden involucrar a mis amistades, que nada

tienen que ver en esto solo por el hecho de serlo. Quiero un careo con Ingrid —solicitó de pronto.

—Eso que me pide no es tan fácil, lo tiene que dictaminar el juez, yo no puedo concedérselo —señaló el comisario.

—¿Qué tengo que hacer para conseguirlo? —Inquirió Jaime de mal humor.

—Necesitará una petición oficial, seguramente su abogado lo podría pedir —apuntó Salas.

—Está bien, hablaré con mi abogado, espero que no se demore demasiado mi petición.

—Todos tenemos interés en esclarecer el caso lo antes posible, señor Sans —concluyó el policía.

Jaime se levantó y le dio la mano, diciéndole que su abogado se pondría en contacto con ellos y esperaba que todo se solucionara antes de que se volviera loco.

Capítulo XXVIII

Faltaban diez minutos para las nueve de la mañana cuando llegaba el camión de los muebles, Rhona estaba impaciente, tenía ganas de tener por fin su espacio, de poder ser ella. Al entrar los montadores por la puerta se le olvidaron los problemas, se sentía como una criatura con un caramelo. A medida que subían las piezas de cada mueble ella les iba diciendo donde lo quería, tenía en la cabeza cómo y dónde iría colocado cada módulo, no eran muchos los muebles, pero los que escogió lo hizo siguiendo una lógica, quería una casa, no un museo, sería algo sencillo y funcional.

Cuando por fin se marcharon empezó a ordenar y decorar la estancia, se había traído algunas esculturas de la galería, alguna pieza pequeña y un par más grandes a las que desde el primer momento les tenía designado el rincón perfecto, montó la cama con sábanas nuevas, alineó el ejército de cojines, que le había escogido Maia, a lo largo del sofá etc. De pronto se sintió exhausta, no se había dado cuenta que ni siquiera se había parado a comer, eran las seis de la

tarde cuando notó su estómago gruñir, se fue a la cocina y enchufó la cafetera por primera vez, todo era por primera vez aquel día, salió con la taza de café y una “Pantera rosa” en la mano (desde que era niña le encantaban aquellos pastelitos de chocolate color rosa), sentándose por primera vez también en una butaca de lectura dispuesta en un rincón del pequeño salón, así que pensó que aquella ocasión bien merecía un capricho. Tan solo le quedaba colgar las cortinas, pero se dijo que se había ganado el descanso.

Sonó el timbre del interfono, lo último que esperaba, visitas el primer día, pensó, hasta con sus amigas había quedado que la dejarían disfrutar de su independencia, ese momento crucial en su vida, aunque no te escaparás por mucho tiempo, dijeron con complicidad mientras se habían abrazado las tres como siempre hacían.

Descolgó el telefonillo y accionó la cámara para ver quien era, allí estaba Jaime esperando, con una botella de cava en una mano y una bolsa en la otra. Mientras Jaime subía fue rauda al dormitorio se puso un vestido y se calzó los zapatos, por nada del mundo quería que la viese en zapatillas y chándal, no podía recibirlo de aquella guisa. Volvió a sonar el timbre, esta vez el de la puerta, sin mediar palabra abrió, como bienvenida una enorme sonrisa en el rostro. Jaime la encontró acomodándose el pelo instintivamente, se paró delante de ella y le guiñó un ojo.

—No necesitas peinarte, cuanto más despeinada más me gustas —dijo a modo de saludo.

No les dio tiempo a entrar, ni siquiera pensaron en cerrar la puerta, se besaron, los besos sabían diferentes, no estaba segura del por qué, pero así era. En el momento en que los labios de Jaime entraron en contacto con los suyos la temperatura de su cuerpo sufrió un incremento notable.

—Otra vez, bésame otra vez —pidió Rhona.

Jaime había pensado que ella se mostraría fría con él, estaba convencido de ello, tal vez por eso le pilló desprevenido, iba preparado para una escena, pero no para esa entrega que hacía que se le derritiera el alma con aquella petición. Aquello era todo lo que necesitaba, se deleitó en aquel segundo beso dejando que sus labios y su lengua se impregnaran del dulce sabor de Rhona. Puso la mano, en su nuca, después de casi romper la botella y la bolsa la dejarlas caer al suelo, para profundizar en aquellos besos tan deseados, ella le cogió las mejillas con las dos manos, atrayéndolo hacia sí, Jaime enredó la mano en su pelo y con un esfuerzo supremo logró apartar su boca de la de ella, que lo miró extrañada.

—Deberíamos entrar, ¿no crees? No sé como serán tus vecinos, pero no creo que el primer día que estás aquí esté bien que les demos de qué hablar, ya habrá tiempo de eso, jajaja —bromeó Jaime guiñándole un ojo.

Rhona se ruborizó ligeramente, cosa que a Jaime le encendió aún más las ganas que tenía de ella, entraron abrazados, Jaime recogió las cosas y cerró la puerta con el pie, siguieron besándose largo rato, sus lenguas enredadas no querían soltarse, se necesitaban, Jaime mordía suavemente el labio inferior de Rhona, esta gemía buscando acumular todo el aliento que le había faltado los días que estuvieron separados, necesitaba sentirlo como una parte de ella. Necesitaba saber que él estaría allí siempre, que la protegería hasta de ella misma.

Se apartaron un poco, por primera vez no tenían prisa, por primera vez podían tomarse su tiempo, así que Jaime llevó el cava al refrigerador, y dejó la bolsa que contenía una caja de bombones sobre la encimera, después echó un vistazo a la decoración, sabía que tenía buen gusto, lo había comprobado, pero la sencillez del mobiliario aún cuando estaba a medio decorar era exquisita, a pesar de Ikea. Recorrieron el pequeño ático abrazados como dos adolescentes, salieron a la terraza que era quizá lo que menos tiempo le había dado a decorar, aunque el estilo chill out se notaba, unos sofás de mimbre se alienaban a lo largo de la pared, en el centro una

mesita baja, también de mimbre, decorada con flores frescas y velas, un candil en la mesa para iluminar tenuemente las noches de verano y mucho verde por doquier hacían que tuviera el aspecto bucólico que Rhona buscaba, lo que no esperaba era que Jaime tirase al suelo los cojines del sofá y la arrastrase a ella con él.

Jaime la fue acariciando poco a poco, admirando su pálida piel, recreando los cinco sentidos. Era un momento mágico, casi como si aquella fuese la primera vez.

—Me da pena quitarte el vestido, pareces una diosa dentro de él —decía Jaime mientras recorría las piernas de Rhona y posaba los ojos en los salones rojos de altísimo tacón.

—Déjate los zapatos —dijo Jaime de pronto.

Con una sonrisa tonta en la cara le hizo caso, se puso de pie, mientras él le acababa de quitar el vestido pasándolo por encima de la cabeza, Rhona al verse completamente desnuda se puso de espaldas a él, solo le quedaban puestos los zapatos rojos que a él parecían excitar tanto.

Jaime se desnudó también, la acercó a él por detrás y la abrazó acariciando un pecho con cada mano y susurrándole al oído lo deliciosos que eran, el aliento cálido y excitante de Jaime recorría su cuello con cada beso que le daba. Las manos de él fueron bajando por el talle hasta posarse en sus redondeadas caderas y seguir explorando palmo a palmo su cuerpo, con dedos que Rhona notaba como el aleteo de una mariposa sobre su sexo, eran unas caricias tiernas, tranquilas, caricias que conseguían que ella gimiese con cada una de ellas, poco a poco lo fue rodeando hasta quedar frente a él, acariciando el musculoso pecho masculino.

De pronto Rhona se dio cuenta que estaban en la terraza y esta no estaba cerrada.

—Cariño, deberíamos entrar, nos pueden ver —comentó sonrojada.

—Qué disfruten de las vistas —contestó él risueño.

Dicho esto la atrajo más hacía sí y volvió a besarla con intensidad, mientras ella se colgaba de su cuello y pegaba su cuerpo al de él, piel con piel, notando en su entrepierna el deseo de su amado. Rhona fue resbalando la mano, de uñas largas y perfectamente cuidadas, hasta encontrar el miembro erecto y firme, a Jaime se le escapó un intenso gemido, poco a poco fue agachándose mientras iba lamiendo su cuerpo hasta llegar a sus braguitas de encaje negro, se arrodilló delante de ella y su lengua fue humedeciendo las bragas, con los dientes apartó a un lado la fina tela y buscó con la lengua su interior, ofreciéndole el primer orgasmo de los que vendrían.

A Rhona se le aflojaron las piernas y se estiró sobre los cojines, Jaime le pasó los dedos por la braguita notando la humedad de lo que indudablemente había pasado, Rhona buscaba su miembro rozando suavemente con la yema de los dedos dejando que apareciera la cabeza suave y rosada del miembro masculino. Poco a poco Rhona se fue subiendo sobre Jaime lamiendo y acariciando su cuello, besando cada centímetro de su piel, jugó con el suave vello de su pecho hasta llegar a un miembro erecto que esperaba ser devorado. Lo introdujo en su boca, su lengua jugó con el glande, Jaime jadeaba con inmenso placer. Siguieron con los juegos preliminares un rato más hasta que Jaime quedó sobre ella, Rhona se estremecía en cada embate de Jaime, apretaba su vagina dando el máximo placer y notando como el miembro de él llenaba todo su espacio, aquello era lo que había necesitado, tenerlo dentro de ella era lo que importaba en aquel momento, metiendo la mano entre los dos Rhona empezó a acariciar los testículos de Jaime provocando que una corriente eléctrica recorriera su espina dorsal. Volvieron a besarse, las lenguas llegaron hasta la garganta, en unos besos llenos de intenciones, él estaba agotado, Rhona jadeaba de cansancio, pero no era suficiente, quería que ella llegase al clímax, la penetró de nuevo en una embestida casi salvaje, Jaime golpeaba sus muslos cada vez que arremetía contra ella, algo que la hizo gemir con un inmenso suspiro, le subió las caderas con las manos para

penetrarla más intensamente hasta que llegaron al éxtasis los dos a la vez en un clímax profundo e intenso, como nunca antes habían conseguido.

Se quedaron abrazados largo rato, en aquel momento el estómago de Rhona se quejó, apenas había ingerido nada en todo el día, Jaime se levantó y fue a buscar la botella de cava que había llevado y los bombones de la confitería que a ella tanto le gustaban. Le ofreció la copa y le puso un bombón en los labios.

—Mmmh, doble ración de placer, me encanta —decía Rhona mientras saboreaba el riquísimo chocolate.

—He traído el cepillo de dientes —balbució Jaime casi implorando.

Rhona sonrió cómplice, en realidad si no lo hubiese dicho él, lo habría propuesto ella.

Aquella había sido la primera noche que pasaban juntos realmente, hasta aquel momento solo habían sido encuentros clandestinos, rápidos, fugaces, de los que gozaban a tope, pero siempre con la culpa pendiendo de sus cabezas, aquella vez, por primera vez, no había culpa sino todo lo contrario, había tan solo amor y ganas de estar juntos, de aprenderse, de releerse una y otra vez, de conocerse en lo más profundo, lo que les hacía reír y lo que les hacía llorar, sus gustos en todos los sentidos, incluso el lugar donde tenían las cosquillas, todo, querían ser todo el uno para el otro, y a partir de aquel momento empezaban a componer el puzzle de sus vidas.

De momento no habían pensado en nada más que en ser felices aquella noche, lo que viniese después debía esperar, pero lo que no esperaba era el hambre, Rhona no tenía previsto tener compañía así que no tenía la despensa llena, en realidad no había hecho despensa todavía, así que tuvieron que desayunar en la cafetería del “guapo”, que decía ella. Desde que había llegado al barrio solía tomar café en una cafetería regentada por dos hermanos, de los cuales, uno de ellos estaba de muy buen ver, al entrar la primera vez oyó que unas jovencitas entraban diciendo lo guapo que era el camarero, así que le hizo tanta gracia que la bautizó como la cafetería del guapo.

Se despidieron en la puerta de la cafetería, Rhona se iba para su galería y Jaime tenía cita con el abogado, un conocido de la facultad con el que sin ser amigos íntimos se habían mantenido en contacto desde entonces, así que quedó en conocer su caso, le dijo que intentaría ayudarlo del modo más viable. Para Jaime era primordial resolverlo lo antes posible, lo primero por Maricarmen, por su mujer, que había sido la víctima inocente de dos irresponsables, habían jugado con la vida de una mujer enferma, la habían sobremedicado solo por quedarse tranquilos, y eso no se lo perdonaría nunca, no lo entendía, si Ingrid no podía con el trabajo debió decírselo, pero no hacer lo que hizo, no tenía justificación de ninguna clase, y si encima involucraba a Rhona, menos todavía, por eso necesitaba hablar con ella, necesitaba una explicación con urgencia.

Rafael, el abogado amigo de Jaime, lo escuchó, tomó notas y no dijo nada, se quedó pensativo un momento, entonces dijo que tenía que estudiar el caso con detenimiento, que aquello tal como se lo explicaba él, carecía de toda lógica.

—Aquí hay algo que no cuadra, así a simple vista es imposible determinarlo, pero me rechina —comentaba el abogado a Jaime después de darle un repaso a los apuntes.

—Es por eso que quiero un careo, necesito hablar con Ingrid y que me explique que pasó, si fue un descuido lo entenderé, pero ella estaba allí para cuidarla, no para estar con el novio —se quejaba Jaime amargamente, no se podía sacar de la cabeza el día que se presentó sin avisar y él

estaba con ella, algo no le chocó, pero no quiso hacer caso a su intuición y ahora se culpaba por el triste desenlace.

—Tranquilo, pagarán por lo que han hecho tanto si es por acción como si lo es por omisión —intentó calmarlo el abogado.

—Eso espero, no estaré tranquilo mientras no se aclare todo.

—Está bien, quedamos en eso, déjame hacer unas gestiones y en cuanto sepa algo te aviso para el careo —lo despidió Rafael.

El careo llegó a los dos días, el abogado hizo los trámites y el juez estuvo de acuerdo, Rhona tenía un mal presentimiento con todo aquello, como todos ellos tenía la sensación que allí se escondía algo, no entraba dentro de ninguna lógica que se contrate a una persona para cuidar a otra enferma y la sede de tal manera que la mate.

—Ten cuidado, ¿vale? —Le dijo a Jaime al despedirse de él en la puerta de los juzgados, lugar en el que tendría efecto el careo, lo abrazó fuertemente y lo besó— ¿De verdad no quieres que me quede?

—No, ya te dije que no quiero que estés aquí, este sitio no es para ti, y no quiero que te involucren con este caso, creí que había quedado claro.

—Había quedado claro, pero tenía que volver a intentarlo —contestó preocupada.

—Todo irá bien, te lo prometo —la tranquilizó Jaime, aunque él también estaba nervioso, puesto que no tenía ni idea de a lo que se iba a enfrentar allí dentro.

Cuando entró, el abogado le dio la mano, lo estaba esperando, ya había hecho los trámites pertinentes y solo quedaba que los llamasen para el encuentro.

Tuvieron que esperar casi quince minutos, el coche en el que traían a Ingrid había pinchado una rueda y tuvieron que parar a reparar el pinchazo, Jaime no era supersticioso, pero parecía que los astros se alineaban en su contra, era un hombre de acción y la espera lo consumía.

Por fin pasaron a una sala en la que les comunicaron que se grabaría todo para su seguridad y posterior revisión, estuvieron de acuerdo, los hicieron sentar uno frente al otro y empezó el careo.

—Sabrá usted, señor Sans, que no es lo habitual que un implicado pida un careo con una acusada, se le ha concedido porque hemos encontrado en las declaraciones de la imputada algunas contradicciones que nos interesa esclarecer, por lo tanto, pueden proceder —indicó el juez al comisario Merino.

Jaime antes de que le dijeran que hablase miró a Ingrid con severidad y preguntó:

—¿Por qué?

—No entiendo, yo no hice nada —contestó Ingrid a la defensiva.

El comisario les ordenó callar a los dos, entonces fue él quien tomó las riendas del interrogatorio, empezando con preguntas técnicas, como dónde se encontraban en el momento de los hechos. Primeramente contestaba Ingrid, después le tocaba el turno a Jaime, al principio eran preguntas como las del detector de mentiras, insustanciales, incluso a Jaime le parecieron bastante tontas, hizo de tripas corazón y respondió con la misma seguridad que llevaba haciéndolo desde que empezó aquella pesadilla.

—¿Por qué suministró dosis de medicación superior a la estipulada por el médico? —preguntó Merino.

—Por fin una pregunta interesante —dijo Jaime mordaz.

—Señor Sans, cállese, por favor, no es su turno —cortó el comisario— conteste, Ingrid,

por favor.

—Yo no suministré más dosis que las que me ordenó el doctor —alegó.

—¿Entonces quién lo hizo? —saltó casi de la silla Jaime.

—¡Señor Sans!, por favor, las preguntas las hago yo —lo atajó el comisario de nuevo.

Jaime se retrepó hacia atrás en la silla, soltó aire poco a poco para descargar la ira que sentía, le parecía que las preguntas no llevaban a ninguna parte, era dar vueltas sobre lo mismo y no parecían avanzar.

—Señorita Rosich, si no lo hizo usted, puede decirnos quién lo hizo, se supone que en la casa estaba usted sola, al menos en su declaración es lo que dijo, ¿se reafirma?

Ingrid inquieta se retorció las manos esposadas sobre la falda, bajando la vista en un intento de ocultar la mirada, en los ojos había inseguridad, y debajo algo mucho peor, había miedo, terror incluso. Levantó la cabeza y en un intento desesperado de salir de aquel lío dijo lo que Francesc le había advertido que debía decir.

—Yo solo hice lo que me indicaron, usted me pidió que la mantuviera tranquila, solo cumplí sus órdenes —explicó intentando mirar fijamente a Jaime.

—¿Qué yo te dije qué? ¿Serás desgraciada? Lo único que yo te dije es que la cuidases bien —se enfureció más de lo que estaba— creo que le dabas de más para estar a tus anchas con ese novio que metiste en mi casa sin mi permiso.

Jaime estaba que no podía más, solo le faltaba que aquel careo que él pensaba que aclararía muchas cosas se le volviera en contra, y el comisario no dejaba de mirarlo como si en verdad él le hubiese dado instrucciones en ese sentido, aquello al final saltaría por los aires, no pensaba dejar que aquella arpía lo calumniara y se quedase tan tranquila.

—Yo solo cumplí sus órdenes, lo juro —Ingrid seguía manteniendo su postura.

—No jures en vano —espetó Jaime.

—¿Me puede explicar qué hacía el señor Francesc Miralls en la casa en que usted trabajaba? —preguntó el comisario a Ingrid.

Ingrid se tomó su tiempo para responder, en realidad era buena actriz, por el momento no se salía del guión que su novio le había escrito, aunque los nervios la traicionasen en algún momento.

—Me sentía muy sola —explicaba con los ojos mirándose las manos, incapaz de mirar al ni comisario ni a Jaime a la cara, cosa que al comisario no le pasó desapercibido, en todo el careo no había mirado directamente a la cara (lo había intentado pero no lo había conseguido), a ninguno de los dos—. Maricarmen se pasaba el día durmiendo, solo me hacía compañía de vez en cuando.

—¡Mentira! —Chilló Jaime—. Se había instalado en mi casa, lo tuve que echar, sabes que fue así, ¿por qué mientes? ¿Qué ganas mintiendo?

—Señor Sans, basta —cortó el comisario.

—Ingrid, le repito la pregunta, ¿puede explicar la presencia del señor Miralls en la casa del señor Sans, ya que usted estaba trabajando? —repitió el comisario paciente.

—Ya le he dicho que me sentía muy sola y él venía a hacerme compañía.

—Usted le daba la medicación a la señora Maricarmen Llorente, o ¿en alguna ocasión se la dio su novio? —Continuó el comisario—. Le recuerdo que mentir tiene graves consecuencias.

Ingrid se quedó callada, bajó la vista, no era capaz de mirar a Jaime a los ojos, lo que a este le pareció muy significativo, estaba mintiendo, lo notaba, esperaba que el comisario lo notase también. Dejó pasar un rato en silencio, un silencio que a Jaime le pareció eterno, a punto estuvo

de levantarse de la silla y zarandearla a ver si de una vez decía algo que esclareciese lo que había pasado. Jaime botaba en su asiento, el comisario le tuvo que decir que se tranquilizara, que sus nervios no ayudaban.

—Una vez —confesó por fin— el último día se la dio él.

Dicho esto se cubrió la cara con las manos y arrancó a sollozar, la presión había podido con ella. Jaime salió disparado de la silla y casi acaba detenido, los dos guardias lo tuvieron que retener, antes de que se abalanzase sobre ella.

—¿Está usted afirmando que el señor Miralls suministró la medicación a la señora Maricarmen Llorente? —inquirió el comisario.

—Lo sabía, sabía que ese tipo no era de fiar —gritó Jaime al que de nuevo tuvieron que retener en su silla.

—Yo solo he querido decir que la última dosis de medicación se la dio Francesc, yo estaba recogiendo la cocina y él se ofreció, pero le dije exactamente lo que debía darle... él no la mató.

—Nadie ha hablado de matar, pero si le dio demasiados somníferos si que nos estamos acercando peligrosamente a un homicidio involuntario, piénselo, Ingrid, diga la verdad, ¿usted está segura de que le dijo la dosis correcta que debía darle?

—Sí, estoy segura.

—Entonces porque se murió, y ¡¡Por qué dijo el forense que le habíais dado suficiente como para dormir a un caballo!! —chilló Jaime de nuevo sin poderse contenerse.

—Él me dijo que le había dado un poco más para que nos dejará tranquilos aquel día, últimamente estaba muy nerviosa y solo decía que quería morir, se enteró que su marido le ponía los cuernos —contestó a la defensiva intentando involucrar de nuevo a Jaime—. Yo le expliqué que habías querido seducirme, que casi me violaste —se dirigió a Jaime esta vez.

Jaime se quedó en shock, aquello era lo último que se esperaba, casi tenía borrado aquel suceso de su mente, entonces cayó en cuenta que aquello no fue algo improvisado, para nada, pero ¿por qué? ¿Qué sacaba ella de confesar aquello? Se levantó apoyando las manos sobre la mesa, acercó la cara a la de Ingrid, despacio, mirándola fijamente.

—Repíte eso que has dicho mirándome a los ojos —dijo Jaime con una lentitud exasperante.

—Aquella noche en tu despacho, intentaste violarme, me obligaste a que te hiciera una mamada —lo dijo, pero, de nuevo, sin mirarlo a la cara, con la voz temblorosa y sin convicción.

—¿Por qué? te pregunto de nuevo, ¿por qué me has arruinado la vida, Ingrid? Maricarmen te trataba como a una hija, no es justo que le pagases de esa manera, no se lo merecía —se lamentó Jaime.

Los policías aguardaban, estaban seguros que había algo más y esperaban que se acabase de desmoronar Ingrid y confesase por qué lo había hecho. En definitiva el careo no había resultado tan mala idea.

—Me quisiste violar —repitió la mentira.

—Sabes que no es cierto, si lo hubiese sido, ¿por qué no lo denunciaste?, ¿era mejor matar a mi mujer?, ¿qué ganabas con ello? Explícamelo, porque no lo entiendo —repetía Jaime.

—Me gustabas y empezaste a salir con aquella puta, te odio —le escupió a la cara y no solo palabras.

Jaime no salía de su asombro, se limpió la cara con un clínex asqueado, no solo por el salivazo, aquello era peor de lo que pensó en un principio, pensó que había sido un descuido, una

negligencia por estar con el novio, nunca se le pasó por la cabeza que pudiese ser algo premeditado.

—Señorita Rosich, compórtese, por favor —Pidió Merino— que el señor Sans tuviese una aventura extramatrimonial no es motivo para hacer daño a su esposa, ¿está segura que ese fue el motivo?

Ingrid no podía más, intentaba por todos los medios dejar fuera a Francesc pero le estaba resultando imposible, o era él, o era ella, pero uno de los dos iría a la cárcel y desde luego no quería ser ella, al fin y al cabo a ella Maricarmen le caía bien, pensaba, mientras decidía si decía la verdad o seguía dando largas al comisario.

—Francesc me obligó —confesó al fin.

—¡¡Lo sabía!! —Bramó Jaime— sabía que no era de fiar.

—Señor Sans, por favor, a ver si podemos avanzar, si sigue interrumpiendo me veré obligado a suspender el careo, usted mismo —amenazó el comisario Merino.

—Lo siento, no volverá a pasar —se excusó Jaime.

—Vayamos por partes —se volvió el comisario a Ingrid— ¿Puede explicarme eso de que la obligo? ¿La obligo a dar más somníferos de la cuenta a la señora Maricarmen? ¿Con qué fin?

Ingrid no sabía como seguir, si la policía la asustaba, Francesc le daba terror, se había dado cuenta que prefería tenerlo dentro de la cárcel ya que si estaba fuera al final acabaría con ella, siempre habría un motivo por el que necesitase venganza, y ella no pensaba volver a ser su arma.

Abrió la boca varias veces sin encontrar las palabras, no sabía cómo seguir o por dónde empezar, por fin pareció decidirse a hablar, alentada por la atenta mirada del comisario y la apremiante de Jaime.

—Esto... yo... estoy muy asustada, por eso no podía decir nada, me ha amenazado con matarme, pero yo no soy una asesina, yo llegué a querer a Maricarmen — con la cabeza gacha se retorció las manos en el regazo sin querer enfocar la vista en nadie, estaba avergonzada de verdad, o al menos lo parecía.

—Sigo sin entenderlo —continuó, Merino— qué interés tenía el señor Miralls para querer hacer daño a la señora Llorente.

—A ella no, quería hacer daño a Jaime —contestó dejando a todos estupefactos.

—¿A mí? Si no me conocía de nada. ¿Por qué coño quería hacerme daño a mí? —preguntó Jaime cada vez más atónito.

—De qué conocía su novio al señor Sans, ¿puede explicarlo? Quizá sea mejor que le preguntemos a él directamente —apuntó el comisario.

—No lo conocía, quería venganza —gimoteó limpiándose las lágrimas que rodaban silenciosas mejillas abajo.

—Esas lágrimas llegan tarde, igual que la confesión, no lo entiendo, venganza —apuntó Jaime—, si no me conocía, ¿de qué narices quería vengarse? ¡Contesta!.

Jaime estaba histérico de nuevo, no podía controlar los nervios, quería saber qué motivo podía tener alguien al que no había visto en su vida para querer hacerle tanto daño como para matar a una mujer indefensa.

—Me dijo que te sedujera —se lamentaba Ingrid— pero no te dejaste, te habías enamorado de la pintora, por mucho que lo intenté no pude separaros, por eso se metió en la casa, para tramar otro plan.

—¿Cómo se supone que nos tenías que separar? —inquirió Jaime.

—Le envié una carta a Rhona desde tu correo —reveló encogiéndose más en la silla, intentando ser lo menos visible posible, no soportaba la mirada acusadora de Jaime, hasta aquel momento no había sido consciente de todo el daño que le había causado.

—Así que fuiste tú, aprovechaste que estaba en la cama, que había tenido un accidente, que apenas podía moverme para hurgar en mi correo, comisario, añada un cargo más —se dirigió a Merino— espero que no salga de aquí en muchos años.

—Me enamoré de ti, eres tan diferente de Francesc que me enamoré de verdad —continuaba ella un poco a la deriva en sus declaraciones.

—Seguimos sin saber por qué quería vengarse Francesc del señor Sans, ¿lo puede explicar?

No podía seguir hablando, un nudo se le había formado en la garganta, tenía la boca seca, así que pidió si, por favor, le podían dar un vaso de agua antes de seguir con la confesión.

Capítulo XXIX

Rhona estaba en la galería pero no daba pie con bola, Jaime llevaba toda la mañana en el careo y todavía no la había llamado, necesitaba saber cómo iba todo, qué pasaba, si las respuestas eran satisfactorias o no aclaraban nada, a punto estuvo de morderse hasta la uñas, la salvó una llamada telefónica, era Clara, tenía algo que comunicar a su madre y estaba nerviosa, ella que lo tenía todo tan claro, y siempre bajo control, estaba hecha un manojo de nervios.

—Cariño, que alegría que me llames, ¿cómo estás? —contestó Rhona al teléfono.

—Perfectamente, mamá, estoy feliz.

—Eso me hace muy feliz a mí también, ¿puedo saber el motivo de esa felicidad? —preguntó interesada.

—Me caso, ya está, ya lo he dicho, soy la mujer más feliz del mundo, mamá, William es maravilloso.

—¿William? —Se extrañó Rhona— si no recuerdo mal estabas saliendo con un amigo de Albert que no se llamaba así, creo.

—Mamá, aquello no pasó de dos tardes de cine y palomitas, somos buenos amigos pero no había chispa.

—Ah, no me habías dicho nada —se quejó Rhona perpleja, Clara siempre tan independiente— y eso de qué te casas, ¿por qué tanta urgencia?

—Jajaja —rió con ganas su hija— no pienses nada raro que te veo venir, solo es que estamos tan bien que queremos estar juntos, te lo digo porque estaremos allí los dos para la fiesta de la inauguración de tu piso y te lo presentaré.

—Estoy contenta, ya sabes que no tienes que avisar para venir a casa, con las ganas que tengo de que estéis conmigo —decía Rhona jubilosa.

Estuvieron hablando un buen rato, Rhona preguntó por Patricia, preguntó si seguían hablando con su padre, quiso saber si estaba bien, pero Clara respondió con evasivas, lo cual quería decir que seguía sin aceptar la separación, su hija la tranquilizó como hacía siempre, diciéndole que solo necesitaba tiempo.

—Y ese tal William cómo es —preguntó por fin— cómo lo has conocido.

—Es médico, al final cada una con uno —reía Clara llena de felicidad— y es maravilloso, de verdad mamá, cuando lo conozcas ya verás, ah, y muy guapo.

—Me alegro mucho cariño, ya sabes que si tú eres feliz yo también lo soy.

Cuando cortó la comunicación le entró la nostalgia, sus niñas ya eran grandes, se iba a casar Clara, no lo hubiera imaginado en ella, pensaba que se buscaría una pareja, alguien que pensase como ella, porque eso de pasar por el altar siempre había dicho que era algo cursi... y ahora su niña se casaba, las vueltas que daba la vida, dos lágrimas resbalaron por sus mejillas, y llamó a sus amigas, ya que a su padre no se lo podía decir, ya lo haría ella, con Daniel no había vuelto a hablar desde el último encontronazo que habían tenido.

La primera en llegar fue Maia, que la abrazó como si hiciese un siglo que no se veían, ella era así, de abrazos, de contacto físico, siempre preocupada por ellas, así que en cuanto notó que Rhona estaba intranquila dejó todo lo que tenía en las manos y salió corriendo, nada era para ella tan urgente como sus amigas.

—Mi vida, cómo estás, ¿ha pasado algo? —preguntó alarmada.

—No, en realidad debería estar feliz —musitó.

—Pues por tu cara diría que ha pasado una apisonadora por encima de ti —apuntó Maia.

En esas llegaba Lola, había tenido que aparcar el coche algo lejos y llegaba con la lengua fuera, se le había ocurrido ponerse tacones, cosa que no solía hacer, así que la caminata casi la destroza.

—Perdón, chicas, lo siento, pero no puedo más —se lamentaba mientras apenas atravesaba la puerta se quitaba los zapatos— qué pasa hoy con el aparcamiento, ni que estuviésemos en feria jajaja.

De pronto se las quedó mirando tenían cara de circunstancias pero no supo adivinar la causa, y eso que era buena pronosticando, pero al ver a Rhona sentada y Maia detrás de ella haciéndole una especie de masaje relajante en cuello y los hombros la dejó sin palabras.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

—Rhona tiene algo que decirnos, pero está tan tensa que voy a ver si la “descontracturo” un poco, para que hable ya de una vez, porque me estoy poniendo nerviosa —aclaró Maia.

—Por eso he corrido tanto, pensé que estaba todo bien entre vosotros —se dirigía a Rhona — creí entender que Jaime se había mudado al ático.

—No, no se trata de nosotros, parece ser que va todo bien, aunque no sé nada del careo y estoy de los nervios, os he llamado porque he hablado con Clara.

—¿Le pasa algo? —se preocupó Lola.

—Nos tienes en ascuas, ¡quieres hablar de una puñetera vez! —la apremiaba Maia.

—Me ha dicho que se casa —comunicó con los ojos velados de nuevo.

—¿Patricia se casa? —preguntó Lola pensando que era la mayor de sus hijas la que se casaba.

—No, Clara —dijo despacio, sin poder creerlo todavía.

—¿Clara? —preguntaron las dos a la vez.

—Sí, mi niña, mi pequeña, y no sé qué hacer —confesaba con los ojos vidriosos.

—Creo que no tienes que hacer nada, es una joven muy madura y si ha tomado esa decisión seguro que la ha meditado bastante —argumentaba Lola.

—Lo sé, pero es que ni siquiera conozco al novio, y no creo que lo entienda cuando lo conozca, no sé, ha sido un shock —continuaba Rhona sin acabar de asimilarlo.

—Tranquila, ya sabes que cuentas con nosotras para lo que sea, es nuestra princesita y queremos que sea muy feliz, seguro el novio es un buen tipo, ella no escogería a cualquiera —la serenaba Maia.

—Gracias, chicas, también estoy nerviosa por el careo, no sé nada todavía, me estoy consumiendo sin tener noticias de ninguna clase y no me ha dejado esperarle allí.

—Y tiene razón, allí no haces nada, lo único que harías sería ponerlo nervioso a él, así que aquí estamos, esperaremos juntas hasta que tengas noticias.

A la hora de cerrar no la dejaron sola, ella les dijo que estaba bien, que no hacía falta que se quedasen con ella, por mucho que insistió ellas insistieron más, la cogieron y se la llevaron a comer, sacarla de allí era la mejor manera de distraerla, tanto de la preocupación de lo que estaba pasando en el juzgado, como de su nueva preocupación, la boda de su hija pequeña con un médico británico, lo que la llevaba a pensar que su hija nunca más volvería a vivir cerca de ella, eso era lo que en realidad la tenía mortificada.

Comieron en una pizzería que hacía tiempo que no lo hacían, incluso bebieron coca cola de máquina, horrible, pero con las bromas de Lola pasaron un mediodía sin dejarla pensar en lo que no debía, aunque de vez en cuando Rhona miraba de soslayo el teléfono móvil por si tenía algún mensaje de Jaime.

—No mires más, verás que todo va a salir bien —decía Maia.

—¿Sabes qué podemos hacer? —Preguntó Lola de pronto— empezamos a preparar la fiesta de inauguración del ático, no se puede quedar sin inaugurar, ya que es el comienzo de una nueva vida.

—Estaba por proponerlo yo, jajaja —comentó Maia divertida.

—Pues no se hable más, vamos a ver qué hacemos, porque aquello es muy pequeño —decía Rhona algo más animada.

Se fueron de tiendas, buscando decoración para la fiesta que pensaba dar, con aquello logró calmar los nervios un poco, pero no podía dejar de pensar por una banda en Jaime, y por otra en su hija, y sobre todo en cómo sería el joven médico que le había robado el corazón a su pequeña.

Cuando tuvieron más o menos todo lo que creyeron necesitar seguían sin tener noticias de Jaime, era media tarde y Rhona ya no aguantaba más, el estómago era un enorme nudo y se había quedado muda, nada de lo que decían parecía escucharlo, su mente estaba a unos cuantos kilómetros de distancia. De pronto sonó su móvil, el corazón se le salía por la boca, casi lo tira al suelo, no era capaz de desbloquearlo, por fin, lo desbloqueó y se llevó la gran sorpresa, número desconocido, miró a sus amigas con cara de ¿qué hago?

—Contesta, chica, la manera de saber quien es, es contestando ¿y si es del juzgado? —indicó Lola.

—Sí, es verdad —dijo en voz alta mientras daba paso a la llamada.

Si en aquel momento le pinchan no le sacan sangre, se puso pálida, después le subieron los colores y una sonrisa tonta se le instaló en la cara, estuvo asintiendo a lo que le decían y tanto Maia como Lola estaban expectantes, deseosas de que les comentase de qué iba todo aquello.

Cortó la comunicación después de concretar una cita con su interlocutor, sus amigas cada

vez estaban más extrañadas, llevaba más de diez minutos colgada al teléfono poniendo todas las caras que se podían poner, pero precisamente por la sucesión de caras que había puesto no parecía ser una mala noticia.

—Suéltalo ya, que nos tienes en ascuas —apremiaba Maia.

—Es muy gordo, chicas, muy gordo, de verdad —contestó Rhona sin asimilar lo que le estaba pasando.

—¿Es grave? —se preocupó Lola.

—Noooo, es buenísimo, un sueño hecho realidad —contestó con una enorme sonrisa.

Se la quedaron mirando y se miraron entre ellas, con Rhona siempre era igual, mira que le costaba acabar de dar las noticias, siempre a cuenta gotas.

—¿Y? nos lo piensas explicar o es un secreto —estaba a punto de cabrearse Maia que tenía menos paciencia que Lola.

—Era Joseph Malin, el director de la galería Art Neuf, me propone exponer allí, estoy soñando ¿verdad? Pellizcadme, por favor.

En aquel momento se quedaron sin habla, se la miraron como si fuese una porcelana de Sevres, poco a poco una sonrisa se iba instalando en sus caras, entonces Lola le dio un pellizco, bastante fuerte, por cierto.

—¡Haaay! ¿Por qué has hecho eso? —se quejó restregándose el brazo dolorido.

—Tú has dicho, pellizcadme, y eso he hecho jajaja —bromeó Lola.

—Serás burra, no era literal jajaja —rió ella también.

—Esto se merece una celebración, una botellita de cava por lo menos —indicó Maia.

Pidieron el cava y entre broma y broma se lo bebieron, Maia se miraba a Rhona y la tocaba con un dedo, “pronto serás intocable”, le decía bromeando, después era Lola la que se quejaba que cuando fuese rica y famosa no se acordaría de ellas y volvían a la carga de las risas, al final la tarde pasó mucho mejor de lo que Rhona esperaba.

Se despidieron y Rhona volvió a la preocupación, seguía sin tener noticias de Jaime.

Estaban muy cansados, parecía ser que solo hacían que repetir lo mismo y no avanzaban, el juez dictaminó un receso para comer, a Ingrid se la llevaron y Jaime salió junto con su abogado a la cafetería de enfrente a comerse un bocadillo, tenían una hora, la que dedicaron a pensar, Jaime no entendía por qué aquel niñato le podía tener tanta manía, no lo conocía de nada, así que puso la maquinaria de su mente a pensar en las preguntas que le haría a Ingrid, de allí no salía sin saber el motivo por el cual había sido capaz de matar a una mujer indefensa por una venganza, le decía al abogado, al que ni siquiera le habían dejado formar parte del careo, aunque eso ya lo sabía. Una venganza que cómo mínimo era estúpida, tenía ganas de terminar con todo aquello, además no le habían dejado hacer ni siquiera una llamada telefónica, intentó que Rafael, su amigo y abogado le dejase hacer unas llamadas, pero él se lo desaconsejó, así que imaginaba como estarían sus dos mujeres, tanto Rhona como su hermana se estarían subiendo por las paredes, las conocía bien y esperaba que se llevasen mejor, su hermana tenía mucho carácter pero era un trozo de pan y Rhona, qué decir de ella, en Rhona solo veía virtudes, sonreía al pensarlo.

Terminó el receso y volvieron a retomar el careo, Ingrid entró con cara de cansada, se le notaba el calvario por el que estaba pasando, pero aunque su corazón estaba tentado a sentir pena se impuso su cabeza, no, no podía sentir pena por alguien que había cometido tal vileza.

—Está bien, comencemos —dijo el juez mirando al comisario con apremio, dándole a entender que no podía alargarse mucho más, que hicieran preguntas pertinentes y al grano.

—Señor Sans, ¿quiere preguntar algo más? —dijo la palabra a Jaime el comisario Merino.

—Desde luego que sí, y creo que si contesta la verdad, quedará el caso bastante claro —expuso Jaime— quisiera saber el motivo por el cual tu novio me odiaba tanto si no me conocía de nada, ¿tienes alguna explicación?

Ingrid se puso roja para perder el color a continuación, no sabía por donde empezar.

—Sí que te conocía —reveló por fin, dejando a Jaime mucho más perplejo de lo que estaba.

—¿Puede explicar eso que está diciendo? —apremió el comisario.

—Él mandó a la cárcel a su padre, por eso quería vengarse.

—¿Qué yo qué? —empezó a decir Jaime, de pronto el apellido del joven le empezó a dar vueltas en la cabeza.

—Sí, tú, denunciaste a su padre y acabó suicidándose en la cárcel, así que desde entonces Francesc estaba buscando la manera de vengarse de ti, lo dejaste huérfano muy pequeño, su padre era lo único que tenía, se lo llevaron a un orfanato y lo pasó muy mal.

—Ricardo Miralls, ¿era su padre? Ahora entiendo muchas cosas, pero eso no justifica un asesinato —reprochó duramente Jaime.

—¿Puede explicarse un poco mejor, Ingrid? —indicó Merino.

—Cuando Francesc apenas tenía catorce años, Jaime denunció a su padre y lo metieron en la cárcel, no tenía más familia que a él y lo llevaron a un internado para niños huérfanos, nunca se lo perdonó.

—¿Te dijo por qué lo había denunciado? ¿Te dijo que había abusado de dos menores? O eso se le olvidó, le consideraba un amigo, pero eso no lo podía consentir, eran dos niñas, por Dios, dos criaturas indefensas a las que les destrozó la vida, sé el trato que se les da en la cárcel a estas personas, pero no podía callarme, por muy amigo que fuese, no podía callarme —decía Jaime rememorando aquel suceso como si lo estuviera viviendo de nuevo.

—No, eso no me lo dijo —murmuró Ingrid tapándose la cara con las manos esposadas.

—Y el hijo apuntaba maneras ya desde pequeño, creo que te equivocaste al enamorarte de alguien como él, pero eso a mí no me importa, necesitaba saber el motivo, el resto es cosa de la policía, no le deseo mal a nadie, pero espero que te caigan muchos años —se despidió Jaime de Ingrid, mientras esta lo miraba por primera vez a la cara.

El juez, que no había hablado más que para iniciar la sesión, se dirigió a los *mossos* que estaban presentes de guardia y les dijo que se la llevaran añadiendo cargos a los que ya tenía y añadiendo también a Francesc al juicio que se tenía que celebrar para determinar el grado de implicación en la muerte de Maricarmen, que pasó de ser un homicidio involuntario a homicidio premeditado.

Cuando Jaime llegó al ático encontró a Rhona en la cocina, ella necesitaba hacer algo, tener la mente ocupada, así que había pensado en preparar algo para la cena, algo rico que le agradase a Jaime, llevaban pocos días viviendo juntos y no estaba segura de lo que le gustaba o lo que no, además en esos días por una cosa u otra siempre habían comido fuera, así que pensó darle una sorpresa, se decidió por hacer unas pechugas rellenas a la crema, algo suave que solía gustar a todos en su casa, esperaba que a él también. Estaba incorporando la nata a la salsa de las pechugas cuando Jaime llegó en silencio, no lo había oído entrar, dio un respingo cuando la abrazó

por la cintura mirando por encima del hombro lo que hacía.

—Mmmh, qué bien huele, tengo un hambre que te comería hasta a ti —le susurró al oído.

Rhona se giró y lo abrazó aliviada de tenerlo de nuevo con ella, en el rato que se había quedado sola, sus amigas no querían marcharse pero ella las obligó, de nuevo su mente se activó y se perdió en mil vericuetos a cual más imposible, por eso al verlo en casa sano y salvo, pudo volver a sentir el aire entrar en sus pulmones.

—Espero que te guste lo que he preparado... —empezó a comentar Rhona, los labios de Jaime callaron su boca.

—Creo que la cena puede esperar, tengo hambre pero de ti —confesó Jaime.

—Primero dime cómo ha ido en el careo —quiso averiguar Rhona.

—Eso también puede esperar, de momento solo te diré que todo ha salido bien, Ingrid confesó.

Al escuchar aquello, Rhona se relajó, ya le pediría explicaciones más tarde, por el momento tenían otras prioridades, apagó el fuego, la cena en aquel momento había pasado a un segundo plano, fueron directamente al dormitorio con la tranquilidad que daba saber que todo estaba bien, una vez allí hicieron el amor, con calma, con ternura y con pasión.

Jaime nunca había visto a Rhona con un delantal, le pareció la mujer más hermosa y sexy del mundo, llevaba el pelo recogido con una pinza y escapaban de ella unos mechones rebeldes, que él puso tras la oreja, para besarle mejor el cuello, un gemido de placer salió de la garganta de ella, echó las manos a su nuca y se besaron apasionadamente, poco a poco se fueron desnudando, no había prisa, tenían todo el tiempo del mundo.

La boca de Rhona contenía todos los deseos, de pronto necesitaba hacerla suya, un ansia se apoderó de Jaime, en su cuerpo estalló un torbellino, carne con carne, el cuerpo de Rhona se arqueó contra el suyo deseosa del huracán y la furia que solo había encontrado en él. La boca de Rhona recorría ansiosa el cuello de Jaime, paseó la lengua, mordió suavemente, enloquecieron juntos.

El mundo desapareció, el techo, las paredes, el suelo se desvanecieron, el universo constaba de dos personas en aquellos momentos, Rhona y Jaime, Jaime y Rhona, el resto podía esperar. Estaban más allá de todo, sus cuerpos no tenían límites, habían entrado en una espiral en que solo existían los sentidos, los roces, la piel, sus cuerpos carecían de espacio. Rhona gemía de placer y él quería que así fuera, necesitaba hacerla sentir que podía conducirla a un mundo de emociones palpitantes, de ciegas sensaciones, que podía llevarla de un extremo al otro con solo un roce de su ardiente piel. Jaime rozó con su lengua el interior de sus muslos, Rhona se arqueó gimiendo su nombre, esperando que su lengua siguiese por la senda de su clítoris. El sonido de su nombre pronunciado por ella fue una llama en su interior, la necesidad creció más de lo que ya estaba, no pudo aguantar, se acomodó sobre ella y la penetró de una embestida. Rhona arqueó la espalda para sentir muy dentro el placer que le proporcionaba, clavó las uñas en su espalda cuando notó llegar el orgasmo.

Estaba desmadejada, sin fuerzas.

—Qué sensación más agradable, me quedaría así toda la vida —decía Rhona con la cabeza apoyada en el hombro de Jaime.

Justo en aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Capítulo XXX

Daniel llevaba días como pollo sin cabeza, en un principio pensó que si se había ido pues buen viento y barca nueva, en realidad nunca pensó que fuese en serio, más bien creyó que era una bufonada, que en unos días se le pasaría la tontería y volvería con él, pero no, ella no había vuelto y él cada día la echaba más a faltar, cada día se daba más cuenta de cuánto la necesitaba.

Clara había llegado con su novio y después de presentárselo, le había comunicado a su padre que se casaba, que lo harían en Escocia ya que el novio era de allí, que por ellos no lo habrían hecho pero su familia era muy tradicional y si no había boda se sentirían traicionados por el hijo. Lo habían hablado entre ellos, y aunque en un principio a Clara le pareció una estupidez eso de firmar un papel, estaba tan enamorada que tampoco le era tan grave, así que ahora estaba encantada, ahora entendía a la mayoría de las mujeres, los nervios que pasaban preparando sus bodas, todo lo que se necesitaba para juntar un par de familias un día y poner una firma en el acta de matrimonio, pero bueno, había venido a eso, a entregar las invitaciones y a presentar al novio a sus padres. Patricia llegaría al día siguiente para la inauguración del ático de su madre.

—¿De qué inauguración hablas? —preguntó Daniel extrañado.

—Del ático de mamá —comunicó temerosa de la reacción de su padre.

—No sabía que se había mudado.

En la voz de Daniel había un mundo de sensaciones, Clara tan perceptiva notó que su padre no había dejado ir a su madre todavía, no tenía claro si por egoísmo, por narcisismo o porque se había dado cuenta que su madre valía mucho más de lo que él pensaba, pero notó derrota en su voz, algo que no había escuchado nunca en el tono de voz de su padre.

—Bueno, papá, no nos esperes despierto, voy a presentarle a William a mamá y a quedar para la fiesta, eso no me lo pierdo.

Dicho esto salió corriendo llevando de la mano a su novio, sumiso tras ella, aunque le pasase veinte centímetros, y dejando a su padre sumido en la más absoluta de las soledades.

—Vooyooy —se oyó una voz tras la puerta.

Rhona salió a abrir acomodándose el pelo y cerrándose la bata en la cintura, al ver a Clara las mejillas se le colorearon de tal modo que parecía que le había subido la fiebre, aunque quizá eso no fuese tan incierto, Rhona todavía se sentía culpable de su felicidad ante sus hijas. Clara estaba disfrutando viendo a su madre como intentaba parecer despreocupada, algo imposible en ella ya que su cara era el espejo de sus sentimientos, nunca mejor dicho.

—¡Mamá! Estás divina, se te nota en la cara la felicidad —decía guiñándole un ojo.

—William, mi madre, mamá, William —les presentó mientras Jaime asomaba la cabeza, eso sí, él se había vestido decentemente.

Se abrazaron ellas, se dieron la mano ellos y se besaron todos, Rhona no quería observar a su futuro yerno, pero lo hacía de soslayo, un chico joven, debía haber terminado la carrera hacía poco, de un rubio casi pelirrojo, con la cara llena de pecas, se parecía un poco al compañero de fatigas de Harry Potter, pensó traviesa, pero aunque no era demasiado guapo, tenía algo que decía siempre su madre cuando no sabía definir un algo especial, tenía ángel, decía. Los ojos de un azul casi gris chisporroteaban alegres, los labios sí, los labios eran perfectos, y una barba cobriza muy clara configuraban un rostro relajado y alegre, aunque el pobre no parecía estar enterándose de nada, quizá de ahí esa cara de felicidad.

—Por qué me da que aquí estamos un poquito de más —decía Clara, avergonzando a propósito a su madre, divirtiéndose de lo lindo, esperando que dejase de cortarle el traje a su novio.

—Estaba preparando la cena, supongo que os quedáis a cenar —afirmó más que preguntó al darse cuenta que lo estaba mirando fijamente de nuevo.

Jaime fue a preparar unas bebidas.

—Pues claro que se quedan, ¿verdad que sí? —preguntó directamente a William en inglés.

—¡Oh! Yes, of course... *mm claro que sí* —dijo inseguro, arrastrando las erres al estilo escocés, provocando la hilaridad de Clara seguida de los demás.

—Si no molestamos demasiado —volvió a pinchar Clara a su madre.

—Pero hija, cómo puedes decir eso, pues claro que no molestáis, esta es vuestra casa, lo sabes —aunque acabó la frase con una carcajada al darse cuenta de la manipulación de Clara.

—Siempre seréis bienvenidos —corroboró Jaime.

Además de las pechugas, tuvieron bastante para los cuatro, ya que cocinaba casi como si estuvieran sus hijas todavía en casa y siempre sobraba demasiada comida, para acompañar la carne preparó una buena ensalada de tomates cherry con queso de cabra, que a Clara le encantaba. Entre todos pusieron la mesa, Rhona estaba como niña con zapatos nuevos, estrenaba todo por primera vez, el mantel de la mesa de un elegante color negro, con las servilletas grises y la vajilla del mismo color, la cristalería también la había escogido con el pie de las copas a juego. Clara estaba encantada de ver a su madre tan feliz y veía que Jaime la hacía feliz a su vez, aunque notó un algo misterioso tras sus ojos, a ella no podía engañarla, su madre tenía algo que decir y no sabía por dónde empezar. Estaba sirviendo Jaime un poco más de vino a William, este se veía encantado, y entre lo poco que este chapurreaba el español y el desastroso inglés de su madre habían congeniado y parecían entenderse a la perfección, cuando Rhona se puso de pie.

—A ver, tengo algo que deciros, necesito consejo —empezó a dar vueltas, no sabía cómo empezar.

—Mamá —la regañaba Clara, sabiendo como era— suéltalo, no nos hagas esperar, los malos tragos cuanto antes mejor —le guiñó un ojo para infundirle ánimo.

—No, si no es nada malo.

—¡Rhona!, por favor —apremiaba Jaime.

—¡Mamá!, se quejaba Clara a su vez.

—Está bien, me ha llamado por teléfono Joseph Malin —dijo, callando a continuación, sabía que Jaime reconocería el nombre de inmediato.

—¡Felicidades, mi amor, eso es fantástico!

El pobre William movía la cabeza de uno a otro sin enterarse demasiado bien de lo que

estaba pasando, acercó la boca al oído de su novia y le preguntó si había algún problema con él, Clara sonrió divertida asegurándole que todo estaba bien.

—¿Puedo saber quién es ese señor tan fantástico? —Preguntó Clara mirando a Jaime.

—Es el director de una galería de arte muy prestigiosa, si te ha llamado es que sabe que eres buena, no le da una oportunidad a todo el mundo —decía Jaime orgulloso.

—Lo sabía, lo sabía —decía Clara dando palmas— sabía que llegarías lejos, te lo mereces y lo vales, mamá.

Clara abrazó a su madre la levantó en volandas dándole vueltas por el comedor, estaba encantada, aquello era el mejor regalo de bodas que podían hacerle.

—Bueno, bueno, tampoco nos pongamos ahora triunfalistas, primero tengo que ver las condiciones y enseñarle toda mi obra a ver si algo encaja en la exposición que quieren hacer.

—Rhona, por favor, claro que encaja, si no, no te habría dicho nada, te lo puedo asegurar, lo conozco bien y sé a ciencia cierta que Joseph no se casa con nadie —comentó Jaime.

—¿Ahora que lo pienso, cómo sabía ese señor de mi existencia? —Preguntó Rhona de pronto.

Jaime sonrió, esperaba que ella no se molestase demasiado, la conocía bien y sabía que no le gustaba que nadie le regalase nada, quería gustar y que se reconociera su trabajo, pero quería que fuese por sus propios méritos, así que no sabía cómo se tomaría que él le hubiese hablado de ella a su amigo Joseph.

—Yo le hablé de ti —confesó Jaime.

—¿Qué has hecho qué? —Preguntó Rhona sorprendida y en el fondo decepcionada— vaya, resulta que no es porque sea buena, pensé que contigo sería diferente, que me entendías, pero veo que al final es lo mismo, tampoco crees en mí.

—¡Mamá! ¿No crees que debes dejar que se explique? —cuestionó Clara al ver como su madre se tensaba, la conocía, ya estaba sacando sus propias conclusiones.

—Rhona, no es lo que crees, si le he hablado de ti es precisamente porque creo en ti, porque veo el potencial que llevas dentro, pero ni siquiera le dije que te conocía, créeme, por favor.

—¿No crees que debiste consultarlo conmigo primero?

La cena pasó a segundo plano, de pronto todo se había ensombrecido, Jaime pensó que estaría contenta de que se hubiese interesado y sabía que ella quería triunfar por sus propios medios, pero es que él no le había dicho quien era, solo le dijo que se fijase en una artista que estaba surgiendo y que tenía potencial, el resto lo hizo Joseph, la buscó en Internet, fue a la galería de incógnito y estuvo viendo la exposición, Rhona le dio su tarjeta, de ahí el teléfono.

—Supongo que sí, pero estoy seguro que no me habrías dejado, y te juro que no hice nada, solo le dije que había visto unas piezas que me habían llamado la atención y le di tu nombre, el resto lo hizo él, no he vuelto a hablar con él para nada, de verdad, Rhona, debes creerme, ¿por qué habría de mentirte? Te conozco y sé que no admitirías otra cosa que no fuera tu esfuerzo, pero todo esfuerzo merece una recompensa y esta es la tuya, yo solo puse una flechita indicando el camino.

—Mamá, habla con él, espera a ver qué te dice, no saques conclusiones demasiado rápidas, ya sabemos que tu cabeza va por delante pero por una vez hazle caso a tu corazón, he visto el brillo de la ilusión en tu mirada y quiero verte triunfar, yo también creo en ti.

—Está bien —concedió Rhona a regañadientes— hablaré con el galerista, depende de lo que me diga así obraré.

—Gracias —dijo Jaime abrazándola por detrás— todo esto es por lo muy orgulloso que

estoy de ti, no lo olvides nunca.

Llegó el sábado y a primera hora estaban allí Maia y Lola, querían que todo quedase perfecto para la fiesta. Pusieron las guirnaldas en la terraza, ya que era la parte más amplia de la casa, colocaron las mesitas auxiliares de forma que los asistentes estuvieran cómodos para poder hablar entre ellos y esperaron que la empresa encargada del catering no se retrasase, no serían demasiados pero sí serían los que de verdad eran amigos, los que le habían demostrado que valían la pena.

A media mañana llegó Patricia con su novio, como había hecho Clara, llegó primero a casa de su padre y dejó el equipaje en su habitación, ella se entretuvo más tiempo con él del que lo había hecho su hermana, lo encontró muy deprimido y eso le dolió, pero empezaba a darse cuenta, al igual que él mismo, que su madre no daría marcha atrás, así que lo consoló como pudo y le dijo que tenía que mirar hacia delante, que debía empezar una etapa nueva y que ella quería que fuese feliz y que estaba segura que su madre también lo deseaba.

—No me hables de tu madre, no sabía que fuese tan infeliz a mi lado —confesó abatido.

—Bueno, ella nunca dijo nada, y nosotros tampoco nos molestamos nunca en preguntarle si era feliz, solo Clara se daba cuenta que algo no iba bien, me lo dijo en más de una ocasión —reconoció Patricia— pero siempre pensé que exageraba.

Dicho esto le preparó a su padre un whisky con hielo le dio dos besos y se fue, de la mano de Albert, a la fiesta de su madre dejando a su padre sumido en sus pensamientos y reflexionando sobre las palabras de su hija, que parecía haber madurado mucho desde la última vez que la había visto.

Rhona estaba muy nerviosa, quería que todo saliese a la perfección, muy propio de ella querer controlar todo, menos mal que con la ayuda de Jaime y sus amigas la habían podido convencer que estaba todo perfecto, que no diese más repasos a las cosas, y que todo saldría bien, Lola y Maia se fueron a casa a cambiarse y ellos se quedaron solos, aunque no por mucho tiempo.

Empezaron a llegar los invitados, no demasiados pero muy escogidos, la primera en llegar fue Cristina acompañada de Jordi, su hijo mayor y su mujer Sandra, a Rhona casi le da un infarto, no sabía como tratar a su cuñada-consuegra, desde lo que pasó en el cementerio temía el momento de conocerla realmente, y ese momento había llegado. Sandra la abrazó, la felicitó y le dio dos besos, lo mismo hizo Jordi que dejó paso a su madre, Jaime se puso a su lado dándole ánimos y susurrándole al oído que su hermana no se comía a nadie.

—Encantada —le tendió la mano Rhona.

—Yo también estoy encantada, cuñada —contestó con una amplia sonrisa Cristina, obviando la mano y abrazando a la mujer que le había devuelto la felicidad a su hermano.

En toda la casa se pudo escuchar como salía el aire de los pulmones de Rhona, para ella aquella fiesta era una prueba de fuego tanto para su familia como para la de Jaime, que por mucho que le había dicho que todo iba a ir bien, ella no estaría tranquila hasta que no hubiese pasado, hasta que Cristina, la hermana de Jaime, no le diese su aceptación, por eso él estaba a su lado en todo momento, para respaldarla como hacía siempre.

A los pocos minutos llegó Patricia con Albert, la saludaron y saludaron también a su madre que estaba feliz de tener a toda su familia reunida. Aquello empezaba a parecerse a una fiesta de verdad, habían colocado una mesa en la terraza, la parte más espaciosa del ático, allí estaban las bebidas, unos canapés y pastas saladas que habían encargado a la empresa de catering,

que por suerte para los nervios de Rhona, llegó puntual. Maia acudió con su marido, ella espectacular como siempre y Lola llegó sola, al final Gerard no quiso acompañarla, le dijo que él no pintaba nada en una fiesta de adultos aburridos, esas fueron las palabras que utilizó, dejando a su madre, como siempre, algo descolocada.

Poco a poco se fueron mezclando los asistentes, pensaban que ya estaban todos cuando volvió a sonar el interfono, Rhona miró a Jaime y este levantó los hombros sin saber quién podía ser, la sorpresa fue mayúscula cuando apareció Joseph Malin, el director de la galería, que se había presentado sin avisar, cuando habló con Rhona, esta le dijo que estaría encantada de conocerle y que pasara a saludarla cuando tuviera tiempo, que no hacía falta que avisara, le dijo, así se ponían de acuerdo en cómo enforcar la exposición, el director muy simpático le dijo que le tomaba la palabra.

—Creo que llego en mal momento —se excusó al ver que no estaba sola.

—Por favor, pase y únase a nosotros, es algo muy sencillo, solo una copa para inaugurar mi nueva vida —comentó Rhona haciéndolo pasar.

—Si no molesto —accedió Joseph.

—No diga eso, claro que no molesta, estaremos encantados con su presencia —Rhona le presentó a Clara que era la que estaba más cerca con William, en eso se acercó Jaime extrañado de ver allí a Joseph.

—¡Joseph! ¿Qué haces tú por aquí? —preguntó sorprendido.

—¡Jaime Sans!, no esperaba encontrarte aquí, no sabía que conocías personalmente a Rhona, no me dio esa impresión cuando me hablaste de ella.

Rhona se quedó sorprendida, no había querido ahondar en la conversación de la noche anterior, pensó que se lo había dicho para tranquilizarla, ahora se daba cuenta que le había dicho la verdad con respecto al director de la galería, ¿sería verdad también que le había gustado su trabajo? Ella y sus eternas dudas, se rió de sí misma, y a su vez se tranquilizó.

Entraron y lo presentó a los invitados, al llegar el turno de Lola de los ojos de los dos saltaron chispas, durante toda la velada hubo cruce de miradas y cada vez que podían se hacían confidencias.

—No me habías dicho que era tan apuesto el tal Joseph —confesó Lola al oído de Rhona — como decía mi madre; está mejor que cura con dos parroquias.

—Qué loca estás —reía Rhona de la broma— pues creo que está solo, así que ya sabes.

—Mmh, ya veremos, la conversación con él es genial, no me canso, es una persona muy interesante.

No pudieron seguir hablando, Jaime y Joseph se acercaban a rellenarles las copas de cava en aquel momento.

La fiesta fue un éxito, rieron, comieron, bebieron y brindaron por el éxito que se le avecinaba a Rhona, Joseph les dijo que había visto mucho potencial, que esperaba que la exposición fuese todo un acontecimiento y que estaba seguro que detrás de aquella llegarían muchas más.

Joseph y Lola salieron juntos de la fiesta, ella lo invitó a una “última copa” la cual lógicamente él aceptó, a raíz de aquello le pidió si podía colaborarle allanándole el camino con Rhona, la había visto un poco insegura con respecto a su obra, la cual a él le había parecido sencillamente genial y quería que lo ayudase a potenciar en ella seguridad en lo que hacía.

—Eres psicóloga, no creo que te cueste mucho.

—Lo intentaré —contestó Lola mientras se despedía de Joseph con un tierno beso. Lola hacía tiempo que no se sentía tan a gusto con un hombre, no quería hacerse ilusiones, pero...

Epílogo

Dos meses después:

Llegó el día de la exposición, los nervios estaban matando a Rhona, era su primera vez, su bautizo de fuego dentro de la comunidad de artistas con nombre, la publicidad había salido en todos los periódicos de gran tirada y en las redes sociales se había hecho una gran campaña, se habían repartido cientos de invitaciones y con su habitual inseguridad empezó a dudar de la categoría de su trabajo por enésima vez. Como era su costumbre estaba atacada, sobre todo por esa maldita incertidumbre que no había forma de dejar en casa, como le pedía Jaime, cosa que a ella le resultaba imposible.

Para la ocasión Maia le había confeccionado un vestido maravilloso, le sentaba como un guante y gracias a que se notaba cómoda dentro de él se sentía un poquito más segura, era un vestido azul de tirantes anchos, cuello barco y falda evasé, un volumen que le sentaba muy bien ya que con tantos nervios había perdido algo de peso, de ahí el modelo escogido por Maia, los zapatos, unas sandalias, de fino tacón con tiras cruzadas y recubiertas de pedrería, eran el complemento ideal para aquel vestido.

Estaba espectacular, aunque Jaime no se quedó atrás, llevaba un impecable traje negro con camisa blanca y una pajarita negra como el traje, estaba sencillamente impresionante, todo un gentleman, vamos que Richard Gere a su lado, un aprendiz.

Rhona se quedó con la boca abierta, literalmente, cuando vio llegar a Jaime tan apuesto como un actor de cine, ella había llegado temprano junto a Joseph que la había ido a buscar para supervisar antes de la apertura que todo estuviese perfecto. Para ella aquello era un sueño hecho realidad, ni en el más optimista de sus pensamientos se había visto en un lugar así. Se acercó a Jaime, él la abrazó infundiéndole ánimos, con eso ella tenía bastante, tenerlo a su lado hacía que se sintiera invulnerable. Joseph no había visto llegar a Jaime, al ver como se abrazaban ató cabos

y sonrió, recordando la forma tan sutil en que le había hecho interesarse por ella, solo le había enviado unas fotos y el nombre.

—Casi no te reconozco —le dijo acercándose a él— pareces un hombre y todo —bromeó con su pulcro aspecto ya que, aunque Jaime solía vestir bien, lo hacía en plan *casual* casi siempre.

—Tú tampoco estás nada mal —sonrió abrazando al amigo.

Se abrieron las puertas y empezaron a llegar los asistentes, la primera en aparecer fue Lola, que en cuanto la vio Joseph acudió a recibirla dándole un beso en los labios, Rhona estaba feliz por su amiga, parecía ser que lo que empezó en la fiesta de su casa llevaba buen camino. Al momento empezaron a llegar los periodistas, también algún que otro curioso a los que no se les permitía el paso por ser el día de la inauguración y el evento era privado, a partir del día siguiente estaría abierto al público, entonces sabrían si verdaderamente era un éxito como le auguraban tanto Joseph como Jaime. Llevaban casi una hora de presentación, a cada periodista se le tenía que dar un tiempo para una pequeña entrevista, para eso también se había habilitado un pequeño espacio con dos sillas y una mesita auxiliar, Rhona estaba exhausta, había repetido lo mismo casi cuarenta veces, ya no sabía si hablaba de ella o era una cinta en su cabeza que rebobinaba y volvía a empezar, pero era feliz, estaba cansada pero feliz.

Por fin habían terminado las entrevistas, así que fue a reunirse con Jaime y con su familia y amigos. Cuando vio aparecer a Daniel, se quedó atónita, ¿Quién había invitado a Daniel? Sin invitación no podía entrar y no le apetecía nada que le fuese a montar una de las suyas, aquel día no, por favor, era su día y no quería que nada lo arruinase. Se alejó del grupo y se acercó a Daniel, el corazón le iba a dos mil por hora, estaba empezando a sentir un ataque de ansiedad.

—Rhona, querida, gracias por invitarme, no sabes lo feliz que me ha hecho esta invitación —le dijo Daniel abrazándola antes de que ella pudiera zafarse de él.

—Daniel, yo no te he invitado —contestó mientras esquivaba el beso, ya que cuando los necesitó nunca llegaron.

—La invitación venía a tu nombre, pensé que era la forma que tenías de decirme que volvías a casa —lo volvió a intentar.

—No voy a volver a tu casa, creí que había quedado claro, ya tengo una casa, mi casa.

—Una casa y un sustituto en la cama —espetó rabioso.

—No creo que te importe, nunca me quisiste ni me necesitaste en tu cama cuando estuvimos juntos.

Aquello le dolió a Rhona decirlo, lo sentía mucho, pero él se lo había buscado, nunca supo entenderla y hasta que no la hubo perdido no se había dado cuenta de quien era realmente ella.

—Puedes dejar ya la tontería, ya lo he entendido y he cambiado, te juro que todo va a ser diferente a partir de ahora —volvía a la carga, cogiéndola del brazo y zarandeándola.

—Suéltame, me haces daño —chilló Rhona.

Unas cuantas cabezas se giraron hacia donde había sonado el grito, en dos zancadas Jaime llegó hasta ellos, se encaró con Daniel mirándolo fijamente a los ojos invitándolo a volver a hacer daño a Rhona, a Daniel le invadió la rabia y la sangre se le subió a la cabeza, sin pensar lo que hacía le dio un puñetazo a Jaime rompiéndole la nariz y tirándolo al suelo, este se levantó como impelido por un resorte, lo cogió por las solapas y lo puso en la calle.

—¡Que sea la última vez que molestas a mi mujer! —Advirtió—, porque esta gran mujer que tu no supiste valorar es mi mujer, mi compañera, que no se te olvide, y ahora vete, no me

obligues a rebajarme a tu altura.

Tras ellos se habían congregado todos los asistentes, que cuando escucharon aquellas palabras se pusieron a aplaudir, Patricia y Clara se abrazaron a su madre sin saber como reaccionar.

—Id, id con vuestro padre, os necesita más que yo en este momento —les dijo dándole un beso a cada una.

En ese momento llegó junto a ella Jaime limpiándose la nariz ensangrentada, Rhona lo abrazó besándolo emocionada.

—Tuya por siempre, mi amor, tu mujer, tu compañera.

FIN

Agradecimientos

Cl@ndestinos es una obra de ficción, aunque está inspirada en conversaciones con mis clientas y amigas. Estar detrás de un mostrador te hace ser depositaria de muchas historias, de muchas anécdotas, de muchas confidencias que juntas han dado paso a esta novela, la cual ha sido posible gracias a todas ellas, no voy a poner nombres, no quiero dejarme a nadie en el tintero, pero eso sí, les agradezco la confianza que depositan en mí. También doy las gracias a mis queridas lectoras alfa, sobre todo, por la inestimable ayuda que me prestan y por todo lo que me

aguantan, mis dudas, mis cabreos cuando no sale lo que quiero y mi euforia cuando creo que voy por buen camino.

También a mi familia ya que a veces me meto tanto en la historia que los tengo algo desatendidos, menos mal que no me lo toman en cuenta, lo prefieren a mi intenso bombardeo de preguntas sin respuesta.

Y por último, aunque son las más importantes, a mis lectoras que al final son las que me dan ánimos para seguir escribiendo y me siguen pidiendo nuevas historias incluso pidiéndome segundas partes aun sabiendo que no soy demasiado partidaria de ellas.